

UN ESCALÓN PARA BESARTE

ANGIE GARCÍA



zafiro

Índice

[Portada](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Capítulo 1

El maldito moño de la peluquería está a punto de ponerme los ojos al lado de las orejas, ¿cómo se le ocurre a la peluquera estirarme tanto el pelo? Si no lo suelto un poco, voy a tener un terrible dolor de cabeza. Cuarenta euros de peluquería tirados a la basura. ¿Por qué no le he dicho que no lo estirara tanto? ¿Por qué no me he quejado cuando estaba clavando las púas del peine en la cabeza? ¿Qué pretendía? ¿Hacerme un *lifting*?

«La culpa la tienes tú que siempre te callas por no ofender», dice la voz de mi conciencia.

Y tiene razón. A veces me gustaría que mi conciencia fuera mi personalidad, porque siempre sabe qué hacer y qué decir. Es atrevida, descarada y se quiere a sí misma, todo lo contrario de como soy yo. Pero no puedo dejarla salir y que se luzca sin más. Es una chica mala que me recuerda mucho a una de las protagonistas de la serie «Sexo en Nueva York», por eso la llamo Samantha.

Me aflojo el moño y me quito unas cuantas horquillas que me presionan el cerebro junto con los dos kilos de laca con los que me ha rociado la peluquera, como si fuera un bombero apagando un fuego con un extintor.

Genial. Vaya pelos. Ahora parece que me ha atacado un grupo de gatos salvajes. Decido lavarlo y secarlo como siempre, dejando mis rizos al aire. Me maquillo un poco más de lo normal: iluminador

para el contorno de ojos, raya negra estilo *pin-up* y brillo de labios con un ligero toque de carmín rosado. Y cómo no, esta pasta milagrosa que me ayuda a disimular el lunar que tengo junto al ojo derecho, en la parte más alta de la mejilla. No es muy grande, del tamaño de una lenteja pardina, y sería extremadamente sexi si lo tuviera como mi madre, en el labio superior tocando la comisura de la boca. Pero no, este maldito lunar cayó sobre mi cara sin ninguna gracia. Como si le das una pegatina a un niño de tres años para que la enganche donde le apetezca, está claro que el resultado no tendrá ningún sentido. ¿Dónde está la sabiduría de la naturaleza? Esa misma que crea mariposas multicolores, flores exóticas, puestas de sol impresionantes. La que creó las cataratas de Iguazú, el cañón del Colorado, el delta del Ebro, el lago de San Mauricio o los Pirineos, ¿tan difícil le resultaba colocar el lunar en un lugar agraciado?

Me pongo el vestido azul marino de raso y falda tubo con pliegues a ambos lados de las caderas y combino el modelito con unos zapatos de plataforma de color fucsia. Ya estoy vestida y maquillada, lista para salir camino de la iglesia a ver cómo se casa mi mejor amiga, Susana.

Hoy empieza una nueva etapa para ella y también para mí. Ahora sólo tengo que hacer un esfuerzo por sonreír y aparentar que estoy feliz porque, además, precisamente hoy hace cinco meses que lo dejé con Víctor, mi novio durante los últimos dos años. El muy desgraciado se lió con otra y me lo contó. Ojalá no lo hubiera hecho porque me hundió totalmente. Durante las primeras semanas nada pudo sacarme de un terrible estado de angustia, ansiedad y desesperación. No creo que morir sea peor que sentirse traicionada por tu novio. Cuando te mueres, te mueres y punto. Se acabó. Fin de la historia. Pero esto no, esto es un casi morir que no termina nunca.

Susana ha sido mi gran apoyo durante estos meses. Y ahora no sólo se casa, sino que se traslada a vivir a Sevilla y eso me entristece enormemente; aunque sé que es lo que ella desea para su felicidad, porque se va con el amor de su vida, ya nada será igual entre nosotras y la distancia y el tiempo transformarán nuestra

amistad, y los buenos momentos vividos juntas pasarán a ser como el recuerdo de un sueño.

Tengo ganas de que termine este día y volver a Barcelona a seguir intentando recomponer mi vida, aunque reconozco que muy en el fondo de mi corazón espero que cualquier día Víctor, mi ex, me pida que vuelva con él, que lo perdone, que no puede vivir sin mí. Y a pesar de que los días pasan, largos y desesperantes, sin una llamada y sin un mensaje suyo, sigo con esta estúpida idea en la cabeza y eso sólo significa que soy capaz de hacer algo que siempre pensé que nunca haría: perdonar una infidelidad; si Víctor me pidiera perdón, lo perdonaría.

No quiero ponerme más triste así que llamo a recepción, pido un taxi y espero sentada en el borde de la cama mientras devoro con ansiedad una pequeña caja de bombones que he encontrado en el minibar. El chocolate blanco, negro, con leche, sin leche, relleno de licor, de frutas, con avellanas o almendras, cualquier variedad, es una tentación a la que nunca renuncio y me sirve de tranquilizante cuando tengo que afrontar una situación que me pone nerviosa, como el día de hoy.

El hecho de no conocer a nadie en la boda no me ayuda a calmarme, los únicos que conozco son Susana, su padre Emilio y Carlos, el novio. Aunque Susana me ha dicho que no me preocupe, que me va a poner en la mesa de los solteros, como si eso me hiciera ilusión. Supongo que sólo quiere animarme presentándome a chicos nuevos, pero lo último que necesito es conocer a otro hombre cuando no puedo sacar a Víctor de mi cabeza. Sí, lo sé, le contesto a Samantha que ronda por mi mente: un clavo saca a otro clavo, pero hoy no estoy para trabajos de carpintería.

La verdad es que no tenía ningunas ganas de venir a la boda. Primero porque mis ánimos están bajo cero y eso de ver casarse a alguien que no soy yo sólo va hacerme recordar más mi dolor. Y segundo, por el dinero que supone el viaje, el vestido y el regalo. Trabajo en una pequeña empresa de decoración de interiores y ni siquiera soy una triste mileurista, pero no podía escaquearme de la boda de mi mejor amiga.

Suena el teléfono de la habitación y me avisan de que el taxi espera en la calle. Me miro por última vez al espejo y digo en voz alta que hoy va a ser un día genial. Intento que suene convincente, como si conjurara una poción mágica, pero en lo más hondo de mí, mi corazón se agita nervioso.

Cuando salgo a la calle el calor casi me deja KO. Me doy prisa por subir al taxi y disfrutar del climatizador del Peugeot que ha venido a buscarme. En cuanto me siento, veo las ventanillas bajadas e intento subirlas rápidamente.

—No *sierre* la ventanilla, chiquilla, que no *funciona* el aire *acondicionao* —dice el taxista con un marcado acento sevillano mientras me mira por el retrovisor.

Genial, llegaré derretida. Le digo la dirección y me acomodo en el asiento. A los pocos minutos estoy pegada al respaldo y siento cómo una gota de sudor recorre la parte baja de mi espalda y se pierde en el canalillo de mi trasero, la sigue otra gota y otra.

Resoplo.

Temo que el rímel ya haya empezado a resbalar por mis mejillas. Cuando salga del coche parecerá que voy a una fiesta gótica.

—Oiga —le digo al taxista, agonizando—. ¿Falta mucho?

—Ya casi hemos *llegao* —contesta. No ha dejado de observarme con sus pequeños ojos por el retrovisor—. ¿Qué? *Hase caló*, ¿eh? —añade, risueño.

—Me estoy derritiendo.

—Eso es lo que les pasa a los bombones bonitos como *usté*— suelta con media sonrisa por la que aparece un diente roto.

Oh, vamos, ¿intentas ligar conmigo? Si no me encontrara destrozada sentimentalmente y fueras guapo, aún me alegrarías el día. Saco el móvil y finjo teclear un mensaje.

En quince minutos, el taxi me deja en frente de la iglesia, donde ya hay un montón de gente. Entro y decido sentarme en el quinto banco contando desde atrás. Susana me pidió que me sentara delante, con su familia, pero yo insistí en que prefería un lugar más discreto.

Parece que mi entrada les anima porque a los pocos minutos la iglesia comienza a llenarse de invitados y me veo rodeada por un montón de desconocidos que sonrían tontamente. Al menos aquí se está fresquito. La gente no deja de murmurar y saludarse, lo que hace que poco a poco el ruido de los murmullos se convierta en un sonoro y molesto zumbido que resuena en las paredes.

Preparado en un sitio presidencial de la iglesia está el coro rociero, que alegrará la ceremonia que Carlos se ha encargado de montar.

El cura, un hombre de unos setenta años de pelo cano y regordete, acaba de hacer su aparición detrás del atril. Abre una Biblia, carraspea y nos mira por encima de las gafas con sus ojos saltones y acusadores, como si todos los que estamos aquí fuésemos simples pecadores que lo único que nos interesa es que pase rápido el sermón para ir a ponernos ciegos de comida y bebida. El cura vuelve a carraspear al micrófono y da dos golpecitos antes de pedir silencio en tono serio. Los murmullos se acallan y, pasados unos minutos, la puerta se abre. Me giro y veo a Carlos, el novio, sonriente y nervioso, acompañado por su madre, que viste la clásica peineta con mantilla. No es que conozca mucho a Carlos, apenas si nos hemos visto un par de veces en Barcelona y otra aquí en Sevilla, pero se le ve un buen tío, divertido y guapo, muy guapo. Susana siempre ha tenido suerte con los chicos y se ha ligado a quien le ha dado la gana; supongo que el ser una tía buena lo hace más fácil. Su pelo largo y pelirrojo, sus ojos verdes y su figura escultural de metro setenta y cinco atraen las miradas masculinas. Yo soy todo lo contrario a ella, castaña, pelo rizado y ojos marrones, tan recta y escasa de cintura como Cameron Díaz, me digo para consolarme, pero con sólo un metro sesenta de estatura.

A Susana la conocí hace cinco años, cuando entré a trabajar haciendo una sustitución en una empresa de telefonía. Precisamente a quien tenía que sustituir era a Susana, de baja porque se había hecho un esguince en el tobillo esquiando. En principio el trabajo sólo iba a durar un par de semanas pero la cosa se alargó y empezaron a

enseñarme a hacer tareas que solía hacer Susana. Recuerdo el día que la conocí. Vino a traer el parte de baja y me vio sentada a su mesa, toqueteando sus cosas y buscando en sus carpetas. Se acercó a mí por la espalda y me dijo que no me preocupara tanto por el trabajo que volvía la semana próxima.

Di un salto porque estaba tan concentrada tecleando números que no me di cuenta de que estaba detrás de mí aunque la había visto entrar hacía un rato con su modelito de pasarela de invierno: pantalones tejanos negros, jersey de montañera, botas y un gorro de lana que llevaba colocado de lado, luciendo su larga melena rojiza que le caía sobre los hombros. Nada más verla me cayó mal porque me pareció una presumida a la que le encantaba que la mirasen mientras lucía sus pechos voluminosos y abultados bajo los dibujitos de renos de su jersey.

«Se ha comprado el jersey dos tallas más pequeño. *Choni* y vulgar», murmura Samantha.

—Puedes ocupar tu tiempo archivando albaranes, para entretenerte —soltó Susana de forma despreocupada.

—Está todo archivado.

—Ya.

Sonó el teléfono sobre la mesa y vi en la pantallita que era Tony, un compañero. Me llamaba para ir a almorzar como solíamos hacer casi todas las mañanas. Hice el gesto de cogerlo pero Susana fue más rápida y descolgó primero.

—¿Sí? Hola, Tony —canturreó en un tono exageradamente simpático—. ¿Almorzar? Claro, me apunto. Nos vemos en el bar, *ciao*. Tony nos espera en el bar, si quieres venir, claro.

Giró sobre sus botas en dirección a la calle y desapareció sin esperar una respuesta.

Pensé que ese día se me atragantaría el bocata de beicon.

En el bar, Susana acaparó toda la atención de Tony contándole no sé qué historia sobre la casa de su abuela, a la que tenía pensado mudarse y en la que decían ocurrían cosas extrañas. La verdad es que a los diez minutos ya había desconectado de la

conversación y aunque los seguía con la mirada, mi mente estaba pensando en que la semana próxima tenía que buscar otro trabajo.

Al volver a la oficina, y al contrario de lo que Tony y yo hacíamos todos los días, Susana decidió cruzar por mitad de la calle y no caminar unos metros hasta el semáforo. Yo pensé: «Genial, lo que sea con tal de acortar el camino y perderla de vista». Sin parar de parlotear con Tony, quien no había dejado de mirarla con ojos de deseo, Susana se lanzó a la carretera justo cuando una moto se acercaba a toda velocidad. De forma automática, la agarré del jersey de montaña y tiré de ella. La moto pasó a unos centímetros haciendo revolotear su cabello.

—¡Joder! —gritó Tony—. ¿Estás bien?

Susana asintió con la cabeza paralizada por el susto, respiraba agitadamente con ambas manos apoyadas en el pecho. Se giró hacia mí y entonces vi en su mirada que ese aire de superioridad había desaparecido. De repente, sólo me parecía una niña asustada que acaba de perder a sus padres en un parque de atracciones.

—¡Gracias! —susurró abrazándose a mí—. Me acabas de salvar la vida.

Fue en ese momento cuando nos hicimos amigas y ese mismo año nos fuimos a vivir juntas a la casa encantada de su abuela, una preciosa vivienda de tres plantas de sus abuelos, en la que no había vuelto a vivir nadie desde que murió la señora hacía ya siete años. Su padre la pintó y la decoró. Bueno, creo que sólo tuvo que contratar una empresa que se encargó de hacerlo. Emilio es rico o más bien millonario, de eso me enteré cuando trabajaba sustituyendo a Susana.

La verdad es que la casa me encantó nada más verla. La fachada de piedra y las ventanas de madera le daban un aire muy campestre, pero el interior era todavía más bonito. Los muebles también eran de madera para no romper con la estética exterior y habían dejado algunos objetos antiguos y restaurados que le daban autenticidad: una plancha de hierro, la rueda de madera de un carro sobre la chimenea o un jarrón de barro con dos asas a los lados lleno de espigas de trigo. Como era muy grande para nosotras dos solas,

Emilio decidió no reformar de momento las dos plantas superiores e hizo instalar una puerta al final de las escaleras que cerró con llave.

Un domingo, sobre las once de la noche, cuando ya llevábamos un mes instaladas, estábamos viendo la televisión tiradas en el sofá con Willy, cuando el gato saltó al suelo y se estiró sobre sus cuatro patas, maullando como un loco de una forma que daba escalofríos. Lentamente y con los pelos todavía de punta, se fue acercando hasta la mecedora, que estaba en una esquina del salón. Entonces se detuvo frente a ella y se quedó allí con la mirada fija como si estuviera a punto de saltar sobre algo invisible.

—¿Qué le pasa al gato?

—No lo sé —contestó Susana acercándose a Willy.

—Haz que se calle, me está poniendo de los nervios.

—Eh, precioso, ¿qué te pasa? —susurró Susana acercándose a él.

Pero el gato permanecía tan tenso que daba la sensación de que podría sacarle los ojos a quien se le acercara.

—¡Eh, Willy, cállate! —le grité tirándole un cojín.

El gato ni se inmutó y continuó allí plantado con la mirada fija en la mecedora.

—Ésa era la mecedora de mi abuelo —apuntó Susana.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Nada, que era su mecedora.

—¿Me estás diciendo que el gato nota su presencia?

—Claro que no, que cosas tienes. —Susana me miró extrañada

—. ¿Tú crees? —susurró con una mueca de horror.

Nos miramos sin decir nada. Cogí el mando y subí el volumen a la televisión.

Entonces, Willy dio unos pasos hacia atrás sin dejar de mirar al frente y la mecedora se balanceó.

Un escalofrío escaló por mi espina dorsal.

—¡Has visto eso! —grité casi fuera de mí.

—Ha sido el aire, ha sido el aire —se apresuró a decir Susana intentando ocultar su voz temblorosa—. Debe de haber corriente.

—¿Qué corriente? ¿El aliento del gato?

Willy se tranquilizó y como si ya no fuera con él, volvió al sofá.

—Venga —añadió Susana con una sonrisa forzada—. No nos dejemos sugerir por la oscuridad de la noche. Seguro que todo tiene una explicación lógica.

—Susana, la mecedora se ha movido sola, las dos lo hemos visto.

—Mañana a la luz del día nos parecerá una tontería.

—Vale. —Me levanté como un huracán y cogí la manta que estaba en el sofá—. Pues mañana vienes a buscarme al coche y me lo cuentas, porque no pienso dormir en esta casa esta noche.

Aquella noche fue la primera vez que dormimos en el coche; la segunda vez fue dos semanas después, cuando ya nos habíamos trasladado a la habitación más grande de la casa, donde dormíamos juntas en una cama de matrimonio.

La verdad es que me hubiese gustado largarme de aquella casa la misma noche de la mecedora pero mi economía no se podía permitir pagar un alquiler en Barcelona. O compartía piso con algún desconocido o volvía al pueblo a casa con mi madre, y ninguna de esas opciones me gustaba. Susana me cobraba un precio simbólico por el alquiler y compartíamos los gastos de la comida, así que vivir con un fantasma era lo más rentable.

Sobre las tres de la madrugada, nos despertaron varios golpes en el piso de arriba. Lo primero que hicimos fue encender la luz y pegarnos la una a la otra.

—¿Qué ha sido eso? —susurré mirando hacia arriba.

—Ni idea, pero estoy muerta de miedo. Creo que me va a dar un ataque de pánico —añadió Susana con la respiración agitada.

Ambas nos quedamos inmóviles sin saber qué hacer.

—Parece que ya no se oye nada —susurró Susana.

—No —contesté en voz muy baja—. ¿Qué hacemos?

Susana se encogió de hombros y luego señaló hacia arriba.

—¿No querrás subir? —La miré con los ojos como platos—. ¡Tú estás loca!

—Tendremos que ver lo que es. A lo mejor son palomas revoloteando. La planta de arriba lleva muchos años cerrada, igual se han colado por algún agujero.

Lo estaba pensado cuando de repente escuchamos un ruido como si alguien arrastrara una silla. Los pelos se me pusieron de punta y el corazón me dio un vuelco. La cara de Susana, que siempre intentaba mantener la calma y buscar una explicación lógica, estaba desencajada. Di un salto de la cama y empecé a vestirme rápidamente.

—¿Adónde vas? —preguntó Susana cubriéndose con las sábanas hasta la nariz.

—¡Las palomas no arrastran sillas! —resoplé—. Me largo.

Ésa fue la última vez que dormimos en la casa. El padre de Susana compró un pequeño piso de dos dormitorios en el barrio de Gracia y en menos de un mes nos trasladamos a vivir allí. Mientras tanto, nos fuimos a un *bungalow* en un camping en Castelldefels, una población cercana a Barcelona.

A Susana nunca le cayó bien Víctor, mi ex. Cada vez era más difícil tener una cita los tres juntos. Un día acabó confesándome que le parecía un chulo, un prepotente y un creído. Tenía razón en todo así que no se lo discutí, callé porque estaba enamorada, ciega de amor por él y, aunque me importaba lo que mi mejor amiga pensara de mi novio, en mi mundo la única opinión que contaba era la de Víctor.

A él siempre le gustó presumir de su coche, de la ropa de marca que usaba o de los viajes por España y al extranjero que hacía por su trabajo como comercial en una empresa textil. La modestia nunca formó parte de su carácter, ni la humildad tampoco, pero aun así me enamoré perdidamente de él. No era un chico alto —medía 1,75 cm de altura— ni tenía un cuerpo atlético —era más bien amplio y robusto—. No tenía el pelo rubio estilo californiano, sino más bien un color ceniza apagado y sus ojos eran del marrón más simple que pueda existir, pero vestía con mucho estilo, se peinaba con mucha clase y tenía un gran don de gentes. Y sobre todo, me hacía sentir importante porque me sentía amada. Estar con alguien así fue un sueño que se había hecho realidad, una realidad que me alucinaba y

cada día que pasaba con él se hacía más imprescindible en mi vida. Sí, fui feliz, muy feliz mientras duró y ahora no soporto no sentirme así, única y especial.

Sentada en este banco de la iglesia, he conseguido rehacerme del horrible calor que he pasado en el taxi. Diez minutos más y habría explotado como una palomita de maíz, y hubiera sido una pena con lo que me ha costado arreglarme. Últimamente sólo me apetece estar en camiseta, zapatillas de estar por casa, sin maquillar y con el pelo recogido de cualquier manera. Es curioso lo que te provoca un desengaño amoroso, trastoca todos tus días. No puedes pensar en otra cosa y te obsesionas por saber el porqué. No comes, no duermes y si lo consigues es sólo a ratos y la mayoría de veces te despiertas sintiéndote mal. Al principio puede que no recuerdes por qué, pero cuando pasan unos segundos y acabas de salir del mundo de los sueños, caes de nuevo en la dolorosa realidad. Y así, un día tras otro, convencida de que este dolor no va a pasar nunca, intentas buscar ayuda donde sea, incluso en esos programas de televisión donde salen esas falsas adivinas que echan las cartas. Llamas, pero nunca están disponibles. Te ponen en espera mientras te cobran los minutos a precio de oro para finalmente decirte que fulanita de tal, la que sale en la tele y da la impresión de que es superbuenas, tiene una espera de media hora y te ofrecen hablar con otra médium. Pero tú no quieres a otra médium, quieres a la mejor porque esperas que te diga, como dice a todo el mundo, que al final él volverá contigo, que no puede vivir sin ti y te explicará cómo hacer un ritual mágico para ayudarte a atraer a ese hombre. Y sabes que es mentira, que no va a volver y que no existen rituales ni pociones mágicas, pero necesitas mantener la esperanza, necesitas que te digan que todavía te quiere, que no te puede olvidar y que al final se dará cuenta de que no hay nadie como tú. Sé que debería coger el camino más doloroso pero más corto y afrontar que se acabó, que ya no me quiere, que dejé de ser importante y especial en su vida. Pero sin embargo, sigo alargando este sufrimiento intentando saber por qué dejó de

quererme y qué hice mal para que fuese así. Al final cuelgas el teléfono y maldices tu mala suerte.

El cura se ha vuelto a meter en su guarida, supongo que a echarse un trago del vino que debe de tener fresquito en la nevera. Ahora daría la mitad de mis pintalabios por un té con limón bien frío. Víctor era el mejor preparándolo. Mierda, ya vuelvo a pensar en él. Pero es verdad, lo admito, cuando me preparaba el té a cambio siempre me pedía un beso; suena cursi, pero era un amor.

Carlos, el novio, espera en el altar. Se le ve nervioso, se frota las manos y apenas sonrío, supongo que ahora debe de estar pensando si la novia se presentará. ¡No, no estará pensando eso! Eso lo pensaría yo, porque me acaban de abandonar. Pero él no. Él tiene una relación preciosa con Susana, están enamorados y se van a casar.

De repente hay algo de jaleo en la entrada. La puerta se entreabre y veo a Susana colocándose el vestido. Su padre, Emilio, un hombre de negocios dueño de varios hoteles en Ibiza, abre la puerta totalmente y Susana entra cogida de su brazo. Los dos están radiantes de felicidad. Su padre no puede estar más orgulloso; lo conozco algo y se lo noto en la cara. Pienso que si alguna vez me caso no podré ver esa cara de felicidad en mi padre. Murió cuando yo era muy pequeña y son muchas las veces que lo echo de menos, sobre todo en las celebraciones. Lo mismo debe de sentir Susana, ella también perdió a su madre cuando era pequeña; no murió, los abandonó. Susana nunca habla de ella. Dice que no le importa, pero yo sé que sí, es su madre ¿Cómo demonios aceptas algo así? Es imposible.

Pero hoy mi amiga está guapísima con un vestido color champán y el pelo recogido con adornos florales entre sus mechones pelirrojos. Qué envidia me da. Me encantaría ser la protagonista de este día perfecto. Ya están los dos frente al altar y el cura empieza con un sermón de cinco minutos para luego dar paso a una canción del grupo flamenco. Miro mi reloj: son las doce en punto del mediodía. Espero que la boda sea de media hora pero algo me dice

que al estar en Andalucía y con el coro rociero, esto se va a alargar más de lo que deseo.

Cuando el cura va por el quinto pasaje de la Biblia me es casi imposible aguantar los bostezos. Menos mal que tengo un grupito de críos pequeños alrededor y con el alboroto que montan a mí casi no se me oye.

Para entretenerme hago mentalmente la maleta para volver a Barcelona y al trabajo. Pensar en que me voy a reencontrar con la loca de mi jefa me deprime aún más. La controladora del departamento de diseño cuyo pelo corto y rubio, su metro ochenta de estatura y su cuerpo recio como la mujer de un granjero ruso le dan la perfecta imagen de una domadora de circo, sólo que en lugar de leones tiene a tres pringados trabajando para ella y cumpliendo sus normas y exigencias sin protestar. Sabemos que el empleo nos va en estarnos callados y no quejarnos de sus paranoias, como cuando nos dice cómo se ha de colocar el rollo de papel higiénico en el lavabo. Todos la seguimos hasta el baño como un grupo de japoneses buscando el parque Güell. Allí nos enseña la maniobra de colocar el rollo en su sitio, seguida de una explicación técnica. Entre otras cosas, también tenemos que soportar su corte de uñas semanal. La primera vez que lo vi casi me caí de culo: miré a mis dos compañeros con cara de asco al ver cómo aquella mujer sentada en su silla giratoria delante del ordenador se cortaba meticulosamente las uñas de las manos, que saltaban por todos lados sin control. Me comporté como un niño pequeño que mira a sus padres para copiar la reacción y cuando vi que los pringados de mis compañeros no protestaban y miraban para otro lado, hice lo mismo. Lo único que hacía era soportar a Samantha gritando dentro de mi cabeza: «¡Pon el papel como te salga de tus puñeteros ovarios y vete a la intimidad de tu casa a cortarte tus repugnantes uñas, rinoceronte!». Pero claro, no lo dije porque yo soy la pringada número uno.

Desde el quinto banco empezando por atrás, en el que estoy sentada, oigo como la puerta se abre y entra otra persona. Por unos segundos no puedo ver más que una silueta oscurecida por la luz que entra de la calle. Cuando la puerta se cierra veo a Víctor, mi ex novio.

Algo explota en la boca de mi estómago y mi corazón se dispara a mil por hora. ¡Me está buscando! ¡Mi petición al universo se ha hecho realidad! ¡La ley de la atracción existe! ¡Soy un cohete a punto de salir disparado hacia el cielo donde voy a explotar en mil colores!

Víctor se sienta en el último banco de la otra fila.

No puedo esperar ni un minuto más, me levanto y voy hacia él. Las manos me sudan y mis venas palpitan enloquecidas por todas las extremidades de mi cuerpo.

Mientras me voy acercando, me fijo en que lleva puesta una camisa blanca, unos tejanos y sus clásicas gafas de aviador sobre la cabeza. No es lo más apropiado para una boda, pero ¿qué más da? No estaba invitado y sólo ha venido a buscarme, qué importa lo que lleve.

En cuanto me levanto, Víctor me mira y su cara no es de felicidad al verme. Supongo que no sabe muy bien cómo reaccionar, aunque si ha venido a buscarme sus ojos deberían mostrar algo más de entusiasmo. Seguro que mi cara tampoco refleja la emoción que siento ahora mismo. Los nervios están lanzando señales a todos los músculos de mi cuerpo y la mayoría no los controlo, por lo que seguro que mi cara refleja miedo, que también veo en la suya.

Me siento junto a él, dispuesta a escuchar sus disculpas y dispuesta a perdonarlo. Nos miramos. Ninguno dice nada. Espero a que él empiece, hago una mueca de agrado para animarlo y que vea que no lo voy a machacar. Entonces, Víctor eructa y un fuerte olor a vodka me golpea la nariz.

Está borracho.

—Lo siento —murmura al fin—. Odio hacerte daño por segunda vez. Pero no puedo vivir así...

—Sí, te perdono —lo interrumpo sin apenas haber escuchado sus palabras. Él me mira extrañado y mi cerebro rebobina y encuentra algo que no entiende—. ¿Hacerte daño por segunda vez? —murmuro—. ¿Es que no has venido a pedirme que vuelva contigo?

—No —contesta secamente con una estúpida sonrisa en los labios—. He venido a impedir que la persona con la que te fui infiel se case —añade tras un hipido.

Me falta el aire y creo que me voy a desmayar. Víctor acaba de hundir en mi corazón la hoja del puñal que meses atrás me clavó. Estoy paralizada con la mirada clavada en él y siento la boca tan seca que ni siquiera tengo saliva suficiente para escupirle a la cara. Mil pensamientos a la vez se quedan atascados en mi masa cerebral y siento unas terribles ganas de vomitar.

«¡Báñalo de vómito! —grita Samantha dentro de mí—. Haz que pruebe el zumo de naranja y las ensaimadas del desayuno.»

Las puertas del infierno se acaban de abrir de par en par y un intenso calor me quema las entrañas. Las pequeñas grietas de mi dolor terminan por resquebrajarse y un torrente de hiel recorre mis venas regándolo todo de amargura.

No es posible. Esto no puede estar pasando de verdad. Ahora mismo es como si estuviera desnuda frente a un montón de personas que se ríen a carcajadas de mí mientras me señalan con el dedo.

¡Me ha engañado con mi mejor amiga! ¡Mi novio me engañaba con mi mejor amiga!

—Lo siento —susurra Víctor con cara de cachorro abandonado.

«¿Cómo no te diste cuenta de que Víctor y Susana estaban liados? ¿Cómo no lo sospechaste? ¡Si es un clásico! Esto te pasa por aferrarte a esa estúpida idea de la fidelidad», me riñe Samantha.

No entiendo por qué no grito. Por qué no salto sobre él, le destrozo su asquerosa camisa de Tommy Hilfiger y sus gafas de aviador de Prada. Otra vez me quedo sin saber qué decir, sin saber cómo reaccionar, y eso hace que me odie todavía más.

«¡Grita, joder, grita! —patalea Samantha desde lo más profundo de mi mente—. ¡Grita la rabia que llevas dentro hasta que derribes las paredes de esta maldita iglesia!»

Víctor se levanta. Al pasar delante de mí me roza con el brazo y el aroma del perfume de Dolce&Gabbana que siempre utiliza se convierte en una bofetada de recuerdos.

Avanza por el pasillo, tambaleándose mientras las miradas curiosas y los murmullos de los invitados resuenan en la iglesia.

Me levanto y voy tras él.

El cura se calla y mira a los novios, molesto, como si fuera una sorpresa que nadie le ha comunicado.

—Y bien, ¿qué ocurre? —pregunta el cura dirigiéndose a Víctor, que se ha plantado delante de él.

—Vengo a impedir esta boda —murmura todo lo firmemente que le permite su voz ebria.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —interviene Susana mirándome sorprendida.

«¡Zorra! ¡Putas! ¡Puerca!», quisiera gritarle. Pero no lo hago. Me pongo a llorar y no puedo pronunciar ni una palabra. «Eso, llora, que es lo único que sabes hacer», me machaca Samantha.

—¿Qué ocurre? —se entromete la madre de Carlos, el novio.

—Vamos a ver, ¿qué está pasando? —interrumpe Emilio, el padre de Susana.

Algunas personas de la primera fila se acercan y se forma un corrillo de patio de vecinos en el que todos preguntan a la vez.

—Vayamos dentro —ordena el cura.

—¿A qué? —pregunta Emilio con un sonoro golpe de voz—. ¿Se puede saber quién es este tío?

—¡Era mi novio! —logro gritar entre sollozos—. ¡Pero se está acostando con tu hija! —grito señalando a Susana con el dedo.

Todos exclaman y miran a Susana entre murmullos de crítica y reproches.

—¡Eso es mentira! —se defiende ella clavándome la mirada, una mirada de sorpresa y desilusión.

—No pienso casar a una adúltera —sentencia el cura cerrando de golpe la Biblia.

—Adúltera sería si estuviera casada. Pero todavía no lo está —comenta uno de los presentes.

—Y por lo que a mí respecta no lo estará hoy —dictamina—. Y vayan despejando la iglesia que tengo otra boda en un ratito.

—¡Pero es mentira, mentira! —grita Susana, medio histérica.

—¿Qué es lo que quieres, chaval? —pregunta Emilio cogiendo a Víctor por el cuello de la camisa.

—Impedir esta boda.

Víctor está cada vez más pálido y le cuesta mantenerse en pie.

Los murmullos aumentan de tono. Ya hay unas veinte personas a nuestro alrededor.

De repente, el coro rociero empieza a cantar la *Salve rociera*.

—¡Cállense, coño! —les grita el cura por el micrófono fuera de sí.

Los cantantes cierran el pico al instante.

—Vayamos dentro —ordena Carlos, con expresión desconcertada.

—¡No! —grita Susana—. ¡Donde se tiene que ir éste es a la mierda!

—¡No voy a tolerar palabras malsonantes en la casa de Dios! —replica el cura.

—De eso nada —le recrimina la madre de Carlos a Susana—. Si le has sido infiel a mi hijo, que se sepa ahora, antes de casarte con él.

—¡Yo no he sido infiel a su hijo!

Susana actúa muy bien, se merece un Oscar.

El cura se acerca a Víctor y lo coge por el brazo.

—Vamos a ver, hijo, ¿se puede saber qué es lo que pretendes? —En cuanto el olor a vodka llega a la nariz del cura éste se echa hacia atrás, colérico—. ¡Se acabó! —sentencia alzando un brazo al aire como si agitara una espada—. ¡Fuera todos de mi iglesia!

—Sí, eso, vayamos fuera a arreglar esto —pide Carlos, nervioso.

—¡Que se largue! ¡Que se largue! ¡Que se largue! —grita Susana llorando.

—Vamos dentro ahora mismo —le ordena Carlos a Víctor cogiéndolo por el brazo—. No tiene por qué enterarse todo el mundo.

—Yo creo que sí —contesta Víctor.

Y entonces coge la cara de Carlos entre sus manos y le da un beso. Un largo e inesperado beso.

En la iglesia resuenan unos gritos ahogados. Creo que el de Susana es el más fuerte y el mío el único que no se oye. La cara de los presentes es de horror y la de Susana, la más desencajada de todas. Es como si acabara de aparecer frente a ella Freddy Krueger moviendo sus dedos de cuchillos afilados dispuesto a arrastrarla a la peor de las pesadillas.

—¡Ya está bien, sucios, más que sucios! —grita el cura golpeando con la Biblia la cabeza de Víctor—. ¡Fuera ahora mismo de la casa del Señor, degenerados!

Víctor suelta un hipo antes de que el padre de Susana le dé un puñetazo y lo tire al suelo.

La madre de Carlos coge a su hijo por los hombros y lo sacude una y otra vez.

—¡Tú no eres mariquita! ¿Verdad, hijo mío? ¡No lo eres!, ¿verdad? —le suplica a su hijo, que está agachado intentando despertar a Víctor, quien sigue inconsciente en el suelo, tal vez por el puñetazo o por causa de la borrachera.

Si no fuera porque me rompió el corazón hace unos meses y ahora acaba de bailar sobre mi cadáver, sentiría pena por él. Pero sólo puedo oír a Samantha que grita dentro de mi cabeza: «¡Muérete, maldito cabrón!».

De repente me siento como si no estuviera allí, como si toda esta escena fuera una película que estoy viendo desde la butaca de un cine. Una absurda idea ilumina mi esperanza y al instante me siento mal por pensarlo. Pero es un consuelo saber que Susana me va a acompañar en el mundo de sufrimiento en el que vivo desde hace meses, y que ahora toma una nueva dimensión. Soy una mala persona por sentirme contenta al poder compartir con mi mejor amiga este dolor. Pero Dios sabe que nunca le hubiera deseado ningún mal.

Ahora más que nunca tengo que darle todo mi cariño, sobre todo después de haberla acusado en el altar, frente al cura y a su familia de haberse acostado con mi novio. Debo ser valiente y estar cerca de Susana igual que ella, cuando Víctor me empujó a la fosa de la desesperación y la angustia, me tendió su mano y me mantuvo a flote.

En cuanto Víctor me confesó su infidelidad y me dijo que sus sentimientos hacia mí habían cambiado, me trasladé de nuevo a vivir con Susana. Fueron muchos días y muchas noches aguantando quejas y lamentos; paciente y comprensiva, escuchó siempre la misma historia como si fuera la primera vez que se la contaba. Su

consuelo y sus ánimos mantuvieron la esperanza en mí como yo ahora debo mantenerla en ella.

Busco a Susana, que ha desaparecido de repente, y me señalan una puerta detrás del púlpito. Me dirijo hacia allí, la abro y me encuentro a un grupo de personas intentando consolarla. Pero Susana no tiene consuelo y llora desesperadamente. Se le han hinchado los ojos y los labios y tiene la nariz roja como un pimiento. El bonito color verde de sus ojos está ahogado entre tantas lágrimas y dudo que pueda verme siquiera. Su precioso vestido ya no parece tan precioso, sino un disfraz barato comprado en un bazar chino, con un tejido que antes lucía delicado como la seda y ahora se ha transformado en un poliéster que produce alergia con sólo mirarlo.

En cuanto me ve, se lanza sobre mí y me abraza.

—No puede ser, no puede ser —solloza.

No hay nada que yo pueda decirle que la consuele. Al menos ahora no. Así que la abrazo con fuerza y lloro con ella.

Capítulo 2

Me siento extraña en esta habitación de hotel donde Susana se ha venido a pasar la noche después de abandonar la casa de Carlos sin ni siquiera quitarse el vestido de novia, que ahora está ahí, tirado sobre la moqueta, junto a su maleta, que yo misma hice a toda prisa mientras sus ex suegros no sabían cómo disculparse por lo que había hecho su hijo.

Nunca había visto a unos padres tan desconsolados pidiendo perdón por algo de lo que ellos no eran culpables. Me daban mucha pena, sobre todo el padre, un hombre bastante mayor que su mujer, de unos ochenta años, pelo totalmente blanco y espeso, alto, delgado y encorvado, que acariciaba la cara de Susana sin tener ya más palabras que decirle.

—Cuando quieras nos vamos —le dije a Susana, que me miraba entre los brazos de sus ex suegros.

Su padre nos esperaba en la calle con el coche. No quiso entrar, el mal rollo entre las familias se instaló rápidamente como una alergia primaveral y Carlos ni siquiera tuvo el valor de dar la cara después de abandonar la iglesia con la ambulancia que se llevaba a Víctor.

Emilio abrió el maletero e introdujo la maleta de Susana. Yo la ayudé a subir al coche recogándole la cola del vestido.

—¿Dónde está tu hotel? —me preguntó Emilio.

—Cerca de la Giralda.

Hicimos el recorrido en silencio. Susana dejó de llorar y sus ojos se clavaron fijos en el cristal de la ventanilla. Seguro que empezó a rebuscar entre todos los momentos vividos con Carlos, si alguna vez dijo o hizo algo que le hiciera sospechar que era gay.

Yo nunca sospeché nada de Víctor; todo lo contrario, presumía de ser un mujeriego antes de conocerme. Supongo que era una buena manera de poner puertas a su armario.

Llegamos frente a la entrada del hotel.

—Bueno, Emilio —le dije acercándome a él desde el asiento de atrás—. Gracias por traerme.

—Me quedo con Violeta —soltó Susana.

—¿Qué? —se sorprendió Emilio.

—Volveré a Barcelona con ella.

—Pero ¿por qué no vienes conmigo?

—Ahora necesito estar con mi amiga.

—Pensaba que necesitarías más estar con tu padre —le reprochó dolido.

—Por favor, papá.

—No pienso dejarte sola en unos momentos así. Te vendrás conmigo a Ibiza una temporada.

—No tengo seis años, papá. Sobreviviré —sollozó haciendo un intento por controlar el llanto.

Salimos del coche y Emilio sacó la maleta de Susana del maletero. Luego cogió la cara de su hija entre sus manos, le dio un beso y le acarició el pelo.

—Llamadme cuando lleguéis a Barcelona —dijo mirándonos a las dos—. ¿Seguro que te quieres quedar?

Susana asintió.

Susana se quita el vestido de novia y se pone una camiseta. Se marcha al baño y cuando sale se ha soltado el pelo y se ha quitado el maquillaje. Se la ve muy cansada y con la cara algo desfigurada de tanto llorar.

—Necesito dormir —me dice.

—Claro —contesto retirando las sábanas de la cama.

Miro el reloj: son las cinco de la tarde. Ahora deberíamos estar bailando en el precioso salón del hotel que seguro tenían reservado.

Me tumbo junto a ella y miro el techo con un dolor de cabeza terrible. Entonces oigo a Susana sollozar y vuelven a mí las ganas de llorar.

Después de un buen rato de lágrimas y palabras de consuelo, nos dormimos.

Me despierto en mitad de la noche y por unos segundos no recuerdo dónde estoy, ni si es de día o de noche. Las luces de la calle iluminan el techo de la habitación y me quedo mirando una lámpara que me es desconocida. Entonces recuerdo que estoy en un hotel en Sevilla, la boda y todo el desastre de la mañana.

Miro a mi derecha y veo a Susana durmiendo plácidamente. Debe de estar agotada por el día tan intenso de nervios que ha pasado. Creo que me vuelvo a dormir y unos ruidos me despiertan. Tengo los ojos cerrados pero la luz se cuela a través de mis párpados. Los abro y veo a Susana sentada en un sillón, con la mirada fija en la moqueta del suelo.

Miro por la ventana. Está amaneciendo.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Susana no contesta.

—¿Te encuentras bien? —insisto.

—Me acusaste de acostarme con Víctor, en la iglesia, delante de todo el mundo —susurra con una expresión de dureza en la mirada.

Trago saliva.

—Perdóname. Yo... estaba confundida. Víctor me dijo que había venido a impedir que la persona con la que me había sido infiel se casara. Di por hecho que eras tú, ¿cómo iba a pensar que era Carlos?

—Somos amigas. Al menos creo haberte demostrado que lo soy. Me conoces, ¿cómo has podido pensar que me acostaba con Víctor?

—No sabes cuánto lo siento.

—Me has traicionado.

—¿Traicionado? Ha sido un error, una confusión.

—Te lo dije muchas veces, muchas. Pero tú no me hiciste caso. Se levanta y se dirige hacia mí señalándome con el dedo.

—¿De qué hablas?

—¡Cuando le conociste te dije que no te convenía, que te haría sufrir! —me grita con odio.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—¡De Víctor! ¡Se veía a lo lejos que era un capullo! Pero claro, a ti siempre te han atraído los capullos...

—¿Qué dices? —Apenas sé cómo enfrentarme a ella así que me levanto de la cama para estar a su altura.

—Siempre has sido una persona negativa y es lo que siempre has atraído a tu vida, negatividad. Tu empeño de seguir con Víctor a pesar de que muchas veces te dije que lo dejaras, que no te convenía, que te partiría el corazón, ha tenido como consecuencia que hayas arruinado mi vida.

—¿Qué?

—¡Tú lo trajiste a nuestras vidas y ahora todo está roto! ¡Destrozado! ¡Tú eres la culpable de lo que ha pasado!

Sus ojos verdes echan fuego y su mandíbula, apretada y en tensión, endurece su dulce rostro. Su pelo rojizo y revuelto le da aspecto de enloquecida.

—Estás muy estresada. Intenta tranquilizarte...

—No, qué va. Lo veo todo más claro que nunca. Veo que ya no me sumas, que ya no aportas nada positivo a mi vida, que la negatividad y la mala energía envuelven tu aura. Pensé que cambiarías, que te darías cuenta que con tu pensamiento negativo sólo atraes cosas malas. Pero no, no sólo no has cambiado, sino que esta vez has caído desde muy alto y me has arrastrado a mí. ¡No quiero volver a verte nunca más!

—Pero ¿qué estás diciendo?

Susana coge su maleta, abre la puerta y sale. Yo, que llevo puesto todavía el pijama, salgo tras ella.

—¡Susana, espera! —le suplico.

Pero ella ni siquiera se da la vuelta y avanza por el pasillo a paso ligero. Sólo se detiene cuando llega a las puertas del ascensor.

—Susana, por favor, no te vayas, no me dejes así. Por favor, vamos a hablar —le vuelvo a suplicar con un nudo en la garganta.

Las puertas del ascensor se abren, Susana entra arrastrando su maleta y pulsa el botón del vestíbulo.

—Susana, por favor. No puedes marcharte así. No puedes hacer esto.

—Claro que puedo —dice lanzándome una mirada fulminante.

Las puertas se cierran y me quedo allí de pie, petrificada y temblando bajo mi pijama de gatitos.

Vuelvo a la habitación y me siento en la cama. No tengo fuerzas ni para respirar. Es como si una losa de cemento me estuviera aplastando los pulmones. Levanto la cabeza y en una esquina un bulto blanco llama mi atención. No distingo lo que es, me levanto y me acerco para descubrir con amargura que es el vestido de novia de Susana.

No me queda otra cosa más que hacer que recoger mi equipaje y mi autoestima, que ha quedado pegada a la moqueta de la habitación, y volver a Barcelona. Mi querida ciudad es el último sitio al que me apetece ir. Allí empezó el desastre con Víctor y aunque también viví los dos mejores años con él, en mi recuerdo no hay lugar para los buenos momentos y la tristeza flota sobre la felicidad como el aceite sobre el agua.

Cuando llegue a casa llamaré a mi madre y le explicaré todo lo ocurrido. No he tenido tiempo ni ganas de llamarla y supongo que ahora debe de creer que estoy de juerga. Al menos ella me animará y me consolará. Para eso, mi madre es la mejor. Supongo que el haber perdido a su marido tan pronto la hizo invencible. Cuando mi padre murió en un accidente de tráfico ella tenía veintiocho años y yo cuatro. Así que prácticamente no tengo recuerdos de él más que el de estar sentada en sus rodillas viendo jugar al Barça. Era un forofo y cuando veía un partido se enfadaba, gritaba y sufría mientras yo no entendía muy bien lo que pasaba.

De aquella época también recuerdo ver a mi madre llorar todo el día. Lloraba cuando me levantaba para ir al colegio, cuando me

vestía, cuando me hacía las trenzas. Lloraba constantemente y yo poco a poco fui entendiendo el porqué.

Una de las cosas que me quedó de mi padre fue el nombre. Mi madre me explicó que él siempre contaba que estaba tan enamorado de mi madre —que tiene nombre de flor, Margarita—, que quería tener en su jardín otra flor tan bonita como ella, así que cuando nació me puso Violeta.

Mi madre en realidad se llama Marguerite y es una francesa de pelo castaño, ojos azules y labios carnosos con una graciosa peca en la comisura del labio superior. Conoció a mi padre con veintidós años cuando él llegó un día con su camión a Pleucadeuc, el pueblo de mi madre en la Bretaña francesa, para recoger pavos de un matadero y transportarlos a Zaragoza. Él se detuvo a la entrada del pintoresco pueblo temeroso de quedarse atascado en sus estrechas calles y allí apareció mi madre con su Vespa azul cielo. Ella trabajaba en un taller de costura y los martes y los viernes repartía los encargos por el pueblo o iba a buscar telas, botones o cualquier otra pieza que hiciera falta en el taller. El día que se encontró a mi padre ofuscado dándole vueltas a un mapa era viernes. Con un mal francés balbuceado del minidiccionario que llevaba, le hizo entender a mi madre dónde quería ir. Ella le indicó que lo siguiera y rodeando el pueblo lo llevó hasta el matadero. Mi padre, como agradecimiento, le regaló una botella de vino tinto que llevaba en el camión. A la semana siguiente, un viernes a la misma hora, recogió más pavos en el mismo matadero y cuando se subió al camión para volver a España apareció mi madre subida en su Vespa, le saludó con un «¿qué tal?» recién aprendido en español y le regaló un pequeño queso de cabra metido en una bonita caja de madera. A la siguiente semana, mi madre ya lo esperaba a la entrada del matadero y así tuvieron varios encuentros en los que intercambiaban frases con mala pronunciación, miradas tímidas y sonrisas cómplices. También regalos, aceite de Les Garrigues, cruasanes de chocolate, manzanas de Lleida, *quiche* de jamón, turrone de Agramunt, creps de crema, licor de Ratafia o pastelitos *macaron*, hasta que un día, después de dos meses, mi padre le dijo que ya no volvería a Pleucadeuc a buscar pavos. Pero

sí volvió a la semana siguiente a buscar a mi madre y tres meses después se casaron en el ayuntamiento de Puigverd, en una sencilla ceremonia a la que sólo fueron invitados los testigos: Philip, uno de los hermanos de mi madre y Dolores, una de las hermanas de mi padre.

Seis años después, construida la casa que mi madre deseaba, montado el taller de arreglos en la misma finca que mi madre quiso y con una niña de cuatro años, mi padre volvió a retomar los viajes a Pleucadeuc, al matadero de pavos. Y un viernes, su camión se salió de la carretera, aquella misma carretera por la que mi madre le condujo la primera vez. Volcó sin más consecuencias graves para el vehículo que la puerta del conductor abollada y daños leves en el remolque. Pero mi padre recibió un golpe en la cabeza, uno sólo, que terminó con su vida en el acto.

Mi madre no quiso volver a su pueblo a pesar de que mi abuela vino a buscarnos varias veces. También lo intentaron Philip y Pierre, sus dos hermanos mayores, que al igual que la abuela tuvieron que volver a Pleucadeuc sin mi madre y sin mí.

Decidió sacar adelante el taller, la casa y a mí ella sola. Por suerte, la familia de mi padre nos arropó, sobre todo aquel primer año. Mis tías Dolores y María, las dos hermanas de mi padre, aparecían cada sábado para poner la casa patas arriba, abrir ventanas, sacudir alfombras, lavar sábanas, cortinas o cualquier cosa que cupiese en la lavadora. Ambas eran un torrente de energía y fuerza amorosa que derrochaban constantemente con sus hijos, conmigo y con mi madre. Recuerdo sus abrazos y sus caricias aquellos primeros meses y recuerdo el olor que salía de la cocina los sábados y los domingos, cuando mis tías cocinaban sus guisos que hervían como una locomotora sobre el fuego de la cocina o en el horno: macarrones con queso, bizcochos con manzana y crema, caracoles en salsa, pollo relleno, lomo rebozado, patatas fritas y un sinfín de platos que llenaban la casa de deliciosos aromas. Así que, a pesar de que veía a mi madre llorar casi todo el tiempo, yo apenas si noté la tristeza en casa. Mi única preocupación entonces era jugar con mis seis primos unos años mayores que yo, que me trataban como un juguete. Corríamos todo el día por la casa, nos

escondíamos en los armarios, poníamos patas arriba el orden recién dispuesto por mis tías, desbordando energía de la infancia por cada rincón de una casa que luchaba por volver a la normalidad tras la impuesta y dolorosa ausencia de mi padre.

Ahora mis primos están todos casados y tienen sus vidas, y sólo nos vemos en bodas, bautizos o entierros. A mis tías Dolores y María las llamo con frecuencia, al igual que a mis tíos de Pleucadeuc, Philip y Pierre. El trato con la familia francesa es fluido, Facebook es un maravilloso instrumento para estar al día de lo que hacen. Sobre todo hablo con una de mis primas, Marie, que vive en París y es una reconocida diseñadora de ropa. Tiene una *boutique* en la misma ciudad, otra en Londres y una más en Milán. Además de diseñar ropa de mujer, hombre y niño, hace un par de años se lanzó al mercado de la ropa de hogar, teniendo muy buena acogida. Si mi madre hubiera regresado a Francia, me pregunto si la vida habría dado un par de vueltas llevándome a París, a la misma escuela de diseño donde mi prima Marie se formó.

A media mañana, cojo un taxi que me lleva hasta el aeropuerto. Tengo ganas de llegar a casa, llenar la mesita de donuts de chocolate, té frío con limón y patatas fritas, meterme bajo las sábanas y vivir allí para siempre. Pero la agonía se va a prolongar un poco más porque mi avión viene con retraso.

Decido pasar el tiempo entre la cafetería y el supermercado comprando chuches y bebiendo café con leche. El aire acondicionado del aeropuerto está demasiado fuerte y hace rato que siento los dedos de los pies y de las manos fríos. El llevar chancas playeras no ayuda, y aunque consiguiera unos calcetines serían incompatibles con este calzado. A menos que quisiera parecer una turista inglesa.

El siguiente café con leche que tomo lo pido bien caliente y rodeo la taza con los dedos para sentir el placentero calor. Otro recuerdo con Susana acude a mi mente: cuando vino a pasar un fin de semana al pueblo.

Era pleno febrero y lo peor de esas fechas es el frío que hace en Lleida. El frío y la niebla. Dura días, semanas incluso, y es tan densa que no puedes ver a dos metros de tu nariz. Ésa es también una de las razones por las que me quedé en Barcelona cuando terminé los estudios de diseño de interiores. El invierno allí casi no se nota. En cuanto subes al metro o al autobús, con sus calefacciones a tope, empiezas a sudar. Desde que me mudé a Barcelona no he utilizado ni uno de los gruesos jerséis de cuello alto que en Lleida son mis prendas favoritas.

Llegamos el viernes por la noche y el sábado decidimos ir a dar una vuelta a la ciudad de Lleida. Quería enseñarle el casco antiguo, la Seu Vella, el parque de los campos Elisios, el Palacio de la Paeria o el río Segre con sus puentes que lo cruzan. Así que después de desayunar unos bizcochos de soletilla con chocolate caliente que mi madre había preparado, salimos a la calle a por el coche. Susana se quedó helada de golpe. El frío era intenso y una capa blanca de escarcha cubría la hierba del campo que estaba frente a la casa de mi madre.

Decidimos ir en su coche hasta la ciudad y no dije nada cuando lo vi totalmente congelado, con los parabrisas y las ventanillas cubiertos por el hielo. Esperé a ver la reacción de Susana cuando intentó abrir la puerta. No podía, estaba pegada por el hielo.

—¿Esto es cada año así? —me preguntó con la boca cubierta por tres vueltas de su bufanda de lana de color azul.

—Años atrás era peor.

—¿Peor? Dios mío, ¿cómo has podido sobrevivir tanto tiempo en este lugar?

Susana continuó tirando de la manija de la puerta.

—Nací aquí, estoy acostumbrada. O lo estaba. Reconozco que después de vivir tanto tiempo en Barcelona a veces me sorprende este tiempo como si nunca lo hubiera vivido.

—No puedo. Imposible —se rindió.

—Espera —le dije entrando en casa.

En la cocina llené una jarra de agua, salí y la derramé por la rendija de la puerta del conductor y del copiloto. Al primer intento, Susana consiguió abrirla y entrar.

Dejé la jarra en casa y subí al coche. Susana me miró con una mueca.

—¿Qué? —pregunté extrañada.

—Que me acabo de cargar el limpiaparabrisas —refunfuñó señalando la luna delantera.

Las gomas de los parabrisas se habían quedado pegadas al cristal.

—Quería quitar el hielo echándole agua, pero el depósito debe de estar congelado, así que he accionado el parabrisas. Funcionar, funciona —sonrió irónica—, pero sin las gomas —murmuró chirriando los dientes señalando el parabrisas.

—Las gomas se quedan pegadas al hielo.

—Pues perdona por no recordarlo —gruñó saliendo del coche.

—¿Adónde vas?

La vi entrar en casa y al instante volvió a salir con la jarra de agua, que derramó por la luna delantera. No sabía que no serviría de nada porque con este frío se volvería a congelar de inmediato, pero no le dije nada, bastante enfadada estaba ya, así que esperé a que terminara de tirar agua a todos los cristales del coche.

Después de dejar la jarra en casa, se sentó al volante y entonces puso cara de sorpresa al darse cuenta de que los cristales se habían vuelto a congelar.

La miré temiendo su reacción. Ella me miró y estalló en una carcajada.

—Quiero volver a Barcelona —sollozó golpeando su frente contra el volante—. Tengo mucho frío.

De repente, un chorro de líquido transparente se deslizó por la luna delantera y rápidamente el hielo empezó a desaparecer. Mi madre estaba vertiendo líquido de una botella de plástico.

—¿Por qué no se vuelve a congelar? —preguntó Susana mirando extrañada el cristal.

—Porque es agua con un poco de alcohol.

—Lógico, querido Watson.

Susana bajó la ventanilla y le dio las gracias a mi madre, que saludó desde la puerta de casa.

Pasamos el día en Lleida, aunque la mayoría del tiempo estuvimos en el interior de Zara, Mango, Sfera y Stradivarius disfrutando del calorcito de la calefacción. Volvimos por la tarde, justo cuando empezaba a anochecer y la niebla había hecho aparición hacía apenas un par de horas.

—¿Quieres que conduzca yo? —le propuse.

—No, es igual. Además, llevo luces antiniebla.

—Ya. Pero no sirven de mucho si hay mucha niebla. Al contrario.

—Llevo un Mercedes clase M, navegador de a bordo, gran fuerza de tracción y cambio automático, ¿qué es un poco de niebla para este monstruo?

—Vale, como quieras.

Cogimos la A2 en dirección a Mollerussa. La niebla se había vuelto tan espesa que tocaba el asfalto de la carretera. Susana se mordía el labio y agarraba con tanta fuerza el volante que los nudillos se le habían puesto blancos. La veía tragar saliva y mover la cabeza como un periquito, como si intentara esquivar la niebla que no nos dejaba ver las líneas de la autovía.

—Creo que nos acabamos de pasar la salida. Sí —afirmé mirando por el retrovisor—, nos la hemos pasado.

—No me extraña —se quejó Susana—. Veo menos que un gato de yeso.

—Sal en la próxima.

—¿Cuál?

—La próxima.

—De acuerdo, pero avísame con tiempo.

—¿No llevas tu supernavegador? —añadí sin intención de burlarme.

—Estoy nerviosa, vale. Indícame y ya está.

—Vale.

No dije una palabra para no distraerla hasta que vi el cartel que anunciaba la próxima salida.

—La próxima —la avisé—. ¿Me has oído?

—Que sí, la próxima.

No la veía disminuir la velocidad. Se la iba a pasar otra vez.

—Te la vas a pasar —le advertí.

—¿Dónde está?

—Ve frenando.

Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de pasarse la salida, dio un volantazo abandonando la autovía a demasiada velocidad.

—¡Frena, frena, frena! —le grité.

Gracias al sistema hipersónico del Mercedes del que tanto presumía Susana, consiguió controlar el coche. Pero seguíamos sin ver nada, ni siquiera una señal de tráfico o panel informativo, ni árboles, ni luces ni casas. Sólo la niebla que nos rodeaba completamente y que nos cegaba todavía más cuando las luces del coche se reflejaban en ella.

—¿Dónde estamos? No veo nada —dijo Susana con la cara por encima del volante.

—¿Muertas? —bromeé—. Esto debe de ser el cielo.

—¡No tiene gracia! Voy a veinte por hora y no sé si la carretera sigue recta o gira. Como raye el coche me voy a cabrear. Si lo llego a saber me voy a Puerto Rico con mi padre.

—Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? ¡Estamos a punto de tener un accidente! ¡Y no sé donde mierda estamos!

—En Lleida. —Susana me lanzó una mirada asesina—. Tranquila. Lo peor que puede pasar si seguimos por aquí es que lleguemos a Barcelona.

—Ah, pues eso sería genial.

No era para tanto aquella situación, sin embargo Susana la vivía como una tragedia porque lo único que le preocupaba era no rayar su precioso Mercedes.

Entonces, el coche dio un pequeño salto, nos sacudió de izquierda a derecha y se detuvo de golpe, de modo que nos quedamos inclinadas a la derecha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Creo que nos hemos salido de la carretera.

Nos bajamos del coche. La rueda delantera derecha estaba metida en una zanja.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Mi coche! —se lamentó Susana con las manos en la cabeza.

El parachoques, a la altura de la rueda que estaba atrapada en un agujero en el fango, había recibido un golpe y la chapa lucía una raja de unos cinco centímetros.

—Sube —me ordenó Susana visiblemente enfadada—. Tengo que sacarlo de aquí.

—Será mejor que pidamos ayuda. No creo que sea buena idea que intentes sacarlo.

Susana se tapó la cara con las manos. Estaba temblando.

—Tranquila. Yo me ocupo, pero entremos o nos vamos a congelar.

Saqué mi móvil y busqué en la agenda el teléfono de Adán, un amigo que también vivía en el pueblo. Tal vez era abusar un poco al pedirle un favor después de lo que pasó, pero había transcurrido mucho tiempo desde aquello y aunque no habíamos vuelto a hablar del tema, nunca se había mostrado enfadado conmigo y siempre lo he considerado un muy buen amigo.

Al segundo tono, Adán contestó.

—¿Violeta? —preguntó extrañado.

—Sí, soy yo.

—Qué sorpresa.

—Adán, tengo un problema. Me he quedado atascada en una zanja con el coche. ¿Podrías remolcarme?

—¿Quieres que vaya a Barcelona a sacarte de una zanja?

—No, perdona. No estoy en Barcelona. Estoy en Lleida.

—¿Y dónde estás exactamente?

—Ha sido en la autovía pasada la primera salida a Mollerussa. No sé si me verás, hay mucha niebla. El coche es un Mercedes clase M color negro.

—¡Guau! Vaya nivel, Violeta.

—No es mío, Adán.

—Lástima, porque es un coche precioso. No te preocupes, voy para allá.

—Genial. Pues aquí te espero.

Colgué.

—Salvadas —le dije a Susana.

—¿A quién has llamado?

—A Adán, un amigo de toda la vida.

—Nunca me has hablado de él.

—Porque no hay mucho que decir.

—¿Está bueno?

—Está casado y tiene hijos.

—Ups, material defectuoso —dijo Susana haciendo una mueca con la boca.

Susana estaba extrañamente callada. Miraba al frente y casi no parpadeaba. Sé que estaba pensando en algo y cuando hacía eso no solía decir ni una palabra.

—No tardará mucho —le dije para sacarla de sus pensamientos.

—Eso espero.

El intento no había servido de nada porque Susana volvió a entrar en el mismo estado hipnótico, lo que me hacía sentir fatal, como si yo tuviera la culpa de esta situación. Tenía la facilidad de hacerme sentir mal sin ni siquiera decir una palabra y era cuando a mí me daba por hablar, como hacen los niños pequeños buscando la atención de sus padres después de ser reñidos. Una atención que si consiguen significa que ya han sido perdonados y que vuelven a sentirse queridos.

—A Adán lo conozco desde siempre.

—¿Ah, sí? —soltó con un hilo de voz de total desinterés.

—De pequeños nos pasábamos el día juntos. En el colegio y después jugando en la calle.

—Humm —murmuró sin mirarme.

—Con él tuve mi primera llamada sexual.

Susana me miró.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Yo debía de tener unos once años y me alucinaba ver a las chicas mayores besándose con los chicos. Así que un día le pedí a Adán que me besara. —Susana sonrió y yo me sentí aliviada—. Primero lo subí a un escalón porque era más bajito que yo, después cogí sus brazos, los coloqué alrededor de mi cintura y rodeé su

cuello con los míos. Adán me miró con cara de asco y cuando yo apreté los labios contra los suyos cerró los ojos como si aquello fuera una tortura. Cada vez que lo veía, me tiraba sobre él para practicar los besos. Un día se apuntó al equipo de fútbol del pueblo y eso que era pésimo, el pobre. Supongo que estaba harto de mi acoso y era la única manera de escapar de mí.

—Qué bueno —comentó Susana prestándome toda su atención—. Cuéntame más.

—Trabaja en el campo y cuidando cerdos. Es moreno, con la piel curtida por el sol y tiene las manos callosas. Es todo lo contrario a un metrosexual.

—Ya me lo imagino.

—Estoy segura de que si le diera un bote de crema nutritiva la untaría en una tostada y se la comería para almorzar. —Las dos nos reímos a carcajadas—. Sin embargo, todo lo que tiene de bruto lo tiene de simpático y divertido.

—¿Pero está bueno o no?

—Tiene un atractivo tipo Indiana Jones; sustituyendo, claro está, el látigo y el sombrero por un mono azul de trabajo y unas botas de agua.

—¿Indiana Jones? Uf, yo soy más de Brad Pitt. Claro que verlo todo el día rodeado de cerdos y de gallinas vestido con un mono y botas acabaría matando su atractivo —dijo Susana haciendo una mueca de asco.

—Un Brad Pitt granjero.

—No, ni hablar. —Susana arrugó la frente—. Yo necesito un Brad Pitt cirujano o un Brad Pitt piloto.

—Claro, claro. Tienes razón, Barbie pija.

Nos volvimos a reír.

—Oye —murmuró Susana intentando recuperarse—, y en la adolescencia, ¿nunca te sentiste atraída por él?

—Yo no soy una chica de campo, ni de hijos, ni de compromisos familiares, por eso cuando Adán me pidió que me casara con él me largué.

Susana abrió exageradamente la boca.

—¡Eso no me lo habías contado! —gritó.

—Sólo lo sabe mi madre y ahora tú.

—¿Por qué?

—No es agradable que te den calabazas. Es un pueblo pequeño y no quería que se supiera.

—Pero yo no soy del pueblo. Soy tu amiga. Tú mejor amiga — me recriminó Susana.

—Lo sé. Simplemente no había pensado más en ello. Hace muchos años ya. Me fui a Barcelona y abandoné el futuro seguro que me esperaba si me casaba con él. Así de simple.

—¿Y no te arrepientes?

—¿Estás de broma? Claro que no. Mi vida no estaba entre tractores, pavos y gallinas de corral.

Entonces sonó el móvil de Susana. Era su padre.

Me evadí de la conversación pensando en lo que le acababa de contar. La verdad era que no había vuelto a pensar en ello. Y no, no me arrepentía de no haberme quedado en el pueblo a hacer mi vida. La ciudad era y es para mí un mundo de emociones que me ofrece infinidad de cosas para hacer. Cines, teatros, discotecas, la playa, el paseo marítimo, los centros comerciales. De lo que sí me arrepentí fue de no haber tenido el valor de darle una respuesta a la cara. Era lo mínimo que Adán se merecía y no puedo imaginarme lo que debió de sentir cuando se enteró de que me había marchado a Barcelona sin despedirme, huyendo como una cobarde. A lo mejor así se dio cuenta de que yo no valía tanto la pena. Años después se casó con una chica de un pueblo cercano y tuvieron dos hijos.

Ya habían pasado diez años desde su petición y aunque había vuelto al pueblo unos meses después me las arreglé para no encontrarme con él. Luego nos volvimos a ver muchas veces pero nunca más volvimos a hablar del tema.

Pasados quince minutos, una ranchera se detuvo delante de nosotras.

—¿Es ese Adán? —preguntó Susana.

—Sí —contesté bajando del coche. Al instante me congelé y se me cortó la respiración.

Adán se acercó a mí caminando. Llevaba una barba espesa de tres días y desprendía un fuerte olor a animales. Vestía una

chaqueta gruesa de chándal, unos tejanos azules llenos de manchas oscuras y unas botas sucias con pegotes de paja, barro y estiércol.

—¿Que tal está la flor de mi jardín? —me saludó risueño dándome dos besos.

—Hola, Adán. Gracias por venir.

—Perdona que aparezca de esta manera —se disculpó mirándose la ropa—. Vengo directamente de la graja.

—Tranquilo, no pasa nada.

Susana salió del coche y se acercó a nosotros. En cuanto vio a Adán se apresuró a extenderle la mano.

—Hola. Soy Susana.

—Es mi amiga —dije—. Susana, de Barcelona.

—Hola, Susana de Barcelona, ¿qué tal? —la saludó Adán estrechándole la mano—. ¿Qué os ha pasado? —preguntó agachándose a inspeccionar la rueda que había quedado atrapada en la zanja.

Susana me miró e hizo una mueca de asco.

—La niebla —dije avergonzada por si Adán la había visto.

—¿Nos puedes sacar de aquí? —preguntó Susana frotándose los brazos para entrar en calor.

—Creo que sí.

Adán fue hasta su ranchera, sacó un cable de la parte de atrás y lo sujetó al enganche del coche de Susana.

—Déjalo en punto muerto y coge el volante —le pidió—. Estarás fuera en un periquete.

Subimos al coche y Susana soltó el freno de mano haciéndole una señal con el pulgar a Adán. Éste subió a su coche y arrancó acelerando con cuidado. El cable se tensó y comenzó a tirar de nosotras, haciendo que el coche se balanceara al intentar salir de la zanja. Sentimos un tirón más fuerte y, esta vez, el coche volvió a la carretera.

—Por fin —dijo Susana con cara de alivio.

Adán bajó de la ranchera y se acercó a nosotras.

—Bueno, chicas, ya estáis salvadas —añadió, apoyándose en la ventanilla del conductor.

—Gracias —contestamos al unísono.

—¿Vais a estar muchos días por aquí?

—Pues...

—No, qué va —contestó Susana cortándome.

—Entonces, tenemos que tomar algo antes de que os vayáis.

Así que a ver si nos vemos por el pueblo.

Adán guiñó un ojo antes de alejarse.

—¡Espera! —le grité—. Vamos al bar de Jordi, te invito a una cerveza.

—Es que... voy hecho un asco.

—No importa —le dije mientras sentía un golpecito de Susana en la pierna—. Venga, no hace falta que te pongas de etiqueta para tomar una cerveza con nosotras.

—Vale —contestó Adán—. Entonces seguidme.

Arrancamos y seguimos a Adán, quien conducía muy despacio haciéndonos de señal indicadora en la espesa niebla.

—No me extraña que no te casaras con él —dijo Susana.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Es evidente, ¿has visto cómo va? Lleva mierda hasta en las cejas.

—Trabaja con animales, ¿qué quieres? ¿Que huela a Armani?

—He tenido que aguantarme unas ganas terribles de vomitar.

—No seas exagerada.

—Es verdad —sentenció Susana—. Y encima le dices de ir a tomar algo.

—Ha venido hasta aquí a ayudarnos.

—Es que, tía, huele fatal. ¿Sabes qué? Yo me quedo en casa de tu madre y me doy una ducha para entrar en calor mientras tú vas a tomar algo con él. Además, es tu amigo, no el mío.

Cada vez estaba más arrepentida de haberla invitado a venir al pueblo.

Susana me dejó en el bar de Jordi y se marchó saludando con la mano a Adán.

—¿No se queda tu amiga?

—No. Le duele la cabeza —la disculpé.

Adán me abrió la puerta para que pasase pero yo me quedé inmóvil.

—¿Entras o no? —preguntó extrañado.

—Uy, perdona. Es que no estoy acostumbrada a que me abran la puerta.

En la barra pedimos un par de cervezas.

—¿Vamos a una mesa?

—Sí, mejor —contesté.

Seguí a Adán, que eligió una mesa alejada de la barra.

—Menuda sorpresa me he llevado cuando he visto tu nombre en la pantalla del móvil.

—¿Creías que quería que fueras a Barcelona a sacarme de una zanja?

—Sí. Estaba alucinando.

—No te habría llamado desde Barcelona para que me vinieras a ayudar.

—Habría ido.

Jordi, el dueño, nos trae unas patatas fritas de aperitivo.

—Violeta, qué sorpresa, ¿cómo estás? Hacía tiempo que no te dejabas ver por aquí.

—La ciudad me absorbe, Jordi.

—¿La ciudad o alguien que te tiene secuestrada por allí?

—Qué va.

—Bueno, juventud. Vuelvo a la barra que los clientes se ponen nerviosos.

—¿Qué clientes? —pregunté cuando Jordi ya se hubo marchado.

En el bar sólo estábamos nosotros y un hombre mayor en la barra que debía de hacer tres horas que estaba con la misma cerveza.

—¿Qué tal te va todo? —le pregunté.

—Bien. Voy a ser padre.

—¿Otra vez? Ya son tres, ¿no? Felicidades.

—Gracias.

—¿De cuánto está tu mujer?

—De cinco meses. Es otro niño.

—Tres chicos. Tendrás ayuda en el campo.

Adán asintió con una leve sonrisa.

—No te veo muy entusiasmado —le dije.

—¿Ah, no? Pues lo estoy —comentó comiéndose una patata.

—Supongo que cuando ya tienes dos hijos el tercero no es tan emocionante.

—Es igual de emocionante.

Adán recorrió mi cara con sus ojos, lentamente, mientras se comía otra patata. Eso me ponía nerviosa.

—Gracias otra vez por venir a ayudarnos —dije removiéndome en mi asiento.

—No me las tienes que dar. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

Me eché hacia atrás en el respaldo de la silla, incómoda, e inmediatamente Adán tragó saliva y carraspeó.

—Como por cualquier amiga. Amistad, quiero decir. Los amigos están para ayudarse, como he dicho antes —soltó atropelladamente.

—Sí, bueno, ya te había entendido.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Siempre sentía esa sensación de obligarme a decir algo, lo que fuese, para evitar hablar del tema que teníamos pendiente: la proposición de matrimonio a la que contesté huyendo.

—Pues yo he conocido a alguien, un chico —comenté.

«Un tema muy apropiado», me regañó Samantha.

Adán asintió con la cabeza y vi una mueca en su boca que significaba que no le interesaba lo más mínimo, pero no sé por qué continué.

—Se llama Víctor y es... bueno, divertido. Trabaja de comercial en una empresa textil y viaja bastante.

—Entonces, ¿no os veréis mucho?

—Bueno, sí y no. No es que esté siempre de viaje. Ya sabes.

Adán volvió a asentir con la cabeza y yo le di un largo trago a mi cerveza para que me diera tiempo a pensar en otro tema del que hablar. La situación se estaba volviendo tensa.

—¿Y cómo le vais a poner?

—¿A quién?

—Al niño.

—Ah, pues todavía no lo sabemos. No nos ponemos de acuerdo.

—¿Qué nombre te gusta a ti?

—Isaac —respondió solemne.

—¿Sabes que en el cole le dirán Newton?

—Pues peor es Elvis.

—¿Elvis? ¿Tú mujer quiere ponerle Elvis al niño?

—Sí. Pero eso no ocurrirá.

Ambos nos reímos.

—¿Sabes cuál es un nombre bonito para un niño? —le dije.

—¿Cuál?

—Martí, como mi padre.

—Sí lo es. Seguro que le pondrás ese nombre cuando tengas un hijo.

—No creo que tenga hijos.

—¿Por qué?

—Dan demasiado trabajo. Dejas de tener vida propia. Les tienes que dedicar todo el tiempo. Y se me acabaría el cine, los conciertos, viajar o ir de compras.

—Harías las cosas de otra manera.

—¿Tú crees? Tengo amigas con hijos pequeños que hace más de un año que no se depilan.

—Jajajaja. Me lo creo —soltó Adán.

—¿Y crees que eso merece la pena? ¿Ir como King Kong con pelos hasta en el bigote?

—Anda. Tomemos otra cerveza. —Adán le hizo una señal a Jordi para que nos trajera otro par de cervezas.

Meses después mi madre me dijo que al niño le habían puesto Martí; ella pensó que había sido un gesto casual y bonito por parte de un viejo amigo.

Los altavoces anuncian que mi avión ha llegado aunque me hacen ir a otra puerta para embarcar. Mientras camino a toda prisa caigo en que no he encendido el móvil desde que lo apagué ayer por la noche. En cuando introduzco el pin, empiezan a llegar WhatsApps

uno tras otro. Abro el primero deseando ver junto a la arroba verde el nombre de Susana con un mensaje de arrepentimiento. Falsa alarma, es Adán que dice:

Felicidades Violeta, flor de mi jardín, que pases un día estupendo y te regalen cosas preciosas.

Se me había olvidado. Hoy cumplo veintiocho años.

No abro ningún mensaje más, no estoy para felicitaciones, pero la frase de Adán, que siempre me dice «Violeta, flor de mi jardín» resulta ser un pequeño consuelo. Cuando subo al avión y consigo sentarme y abrocharme el cinturón, el recuerdo de la voz de Adán pronunciando mi nombre me ayuda a conciliar el sueño, un sueño agitado e incómodo que me acompaña hasta Barcelona.

Capítulo 3

Creo que llevo dos horas despierta antes de que suene el despertador. Son las siete y media de la mañana y me queda por delante una hora maratoniana de autobús y metro hasta llegar al trabajo. Me siento muy mal, triste y desanimada. No puedo dejar de pensar en todo lo que ha ocurrido. En la homosexualidad de Víctor, en el día desastre de la boda y en el enfado de Susana. Y cualquier pequeña cosa que hago, como por ejemplo pensar en la ropa que me voy a poner, en cómo maquillarme o prepararme la comida requiere un gran esfuerzo por mi parte.

Susana no estaba en el piso cuando llegué y no he tenido noticias suyas. Ya hace tres días que estoy en Barcelona y no logro localizarla. La he llamado cientos de veces al móvil, pero no contesta. Incluso he llamado a su padre pero tampoco me coge el teléfono. Todas sus cosas siguen aquí, incluido su ordenador. Supongo que ya dará señales de vida cuando esté más tranquila. Es absurdo que se enfade conmigo por algo de lo que no soy culpable. Espero poder hablar con ella cuando el recuerdo de todo lo ocurrido el día de su boda no sea tan doloroso. Necesita tiempo para asimilarlo. Me llamará cuando me necesite y, a pesar de todo lo que me dijo, yo estaré aquí para lo que quiera. Somos amigas y sé que ella me quiere como a una hermana. Lo sé porque me lo ha dicho más de una vez, ¿y qué no le perdonarías a una hermana?

No sé qué hacer para encontrarme mejor. Ni siquiera creo que pueda hacer algo; para rematar, hoy es mi primer día de trabajo después de mi semana de vacaciones. Me queda el consuelo de que el fin de semana próximo son las fiestas del pueblo e iré a ver a mis amigos de siempre. Beberemos, bailaremos y nos echaremos unas risas. Los espero ansiosa y hasta que llegue el día, me arrastraré intentando recordar que tengo que respirar, comer y dormir.

Bajo a buscar el pan para prepararme un bocata que llevarme de almuerzo. Hoy necesito algo más que una barrita baja en calorías para aguantar toda la mañana. El olor a pan recién horneado y el aroma a café en el local me traen recuerdos de momentos con Víctor. Cuando vivíamos juntos, los domingos por la mañana solíamos desayunar en el bar que estaba en la misma calle que nuestro piso. Era una cafetería como ésta en la que además tenían pan y todo tipo de bollería. No madrugábamos y pasábamos allí casi toda la mañana, charlando y leyendo el periódico. Parecíamos la típica pareja neoyorquina, sólo nos faltaba beber el café en esos vasos de plástico y parar un taxi amarillo. Supongo que ha de pasar tiempo para que los olores, las canciones y demás sensaciones dejen de traerme recuerdos de un pasado feliz que ahora sólo deja posos de amargura en mi corazón.

Una voz que pronuncia mi nombre me saca de mis pensamientos. Me giro y veo a Arnau, un vecino del barrio que lleva persiguiéndome casi desde que llegué.

—Qué guapa estás —me dice plantándome dos inesperados besos.

—Hola, Arnau, ¿qué tal?

—Estupendo. Voy a tomar un café, ¿me acompañas?

—Oh, no puedo. Tengo que ir a trabajar.

—Venga, todavía es pronto. Te da tiempo a tomar algo conmigo; me encantaría disfrutar de tu compañía a estas horas de la mañana.

Sonríó forzosamente. Es tan pijo que habla como si estuviera en la época del romanticismo.

—No, de verdad. No tengo tiempo.

—¿Qué tengo que hacer para que un día aceptes salir conmigo?

Vuelvo a sonreír. No sé qué contestar. Me agobia. Arnau me mantiene la mirada y yo deslizo un dedo por uno de mis rizos.

—El jueves —le digo—. Peli y cena, o cena y peli.

Arnau me mira sorprendido. Samantha también. No sé por qué le he dicho eso, pero acabo de darle una cita.

—A las nueve te paso a buscar —añade apresuradamente.

—Vale. —Compro el pan y desaparezco.

Llego a mi puesto de trabajo, una pequeña oficina en la segunda planta de un edificio frente al campo del Barça. En el departamento trabajamos tres personas más la loca de mi jefa, Estrella. Yo me dedico a los presupuestos para los clientes y atención telefónica y aunque espero que algún día me trasladen a la tercera planta, que es donde están los diseñadores y es lo que prometieron cuando solicité el puesto, este trabajo tampoco me desagrada. Uno de mis compañeros es Fran, un chaval que vive en su propio planeta imaginario y parece que nada le perturba. Es el diseñador gráfico encargado de la ilustración de la pequeña revista que tiene la empresa, un friki de veinticinco años que lleva el pelo revuelto de color rubio pollo, gafas de pasta negra y siempre viste pantalones pitillo y chalecos estrafalarios.

Sonia es la contable. Tiene 24 años, está separada y cría ella sola a dos hijos. Su aspecto es bastante descuidado, una hippy con mezcla de heavy con maquillaje demasiado oscuro, flequillo asimétrico y cabello descuidado con mechas rubias. Lleva un *pearcing* en el labio y otro en la ceja. Los empleados de los demás departamentos cuchichean cuando la ven pasar pero eso a ella no la perturba. Sonia tiene otras preocupaciones y aunque está tan fuera de lugar como un cactus en un jardín de rosas, cuentan con ella porque es una crack con los números. Ella es mi consuelo en esta oficina, la única que sabe lo que Estrella me martiriza y la única con la que me puedo desahogar cuando salimos del trabajo y vamos de camino al colegio para recoger a sus hijos. Sólo cuando se han comido la merienda y juegan en los columpios del parque me puede prestar algo de atención, normalmente no son más de diez minutos porque o se han caído del columpio o les han tirado tierra en los ojos

o les han robado el cubo. Entre mocos, gritos y exigencias consigo desahogarme.

—No sé cuánto tiempo más voy a poder soportar a Estrella y al pesado de su marido. Estoy agobiada y en tensión todo el día pensando que en cualquier momento va a aparecer por detrás para gritarme órdenes sin ninguna educación. No sé por qué todavía tengo esperanzas de que me trasladen al departamento de diseño. Es por lo único que aguanto en este trabajo.

—Seguro que pronto aparece en tu vida algo mucho mejor. Tú eres libre para elegir cuando tengas opción. Yo no.

—Todos tenemos opción.

—No, Violeta. Mírame. Dos hijos con un padre que no pasa la pensión y un alquiler que hace meses que no puedo pagar.

—No sabía que no podías pagar el alquiler —suspiro sorprendida.

—No suelo explicar mis problemas, me parece que si hablo de ellos los hago más grandes. Y de todas maneras nadie puede ayudarme.

—¿Has pedido ayuda a los servicios sociales?

—Sí. Me dan comida y ropa para los niños y se han hecho cargo del alquiler algunos meses, pero supongo que todo tiene un límite. —Su sonrisa permanece como si no quisiera que sus hijos pudieran ver la tristeza que yo veo en sus ojos.

—¿Y tu ex pareja?

—Desaparecido. No contesta al teléfono ni a los requerimientos judiciales. No sé, Violeta, estoy cansada, harta, asqueada. Estoy... no sé, Violeta, no sé.

—Me gustaría ayudarte, Sonia. Pero no puedo hacerlo con dinero.

—No te preocupes. Me ayudas mucho hablando en momentos como éstos. Por un rato me evado de mis problemas

—¿Unas pipas? —le ofrezco sacando un paquete del bolso.

Al día siguiente sé que Estrella no vendrá en toda la mañana, así que aprovecho para largarme a la sala de reuniones, donde

también se almuerza, a llamar a mi madre desde el teléfono fijo. Estos días he estado demasiado cansada y desanimada para contarle los detalles por teléfono. Al quinto tono, salta el contestador y cuelgo.

Justo en ese momento aparece Albert, el marido de Estrella. Un vividor con aires de grandeza, de orígenes andaluces y portes de señorito de cortijo.

—Violeta, Violeta, Violeta —murmura arrastrando las letras. Sería un buen doblador de películas porno.

—Hola, Albert.

—Es un poco pronto para almorzar, ¿no? —susurra mirando su reloj de cadena que saca del chaleco a juego con su traje gris.

Este tío me da un asquito increíble. No soporto sus aires de señorito andaluz.

—No, Albert. No he venido a almorzar.

—Yo sí, ¿por qué no me acompañas? Hoy no está mi mujer y tengo... hambre.

—Pues almuerza con los demás a las once.

—No, qué va, no me gustan las multitudes. ¿Tú no quieres comer... algo? —se insinúa guiñándome un ojo.

«Serás asqueroso. Ni que me pagaras un millón de dólares como Robert Redford a Demi Moore te comería nada», escupe Samantha.

—No. Gracias.

Paso junto a él para llegar hasta la puerta y entonces me sujeta del brazo.

—Si tú quisieras podríamos pasarlo muy bien.

—Estás loco.

—Vamos, Violeta. Somos adultos. Yo soy un hombre tristemente casado y tú una solterona aburrida, ¿por qué no hacemos una locura juntos?

—Antes dejo que me atropelle un tren de mercancías.

Albert presiona mi brazo.

—Oye, graciosa, sé que tu novio te ha dejado y que no te comes una rosca, así que no me desprecies por querer hacerte un favor.

—¿Quién haría un favor a quién? —le digo, soltándome.

La puerta se abre y aparece Sonia.

—Violeta, el señor Grau al teléfono, dice que es urgente, algo sobre un presupuesto que le enviaste.

—Ya voy —digo encaminándome hacia la puerta.

—Ya volverás cuando tengas hambre —añade Albert—. Y yo seguiré dispuesto a alimentar a la hambrienta.

Salgo y cierro dando un portazo.

—¿Te estaba acosando otra vez? —pregunta Sonia.

—Sí, qué pelmazo es.

—Deberías hablar con los jefes, te lo he dicho muchas veces.

—No me iban a creer, Sonia. Me echarían a la calle en un plis.

—No sé porque aguantas en este cuchitril con Estrella y el asqueroso de su marido, yo ya me habría largado.

—Ya, ¿y adónde voy?

—Al pueblo con tu madre hasta que encuentres algo mejor.

—Sí, claro.

—Yo si fuera tú lo tendría clarísimo.

—Qué asco de tío.

—Sí —afirma Sonia haciendo una mueca con la boca—. Un asco.

Sí, definitivamente la idea de la cita con Arnau, mi vecino, no es tan mala.

Capítulo 4

Jueves, ocho de la tarde. Ya me he duchado y he conseguido secar y darle forma a mi rebelde melena de rizos. La dejo suelta y me maquillo un poco. Me pongo unos tejanos y una camiseta de colorines, sandalias de tacón y un bolso pequeño. Una hora más tarde, el interfono suena y veo en la pantalla del visor la cara en blanco y negro de Arnau.

—Bajo —le digo.

No entiendo por qué este chico no me atrae. Es guapo, con un cuerpo atlético, de esos trabajados en gimnasio y además tiene estilo vistiendo. Rubio de bote, ojos verdes aunque algo pequeños, labios finos y unas antinaturales cejas depiladas. Además, tiene un trabajo con el que se gana bien la vida, es director de una cadena de supermercados. Sin compromisos ni cargas familiares y, lo más importante, está interesado en mí.

Mientras bajo en el ascensor me digo que voy a hacer un esfuerzo por sentirme atraída por él.

«No, no —me asalta Samantha—. Eso es como la digestión, no lo puedes controlar.» Pero voy a poner todo mi empeño.

—Encanto, estás guapísima —suelta Arnau nada más verme.

—Gracias.

—Tengo el coche aquí mismo.

Caminamos por la acera hasta llegar a la entrada de un parking. La puerta se eleva cuando Arnau acciona un pequeño mando.

—Pasa —me indica con la mano.

Camino hacia la oscuridad e inmediatamente unas luces parpadean hasta encenderse. El lugar no es muy grande y sólo hay unas seis plazas de aparcamiento, todas ellas ocupadas.

Los intermitentes del Mercedes negro reluciente centellean junto con un pitido.

«Vaya, vaya, vaya —exclama Samantha—. Esto se pone interesante.»

Arnau abre la puerta del copiloto para que entre. Los asientos son negros de piel y huele a manzana ácida. Está extremadamente limpio y cuando Arnau sube, la radio empieza a sonar. Supongo que ha debido de encenderla desde los mandos del volante.

Salimos del parking y enseguida abandonamos las estrechas calles del barrio de Gracia.

—¿Qué tal el día? —pregunta Arnau dedicándome una sonrisa y una mirada fugaz bajo sus perfectas cejas depiladas.

No pienso explicarle el intento de ligar del señorito andaluz.

—Bien —contesto—. ¿Y tú?

—Bueno, creo que ha sido lo mejor que podía ser. La rutina siempre requiere un esfuerzo aunque ese mismo esfuerzo conlleve un esfuerzo.

«¿Qué leches ha dicho?», pregunta Samantha. No sé. No he entendido nada.

—Ajá —respondo—. ¿Adónde vamos?

—He pensado en un restaurante en el puerto. Es divino y se come muy bien.

«¿Divino?», repite Samantha metiéndose un dedo en la boca como si quisiera provocarse una arcada.

—Genial.

—¿Qué música te gusta? —pregunta Arnau toqueteando la radio.

—Un poco de todo. Menos ópera.

—¿Ninguna ópera?

—Creo que no.

—La ópera, para saber apreciarla, hay que saber escucharla.

—Ya. Supongo. Yo soy más de música pachanguera: Malú, Estopa, Melendi.

Arnau frunce el ceño. Creo que con este comentario acabo de perder toda oportunidad con él. Vaya, creo que no me importa.

—Todo se puede aprender. Incluso a escuchar ópera.

Que empeño con la maldita ópera.

—Seguro que sí —contesto con cero interés.

Samantha bosteza y yo también.

Llegamos al puerto y entramos en una zona donde unas barreras nos impiden el paso. Arnau baja la ventanilla, aprieta un botón, recoge un tique y las barreras se abren dejándonos pasar al parking que hay dentro del muelle.

Baja del coche y justo cuando abro la puerta, él ya está allí para sujetármela.

—Gracias —le digo.

Entonces me doy cuenta de lo elegante que va. Lleva una americana tejana azul oscuro con el cuello de raso del mismo color, unos jeans negros y unos zapatos marrones con puntera cuadrada. También lleva al cuello un pañuelo sobre una camiseta blanca.

Caminamos hasta un restaurante bastante bonito. Un camarero hace guardia en la entrada y tras preguntarnos si tenemos reserva, nos acompaña al interior.

Nos sentamos en una esquina del local donde la mesa, pequeña y redonda, está en una zona bastante íntima.

Demasiado.

No sé de qué hablar y aunque antes me haya propuesto hacer un esfuerzo por sentirme atraída por él, no encuentro ánimos ni entusiasmo en ninguna parte de mi cuerpo ni de mi cerebro. Cojo la carta que está sobre la mesa y hundo mi nariz en ella.

Ahora mismo daría lo que fuera por estar en el sofá, tapada con mi manta mirando la televisión.

«¿Cómo puede ser que una chica de veintiocho años tenga ese pensamiento? Me pregunto qué será de ti cuando tengas cincuenta.» Samantha tiene razón.

Venga. Soy joven, físicamente aceptable y tengo toda la vida por delante. Esta noche voy a triunfar, me digo, esta noche voy a triunfar.

—¿Cómo es que un chico tan mono como tú no tiene novia? —
No me puedo creer lo que le acabo de preguntar.

Arnau levanta la vista de la carta. Otra vez tiene esa mirada de sorpresa como cuando le di la cita.

Sonríe.

—Vale, veo que eres directa, eso me gusta.

—Perdona, a veces no pienso lo que digo.

—No, si me encanta —susurra Arnau.—Verás, me cuesta tener novia. No encuentro a la persona apropiada.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—A lo mejor eres muy exigente.

—Tal vez. Exijo ciertas cosas. Pero eso lo hacemos todos, ¿no? Todos tenemos unos deseos, unos gustos, unas condiciones.

«Ni se te ocurra preguntarle qué deseos, gustos o condiciones tiene —me exige Samantha—, o no nos largaremos de aquí en toda la noche.»

—Supongo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Desde cuándo no tienes pareja?

«Ni se te ocurra explicarle toda tu desastrosa vida amorosa. ¡Dios, vais a matarme de aburrimiento!» Samantha no deja de quejarse.

—Desde hace un tiempo —contesto desviando la mirada.

—Tranquila, podemos dejar las explicaciones para una segunda cita.

«¿Segunda cita? ¿Cuándo le has dado a entender que habrá una segunda cita?»

Afortunadamente, el camarero nos interrumpe para tomar nota.

—¿Te apetece una ensalada para compartir? —me pregunta Arnau.

—Sí.

—¿Aliño de miel y nueces?

—Vale.

—Para mí, el especial de tres pisos con pepinillo y aliño extra —pide Arnau—. ¿Te apetece un poco de vino blanco?

—Sí, claro.

—¿Y la señora que querrá? —pregunta el camarero mirándome sin ninguna expresión en su cara.

Odio que me llamen señora.

Me pediría unos espaguetis carbonara pero son un poco rollo de comer. Seguro que se me quedan enganchados en la barbilla y me pringo de salsa.

—El bistec con salsa de pimienta.

—Muy bien —contesta el camarero cogiendo las cartas del menú.

Otra vez este silencio incómodo. Y ni siquiera hay agua o aceitunas para entretenerme.

Arnau me mira y sonrío. Seguro que se siente tan incómodo como yo.

—¿Eres de las que le gusta ser conquistadas? —pregunta Arnau.

«Ya empezamos con el maldito interrogatorio —murmura Samantha—. Espero que el bistec sea pequeño para que te lo puedas comer rapidito y largarnos de aquí.»

—¿Cómo?

—¿Si te gusta que te conquisten o prefieres ir al grano?

«Por si no lo sabes, grano significa sexo», apunta Samantha

—Pues no sé —contesto totalmente descolocada.

—Yo soy más de ir al grano —sentencia Arnau, arqueando sus finas cejas—. Tengo una edad y sé lo que quiero. Sólo necesito saber si lo que tú quieres es lo mismo que yo. De esa manera nos ahorraremos un montón de tonterías.

Me pregunto qué son tonterías para él: ¿cenas, cines, teatros, paseos, regalos...?

—¿Me estás preguntando si quiero acostarme contigo?

—No. Sólo quiero saber si te gusto lo suficiente como para planteártelo.

—No lo sé. Es la primera vez que salimos.

—Me has visto infinidad de veces en el barrio. No necesitas una cita para imaginarte conmigo en la cama.

Uf, qué presión.

—¿Necesitas una respuesta ahora?

—Ahora no. Cuando terminemos la cena. Y no tienes por qué sentirte presionada, sólo es una pregunta muy sencilla. Si no te gusto no tenemos por qué volver a salir. Me lo dices y se acabó.

—¿Y si te digo que sí me gustas?

—¿Es una afirmación? —pregunta Arnau sin cambiar de tono mirándome fijamente.

—Sólo es una pregunta. Quiero saber qué pasaría si te dijera que sí me gustas.

—Pues te llevaría a mi piso después de cenar.

—¿Tendríamos sexo?

—Claro. Si ambos nos gustamos, ¿por qué no íbamos a tenerlo?

El camarero trae las bebidas y la ensalada.

«Por fin —dice Samantha entusiasmada—, un poco de acción. ¿No ibas a esforzarte para sentirte atraída por él? Pues finge y esta noche echamos un polvo.»

—Lo siento si mi forma de ser te ha importunado, pero prefiero ser muy claro desde el principio y no albergar falsas esperanzas. No quiero que me hagan daño ni tampoco hacerlo.

«¿Importunado? ¿Albergar? ¿De dónde sale este tío? —comenta Samantha—. Es igual, para echar un polvo no nos importa su nivel cultural.»

—Tranquilo, soy mayorcita.

Ambos probamos la ensalada.

«—¿Qué bragas te has puesto? —me interroga Samantha.

»—Las azules que compré en los chinos.

»—¿La braga faja?

»—No. Las del lacito rosa con lunares.

»—Ah, qué susto. Ésas seguro que le ponen cachondo.

»—No pienso acostarme con él.

»—Claro que lo harás. No estás en situación de despreciar un polvo. No es que te los vayan ofreciendo en cada esquina.»

—Está buena esta salsa de miel y nueces —comenta Arnau sacándome de mis pensamientos.

El camarero trae mi bistec y lo que ha pedido Arnau, que parece una especie de lasaña con varias capas de carne, verduras, salsa, pepinillos y un huevo frito que corona la construcción.

—¿Qué tal tu bistec?

Corto un trocito y lo saboreo

—Muy bueno.

Arnau clava el tenedor en su montaña de comida y corta un trozo bastante grande que se mete en la boca. Inmediatamente, el huevo resbala por la comisura de sus labios y me produce un asco terrible. Y yo preocupándome porque no se me engancharan los espaguetis en la barbilla. Si piensa que voy a besarle va listo. Es asqueroso verle comer ese montón de carne con la yema del huevo bañándole los labios. O aparto la vista o acabará revolviéndome el estómago.

Al fin estamos en los postres.

La conversación gira alrededor de política y crisis financieras y tengo la suerte que él es un hablador que apenas si respira para continuar con la siguiente frase. Eso me permite relajarme y fingir que le escucho.

—¿Qué me dices?—pregunta Arnau.

—¿De qué?

—No me estabas escuchando.

—Claro que sí.

—No, no lo hacías.

—Bueno, pues repíteme la pregunta —le exijo intentando no alterarme.

Pelma.

—Te he preguntado si te gusto.

Ups.

«*Porfi, porfi, porfi*, dile que sí —suplica Samantha—. Es guapo, tiene un buen cuerpo, parece limpio y seguro que podrías pasar por alto lo del huevo y las cejas depiladas. Venga, un polvete después de

cenar, que no tenemos nada más interesante que hacer hoy, ni mañana, ni el resto de nuestra vida.»

—Eres totalmente libre de hacer y decir lo que quieras. Así que deja que hable tu corazón —dice Arnau.

—Sí —respondo.

Arnau sonrío.

«Gracias por no hacerle caso a tu corazón», susurra Samantha.

Volvemos al coche y nada más arrancar, Arnau pone su mano en mi rodilla. Al instante me siento incómoda. Me pregunto cómo voy a acostarme con él si este simple gesto me molesta.

«*Reláaaaajate* —me aconseja Samantha—. Intenta disfrutar del momento y del buen sexo que seguro vas a tener.»

Arnau toca unos botones de la radio y empieza a sonar una canción.

—¿La has escuchado? —me pregunta—. Es Pablo Alborán.

Me concentro en la música, en la voz clara y dulce del cantante y en la letra de *Solamente tú*.^[1]

—Sí —le digo—. La había escuchado.

—¿No es preciosa?

—Lo es.

Al escucharla me entran ganas de volver a estar enamorada. De sentir los besos de ese amor por todo mi cuerpo, su mano recorriendo mi cara, sus caricias en mi pelo y temblar de emoción nada más pensar en él. Esta canción me trae sentimientos vividos con Víctor que me gustaría volver a sentir por algún otro chico. Pero ese chico no es Arnau, de eso estoy casi segura.

Llegamos al barrio donde ambos vivimos y al pasar por delante de mi edificio, tengo que morderme la lengua para no pedirle que pare y bajar.

Samantha me mira de reojo y dice que no con el dedo.

Volvemos a entrar en el parking y allí subimos al ascensor, que nos lleva hasta la tercera planta de su edificio.

Arnau abre la puerta de su piso y yo me siento nerviosa, como si estuviera a punto de tener una visita en el ginecólogo.

—Pasa —dice abriendo la puerta.

El pasillo se ilumina nada más dar dos pasos. Tiene una de esas luces que se activan con el movimiento. Muy pijo. El suelo es de parqué oscuro e igual que las puertas. La decoración del salón es minimalista en colores blancos, tostados y negros. Sólo un cuadro de la torre Eiffel y unos budas rojos sentados en la estantería colocada sobre la pantalla de plasma dan al ambiente un toque diferente. Arnau me muestra el resto del piso, pequeño pero con un bonito baño con jacuzzi. Cuando me enseña el dormitorio siento una punzada de nervios en el estómago.

Se quita la chaqueta y la deja sobre el sofá.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta encendiendo unas velas que hay sobre la mesita auxiliar.

—Sí, ¿qué tienes?

«Buena idea. Mejor que te anestesies un poco o será imposible que te bajes las bragas delante de él», me aconseja Samantha.

—¿Un whisky con Coca-Cola? —me pregunta.

Uf, soy más de Coca-Cola sin cafeína pero sí, métele un buen chorro de whisky.

—Vale.

Antes enciende la minicadena que está junto a la tele y una música lenta y melódica empieza a sonar.

«Bien, querida, esto ya ha empezado. El macho ibérico ha iniciado su cortejo», canturrea Samantha.

Con mucha seguridad abre el mueble bar y saca una botella de whisky y dos vasos, luego va a la cocina y vuelve con una botella de Coca-Cola y una cubitera con pinzas.

Vaya, qué profesional.

Sirve con habilidad las bebidas y me ofrece una.

No puedo evitar mirarle las cejas, están tan bien perfiladas que estoy tentada de preguntarle quién se las depila, pero Samantha me echa una mirada asesina.

En cuanto le cojo el vaso, pasa su dedo por mis labios.

—¿Estás bien? —me pregunta en un tono seductor.

«¿Por qué le ha cambiado la voz?», comenta Samantha.

—Ajá —asiento, dando un largo trago a mi cubata.

Arnau me quita el vaso y lo deja sobre la mesa junto al suyo. Después coge mi cara entre sus manos y me besa. Primero acaricia mis labios con los suyos, suavemente, humedeciéndolos, sin prisas. Luego me besa más profundamente y su lengua juguetea con la mía, intentando animarla con pequeños envites.

«¡Guau! —exclama Samantha—. Besa genial.»

Sí, tiene razón. Me sorprende lo bien que besa y le dejo que siga haciéndolo mientras coloco mis manos en su cintura.

Arnau desliza su mano y me toca una teta. Vaya, no sé si eso me ha gustado.

Con la otra mano me levanta la camiseta por la espalda y mete la mano por la cinturilla de mi pantalón. Doy un salto en cuanto siento su palma en mi culo.

—¿Estás bien? —me pregunta con una sonrisa de seguridad.

—Sí. Es que tienes la mano fría —miento.

Me lleva al dormitorio y me sienta en la cama. Enciende la luz de la mesita mientras me quedo inmóvil esperando su próximo paso.

Frente a la cama hay una cómoda y sobre ésta una pequeña minicadena idéntica a la que hay en el salón. Arnau la enciende, toquetea unos botones y empieza a sonar el saxofón de Kenny G. Todavía puedo escuchar la música del salón y supongo que él también porque sale fuera y la apaga.

Cuando vuelve sigo sentada en la cama, como una colegiala castigada esperando a que el maestro le diga algo.

Arnau se pone frente a mí y empieza a desabotonarse la camisa. Aunque la luz es suave, enseguida veo que tiene el pecho depilado. Y cuando se abre la camisa aparecen unos marcados abdominales.

«Reconozcamos que el chico está como un tren», apunta Samantha humedeciéndose los labios.

Es cierto. Tiene un cuerpazo y contemplarlo con la tenue luz de la lámpara está empezando a excitarme.

Arnau abre el armario, saca una percha y cuelga la camisa.

«Pero ¿qué hace? —se sorprende Samantha—. ¿Puede haber algo más antierótico que lo que acaba de hacer? Creo que me acabo de enfriar.»

Pero en cuanto Arnau se desabrocha el cinturón y desabotona la bragueta del pantalón, Samantha recupera su interés. Lleva unos calzoncillos bóxer blancos con una costura en negro que perfila su generoso paquete. Se quita los pantalones y hace lo mismo que con la camisa.

«¡Vamos, por favor!», se queja Samantha.

Desde su posición, Arnau tira de mi camiseta y tengo que alzar los brazos para que pueda quitármela. Luego me coge por los hombros y me empuja hacia atrás. Se inclina y me desabotona los tejanos.

Mi corazón se acelera y un montón de sentimientos bombardean mi cabeza. Voy a tener sexo con alguien que ni siquiera me ha cogido de la mano, que ni siquiera me ha dedicado una caricia de amor, que no sabe ni mi apellido. No, no puedo. No quiero. Así no.

«Mierda», murmura Samantha.

—Espera —le detengo.

Me levanto de la cama y me pongo rápidamente la camiseta.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, pero así no.

—¿Enciendo la luz?

—No es eso.

—¿Quito la música?

—No. Es que... no puedo acostarme contigo.

La expresión de Arnau cambia y su aire de seguridad desaparece dando paso a una expresión de enfado.

—Entonces me has mentido —sentencia, sacando su camisa del armario—. No tenías que decir que te gustaba si no es así. Ya te he dicho que no estabas obligada a nada.

—No es que no me gustes, es que yo hago las cosas de otra manera.

—¿De qué manera?

—Necesito eso que tú llamas tonterías o perder el tiempo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Eso es como preguntar para qué sirven los besos o las caricias.

—¿No te he besado, no te he acariciado? —pregunta Arnau, desconcertado.

—No es eso. Yo quiero disfrutar de todos los pasos. No quiero saltarme nada y de esta manera estoy renunciando a un montón de sensaciones. Quiero pasear, quiero recordar la primera vez que me cogiste de la mano y cómo me sentí. Quiero escuchar palabras bonitas, palabras de amor. Quiero que un día me pidas para salir, quiero ir al cine y a cenar y hacer un montón de cosas juntos y que todo eso me lleve a desear acostarme contigo.

—Pero ¿tú en que siglo vives?

Arnau enciende la luz de la habitación.

—Perdona —suelto.

—¿Puedes marcharte, por favor? —me pide indicándome la salida con el dedo.

—Arnau, lo siento, de verdad. Podemos hacerlo de otra manera.

—Me acabas de despreciar, ¿qué quieres, que te invite a un café para discutir el tema? Será mejor que te vayas.

—¿Te has enfadado?

—Vete por favor o dejaré de ser educado.

Obedezco y salgo del piso.

Quería tener una cita para animarme, pero esto es todo lo contrario de lo que esperaba sentir.

Capítulo 5

Viernes, ocho de tarde, hora de coger mi pequeño Cinquecento y volar hacia el pueblo.

Lo malo de tener un coche tan pequeño y con tan poca potencia es que cuando hay una pendiente tengo que acelerar en la recta para coger velocidad y que no se muera en la subida. El camino hacia Lleida está plagado de pendientes bastantes pronunciadas, sobre todo cuando paso al lado de la impresionante montaña de Montserrat. La vista es increíble, con las ondulantes rocas perfilando el horizonte y las nubes, muchas veces tocando las cimas.

Me gusta de vez en cuando salir de la ciudad y permitirme ver más allá del edificio que tengo enfrente. Lleida y su provincia es un lugar de espacios abiertos donde su impresionante cielo a veces parece que está tan cerca que si subo a un árbol y alargo el brazo podré tocarlo.

Sus campos lucen sembrados de manzanos, perales, maizales y un sinfín de productos que se cultivan en estas tierras. Las cigüeñas imponen su presencia en los campanarios de las iglesias de cualquier pueblo y puedes verlas sobrevolando el río Segre a su paso por la capital. En las orillas del río bandadas de patos y cisnes han hecho del lugar su patio de recreo.

En una hora y media estoy en mi pueblo, Puigverd de Lleida, a unos veinte kilómetros de la capital. Mi madre, perfectamente

peinada con su media melena ondulada y vestida con unos pantalones tejanos, abre la puerta y me da un fuerte abrazo.

—Me ahogas, mamá.

Sus ojos azules parecen brillar y chispear mientras recorren mi cara.

—No seas quejica *ma chérie*. Hace mucho tiempo que no te veo.

—Hace un mes.

—Pues eso.

—Tengo hambre —digo mientras saco mi bolsa de viaje del maletero del coche—. ¿Qué has hecho para cenar?

—Tortilla de patatas y pechuga rebozada.

—Oh, qué bueno.

—¿Te ayudo con el equipaje? —pregunta mi madre echando una ojeada al interior del coche.

—No hace falta. No he traído nada más.

Entramos en casa y dejo mi bolsa al pie de las escaleras, que llevan al segundo piso, donde está mi habitación.

—¿Cómo estás *ma chérie*?

Su voz cálida enciende en mí el motor de las lágrimas. Me da un vuelco el corazón y me pongo a llorar.

—Oh, no, no, no, *ma chérie*. No llores, *s'il vous plaît*. Todo se arreglará, ya verás.

—Quiero tortilla —balbuceo.

—Sí, vamos, vamos a la cocina. —Mi madre me rodea los hombros y me acaricia el pelo.

Me seco las lágrimas con una servilleta de papel y hago un esfuerzo por recomponerme.

—¿Hace tanto calor en Barcelona como aquí? —canturrea mi madre. Como si no lo supiera. Sé que sólo es una pregunta para cambiar de tema.

—Diferente.

—¿Sabes quién se ha muerto?

Genial. Prefería hablar del tiempo.

—¿Quién?

—Tomás, el de la lechería.

—¿El hijo?

—No, el padre. El pobre llevaba tiempo enfermo —suspira sirviéndome un plato de comida.

—Ah.

Durante la cena me pone al corriente de las últimas novedades del pueblo: quién se ha quedado sin trabajo, quién se ha quedado embarazada o quién se ha separado.

Cuando termino de cenar me cambio de ropa, me retoco el maquillaje y salgo hacia el bar de Jordi, un lugar de encuentro para los moteros donde en verano nos pasamos horas sentados en la terraza, bebiendo cerveza y comiendo cacahuetes, con un sol mortal mientras hacemos equilibrios para mantener la cabeza bajo el parasol.

Me encanta reencontrarme con los amigos de siempre. Éste es un lugar conocido para mí y eso me devuelve algo de la seguridad perdida estos meses atrás.

Mi amiga Imma está sentada en la terraza con sus dos peques, Vanesa, de cuatro años y David, de seis, junto con otras madres y su descendencia. Me acerco y empiezan los besos, abrazos y saludos para darme la bienvenida. Acerco una silla y me siento junto a mi amiga.

—Deberías venir más a menudo —me susurra a la oreja mientras le suena los mocos a su hija—. Y mantenerme informada de tu vida.

—Mi vida es más o menos siempre igual. Vosotras sí que tenéis cosas que contarme.

—Niños, guarderías, resfriados y Dalsy. Te acabo de hacer un resumen —suelta las palabras como si le costara enlazar unas con otras mientras sujeta a su hijo David, que intenta arremeter como un toro de miura contra la mesa llena de refrescos—. ¿Quieres hacer el favor de estarte quieto, David? Anda, juega un rato con tu hermana. ¿Te quedarás hasta el domingo por lo menos? ¡Vanesa, no seas cochina, suelta ahora mismo esa colilla del suelo! —grita Imma—. Hasta el domingo, ¿no?

—Sí, claro. Además, tengo muchas ganas de...

—Devuélvele el juguete a tu hermano, es suyo, tú ya tienes el tuyo... Decías que tienes muchas ganas, ¿de qué?

—De estar por aquí. De veros y hacer planes...

—¡Haz el favor de no meterte eso en la boca, Vanesa! Perdona, decías de hacer planes.

—Una cena, con las demás.

—Oh, sí —suspira con la mano en el pecho—. Eso estaría genial. Además, lo necesito urgentemente... Espera... ¿dónde está tu hermano? ¡David, ven aquí ahora mismo! ¡Te he dicho mil veces que no cruces la calle!

Tener una conversación con mis amigas cuando sus hijos están presentes es agotador.

No tengo ganas de seguir con el intento de decir cuatro frases seguidas sin que Imma grite a sus hijos, así que me callo, bebo mi cerveza y escucho al grupo. Aunque la conversación gira en torno a lo mismo: parece que sólo saben hablar de lo que hacen sus hijos. Si comen bien, si duermen bien o si cagan bien.

Me siento como si no perteneciera a este mundo. Soy una extraña entre las que años atrás fueron mis amigas y confidentes.

Al único que todavía no he visto es a Adán. Decido enviarle un WhatsApp para que se pase por el bar. Creo que nuestro pasado está superado y me encantaría recuperar la amistad que teníamos antes de que se me declarase.

Busco el móvil en mi bolso pero como siempre no lo encuentro entre el montón de cosas que suelo llevar, como un paquete de toallitas que debe de estar más seco que el piojo de una muñeca o una cuchilla de afeitar desechable que, creo, hace siglos que da vueltas por aquí. No sé por qué la llevo. Nunca me ha hecho falta, pero me parece que podría ser útil.

«Nunca sabes cuándo vas a ligar y no querrás tener las piernas como King Kong cuando aparezca un tío bueno. Y si ese tío bueno decide regalarte un cunnilingus, seguro que agradecerá que hayas podado el bosque antes de que su lengua quede atrapada entre la maleza.» Samantha aparece inesperadamente.

Al fin encuentro el móvil pero el cordoncito que cuelga de él queda enganchado en una cremallera interior. Tiro con tan mala

suerte que éste sale disparado de mi mano, estrellándose contra el suelo. Oigo el golpe seco y ruego para que todas las piezas sigan en su sitio. Me agacho a recogerlo. Menos mal: un móvil roto sería lo que me faltaba para completar este maldito mes de julio. Antes de que me incorpore, unos zapatos de hombre bien lustrosos aparecen ante mí. Me voy incorporando y mis ojos recorren unas piernas contorneadas bajo unos pantalones tejanos. Mi cabeza sigue ascendiendo y mi mirada se detiene en un bulto generoso que oculta un sexo masculino. Subo un poco más y veo una camisa blanca de mangas cortas de las cuales surgen dos brazos morenos, con vello oscuro, fibrados y de venas marcadas que terminan en dos manos grandes. Tres botones de la camisa están desabrochados y un poco de vello asoma entre la tela. Sigo subiendo y me encuentro con una sonrisa blanca y familiar. Una nariz varonil y unos ojos marrones y brillantes que me miran mientras sus labios pronuncian mi nombre.

—Violeta, ¿cómo está la flor de mi jardín? —dice Adán extendiendo los brazos.

Me quedo paralizada. Me tiemblan las manos y mi corazón aumenta sus pulsaciones de una manera enloquecida. La cara me arde y me siento avergonzada como si fuera una quinceañera a la que han descubierto enamorada de alguien. Me esperaba al Adán de siempre, con su mono azul, sus botas de agua y untado de suciedad porcina, pero me encuentro frente a un hombre atractivo, un hombre que inesperadamente me hace temblar. Es absurdo, nunca me he sentido atraída por él; entonces, ¿por qué mi corazón va por libre y envía mensajes erróneos a mi cerebro que hacen temblar todos mis músculos? Ahora mismo soy una idiota que no sabe sonreír y temo que Adán descubra algo extraño en mis ojos.

Me levanto y me dejo rodear por sus brazos. Noto el calor de su cuerpo y la dureza de su pecho en mi mejilla. Me abraza con cariño y me aprieta. «Tranquila, es Adán, me digo.

Si sigue apretando su paquete contra tu vientre, te vas a poner húmeda.»

Lo aparto.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunto esforzándome por parecer tranquila.

—Dando una vuelta con la familia.

—Ya lo imaginaba. ¿Y dónde los has dejado?—añado mirando tras él.

—Por ahí, ya me tienen mareado de ir de un sitio para otro — comenta divertido.

Adán coge una silla y se sienta junto a mí. Estoy tan nerviosa y tengo la boca tan seca que creo que mi labio superior se va a quedar pegado a la encía. Así que le doy otro trago a mi cerveza.

—¿Qué tal el verano?

—Genial —miento—. ¿Y tú?

—Disfrutando de la vida—contesta con una sonrisa—. Es temporada de recoger fruta, así que liado en el campo. Y entre la granja de gallinas y los cerdos no tengo demasiado tiempo. Eso sí — añade guiñándome un ojo—, intento salir todo lo que puedo con la moto y los colegas. Me encanta disfrutar con la máquina.

Hace un gesto con los puños como si acelerara en una moto imaginaria.

Aparece el camarero y Adán pide una cerveza.

—Ah, ahora que recuerdo, ¿cómo fue la boda? Se casaba tu amiga Susana, ¿no?

Me empiezan a temblar las carnes.

—Sí.

—Bueno, cuenta. ¿Qué tal fue?

Uf, ni hablar. Menuda vergüenza si se entera de que mi ex es gay y que se ha liado con el novio de Susana. Seguro que Adán no se habría imaginado una venganza más cruel para mí. No pienso contárselo.

—Bien, muy bien. Luego si eso te lo cuento. Ahora hágame del pueblo, ¿algún chisme nuevo?

—Lo de siempre —dice Adán levantando las cejas.

«Si tú supieras», murmura Samantha.

—¿Y tus padres y tus hermanos bien?

—Sí. Bien, muy bien. Mi madre con sus líos de siempre en la asociación de vecinos, organizando excursiones y salidas para los jubilados. Mi padre con su huerto y sus gallinas es feliz y mis hermanos...

Dejo de escucharlo porque otra vez mi cerebro empieza a emitir fuertes señales que se expanden por cada poro de mi piel. El vello se me eriza y mi olfato percibe el suave olor a coco que proviene de Adán. Me concentro en la textura de su cuello, en su barbilla y en el varonil movimiento de su nuez cada vez que traga saliva. Con sólo imaginármelo puedo sentir el tacto áspero de su barba, que ya ha empezado a oscurecer su piel. Si pudiera tocarle recorrería con los dedos el perfil de su nariz y el contorno de sus labios, carnosos y húmedos con cada trago de cerveza. Me sorprende un repentino cosquilleo entre los muslos.

«—Imagina —suspira Samantha—, que estás a unos centímetros de su boca. Que sientes su aliento en tu cara y en tus labios.

»—Basta —le digo—. Esto es absurdo.»

—¿Cuántos días te quedas? —Adán se recuesta en el respaldo de su silla.

—Hasta el domingo por la tarde. El lunes trabajo.

—Adán, mañana salimos con las motos a almorzar a Mollerussa Tito, Luis y Joan, ¿te apuntas? —pregunta Jaume, uno del grupo.

—Vale —contesta Adán—. ¿Te vienes? —me pregunta.

—¿Adónde?

—Mañana, con la moto.

Siento una punzada en las tripas de la emoción.

—Pero ¿tu mujer no te acompaña?

—¿Silvia? Qué va. Regaló el traje motero hace años y no se ha vuelto a subir a una moto desde entonces. Anímate, prometo no correr.

Adán levanta la mano en forma de juramento.

—No tengo casco —digo.

—Yo te dejo uno.

—No sé. Hace mucho tiempo que no monto en moto...

«¡Por Dios! —interrumpe Samantha exasperada—. ¡Tienes la oportunidad de aprisionar su culo contra tu pelvis, déjate de excusas!»

—Bueno, vale.

—¿A las ocho aquí? —pregunta Adán a Jaume.

—Sí, sí —contesta Jaume sumergido en una apasionada discusión sobre el Barça y el Madrid con otros del grupo.

A lo lejos veo a una persona que podría dejarme en ridículo delante de todo el pueblo, Julia. Así que empiezo a pensar en una excusa para salir corriendo y desaparecer en la oscuridad. ¿Qué hace aquí? La semana pasada me la encontré en Barcelona y me dijo que este año no iba a estar en las fiestas porque aprovechaban los últimos días de vacaciones para irse al apartamento que tienen en Marbella. Hay algunas que tienen suerte: Julia ha pasado de vivir del dinero de sus padres a vivir del dinero de su marido, propietario de una de las empresas de pienso más prósperas de la comarca. El no trabajar le deja mucho tiempo libre para meterse en la vida de los demás. No sé por qué, temo que de alguna manera se haya enterado de lo de la boda.

Julia camina contoneándose sobre sus tacones de diez centímetros de piel de serpiente con la espalda tan arqueada que parece que en cualquier momento las tetas le vayan a salir disparadas. Esta mujer se gasta una fortuna en ropa, retoques estéticos y peluquería. Aunque lleva un peinado de lo más anticuado estilo años setenta, rubio californiano más falso que sus tetas, peinado con ondas como una de las protagonistas de aquella serie americana, *Los ángeles de Charlie*. Ese color no le queda nada natural porque tiene las cejas más negras que el carbón. Como dijo Susana una vez: la mujer española nace morena y muere rubia; Julia es un buen ejemplo de ello. Con lo elegante que podría estar si no intentara disfrazar sus cincuenta y tantos años entre tanto brillo y adornos pomposos.

No la soporto.

Exhibirse por el pueblo y que la miren también le encanta, y son bastantes los que ya la han enviado a tomar viento por su falta de discreción. Me temo que esta noche yo pueda engrosar esa lista si se va de la lengua.

Hay mucha gente en la calle y no tiene por qué verme aquí sentada. Mejor me relajo y no pienso en ello. Con un poco de suerte ni se da cuenta de que estoy aquí.

—¿Qué tal el curro? —pregunta Adán sacándome de mis pensamientos.

—Bien, lo de siempre. Muy entretenida con la chiflada de mi jefa.

—¿Aún sigue allí?

—Claro. Aquél es su barco, nunca lo abandonará. Antes nos tira a todos por la borda. ¿Y sabes qué? Ojalá lo hiciera. Ojalá me despidieran. Al menos me darían una indemnización con la que sobrevivir mientras busco otra cosa. Creo que cualquier día la enviaré a la mierda y entonces me iré a la calle sin un euro.

—Yo no sé si podría aguantar a un jefe así. Bueno, la verdad es que no sé si podría aguantar a ningún jefe.

—Tú eres tu propio jefe. Eso es una suerte.

—¿En serio? Pues hay días que también me enviaría a la mierda —comenta guiñándome un ojo y dando un trago a su cerveza.

—¡Qué fuerte!, ¿no, tía? —dice Julia apareciendo detrás de mí y dándome una palmadita en el hombro—. Ya me he enterado de lo de la boda.

¡Mierda, no! ¿Qué hago? ¿Qué digo? ¿Salgo corriendo o rompo la botella de cerveza y se la clavo en la garganta? Maldita sea.

—Hola, Julia.

—Hola, Violeta, ¿cómo estás? —murmura poniendo morritos y acariciándome el pelo.

—¿Tú no estabas en Marbella? —pregunto con total desinterés.

—Uy, calla chica —dice gesticulando—. El todoterreno nos ha dejado tirados y el Mercedes se lo ha llevado mi cuñado a Niza esta semana. Esta tarde le he dicho a Ricardo: «Venga, nos cogemos el Ave en la estación de Sants y nos plantamos en Lleida en un periquete». Y aquí estamos, a pasar la fiestas.

«Claro, no podías coger el autocar como todos, tenías que venir en Ave. En fin, adiós a mi secreto, voy a ser la comidilla del pueblo. Venga Julia, empieza a largar.»

—Siento lo de tu novio. Bueno, qué fuerte, ¿no? —comenta Julia. Me doy cuenta de que Adán frunce el ceño y me mira de reojo. Yo he empezado a sudar y rezo por que la alcance un rayo y la convierta en cenizas como a los vampiros—. Bueno, bueno, bueno, te

debiste de quedar de piedra, ¿verdad? ¿Tú ya sospechabas algo o qué? Mira que las veces que lo vi contigo por Barcelona no parecía...

—Estoy bien, Julia. Gracias por preguntar —la interrumpo, me levanto y le doy dos besos—. Yo también me alegro de verte. Si eso ya quedamos un día y te cuento. —La empujo discretamente con la mano.

—Vale, cariño. Ya sabes que me puedes llamar cuando quieras. Y si no, ya te llamaré yo cuando vuelva a Barcelona. Es que de aquí nos vamos una semana a Londres a ver...

—Ah, genial, genial, entonces que os divirtáis.

Le doy unas palmaditas en el hombro y la vuelvo a empujar suavemente para que se marche.

—Hola, Adán, ¿qué tal? —pregunta Julia retrocediendo.

Adán alza la jarra y hace una mueca. Es evidente que tampoco la traga. Veo a Ricardo, el marido de Julia, a unos metros charlando con unos vecinos.

—Mira —le digo a Julia—. Allí está tu marido, no lo pierdas.

—No te preocupes. Lo tengo bien vigilado —dice Julia guiñándole un ojo a Adán.

No sé cómo me esquivo, da dos pasos y se coloca junto a Adán.

—Anímalas —le pide a Adán—. Debe de ser terrible descubrir que tu novio es gay.

Me quedo petrificada.

Rápidamente miro a mi alrededor esperando la reacción de los que están por allí sentados. Por suerte, parece que el volumen alto de la música del bar y las conversaciones subidas de tono han impedido que nadie más oiga el comentario. La única cara que me mira sorprendida es la de Adán.

—Venga —dice Julia con una sonrisa de triunfo—. ¡Hasta luego!

«Agárrala de las extensiones rubias y aráñale la cara a esa maldita zorra», grita Samantha dentro de mí. Pero como siempre me quedo allí plantada sin saber cómo reaccionar.

—¿Otra cerveza? —me pregunta Adán como si nada hubiera ocurrido.

Asiento.

Alza el brazo y llama al camarero mientras yo me dejo caer en la silla con un suspiro. De repente me siento cansada, muy cansada. Me falta el aire. Y entonces, para acabar de rematar la noche horrible, alzo la vista y veo acercarse a Silvia, la mujer de Adán, con sus hijos. De repente me doy cuenta de mi estupidez por sentirme atraída por Adán. ¡Que idiota! ¿Cómo he podido olvidar que tiene una mujer preciosa? ¿Cómo he podido olvidar que le di plantón hace años? Ni siquiera debería permitirme el pensar en él como un hombre que me puede desear. Para desear tiene a su mujer, que a pesar de haber tenido tres hijos tiene una figura envidiable. La veo más guapa que nunca y además conserva su larga melena rubia.

El recuerdo de mi tristeza por Víctor y Susana me cae encima como una pared de hormigón. No tengo fuerzas para saludar a Silvia y verla junto a Adán formando lo que yo rechacé ser, una pareja feliz.

—Me tengo que ir, no recordaba que había quedado —me levanto de golpe antes de que su mujer llegue hasta nosotros—. Venga, nos vemos.

—Te espero mañana —se apresura a decir Adán mientras me alejo y hago un fugaz saludo con la mano a su mujer.

No pienso volver a verlo hasta dentro de diez años. Si es que entonces el tiempo ha borrado esta horrible sensación que se ha instalado dentro de mí.

De regreso a casa evito las calles principales para no encontrarme con nadie y aligero el paso con los hombros encogidos y la mirada en el asfalto. Me iría a Barcelona ahora mismo, pero odio conducir de noche. Esperaré a que amanezca y desapareceré con mi pequeño Cinquecento antes de que mi madre se levante. Pero en cuanto llego a casa veo luz en la ventana del salón. Me doy prisa en meter la llave y entro. Cruzo el recibidor de puntillas sobre el maldito parquet, que cruje con cada paso. Cuando pongo el pie en el primer escalón para subir a mi dormitorio oigo la voz de mi madre detrás de mí.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Oh, mamá.

Exploto y me pongo a llorar. Me tapo la cara con las manos y gimo sobre su hombro.

—*Ma chérie*, ¿qué te pasa?

Mi madre me abraza y me lleva hasta el salón. Sin soltarme y con destreza, aparta los cojines del sofá y nos sentamos.

—Qué vergüenza, mamá.

—¿Qué ha pasado?

—Julia... —logro sollozar.

—Vaya. Tenía la esperanza de que no te la encontraras.

—¿Sabías que estaba aquí? Pero ¿por qué no me lo dijiste? —pregunto enfadada.

—La vi esta mañana en casa de su madre. Y no quería decírtelo porque te habrías pasado todo el fin de semana metida en casa.

—Me hubiera evitado la humillación, mamá. Ha comentado lo de Víctor delante de Adán. Casi me muero de la vergüenza.

—Lo siento, *ma chérie*.

—Tendrías que haberme dicho que estaba en el pueblo. Ella vivía en el mismo barrio que Víctor y yo. Conoce a Susana. Estaba segura de que se había enterado de lo de la boda, pero como me dijo que no iba a venir a las fiestas, estaba tranquila. Y tú la ves esta mañana y no me avisas.

—¿Qué ha dicho Adán? —pregunta mi madre con su habitual habilidad para reconducir la conversación.

—Nada. Se ha hecho el loco.

—No me esperaba menos de él. Siempre tan discreto.

—Oh, mamá y encima estaba tan guapo y...

«Ni se te ocurra decirle a tu madre que te gusta Adán. Es tu madre y no una amiga. Nunca entenderá que ahora que está casado te sientas atraída cuando ella habría dado su mano derecha porque te hubieras casado con él cuando te lo pidió. Así que calladita...»

—... y su mujer está guapísima, también —continúo.

—Sí, lo está y mira que al principio pensé que no durarían.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre creí que Adán se casó por lo que tú ya sabes. —Me clava la mirada y arquea las cejas.

—Vamos, mamá. Adán no se casó por despecho. Además, cualquier chica del pueblo y alrededores habría estado encantada de casarse con él.

—Pero te quería a ti. Y el que te marcharas así, de esa manera, le rompió el corazón.

—Ya me siento bastante mal con todo lo que me está pasando. No me claves otro puñal. Eso ya es agua pasada.

—Tienes razón. He hecho helado, ¿quieres?

—¿De chocolate?

—Y de nata.

—Sí, por favor.

—¿Unos bizcochos?

Asiento con la cabeza.

Mientras me como el helado y los bizcochos sentada frente al televisor, cambio de idea sobre marcharme al día siguiente y automáticamente pienso en lo que me voy a poner para salir en moto con Adán. Oigo a Samantha a lo lejos que canturrea: «Te estás equivocando. Éste es el camino directo a otra decepción, pero bueno, tal vez Susana tenía razón y eso es lo que siempre atraes a tu vida...». Consigo ahogar su voz en lo más profundo de mi mente y la emoción agita mi corazón cuando pienso en el día de mañana.

Al día siguiente, mi defectuosa virtud de ser puntual hace que me encuentre sola en el bar de Jordi donde hemos quedado. Me siento en la terraza y pido un café con leche descafeinado de máquina, con la leche templada y sacarina. El camarero me mira con cara rara y temo que con la resaca que debe de llevar de la noche anterior se cabree y escupa en mi café. Le doy el primer sorbo cuando a lo lejos oigo el sonido de unas motos que se acercan. Son Tito, Jaume, Luis y Joan, que se paran junto a mí.

—¿Dónde está Adán? —me pregunta Tito quitándose el casco.

—No lo sé. Acabo de llegar.

—Vale. Tomaremos un café mientras esperamos.

Los cuatro se bajan de sus motos, dejan los cascos sobre ellas y se acercan a mí. Me saludan con un beso y luego se sientan.

Jaume entra en el bar.

—¿Qué pasa, olímpica? Cuánto tiempo sin verte —comenta Tito, el melenudo de pelo rizado y barba de días. Siempre lleva un pañuelo al cuello al más puro estilo *country*, botas de punta y chaleco de cuero con flecos.

—Ya ves, perdida en la ciudad. Aunque ya tenía ganas de un poco de tranquilidad.

—¿Cuándo volverás a vivir en el pueblo? —pregunta Luis, que siempre fuma puros más grandes que él.

—Cuando me echéis de menos —contesto guiñándole un ojo.

—Yo siempre te echo de menos, corazón. Ya sabes que eres la primera en mi lista para casarme contigo —puntualiza Luis.

—Lo sé. Tú también eres el primero en mi lista.

—Mentirosa —afirma Joan con una sonrisa.

—Ya —sentencio—. Pero ¿a que queda bien?

Los chicos se ríen y Jaume sale del bar con una bandeja llena de cafés.

—¿Ahora eres camarero? —le pregunto.

—Ya sé lo que estos tíos quieren y si tenemos que esperar a que el camarero venga nos dan las tres. No sé cómo Jordi ha contratado a ese tío. Es una tortuga y nunca toma nota bien.

—Pues a mí me ha traído el descafeinado que le he pedido.

—¿Seguro que es descafeinado? —comenta Jaume.

Frunzo el ceño. Eso lo sabré en quince minutos: el tiempo que tarda en hacerme efecto la cafeína. Siempre me provoca un desbordado estado de ansiedad, las manos me tiemblan y el estómago me da vueltas.

Oigo el rugir de otra moto que se acerca. Miro a mi derecha y veo a Adán, que se acerca a nosotros en su BMW plateada. Lleva una cazadora de cuero negra, botas camperas y tejanos y, en el casco, en letras azules su apellido: Picar. Cuando lo veo bajar de la moto, la sangre comienza a bombear en mis oídos. Tengo que apartar la vista de él para que mi cerebro deje de enviar señales que excitan mi zona sexual.

«Creo que se te acaban de poner los pezones duros», comenta Samantha con una risa maliciosa.

—Siento el retraso —se disculpa Adán.

—Tranquilo —contestamos al unísono.

Adán se sienta frente a mí y yo evito mirarlo. Temo que el calor que siento en las mejillas me delate. No ha sido una buena idea porque él reacciona buscando mi mirada.

—¿Tomas café? —le pregunta Tito.

—No, gracias. Ya he tomado —contesta Adán dejando de mirarme.

—¿Sabéis quién estuvo hasta las tantas de la madrugada en mi casa con su historias de siempre? —apunta Joan poniéndole azúcar a su café.

Nos encogemos de hombros.

—Julia y su maridito, la marioneta —añade, poniendo los ojos en blanco.

Es oír el nombre de Julia y el cuerpo se me tensa. «Tendrías que haberte largado esta mañana a Barcelona», susurra Samantha.

—Me estuvo contando unas historias... —resopla Joan mirándome de pasada.

Lo sabe. Sabe lo de Víctor y ahora lo va a contar aquí. «Vale, Dios, deja de torturarme y acaba conmigo de una vez. Que se parta la pata de la silla, caiga sobre ella, se clave en mi pulmón y muera. O que se desprenda una teja del tejado, me abra los sesos y muera. O que un coche pierda el control, me aplaste contra la pared y muera. ¡Coge alguna de estas ideas y acaba conmigo de una vez!, porque, ¿qué te he hecho yo para que me trates así?»

—No sé qué me estuvo explicando de una boda. —Joan vuelve a mirarme deteniendo sus ojos unos segundos en mí.

—Venga, vámonos —dice Adán, tajante.

Se levanta, va hasta su moto y se pone el casco. Creo que ha debido de ver mi cara de pánico y ésa es su forma de echarme un cable. Los demás acaban sus cafés apresuradamente entre quejas y luego cada uno sube a su moto. Me gustaría darle las gracias, pero eso sería como admitir que ocurre algo.

Adán me da un casco que lleva sujeto al asiento de atrás. Me lo pongo e intento abrochármelo, pero no lo consigo.

—Espera.

Sus manos rozan mi cuello y sus ojos están a medio palmo de mi cara. Puedo oler esa suave fragancia a coco, que debe de ser algún tipo de gel. Cierro los ojos unos instantes y me concentro en el tacto de sus dedos y una oleada de sensaciones inunda mi mente. Por unos segundos me elevo por encima de mis preocupaciones y floto en una nube de bienestar.

—Ya está —comenta Adán.

Subo tras él y le rodeo la cintura con los brazos.

—Agárrate bien —me pide.

Sube el caballete, pone primera y arranca.

Somos los últimos de la cola y avanzamos por la carretera como una serpiente haciendo movimientos ondulantes. Adán esquiva baches, se desliza por las curvas con suavidad y acelera en las rectas.

El verde del campo, los árboles y una bandada de pájaros que sobrevuela nuestras cabezas son como un bálsamo para mis heridas. Daría lo que fuera porque Adán no se detuviera y continuara por esta carretera hasta alejarme lo máximo posible de mi tristeza.

En veinte minutos estamos en Mollerussa comiendo huevos fritos, beicon, longaniza y pan con tomate. En cuanto terminan el café, los chicos se van a los futbolines a echar una partida y Adán y yo nos quedamos solos. Él mira el periódico distraído, con un palillo en la boca. Yo finjo ver la televisión mientras lo observo de reojo.

«¿Y si le pregunto por su mujer?», pienso.

«—¿Para qué? —me interroga Samantha.

»—Por saber. Nada más.

»—Ya. Te encantaría que te dijera que su matrimonio no va bien.

»—Eso no es verdad.

»—Claro. ¿Y qué vas a hacer si te dice que las cosas no están bien con su mujer, atacar?

»—No. Apoyarle. Nada más.

»—¿Sexo por compasión?

»—¿Quién está hablando de sexo? Yo hablo de un hombre prestado para llorar.

»—Tú lo que quieres es que te empuje con su miembro y te muerda los pezones.

»—No seas ordinaria.»

Adán levanta los ojos del periódico y me sonrío. Creo que me he puesto roja.

—¿No me vas a preguntar por lo que dijo Julia? —digo sin pensar.

—¿Quieres que lo haga?

—La verdad es que no.

—Eso pensaba —añade, volviéndose a concentrar en el periódico.

Mi cerebro está intentando memorizar cada rasgo de su cara como si fuera una nueva persona la que tengo frente a mí. Ahora Adán lleva el pelo canoso cortado a máquina y eso acentúa su masculinidad. En un acto reflejo, se humedece los labios y rápidamente grabo ese gesto en mi memoria. Está tan mono con el codo sobre la mesa y la mejilla apoyada en la palma de la mano que siento el impulso de acariciarle el brazo, y al instante me imagino el roce de su vello en mis dedos y las palpitaciones de las venas que recorren su antebrazo. Una desconocida y sorprendente ansiedad me quema el pecho. No puedo evitar suspirar profundamente y me asusto al pensar que Adán me haya podido escuchar. Pero él sigue distraído con el periódico.

De regreso al pueblo, subida en la moto y abrazada a Adán, me doy cuenta de que debo regresar al mundo real y aceptar que esto que creo sentir por él es sólo una terrible necesidad de cariño que me devora.

Voy a disfrutar de lo que queda del fin de semana y volveré a Barcelona mañana para enfrentarme a la vida que me sigue esperando allí. Una súbita energía optimista inunda mi cerebro y decido que no me voy a quedar esperando sentada a ver qué me trae el tiempo. No. Debo coger las riendas de mi vida, decidir qué es lo que quiero e ir a buscarlo. No pensaré más en mis problemas. No hasta el lunes. Imagino que abro un gran paréntesis en mi tiempo, un

paréntesis que me va a proteger hasta entonces. Samantha está a punto de abrir la boca pero la silencio concentrándome en el horizonte.

A la entrada del pueblo nos despedimos de los chicos y cada uno toma una dirección distinta. Adán me acerca hasta la casa de mi madre. Bajo de la moto y me quito el casco que, desafortunadamente, puedo desabrochar a la primera.

—Gracias por el paseo —le digo, devolviéndole el casco.

—Ha estado bien, ¿eh?

Se quita el suyo, lo coloca entre sus piernas y se apoya sobre él cruzando los brazos. Es como si no tuviera prisa por marcharse y quisiera hablar un rato, pero ¿por qué no lo ha hecho antes? ¿Por qué ahora me presta atención?

—La verdad es que eres de los pocos tíos con los que me subiría a una moto.

—Supongo que eso es un cumplido.

—No. Es una realidad.

—Ya. —Asiente con la cabeza y se humedece los labios.

Se hace el silencio.

—Vuelves mañana a Barcelona, ¿no?

—Sí.

—Entonces, nos vemos esta tarde por el pueblo.

—Sí, claro.

—Genial. Bueno, Violeta, flor de mi jardín —añade poniéndose el casco.

Cuando le escucho pronunciar mi nombre, me emociono. La verdad es que siempre me ha encantado cómo suena con su voz grave. Pero ahora me alucina.

Arranca la moto, quita el caballete con el pie y me guiña un ojo. Pone primera y se aleja de mí, desapareciendo en la primera curva.

«Bien —me digo—. Mañana me despediré de él como siempre he hecho, con dos besos en la mejilla y deseándole lo mejor. Que sea feliz con su mujer y con sus hijos, porque eso es lo que se le desea a los amigos y eso es lo que Adán ha sido y siempre será para mí, un amigo.

Capítulo 6

En la plaza celebran esta tarde la fiesta de la espuma: colocan tres enormes cañones que sueltan litros y litros de blanca y esponjosa espuma acompañada de luces de colores y música. Cada año me doy un baño para despedirme de las fiestas y éste no va a ser diferente. Junto a mi vecino Nicolás, de seis años, me meto en todo el mogollón y me vuelvo una niña otra vez, saltando y bailando como una loca. La sonrisa de los niños me empuja al camino de la felicidad y me dejo llevar por la música, las luces y la alegría de la gente. Hay tantas personas que es difícil no recibir y dar empujones. Cuando al cabo de un buen rato la espuma empieza a subir por encima de las rodillas, decido sacar a Nicolás antes de perderlo.

Veo a sus padres, Sandra y Antonio, sentados en la terraza del restaurante El Pati Blau y les devuelvo a su hijo, al que he tenido que sacar casi a rastras de la espuma.

—Espera —dice Antonio—, te busco una silla.

—No, no —contesto jadeando—. Me vuelvo a la espuma.

—¿En serio? —añade Sandra con cara de asco.

Asiento con la cabeza.

Estoy totalmente empapada y siento el pelo mojado pegado a mis mejillas, igual que los tejanos y la camiseta de tirantes. Me zambullo entre la multitud buscando a alguna amiga aunque sé de sobras que ninguna de ellas se mete aquí dentro. Las luces de

colores parpadean en la noche. Alguien me da unos golpecitos en el hombro y al girarme, me encuentro con Adán. Quiero decir algo pero ninguna palabra viene a mi mente. Sólo puedo mirarle y sonreír como si estuviera bajo los efectos de algún alucinógeno.

Él también me sonríe y al ver sus ojos brillar me empiezan a temblar las piernas. Estamos aquí los dos, mirándonos fijamente, sin movernos, mientras la gente no deja de saltar y bailar a nuestro alrededor.

«¡Bésale! —Samantha me coge de la cabeza y me sacude—. ¡Vamos, ponte de puntillas, cógele del cuello de la camisa y bésale!»

Entonces Adán me sube el tirante de la camiseta.

¡Guau! Me siento como Baby en *Dirty Dancing*. Deseo que él sea mi Johnny y me alce en el aire y me haga girar. Estoy tan paralizada que no sé si debería hacer algo. No sé si debería lanzarme como dice Samantha y demostrarle lo que siento, o si debería esperar a que el diera él paso. Al fin y al cabo él es quien está casado y yo no tendría que meterme en medio.

Adán me coge de la mano y la aprieta sin dejar de clavarme la mirada.

Siento una punzada en el corazón. Esto significa que aún siente algo por mí. Significa que se ha dado cuenta de que yo siento algo por él. Aprieto su mano y la alegría inunda mi mente.

De repente, ya no me parece tan horrible lo sucedido con Víctor y Susana, y pienso que tal vez todo eso me ha traído hasta aquí.

Un nuevo horizonte de esperanza se extiende ante mí.

Adán se acerca a mi oído y me susurra:

—Hoy es tarde para hacer bien lo que ayer hiciste mal.

Le miro y veo en sus ojos algo que hasta ahora no había visto: rabia. Toneladas de rabia. Una rabia profunda que me traspasa. Una rabia que contamina sus palabras envenenadas y llenas de rencor que acaban de clavarse directamente en mi corazón.

Le suelto la mano y cruzo los brazos sobre el pecho sin poder evitar sentirme idiota, total y profundamente idiota. Me voy a toda prisa esquivando a la gente que me salpica de espuma mientras la

música retumba en mi cabeza y las luces me ciegan. El lugar se ha convertido en un laberinto del que no puedo salir.

Al fin estoy fuera de la espuma y me tengo que obligar a caminar con calma; no quiero llamar la atención corriendo como una desesperada a pesar de que llevo el motor de un fórmula 1 en mi estómago. Afortunadamente, la espuma que llevo encima me ayuda a ocultar mi cara, que debe de estar desencajada. Me estoy aguantando unas terribles ganas de llorar y el doloroso nudo que tengo en la garganta está ansioso por explotar. Al fin salgo de la zona más concurrida y giro por una calle que está desierta. Me apoyo en la pared de una casa y cojo grandes bocanadas de aire, pero a éste le cuesta llegar hasta mis pulmones. No quiero llorar, no quiero llorar. Intento coger aire de nuevo y tras varias bocanadas consigo respirar con normalidad.

—Violeta.

Oigo pronunciar mi nombre en la oscuridad.

Adán aparece como un espectro en la noche. Me coge por los hombros y me obliga a mirarle. Me aprieta con fuerza contra la pared y veo en sus ojos desesperación y ansiedad. Tiene la camisa pegada a la piel y le oigo respirar con fuerza mientras me clava su mirada. Frunce el ceño con la mandíbula tan tensa que parece que estuviera a punto de darme una bofetada. Entonces, me agarra por las muñecas, alza mis brazos por encima de mi cabeza y los sujeta contra la pared. Acerca su cara a mi cuello y aspira mi olor. Se queda con la cabeza ahí. Yo estoy paralizada, totalmente sorprendida por lo que está haciendo. Puedo sentir su aliento en mi cuello y el calor de sus labios en mi piel. Después, deja caer la cabeza y apoya la frente en mi hombro.

—Déjame —le pido sin apenas voz.

Intento moverme pero él reacciona ejerciendo más presión sobre mis brazos. Muevo las caderas y las piernas retorciéndome para que me suelte. Al fin lo hace pero no tengo tiempo de bajar los brazos porque me rodea con los suyos, me inclina hacia un lado y me besa.

El beso me pilla totalmente desprevenida y mi primera reacción es cerrar la boca. Pero él sigue comiéndome los labios y siento su saliva humedeciendo mi piel. Me rindo sin pensarlo y dejo entrar su

lengua, cálida y suave, que busca la mía mientras sus labios estrujan los míos con desesperación. Le abrazo y toda la situación me desborda y la ansiedad por retener este momento hace que le clave los dedos en los brazos, en la espalda, en la cintura. Lo agarro con fuerza como si temiera que una gran ola me lo fuera a arrancar de los brazos para devolverlo al océano de lo imposible.

—Adán —susurro con un hilo de voz mientras él sigue besándome intensamente—. Te quiero. Te deseo.

Mil descargas nerviosas colapsan mi cerebro y una sensación intensa se enciende en lo más profundo de mi vientre.

—No puedo, Violeta. Esto no puede ser —dice sin dejar de besarme en la boca, en el cuello, en la frente. No hay un milímetro de mi cara que no sienta sus labios.

—Adán —susurro envuelta en una descontrolada sensación.

Me abraza con fuerza y aprieta su pelvis contra mi cuerpo.

Exploto de deseo y no puedo dejar de pronunciar su nombre.

—No, Violeta —sentencia Adán apartándome de él.

Tiene el ceño fruncido y veo dolor en su expresión. Trago saliva y me recompongo lo suficiente como para poder decir algo.

—Te deseo, Adán. Te deseo muchísimo.

—Ya no puede ser, Violeta. Recuerda que no quisiste.

El rencor vuelve a sus ojos.

—Pero ahora quiero, Adán —digo sin poder controlar la desesperación—. Tú eres lo que siempre he deseado pero no me di cuenta antes. He estado ciega. He sido idiota. Pero si tú todavía me quieres no es tarde para...

—Me rompiste el corazón hace diez años, Violeta —me interrumpe fulminándome con la mirada—. Te fuiste. Te largaste sin darme una respuesta a la cara, una explicación. Me olvidaste.

—Lo siento...

—Mi amor por ti era lo más fuerte que había sentido por nadie. Yo te adoraba, Violeta, y tú me torturaste con tu indiferencia.

—Lo siento, lo siento, lo siento...

—Durante todos estos años me convencí de que ya no te deseaba. De que ya no te quería. Rehíce mi vida y también te olvidé.

Al menos eso creí hasta este fin de semana, cuando vi que me mirabas diferente.

—Adán —suspiro ansiosa—. Por favor...

—No, Violeta. No voy a dejar que vuelvas a entrar en mi vida. Ya es tarde. Tengo una mujer estupenda y unos hijos maravillosos a los que por nada del mundo voy a hacer daño.

Tiemblo como una hoja y las piernas están a punto de dejar de sostenerme.

—¿Todavía me quieres? —le pregunto.

—Eso no importa.

—Claro que importa. Es lo más importante.

—Te equivocas. —Aparta la mirada—. Cuando tienes hijos las prioridades cambian. Hace diez años yo era un hombre libre y despreocupado. Ahora un soy marido y padre de familia. Hay otras cosas más importantes que lo que yo pueda desear.

—Entonces todavía me deseas.

—Vete, Violeta. Vuelve a la ciudad a la que huiste. Vuelve a tu vida de caos en Barcelona.

—¿Mi vida de caos? ¿Qué sabes tú de mi vida?

—Todo. Siempre lo he sabido todo. Aunque no quisiera. Aunque no lo buscara, siempre me llegaban noticias tuyas.

—¿Por qué me has besado? ¿Por qué no has seguido igual que siempre? Yo me habría marchado a Barcelona y no me habrías roto el corazón.

—Porque lo deseaba desde hace mucho tiempo. Porque tenía un montón de besos guardados para ti. Besarte ha sido el único deseo que me voy a conceder. Y no quería romperte el corazón. Ya no. Hasta hace un tiempo sí. Deseaba que sufieras igual que me habías hecho sufrir a mí.

—¿Te estás vengando?

—No.

—Entonces no lo entiendo. No entiendo por qué haces esto.

—No soy perfecto, Violeta. La debilidad por ti me ha podido esta vez. Pero no volverá a pasar.

Apoyo mis manos en su pecho y siento sus músculos y su respiración agitada. Él baja la cabeza y se humedece los labios.

Parece triste, realmente triste. Lo empujo con suavidad y lo aparto de mí.

—¿Ya está? ¿Esto es todo?

Me mira con abatimiento.

—Sí.

Me llevo las manos a la cabeza, a la cara, al cuello mientras siento como me invade la desesperación. Las ganas que sentía de llorar han desaparecido y se han convertido en angustia. La presión en mi cabeza aumenta por segundos y algo me arde en la boca del estómago. Me dejo caer al suelo apoyada en la pared hasta ponerme de cuclillas y escondo la cara entre las manos. Adán también se agacha a mi lado y coloca una mano en mi rodilla.

—Siempre te querré, Violeta —susurra Adán.

Esa frase me destroza aún más. Le miro sin saber qué decir y él me acaricia la mejilla. Me coge la cara entre sus manos y se acerca para darme un beso en la frente.

—No lo hagas —le pido.

Se detiene. Me mira unos segundos más. Se levanta y se aleja por la calle, cabizbajo, con paso lento y las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Bien. Ya no puedo caer más bajo porque estoy en lo más profundo de las profundidades. Sin lágrimas que llorar y sin ánimos suficientes para enfrentarme a todo lo que me está pasando.

Llego a casa de mi madre y por suerte no hay nadie. Subo hasta mi habitación y me siento en la cama. Frente a mí, a un metro y medio de distancia, hay un gran armario cuyas puertas están cubiertas por un espejo de cuerpo entero en el que ahora puedo ver mi pésimo aspecto. No sé por qué no puedo llorar, ni por qué no siento ganas de gritar. Toda la rabia, la tristeza, la angustia y la desesperación están contenidas dentro de mí. Busco en mi maleta y encuentro las pastillas que tomo cuando tengo que enfrentarme a alguna situación que me pone muy nerviosa. Esta medicación en bajas dosis me relaja, pero ahora necesito que me haga dormir inmediatamente para no tener tiempo de pensar ni de sentir. Siempre me tomo media pastilla pero esta vez decido tomarme tres enteras. No me matarán, no tengo esa intención. Sólo quiero dormir. Dormir.

Bebo agua de la botella que tengo sobre la mesita y me trago las pastillas, luego me tumbo en la cama sin quitarme la ropa húmeda y no recuerdo en qué momento me duermo, pero no tardo mucho.

Durante el día siguiente, mi madre viene a mi habitación varias veces extrañada de que no me levante. Sólo tengo vagos recuerdos en los que me despierta y me pregunta si me encuentro bien. No es tonta y sabe que mi estado de atontamiento no es normal, así que me obliga a incorporarme y a caminar por la habitación. Finalmente me mete en la ducha y me rocía con agua fría hasta que consigue despejarme.

—¿Qué te has tomado, Violeta? —me pregunta visiblemente preocupada.

—Nada. Ayer bebí más de la cuenta y ahora tengo resaca.

—No intentes engañarme. Sé muy bien el efecto que producen los ansiolíticos cuando abusas de ellos.

Tiene razón. Ella debió de tomar bastantes cuando mi padre murió y se quedó sola conmigo. No debería preocupar a mi madre, bastante mal lo ha pasado ya. Hago un esfuerzo e intento comportarme de la forma más normal posible; tengo que luchar con la espesa niebla que hay en mi mente. Son las siete de la tarde cuando por fin salgo de mi habitación y bajo a la cocina a comer algo.

Mi madre me prepara un plato de sopa que me resucita y pruebo un poco de lomo con setas que hay en el horno.

—No pensarás volver a Barcelona esta tarde, ¿verdad? —pregunta dando por hecho que no será así.

—Claro mamá, mañana trabajo.

—No vas a coger el coche tal y como estás. Mañana te levantas antes y te vas.

—Tengo una hora y media de trayecto, dos hasta llegar a mi barrio.

—Pues eso—añade mientras corta el pan—, te levantas antes.

—¿Por qué voy a madrugar si...? —No termino la frase porque me recuerdo que no debo hacerla sufrir—. Vale, me iré temprano por

la mañana.

Llaman al timbre con insistencia.

—Ése es Nicolás —anuncia mi madre antes de abrir—. Lo conozco por su forma de llamar.

Al rato vuelve a la cocina y se sienta junto a mí.

—¿Dónde está?

—En el salón viendo la tele. Sus padres tenían que ir a un entierro.

—Vaya.

Bob Esponja y el señor Calamardo están haciendo de las suyas y Nicolás mira abducido la pantalla.

—¿Puedo cambiar de canal? —le pregunto.

Nicolás no me escucha. Está claro que le interesa más lo que dice Bob Esponja que yo.

Cojo el mando y cambio de canal.

—Ehhhhhh —se queja.

—Venga, va, déjame ver otra cosa.

Nicolás niega con la cabeza.

—Pon Bob Esponja.

Vuelvo a poner los dichosos dibujos.

—Las esponjas no hablan —le digo—, ni los calamares tampoco.

—Son dibujos —contesta él—. Ya lo sé que no hablan de verdad.

Este niño siempre me sorprende con sus respuestas.

—Superman y Spiderman tampoco son de verdad, lo sabes, ¿no?

—Claro —contesta Nicolás perdiendo la paciencia.

—Te lo digo para que no se te vaya a ocurrir ponerte una capa e intentar volar desde el tejado.

—Ya lo sé que no son de verdad, ¿qué te crees, que tengo dos años?

—Perdona, preadolescente.

—Hay una cosa que no entiendo —dice Nicolás, dubitativo.

—¿El qué?

—La semana pasada el ratoncito Pérez me trajo un patinete y era mucho más grande que él.

—¿Y?

—Pues que, ¿cómo lo ha podido traer si pesa muchísimo más que él?

—No sé. Supongo que habrá tenido ayuda.

—¿Cómo los Reyes Magos con los camellos?

—A lo mejor.

—Ah —contesta volviendo a concentrarse en los dibujos.

Me pregunto si no sería más fácil explicarle que el ratoncito Pérez tampoco existe. Esto de contarles mentiras a los niños para justificar otras mentiras no hace más que causarles un cacao mental.

Esa noche apenas si duermo, y cuando lo hago, entro y salgo de sueños sin sentido.

A las cinco de la mañana me levanto, recojo el poco equipaje que he traído y lo cargo en mi pequeño Cinquecento. Mi madre ha hecho café y me espera en la cocina.

—He intentado no hacer ruido para no despertarte —le digo dando un sorbo al café con leche que me ha preparado.

—Llevo rato despierta y además, ¿pensabas marcharte sin despedirte, *ma chérie*?—canturrea guiñándome un ojo.

—Nos despedimos anoche, mamá.

—Me extraña que te acuerdes con el colocón que llevabas.

—¿Colocón? Me hace gracia oírte decir esa palabra.

—¿Por qué? A ver si piensas que tu madre no está puesta en palabras modernas.

—Sí, claro, mamá.

—Echar un polvo, un casquete, un *kiki*, tener un amante, un chorbo, un fulano, un maromo...

Suelto una carcajada y casi me atraganto con el café.

—¡Mamá!

—¿Qué?—susurra extrañada y a continuación nos volvemos a reír las dos—. Bueno, al menos te veo reír, *ma chérie*. Hace tiempo que no te veía hacerlo y eso en una chica de veintiocho años no es sano.

—Bueno, mamá, ahora las cosas son así —le digo y hago un esfuerzo por beberme el café y mantener las ganas de llorar en lo profundo de mi garganta.

—Cuando menos te los esperes, ¡puf! la vida te sorprenderá con algo extraordinario.

—Tú eres lo más extraordinario que tengo y nada te puede superar.

—Tal vez... un hombre —susurra mi madre— que te quiera...

—Que te tenga llenita la nevera... —canturreamos las dos al unísono el estribillo de una canción.

—Me voy, mamá, o llegaré tarde al trabajo y lo último que necesito es que la desequilibrada de mi jefa se pase la semana entera recordándomelo. Creo que acabaría dándole pellizcos con el sacagrapas.

—Envíame un mensaje cuando llegues.

—Siempre lo hago.

Mi madre me da un abrazo y me siento como cuando era pequeña y ella me consolaba y yo me quedaba acurrucada en sus brazos hasta que mi respiración se calmaba.

—*Je t'aime, ma chérie* —me susurra acariciándome el pelo.

—Yo también te quiero, mamá.

Capítulo 7

Afortunadamente entro en Barcelona sobre las siete, lo que me evita los atascos de cada mañana. El tráfico es fluido y llego sin problemas hasta el barrio de Gracia, donde vivo y donde tengo el parking para dejar el coche. Aquí encontrar aparcamiento es una aventura de la que te arrepientes la mayoría de veces, así que utilizo la plaza de parking de Susana cuando ella no está. Las demás veces me sale una úlcera teniendo que recorrer el laberinto de calles buscando dónde dejar el coche.

Camino por la acera mientras busco las llaves del piso en el fondo de mi bolso y como siempre parece que se escondan de mí. Alguien choca conmigo y le doy un pisotón.

—Perdona —digo levantando la vista.

Allí está Arnau, con su iPhone en la mano. Nos quedamos paralizados. Visiblemente sorprendidos por el encuentro.

—Hola —me apresuro a decir.

—Hola —responde él, impassible.

—¿Qué tal?

—Bien, tengo prisa.

Hace un gesto con la cabeza y se marcha.

—Arnau —le llamo.

«—¿Qué estás haciendo? —me pregunta Samantha—. No te gusta, no te atrae. Déjalo en paz.

»—¿Y si es el hombre de mi vida? ¿Y si es otro tren que dejo pasar?»

Samantha pone los ojos en blanco.

Arnau se gira.

—¿Qué?

—Te invito a tomar un café, como disculpa. Me supo muy mal lo del otro día.

—No puedo. Tengo una reunión y voy con el tiempo justo.

—Pues esta tarde. Después del trabajo.

—¿Para qué?

—No quiero que te lleves una mala impresión de mí.

—No tienes por qué hacerme sentir mejor. No te gusto y punto. Sobreviviré. Ah, no, espera —comenta con media sonrisa—. La que necesita sentirse mejor eres tú. Pues no voy a darte una palmadita en la espalda por darme calabazas.

—Vale. —Me he quedado tan cortada que suelto la siguiente tontería—: Entonces, ¿ya no somos amigos?

—Nunca lo fuimos.

Arnau sigue su camino, sin un hasta luego o un adiós.

«Te lo dije», añade Samantha puntillosa.

Saco macarrones del congelador y me preparo la fiambarrera con ensalada para comer. Me cambio de ropa y me pongo una camisa blanca, unos pantalones grises y unos zapatos negros con tacón. Me recojo el pelo en un moño y me retoco un poco el maquillaje. El espejo de mi habitación me devuelve una imagen apagada de mí y ni siquiera el pintalabios rojo consigue iluminar mi rostro. Me cuelgo el bolso-fiambarrera al hombro y mi bolso plateado con un libro dentro. Tomo una gran bocanada de aire mientras repito mentalmente que hoy va a ser un buen día.

No he podido repetir la frase más de dos veces cuando suena el interfono.

—¿Sí? —pregunto apretando el botón del telefonillo.

—El cartero —contesta una voz distorsionada.

—Ya bajo.

Miro mi reloj por cuarta vez: las ocho y cinco. Ya debería estar en la parada del autobús, su hora de llegada son las ocho y diez, la

mayoría de veces un poco antes. Abro la puerta y decido bajar por las escaleras; es un segundo piso y el ascensor no está en mi planta, con lo que iré más deprisa. Cuando salgo a la calle, me encuentro con el cartero.

—Buenos días.

—Tengo prisa.

—¿Violeta Vilalta?

—Sí, soy yo.

—Hay una carta certificada para usted, por favor, firme aquí. — Me señala una pantalla en una maquinita que lleva y firmo en ella a toda prisa, me da la carta y salgo corriendo en dirección a la parada del autobús.

Subo y bajo a toda prisa las estrechas aceras del barrio de Gracia, esquivando transeúntes, coches, motos y bicicletas. El ritmo estresante ha vuelto a la ciudad después del fin de semana, aunque no sé por qué esta locura me pone las pilas y el sonido de mis tacones golpeando el asfalto acelera mi corazón. Giro una esquina y veo cómo mi autobús deja la parada atrás. Perfecto, hoy llegaré tarde.

Me siento bajo la marquesina e intento recuperar el aliento. Dejo a un lado los bolsos y entonces me doy cuenta de que todavía llevo en la mano la carta que me ha entregado el cartero. No tengo ni idea de quién es. Miro el remitente: es de un bufete de abogados. La abro y me quedo helada cuando leo su contenido.

En nombre de nuestra representada, la señorita Susana Torres Lorente, propietaria de la finca situada en la calle Emili Ginés, número 3 del barrio de Gracia, se le informa de que debe abandonar el inmueble en un plazo máximo de 15 días a partir de la fecha de recepción de esta carta, procediendo a su desahucio transcurridos esos días y satisfaciendo así el deseo de su propietaria.

¡Susana me echa del piso y lo hace a través de una carta de sus abogados! No me lo puedo creer. ¿Qué más me puede pasar? ¿Ahora tengo que buscar otro piso compartido en quince días? Eso es imposible y ella lo sabe. ¿Cómo puede odiarme tanto de un día para otro? No lo entiendo.

Llego quince minutos tarde a mi puesto de trabajo y mi jefa me espera con los brazos cruzados, como un guardia de seguridad a las puertas de una discoteca. En cuanto me ve, mira su reloj, arquea las cejas y hace una mueca con la boca.

—Lo siento —digo dejando apresuradamente mis cosas en el colgador de la esquina del despacho.

—Supongo que saldrás quince minutos más tarde, ¿no?

—Claro.

—Pues ponte con los presupuestos que los llevas muy atrasados.

No están atrasados y ella lo sabe perfectamente, pero claro, siempre tiene que decir algo, y siempre tiene que hacerlo delante de mis compañeros para humillarme y dejarme en ridículo.

Cómo me gustaría hundirla. Como me gustaría machacar su soberbia y bajarle esos humos de superioridad. Como me gustaría hacer que se sintiera tan humillada como ella nos hace sentir a nosotros.

Y este creciente odio lo alimento cada día al recordar que hace unos tres meses se adjudicó ante el director de la empresa un salón que yo había diseñado. Lo tenía guardado en mi ordenador, me lo robó y lo presentó como suyo. Después de eso entendí por qué nunca me dejaba mostrarle las propuestas de mis diseños al director. Estrella me decía que no eran lo suficientemente buenos, que fallaban los colores por aquí o las texturas por allá. Tonta de mí, no me di cuenta de que, en mi ausencia, entraba en mi ordenador y copiaba algunas ideas que luego se adjudicaba. Cuando el director la felicitó delante de mí por el magnífico trabajo hecho en el salón del cliente, me quedé paralizada al ver que la mayoría de las ideas eran mías. Más tarde fui a hablar con él y le conté lo ocurrido. Me dijo que no dijera nada, que él reconocía mi trabajo pero que no quería problemas entre compañeros. Ésa fue toda su respuesta y solución.

Yo había hecho el trabajo y ella se llevaba el reconocimiento y el dinero. Entonces supe que no tenía nada que hacer en esta empresa.

En cuanto enciendo el ordenador y la musiquita de bienvenida de Windows me recibe, sé que no me importa nada de lo que pueda pasar en el día de hoy. Ni en el de mañana. Ni en los siguientes. La carta de Susana junto con el desprecio de Adán este fin de semana han hecho de mí que sea sólo un trozo de carne andante. Estoy vacía de ilusión, de esperanza y de ánimos.

—¿Quieres espabilar, Violeta? —me sobresalta la desagradable voz de Estrella—. Estás dormida.

No le contesto y me concentro en los papeles que hay sobre mi mesa.

—¿Aún no has empezado con las llamadas? ¿A qué esperas? ¿A que venga yo y las haga? —añade subiendo el tono de voz.

Sigo sin contestarle y me concentro en ordenar por fechas los pedidos. Parece que no soy consciente de que el ignorarla la cabrea aún más.

—¡Nena! —me grita—. ¡Te estoy hablando!

—Violeta. Me llamo Violeta —le contesto sin molestarme en mirarla.

Estrella gira con violencia mi silla, encarándome hacia ella.

—¿Qué has dicho? —me pregunta en tono desafiante.

—Que me llamo Violeta, no nena.

«¡Bien!», grita Samantha.

—Te la estás jugando.

—Uy, que miedo.

No sé si he sido yo quien ha dicho eso o ha sido Samantha, quien, creo, ha empezado a escalar por mi garganta.

Una vena en la frente de Estrella palpita y se hincha.

—Mira, Vio-le-ta. —Me señala con el dedo—. Ponte ahora mismo con el trabajo o...

—¿O qué? —la interrumpo—. ¿Me vas a pegar?

Sí, definitivamente Samantha se ha apoderado de mí.

—No juegues conmigo.

—¿Sabes qué? —Añado estirando el brazo—. Háblale a mi mano que yo tengo cosas más interesantes que hacer que escucharte.

Dejo la palma de mi mano frente a su cara y giro la silla lo suficiente para poder alcanzar con la otra mano los papeles que están sobre mi mesa.

No puedo verla pero me imagino que la vena en la frente de Estrella está a punto de explotar. Siento su presencia detrás de mí y me sorprende al no sentir miedo por mi integridad física.

Fran y Sonia nos miran como si de un partido de tenis se tratase. Están tan expectantes esperando la reacción de Estrella que no pueden reprimir la expresión de emoción en sus caras. Es la primera vez que alguien en esta oficina le planta cara y estoy segura de que si no temieran perder su puesto de trabajo, ya habrían empezado a dar silbidos y a aplaudir.

Estrella sale de la oficina y yo siento una súbita emoción que me sorprende.

«Bien —dice Samantha—, esto sólo ha sido una pequeña victoria en la batalla. Ahora que está tocada debes hundirla para ganar la guerra.»

Una idea viene a mi mente. Es una locura porque jamás lo haría, pero ahora que Samantha se ha apoderado de mi voluntad, soy capaz de cualquier cosa.

—Creí que iba a darte un puñetazo —suelta Sonia.

—Yo también.

—Te va a despedir —silba Fran.

Miro mi reloj. Son las diez menos cuarto. A las diez en punto, Albert, el marido de Estrella, la espera en la sala habilitada para almorzar. Como son así de raros, siempre son los primeros en hacerlo y media hora más tarde, cuando ellos ya han terminado, es el turno de los demás.

Me levanto y me dirijo a la sala. Abro la puerta y me encuentro con Albert encendiendo la cafetera. Él me mira sorprendido, sabe que nunca vengo a estas horas si puedo evitarlo.

—¿Un café, Violeta?

No le respondo. Voy directamente hacia él, como si fuera una moto a punto de atropellarlo. Albert abre exageradamente sus ojos saltones y se queda paralizado. Tiene una taza en una mano y unas galletas en la otra. Me lanzo contra sus labios, que me reciben rígidos. Paso mi lengua por el contorno de su boca y automáticamente me absorbe como si intentara tragarme. Oigo el tintineo de la taza al caer sobre la mesa y lo empujo contra ella sin dejar de besarle. Él humedece mis mejillas con el movimiento ansioso de su lengua y me manosea el culo con las dos manos. De repente, oigo mi voz desde muy lejos gritándome qué es lo que estoy haciendo. Me pide que pare. Pero Samantha no escucha. No siente asco ni vergüenza y lo único que espera es que Estrella aparezca por la puerta.

Noto la erección de Albert tras los finos pantalones de pinzas. Sus manos estrujan mis pechos con desesperación. Me besa el cuello, la barbilla, la boca. Sólo espero que Estrella aparezca pronto.

Le aflojo la corbata y le desabrocho los primeros botones de la camisa. Bajo mi mano hasta sus partes y las agarro por encima del pantalón. Albert gime de placer. Ha perdido la noción del tiempo porque no es capaz de reaccionar ni siquiera cuando Estrella suelta un grito al abrir la puerta.

No puedo sentir más placer al ver su cara desencajada. Sus ojos se clavan en mí y le lanzo una mirada triunfal. Lentamente, me paso el pulgar por la comisura de la boca para limpiarme las babas de su marido.

Estrella mira a Albert desde la puerta y lo estrangula con la mirada. Albert reacciona, inclina su pelvis hacia atrás para disimular su erección y se abrocha apresuradamente los botones de la camisa.

—Ha sido ella —me acusa Albert—. Se ha lanzado sobre mí. ¡Es una zorra!

—¡Cállate! —le ordena Estrella con los ojos encendidos de rabia—. ¡Y tú! —me señala—. ¡Tú estás en la puta calle desde ya!

—¿Por qué?—pregunto sin inmutarme—. ¿Por que he hecho realidad el sueño de alguien que lleva persiguiéndome desde que entré en esta empresa?

Desde luego, Samanta está hecha una víbora. Yo veo la escena desde muy lejos, mientras como palomitas y bebo Coca-Cola.

—Lástima —continúo, guiñando un ojo a Albert y elevando la voz para estar segura de que Estrella pueda oírme—. Diez minutos más y habríamos echado un polvo cojonudo.

Albert me mira con ojos de búho sorprendido en la noche. Abre la boca mientras paso un dedo por su barbilla y me dirijo hacia la puerta de salida.

Estrella me mira incrédula y paralizada. Supongo que se pregunta quién soy yo y qué ha pasado con la obediente y sumisa Violeta, ella no tendría ovarios para comportarse así.

Paso junto a Estrella y le clavo la mirada. Sus ojos pequeños y azules me devuelven odio y por unos instantes creo que va a saltar sobre mí como un león sobre su presa. Pero no lo hace y sigo mi camino de vuelta a la oficina.

Después de eso, Estrella no aparece en todo el día y una hora antes de terminar mi jornada de trabajo, el gerente me llama a su despacho para entregarme la carta de despido. Veinte días por año trabajado alegando baja producción y doscientos euros en mano para que deje las cosas así y no busque jaleo, porque si lo hago, lo encontraré, me informa con una amable frase que suena a amenaza.

Durante el camino de regreso a casa me siento asqueada por haber besado al señorito andaluz y haberle dejado tocarme. Siempre me ha parecido un baboso trajeado y el pensar que he tenido sus babas en mi boca me produce arcadas. Para ser una mujer fatal hay que tener estómago, y no sé si yo sirvo para eso.

En todo el trayecto Samantha no aparece para darme ánimos y la odio por haber hecho que me comportase así. Es cierto que me he sentido genial por lo que he sido capaz de hacer y la cara que Estrella tenía cuando nos ha visto no tenía precio, pero ahora estoy sin trabajo y prácticamente sin piso.

La única opción que me queda es intentar localizar a Susana y hablar con ella para que entienda que su comportamiento es absurdo.

Llego a casa y lo primero que hago es dejar mis cosas tiradas en la entrada. Me desnudo a toda prisa y me meto en la ducha. Dejo correr el agua caliente por todo mi cuerpo deseando que desaparezca esta mala sensación. Pero lo que siento no está en mi piel, sino dentro de mí, y hasta ahí el agua no puede llegar. Me enjabono el cabello y el cuerpo y unas terribles ganas de llorar acuden a mi corazón. Me acurruco en el plato de la ducha y lloro desconsoladamente. No es la única culpable pero sólo puedo pensar: «maldita Samantha».

Sé que no está bien rebuscar en las cosas de los demás pero es la única forma que se me ocurre para intentar localizar a Susana. En un cajón de la cómoda de su dormitorio encuentro uno de los móviles que utiliza. Está apagado. Lo enciendo e introduzco el pin que Susana utiliza en su móvil actual y en la contraseña del ordenador. Yo sé el suyo como ella sabe el mío. Tengo suerte y el móvil lo acepta. Busco en la agenda telefónica y anoto un par de números que me podrían servir. El de casa de su padre en Mallorca y el de otra casa que tiene aquí en Barcelona. Después, oculto mi número toqueteando en el apartado «ajustes» de mi móvil y marco el teléfono de la casa de Mallorca. Al segundo tono, contesta su padre.

—Dígame.

—Hola, Emilio, soy Violeta. No cuelgues, por favor —le pido—. Necesito hablar con Susana.

—Violeta, deja las cosas como están. No le doy la razón a mi hija: creo que se equivoca en la manera de proceder, pero es su voluntad no volver a tener contacto contigo. —Me consuela sentir que su tono de voz es conciliador a pesar de que su mensaje es tajante—. Ha sufrido mucho, déjala tranquila por un tiempo.

—Pero yo no le he hecho nada. No tengo la culpa de lo que pasó. Yo soy una víctima también.

—Deja que pase el tiempo y que se le cure un poco la herida.

—Me echa del piso, Emilio —le anuncio.

—¿En serio? No tenía ni idea. Lo siento, pero el piso es suyo y ella decide.

—¿Puedo hablar con Susana?

—La pregunta es si ella quiere hablar contigo.

—Supongo que el que no me coja el móvil ni usted tampoco significa que no.

—Lo siento, Violeta, pero mientras ha estado aquí me tenía prohibido que hablara contigo.

—Está bien Emilio, cuídese.

—Cuídate tú también, Violeta.

Bien, supongo que consciente o inconscientemente su padre me ha dado a entender que Susana ya no está en Mallorca, lo que quiere decir que hay muchas probabilidades de que esté en la casa que su padre tiene en Barcelona.

El problema ahora es que no recuerdo muy bien dónde está la casa. Sólo estuve una vez allí, hace bastante tiempo, era de noche y Susana conducía. Recuerdo que era una urbanización cercana al Hospital San Juan de Dios. Bueno, no tengo más remedio que ir en busca de la casa. Ahora que no trabajo, dispongo de todo el día para dar con ella.

A las nueve de la mañana me pongo en marcha, camino de la urbanización en la que creo recordar está la casa. Doy vueltas por las estrechas calles que dan paso a verjas enormes de hierro o madera que protegen la entrada de casas preciosas. Las hay de todas las formas y modelos: modernistas, clásicas o estilo nórdico. Mi Cinquecento me lleva una y otra vez por las mismas calles sin que pueda recordar con exactitud cuál de ellas es la de la casa de Emilio.

Decido dejar esta urbanización y probar con otra que está más arriba, en la montaña.

Después de la primera vuelta, cuando estoy a punto de terminar el recorrido, reconozco el coche de Susana aparcado junto a una casa de dos plantas con el tejado de pizarra y ventanas de madera oscura. Ésta es la casa de Emilio y éste el coche de Susana; ahora recuerdo que no le gusta meterlo en el parking porque es demasiado estrecho para su todoterreno y odia hacer maniobras. Eso es una suerte para mí, si no hubiera visto el coche no habría encontrado la casa de Emilio.

Aparco mi coche detrás del de Susana, bajo y llamo a interfono. El irritante sonido hace que mi corazón se acelere todavía más. Me siento nerviosa. No sé si Susana me dará la oportunidad de

escucharme o se pondrá a gritarme como lo hizo la última vez que nos vimos, en el hotel de Sevilla.

Miro mi reloj: las diez y media. Seguro que todavía está durmiendo. En los últimos años, Susana se encarga de las páginas web de los hoteles de su padre, por lo que puede trabajar desde cualquier sitio y suele hacerlo desde casa, sobre todo por la noche.

Insisto y pulso el botón una vez, dos, tres, cuatro. Lo hago hasta diez veces. Está claro que no me quiere abrir la puerta.

Estoy muy cabreada, ¿por qué me trata así? Sabe que no me lo merezco. Pues bien, no pienso quedarme de brazos cruzados.

Me alejo unos metros y miro la altura del muro que rodea la casa. Voy a escalarlo. Subo al coche y lo aparco muy cerca del muro, invadiendo completamente la acera, lo que me obliga a salir por la puerta del copiloto. Por suerte, llevo unas deportivas puestas, que amortiguarán mis pisadas sobre el capó y el techo del coche. Desde aquí me es más fácil alcanzar la parte superior del muro. Ya estoy arriba. Del otro lado me separan unos dos metros del suelo. Me descuelgo con cuidado, estiro las piernas y me dejo caer. Ya estoy dentro. Unos cuatro o cinco metros me separan de la casa. El lugar está sembrado de césped y zonas con piedras de río que se extienden por toda la parcela. Unas gigantescas macetas con pequeñas palmeras están situadas a un lado y a otro del sendero que lleva hasta la entrada principal. Lo recorro con rapidez y llamo al timbre de la puerta.

—¡Susana! —grito.

Ninguna señal.

—¡Sé que estás ahí! ¡Abre la puerta!

Espero unos segundos. Nada.

—¡Muy bien! ¡Ya encontraré la forma de entrar! ¡O puedo esperar hasta que salgas! ¡Me han despedido del trabajo, puedo estar aquí todo el día!

Dejo que pasen unos minutos.

—¡Esto es absurdo! ¡No puedes culparme por lo que pasó y no puedes echarme del piso como si fuera una okupa! ¡No es justo!

Está claro que puedo hacer un monólogo. Diga lo que diga no va a salir.

Me siento en el escalón de la entrada totalmente asqueada por la ridícula situación. Mi mejor amiga no me abre la puerta de su casa y me trata como si fuera una apestada. Será mejor que me olvide de hablar con ella. Es hora de empezar a recoger mis cosas y volver al pueblo hasta que tenga un plan. La opción de buscar piso a la desesperada no me seduce. Estoy demasiado desanimada para intentarlo y de esta manera sé que no voy a encontrar nada bueno.

Después de media hora, me pongo en pie y en ese instante las puertas correderas de la calle se abren. Dos policías vienen directamente hacia mí.

—Documentación —me pide uno de los agentes.

—¿Qué?

Mi sorpresa no puede ser mayor.

—Nos ha llamado la propietaria denunciando que un individuo se había colado en su casa —dice el otro agente sujetándome del brazo.

Entonces, oigo como la puerta de la casa se abre detrás de mí.

—He llamado yo, agentes —dice la voz de Susana—. La he visto saltar el muro y me he asustado.

Me giro y veo a Susana en ropa deportiva, perfectamente maquillada y con su larga melena pelirroja recogida en una coleta alta.

—No soy ningún intruso —me defiendo—, somos amigas.

El agente que me tiene cogida del brazo mira a Susana.

—¿Eso es verdad?

—No sé quién es esta persona. No la he visto en mi vida —sentencia Susana.

Suelto un grito ahogado.

—Vamos a la comisaría —dice el agente tirándome del brazo—. Allí nos explica qué es lo que pretendía. Si usted quiere poner una denuncia, deberá acompañarnos —le informa a Susana.

—No creo que sea necesario —añade Susana.

No puedo más que mirarla con furia contenida, ¿cómo me hace esto? Está claro que ya no quiero arreglar las cosas con ella. No se lo voy a perdonar nunca.

Me paso el resto de la mañana en comisaría intentando explicar lo ocurrido. Supongo que les doy pena porque no dejo de llorar en todo mi relato, que incluye el incidente de la boda aunque omito lo de mi novio marica. Me dejan marchar sin cargos.

El tener que recoger todas mis cosas del piso me mantiene ocupada y no pienso en lo ocurrido ni en lo que ocurrirá. Mi vida futura va a dar otro giro de 180° y mi presente y mi pasado caben en dos maletas y cuatro cajas de cartón. El portátil, la tostadora y el secador lo guardo en una de esas cajas de plástico que venden en los bazares chinos, con dibujos de coloridas flores y una tapa amarilla que intenta poner una nota alegre a toda la tristeza que supone llenarla con mis cosas. Desmonto la silla giratoria del ordenador y la mesa, que también es mía.

Mi pequeño Cinquecento no es suficiente para cargar con todo lo que tengo que llevarme y mi madre está viniendo con su coche desde el pueblo para ayudarme con la mudanza. Estará aquí dentro de un par de horas y con todo ya empaquetado y amontonado en el pasillo del piso, me siento en el sofá a descansar. Miro mi reloj y calculo que tengo una hora justa para llorar a gusto y otra media para recuperarme. No quiero que mi madre me vea con los ojos hinchados y tristes. Preparo un buen vaso de manzanilla y una mascarilla descongestionante para aplicarme después de la sesión de llanto.

Llevo más de media hora sentada en este sofá esperando a que acudan las lágrimas a mis ojos. Es extraño. No puedo llorar con las ganas que tengo de compadecerme de mí misma. Estos últimos días he llorado a casi todas horas. Era suficiente con pensar en que vuelvo al pueblo a vivir en casa de mi madre para que un torrente salado empapara mi cara.

Me fui huyendo de Adán porque entonces no le quería y no quería vivir allí y ahora, diez años después, vuelvo y descubro que estoy locamente enamorada de él, pero sin la posibilidad de tenerle.

No sé qué voy a hacer con mi vida. No sé que voy a hacer en el pueblo, temiendo cada día encontrarme con Adán en cualquier calle, en cualquier tienda, en cualquier lugar. Me pregunto si es ésta mi condena, el precio que tengo que pagar por el daño que le hice.

Ya han pasado las dos horas y mi madre está a punto de llegar, así que me bebo la manzanilla y tiro la mascarilla por el fregadero. A los diez minutos suena el timbre del interfono. Es mi madre. Tardamos casi una hora en cargar los dos coches con todas mis cosas. Cuando mi madre se sube a su coche, le digo que se me ha olvidado algo y subo al piso yo sola.

Le echo un último vistazo a todas las habitaciones, incluida la de Susana. He pasado muy buenos momentos aquí, aunque los últimos cinco años de mi vida han sido un torbellino de cambios. Primero la experiencia de vivir con Susana en la casa encantada de su abuela; después el poco tiempo que pasamos en el camping hasta que su padre compró este piso y nos mudamos aquí. Luego vino mi relación con Víctor, con el que a los tres meses me fui a vivir. Cuando lo nuestro se acabó por su infidelidad, volví a este piso con Susana. Ahora no queda nada de todo aquello. Ni Víctor, ni Susana, y me pregunto: ¿dónde se quedan todos los buenos momentos vividos?

Samantha me grita que me venga de alguna manera y no se me ocurre otra cosa que volver a entrar en la habitación de Susana y coger su portátil. Sé que aquí guarda cosas importantes, así que no tendrá más remedio que llamarme para recuperarlo. Entonces le diré lo que pienso de cómo me ha tratado.

Ah, y unos tejanos de esos que te suben el culote y que valen un pastón. Hala, fastídate.

Cierro la puerta por última vez y dejo caer las llaves dentro del buzón del correo.

Sigo con el coche a mi madre, quien sabe perfectamente cómo salir de Barcelona en dirección a Lleida. La admiro tanto que muchas veces siento vergüenza por ser tan débil y llorica. No parece que sea su hija, la hija de una mujer que tuvo que vivir una tragedia muy joven, que tuvo que dejar su dolor a un lado para sacar adelante a una hija y un negocio. ¿Qué es eso comparado con que un novio te deje, por el motivo que sea, o que una amistad se rompa, por el motivo que sea? Debería aprender de mi madre y ser más fuerte.

Regresar al pueblo supone un paso atrás en mi vida. Es como si nada de lo que he hecho estos últimos años me hubiera servido para avanzar. Regreso con un montón de sueños e ilusiones que no se han cumplido y me siento demasiado mayor para volver a la casilla de inicio.

De nuevo en mi antigua habitación, deshago el equipaje y coloco la ropa en el armario. Las cremas, champús, suavizantes y demás potingues los guardo en un espacio en el mueble del baño que mi madre ha preparado para mí.

Parece mentira el poco tiempo que dedico a colocarlo todo comparado con el quebradero de cabeza que me supuso guardarlo en cajas. Supongo que sólo he tenido que recordar cómo tenía dispuestas las cosas en mi antigua habitación. Aunque el hecho de que mi madre la haya reformado hace unos meses con muebles nuevos y un bonito color crema en las paredes hace que parezca diferente.

Capítulo 8

Llevo una semana sin salir de casa. La comida ocupa gran parte de mis horas y aunque no es nada sana la dieta que sigo —con exceso de chocolate, patatas fritas y demás porquerías—, tengo la suerte de no engordar.

Creo que mi madre ha decidido que el tiempo de compadecerme está llegando a su fin porque estos últimos días no deja de animarme para que salga a tomar un poco el aire. Yo siempre le contesto lo mismo, que estoy bien y que ya saldré mañana, cosa que luego no ocurre. Como sé que en cualquier momento me dará una charla, intento evitarla todo lo que puedo. Si ella está en el salón, subo a mi habitación a ver la tele. Cuando prepara la comida, yo estoy en el salón con el ordenador, y a la hora de comer siempre le digo que comeré más tarde porque he estado picando toda la mañana.

El décimo día que paso en casa, a primera hora, nada más escabullirme a la cocina para coger algo de comer que llevarme a mi habitación, mi madre se planta en el quicio de la puerta con los brazos cruzados y me lanza una mirada interrogativa.

—¿Y bien, *mon amour*?

—Y bien, ¿qué? —añado con un par de donuts en un plato y una taza de té rojo.

—¿Qué planes tienes?

—¿Para hoy?

—Para hoy y para el resto de tu vida.

—Ninguno.

Mi madre se sienta a la mesa de la cocina y me hace un gesto con la mano para que me siente también.

—¿Qué, mamá?—digo dejándome caer en la silla.

—Basta, Violeta. *C'est fini*.

Enderezo la espalda y echo los hombros hacia atrás como cuando era niña y me reñía.

—Toda acción tiene su reacción —continúa mi madre—. Así que, dime: ¿qué esperas obtener de la vida si te escondes de ella?

Suspiro, pongo los codos sobre la mesa y apoyo la cabeza en las manos.

—No lo sé, mamá.

—¿Y no deberías tener un plan?

—¿Para qué? Mis planes siempre salen al revés, ya lo sabes.

—Tener un plan motiva, hace que quieras moverte, actuar, salir a la calle y luchar por lo que deseas.

—Ese discurso está muy bien para un entrenador de fútbol. El Barça debería contratarte.

—Estoy hablando en serio, Violeta.

—No tengo un plan, mamá —suspiro con total desgana.

Mi madre se levanta sin decir nada y sale de la cocina. A los pocos segundos vuelve con una libreta y un bolígrafo.

—Quiero que hagas una lista con las cosas que necesitas conseguir. —Adán viene a mi cabeza—. Primero lo básico... —Adán, pienso otra vez—: un trabajo. Después, todas esas cosas que se suelen desear cuando terminan las vacaciones de verano, como aprender inglés, apuntarte a un gimnasio, un cambio de *look*...

—¿Qué le pasa a mi *look*? —digo tocando mis rizos.

—Nada —continúa mi madre—. Ése no es el tema, *ma chérie*. Me preocupa que te pases los días aquí metida sin hacer nada con tu vida. Tienes lo mejor que se puede tener, juventud, y no quiero que la desperdicies porque cuando te des cuenta, *voilà!* se habrá pasado.

No puedo decirle a mi madre que no quiero salir de casa porque temo encontrarme con Adán. No tengo fuerzas para enfrentarme a él después de su desprecio y la humillación que me hizo sentir. Pero está claro que no podré quedarme aquí eternamente. Mi madre tiene razón: debo enfrentarme a mi vida. No tengo otra opción. Ahora que voy a vivir una temporada indefinida en el pueblo, lo primero que tengo que hacer es buscar un trabajo.

—Tienes razón —le digo.

Mi madre me mira sorprendida.

—Bien, pues vístete y me acompañas a comprar —añade con voz cantarina, repiqueteando con los dedos sobre la mesa.

¿Ruta turística por el pueblo? Genial. Es la mejor manera de encontrarme con Adán. Esto no empieza bien.

Afortunadamente, Dios me da un respiro y no me encuentro con nadie importante. Las siguientes tres semanas me las paso conectada a internet buscando trabajo y llevando currículums a empresas de trabajo temporal por la ciudad de Lleida. Después de un mes me recorre la desesperación porque no encuentro ningún empleo.

En todo este tiempo no he visto a Adán; a la calle salgo poco y para cualquier cosa, cojo el coche. Pero hoy mi madre quiere poner emoción a mi vida pidiéndome que vaya a comprar a la carnicería del pueblo.

Nada más entrar, veo a la que hubiera sido mi suegra, la madre de Adán. Estupendo, ¿se puede ser más desgraciada? Esta mujer sabe que le di calabazas a su hijo. Bueno, lo sospecho porque siempre me mira muy seria y parece que en cualquier momento me vaya a escupir. Mi madre dice que es su forma natural de mirar, pero yo no me fío, no me extrañaría que me hubiera echado mal de ojo.

—Hola, Violeta. Qué sorpresa, ¿qué haces tú por aquí? ¿No estabas viviendo en Barcelona? —pregunta la madre de Adán nada más verme entrar.

Bien, si ella no sabe que estoy aquí, es posible que Adán tampoco.

—Hola, María, ¿cómo está? —Le doy dos besos—. Estoy pasando una temporada en casa de mi madre.

—¿Y eso?

—Bueno, las cosas en Barcelona están complicadas.

—¿No tenías trabajo allí? —pregunta Montse, la carnicera.

—Ya no.

—Vaya, cuánto lo siento —comenta María con una dulce sonrisa que me sorprende.

—Bueno, soy optimista. Seguro que me sale algo, lo que sea.

—¿Te vas a quedar en el pueblo? —Vuelve a preguntar Montse dándole un hachazo a una chuleta.

—Si encuentro trabajo, sí. Aunque también busco en Barcelona. Lo complicado allí es encontrar un piso: si no lo compartes no puedes pagarlo. Los alquileres son prohibitivos para una persona sola.

—Claro, eso no te pasaría si estuvieras casada —comenta la madre de Adán—. Pero ¿dónde vas a estar mejor que en tu pueblo y con tu madre?

Puñalada traperera. Seguro que espera que le pregunte por Adán. Sería lo lógico, somos amigos de toda la vida. Pero no. No pienso hacerlo.

—Tal vez Adán pueda ofrecerte trabajo —comenta María emocionada—. Sé que necesita ayuda en sus granjas.

Es oír su nombre y el corazón se me dispara.

—¿En una granja? ¿Yo?

—Todo se aprende —añade Montse.

—Tampoco es un trabajo difícil —continúa María—. Un poco sucio sí, pero nada más.

—No tengo ni idea de trabajar en una granja.

—Él te enseñaría —dice María—. Puedes probar.

No creo que sepa nuestra historia, de lo contrario no tendría tanto empeño en que trabajara con su hijo.

—¿Algo más? —le pregunta Montse a María.

—Nada más. La cuenta y la puerta.

Montse termina de meter los paquetes en una bolsa y se la ofrece a María por encima del mostrador.

—Bueno, Violeta. —María sopesa la bolsa—. Llama a mi hijo esta noche y lo hablas con él. Yo se lo comentaré este mediodía

cuando venga a comer a casa.

Ni de broma. No pienso volver a hablar con Adán en la vida.

—Vale, así lo haré. Hasta luego, María. Me alegro de verla.

—Igualmente, Violeta. Hasta pronto.

Aparto las cortinas de canutillos para que salga.

En cuanto llego a casa le comento a mi madre el encuentro con María y la oferta de trabajar en las granjas ayudando a Adán.

—Eso es estupendo —suelta mi madre terminando de quitar el polvo a la televisión del salón.

—¿Estupendo? ¿Que trabaje en una granja con cerdos, gallinas y demás bichos te parece estupendo?

—¿Tienes una oferta mejor? Coge lo que te salga hasta que encuentres algo que te interese más. Pero de momento eso te obligará a levantarte de la cama y estar activa.

—Levantarme de la cama y ponerme un mono azul y botas de agua no me va a hacer estar activa. Me va a hacer estar deprimida.

—Pobrecita —me suelta, pellizcándome la mejilla.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Suspiro.

—¿Qué tiene de malo trabajar en una granja con Adán? —pregunta mi madre enchufando el aspirador a la corriente.

«Pues... —murmura Samantha enroscando su collar de perlas en los dedos de la mano—... que estarías todo el día con ese machote muerta de ganas por frotar tu mono azul contra el suyo. Desnudándoos con desesperación en la parte de atrás de su ranchera, mientras acaricias su pecho desnudo y duro como una roca...»

—Supongo que nada, mamá. No tiene nada de malo trabajar en una granja.

—Exacto. Además estarías con un amigo de toda la vida —contesta encendiendo el aspirador.

Eso significa que la conversación ha terminado y ya puedo empezar a pensar en una buena excusa para librarme de Adán y de la granja.

No llamo a casa de Adán por la noche como quedé con su madre, me parece que si evito pensar en ello quizá todo se olvide. Pero para mi sorpresa, el teléfono suena a las nueve y media de la noche y, cuando escucho a mi madre saludar con entusiasmo a Adán, tengo ganas de salir corriendo y esconderme en el armario de mi habitación. Mi madre hace un gesto con la mano para que me acerque mientras hace a Adán las típicas preguntas sobre la familia. Agito las manos y gesticulo para que le diga que no estoy. Mi madre frunce el ceño y me ordena con el dedo índice que vaya hasta ella.

Obedezco.

—Sí, aquí la tengo, Adán. Te la paso. Venga, hasta luego.

Las manos me tiemblan cuando cojo el teléfono y los músculos de la cara se me agarrotan. El recuerdo de la humillación de la última vez que hablé con él vuelve a mi corazón y mi autoestima cae en picado hasta lo más profundo del abismo de mi inseguridad.

—Hola —consigo murmurar.

—¿Violeta?—pregunta Adán.

Supongo que no ha debido de oír mi temeroso «hola».

Carraspeo.

—Hola, Adán —consigo pronunciar en un tono más seguro.

«¡Sube la barbilla, que tu tono de voz sea firme y tu actitud la de haber pasado las últimas noches con Brad Pitt!», me grita Samantha.

—Mi madre me ha dicho que buscas trabajo y que te interesa lo de la granja.

¿Que me interesa? No sé en qué momento me vio interesada, pero bueno.

—Estoy buscando trabajo y como no encuentro nada tu madre me había comentado lo de la granja, pero, la verdad, no sé si yo sabría hacerlo. No tengo ni idea de animales.

—Es sencillo. Te puedo enseñar.

Genial. Pasar tiempo contigo es justo lo que necesito para salir adelante.

—Ah, bueno.

—No es un trabajo para todos los días y tampoco es una jornada de ocho horas. Puedes compaginarlo con otras cosas.

—¿Cómo qué?

No sé por qué le pregunto eso.

—No sé. Eso es cosa tuya.

Primera puñalada. Eso ha sonado a: «¿Y a mí qué me importa?».

—Te puedo pagar 12 euros la hora. Piénsatelo y me dices algo.

¿12 euros la hora? ¡Guau!

«¿Tienes que volver a llamarle otro día para darle una respuesta? Qué tortura —suspira Samantha—. Mejor le dices que sí ahora y ya está. Total, si le dices que no tu madre te va a estar machacando una semana.»

—Me parece bien. ¿Cuándo quieres que empiece?

—Te paso a buscar mañana a las ocho.

—Vale. Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuelgo.

La sangre palpita con furia en mis sienes. Todavía me podría desmayar por la angustia que siento pero decido que ya es hora de empezar a resurgir de mis cenizas.

Paso la noche nerviosa, levantándome cada dos por tres para ir al lavabo. A las seis de la mañana estoy cansada de estar en la cama y decido levantarme. Me visto con unos tejanos y una camiseta de manga corta. No tengo botas que ensuciar, así que me pongo unas deportivas viejas; que vaya a hacer de granjera no significa que no pueda estar mona. Me recojo el pelo y dejo caer unos mechones rizados a los lados de la frente. Maquillaje discreto: rímel y brillo de labios.

Apenas si puedo desayunar un vaso de leche y una triste madalena que me cuesta tragar.

A las siete y media estoy sentada en mi habitación, esperando a Adán e intentando hacerme un plano mental sobre cómo voy a comportarme cuando le vea. ¿Me hago la loca y le hablo como si nada hubiera ocurrido? Me vio destrozada la última vez. Le supliqué que me quisiera. Que patética. Si me muestro demasiado entusiasta notará que estoy fingiendo y pensará que estoy peor de lo que imagina. Porque seguro que se imagina que estoy hecha polvo. Lo mejor será que le hable lo justo y necesario.

Desde la ventana de mi habitación oigo que se acerca un coche y se detiene. Salto de la cama y bajo corriendo para no darle tiempo a que llame a la puerta. La abro justo antes de que Adán toque el timbre. Nos miramos unos segundos. Su rostro está tenso.

—Buenos días —dice Adán.

—Buenos días.

—¿Estás lista?

—Sí. Un momento que cojo el bolso.

—¿Bolso? No te va a hacer falta el bolso. Vamos a una granja de animales, no a un centro comercial.

Pero ¿de qué va y porque me habla así?

—Ya lo sé —contesto—. Lo necesito para dejar el móvil.

—Tampoco creo que lo necesites. Estarás ocupada y no creo que tengas tiempo de enviar WhatsApps. Te espero en el coche.

Idiota.

Va hacia su coche y yo subo otra vez a mi habitación a buscar un pequeño bolso sport donde he metido algunas cosas, como el móvil o toallitas húmedas por si me tengo que limpiar el estiércol.

Subo al asiento del copiloto y Adán arranca el coche. El silencio cae sobre nosotros como la niebla densa de los inviernos en Lleida. Si las circunstancias fueran otras, ahora mismo estaría estrujándome el cerebro por encontrar un tema de conversación, pero no lo hago. Miro al frente y me dejo balancear por el coche cuando éste entra en un camino de tierra y baches. Adán tampoco dice nada y supongo que debe de sentirse nervioso. Esta vez, el malo de la película es él. Él es quien me besó cuando no tenía que hacerlo y quien me despreció cuando le confesé que le quería.

«Deja que sufra —dice Samantha—. Unos cuantos latigazos mentales no le irán nada mal.»

Después de unos minutos por un camino de tierra que recorreremos en paralelo al canal de riego, con varios saltos de agua, nos desviamos a la izquierda por un camino más estrecho que da paso a una gran explanada donde hay dos grandes granjas.

El coche se detiene frente a la entrada, donde una gran verja impide el paso.

—No bajas —dice Adán—. Voy a abrir.

Adán sale del coche.

«No le mires el culo, no le mires el culo», murmura Samantha.

Aparto la mirada de su mono azul y miro alrededor inspeccionando el lugar. Todo está en quietud y en un impresionante silencio. Qué lejos me encuentro de Barcelona, esto parece otro mundo y yo una extraterrestre en él.

Adán vuelve al coche y subimos una pequeña pendiente entrando a la finca.

—Ya puedes bajar —ordena.

En cuanto bajo del coche un fuerte olor a estiércol me atraviesa el cerebro y se instala en mi nariz. Tengo que respirar por la boca para evitar las arcadas, pero aun así mantengo la compostura frente a Adán y no digo nada.

Caminamos por el terreno que separa las dos granjas y a unos metros, detrás de un vallado de hierro que me llega a la altura del pecho, hay cinco cerdos. Todos son rosados, menos uno que es negro. Son enormes y los cinco están en una esquina donde hay comida. El suelo está lleno de paja revuelta con heces que impregnan sus patas y hocicos. Junto a Adán hay una gran caja de madera llena de manzanas, coge un par y se las lanza a los cerdos. Éstos se vuelven locos y se pelean por ellas. Los ronquidos son constantes, como si tararearan una canción.

—Les encantan las manzanas —dice Adán ofreciéndome un par—. Dáselas.

Las cojo y las dejo caer cerca de mí. Uno de los cerdos se acerca y me mira con sus pequeños ojos azul pálido. ¿Cómo un animal tan grande puede tener una mirada tan triste? A lo mejor sabe que lo están engordando para matarlo y comérselo.

—Éste se llama *Valero* —comenta Adán apoyando los codos en la valla.

—¿Por qué le pones nombre? Me parece cruel si vas a sacrificarlo para luego comértelo.

—También se le pone nombre a los perros.

—Ya. Pero no nos los comemos.

—No en este país, pero sí en otros.

—En esos países que comen perros tú no sabes si les ponen nombre. Seguro que ni siquiera sabes dónde están.

Comentario cruel, lo sé. No he podido evitarlo.

Adán arquea las cejas.

—Tienes razón. Pero venga, vamos por faena. Tengo un montón de cosas que hacer y poco tiempo para hablar de tonterías.

Está claro que no le ha gustado mi comentario. Me da igual. A mí tampoco me gusta estar aquí con él.

—Tienes que limpiar el recinto de los cerdos una vez a la semana. Con esa pala has de sacar la paja, cargarla en ese carretón y tirarla allí porque se reutilizará como abono para el campo. Luego has de poner paja limpia. Cada día has de darles de comer: manzanas, peras, verdura y pienso; eso ya te lo dejaré yo preparado. Por el agua no es necesario que te preocupes, porque por ahí —dice señalando unos tubos— baja el agua hasta esos chupetes por donde beben.

No digo nada y le sigo como un perrillo perdido en un armario.

Adán me lleva hasta una construcción de ladrillos, saca una llave de su bolsillo y abre la puerta de hierro viejo y oxidado. Entramos en un recinto semioscuro y antes de que mis ojos puedan acostumbrarse a la penumbra, vuelvo a respirar por la nariz para comprobar si continúa el mismo olor que hay fuera. Éste es diferente, a caca, pero diferente.

Enciende la luz y veo ante mí un pasillo sucio y polvoriento con varias habitaciones a un lado desde donde se oye el sonido de gallinas cacareando. Instantáneamente los pelos se me ponen como escarpas y un escalofrío me recorre la columna.

¡Tengo fobia a todo animal con plumas!

Quita el seguro de una de las puertas y al abrirla me encuentro con unas sesenta gallinas.

«Pues ya puedes coger aire y apretar el culo —dice Samantha—. Tal vez así no huelan tu miedo y se lancen sobre ti con sus picos abiertos y puntiagudos, aleteando y cacareando como locas.»

Empiezo a sudar.

—También tienes que darles de comer cada día. Pan con agua, pienso, lechugas, tomates, y tienes que recoger los huevos todos los

días porque sino los pisan y se los comen.

Veo a Adán gesticular y mover los brazos mostrándome dónde se pone la comida, el agua y cómo se recogen los huevos, pero yo ya no puedo escucharle. Un torrente de tristeza se ha volcado sobre mi cabeza y me está ahogando. Quiero llorar y salir corriendo.

De repente, un pequeño gallo, mucho más pequeño que todas las gallinas que hay aquí, se planta frente a mí y se queda inmóvil como si esperara una distracción para saltar sobre mí y picotear mis ojos.

—Ten cuidado con *Carusso* —advierte Adán—, es un gallo muy chulo que en cuanto te descuidas te pega un picotazo. —Lo espanta dando palmadas—. También —continúa saliendo a la calle— están los halcones, águilas y búhos.

Señala hacia una construcción de tochos cercana.

«Sí —dice Samantha—. Sin duda ésta es tu peor pesadilla.»

Entramos en el recinto donde, dispuestas en fila, como si fuera un centro de atención médica, hay varias habitaciones, todas cerradas y con un tubo que sale de la pared cubierto con una tapa. Un estruendo retumba por todo el recinto. Algo está golpeando las paredes.

Adán saca unas llaves de bolsillo de su mono y abre la primera de las puertas.

—Mira —dice, abriendo la puerta sólo unos centímetros.

Muerta de miedo, asomo la nariz por la ranura.

Un enorme búho está posado en una especie de árbol artificial y me mira con unos enormes ojos en su gran y peluda cabeza sin cuello. No le hace falta hablar: con la mirada está diciéndome que no se me ocurra entrar.

—¿Para qué queréis estos bichos?

—Son de un particular. Los halcones los utilizan para el aeropuerto. Tú tendrás que alimentarlos.

—¿Quieres que me meta ahí dentro?

—No hace falta, ¿ves estos tubos? Por aquí les tiras la comida. El agua la tienen dentro pero ya me encargaré yo de cambiarla cuando entre a limpiar.

Menos mal. Porque me ha faltado un segundo para decirle que aquí se queda con su granja de Playmobil.

—¿Y qué comen? ¿Pienso?

Adán se ríe.

—Sí, claro. Y luego les pones una correa y los sacas a pasear. Deberías ver más documentales y menos *Gran Hermano*.

—No veo Gran Hermano.

No me contesta. Salimos por donde hemos entrado y nos dirigimos a una pequeña cabaña de ladrillo en forma de caja cuadrada sin ventanas.

Nada más abrir la puerta encontramos un arcón congelador. Adán levanta la tapa y ante mí veo la horrenda visión de cerditos y polluelos recién nacidos, muertos y congelados.

—Ahí —dice, señalando a mi derecha— tienes un hacha, cuchillos y unas tijeras para que los trocees y alimentes a los búhos y las águilas.

—¿Qué? —pregunto.

«¿Qué?», pregunta Samantha.

—Que tienes que trocear la comida antes de echársela; es sencillo, creo.

«Corre —dice Samantha—. Corre antes de que te crezcan trenzas, tetas enormes y zuecos de madera en los pies.»

—¿Crees que serás capaz de hacerlo? —pregunta Adán, despectivo.

Está claro que piensa que no.

—Pues claro.

—Entonces, ¿aceptas el trabajo?

«No quiero, no quiero, no quiero.»

—Sí —respondo.

—Bien.

No se extraña y eso me sorprende. Esperaba al menos un levantamiento de cejas en forma de sorpresa.

—Te llevo de vuelta y mañana paso a buscarte a la misma hora.

«¿Para eso nos ha pegado este madrugón? —se queja Samantha—. No era necesario levantarnos tan pronto si pensaba

devolvernos a casa tras la explicación. Ya veo que tenía claro que le ibas a decir que no, de lo contrario habrías empezado ahora mismo.»

Hacemos el camino de vuelta en silencio y me deja en casa tras un escueto «hasta mañana».

Mi madre sale a toda prisa a recibirme.

—¿Qué tal? —pregunta entusiasmada como si viniese del castin para ser la protagonista de *Grease*.

Espera mi respuesta emocionada mientras se seca las manos con un trapo de cocina.

—¿Tú qué crees? —pregunto, dejando caer el bolso sobre el mueble del recibidor.

—¿Tienes trabajo?

—Si limpiar la pocilga de los cerdos, recoger huevos, dar de comer a las gallinas y trocear cadáveres de cerditos y pollitos muertos y congelados se le llama trabajo, pues sí, tengo trabajo.

—¡Oh, genial!

Mi madre me abraza y me agita.

—¿Por qué estás tan contenta? ¿Es que no has escuchado lo que te acabo de decir?

—Sí. Que tienes trabajo.

—Mamá, voy a limpiar cerdos.

—Vas a cobrar un sueldo a final de mes. Y me alegro por ello.

—Voy a llevar un mono azul que traeré lleno de estiércol y me pasaré días oliendo a caca.

—¡Oh, vamos! No exageres. Ni que tuvieras que limpiar una granja de dos mil cerdos.

—Esto no es para lo que yo he estudiado, ¿cómo va esto a motivarme para levantarme cada mañana?

Me dejo caer en el sillón del salón como una muñeca de trapo.

—Piensa que es algo temporal. Pronto la vida te sorprenderá con algo que realmente te motive. Sólo has de tener paciencia.

Mi madre es una auténtica maestra de la vida. Por todo lo que ha pasado no puedo dudar de ella.

—De acuerdo, mamá. Tendré paciencia. O al menos lo intentaré.

—Bien, *ma chérie*. He hecho creps rellenas de helado de vainilla, ¿te apetece?

Las creps rellenas de helado de mi madre son la salsa de la vida.

Voy a la cocina, mi madre me ofrece un plato con un par de creps y antes de que pueda pedírselo, las rocía con chocolate caliente que acaba de deshacer al baño maría.

Sonrío por estos momentos de fugaz felicidad en la cocina de mi madre.

Después del desayuno decido coger el coche e ir a Lleida a mirar las tiendas de ropa de la calle Mayor. No tengo nada que hacer en todo el día más que esperar a que llegue el día siguiente para volver a ver a alguien que no quiero ver, Adán, y hacer algo que tampoco quiero hacer, trocear animalitos.

Subo a mi pequeño Cinquecento y no sé por qué tomo la dirección contraria que me llevaría a la capital. Conduzco hacia Castelldans, otro pequeño pueblo.

La brisa que entra por la ventanilla del coche alborota mi pelo y acaricia agradablemente mi cara. No hay tránsito y apenas si me cruzo con algún coche.

El sol brilla discretamente mientras algunas nubes blancas como bolas de algodón de azúcar aparecen en el horizonte. El silencio, sólo interrumpido por el ruido del motor del coche, me envuelve.

Saco las gafas de sol de la guantera y me las pongo.

Aspiro con fuerza.

Llego a Castelldans y no sé por qué cruzo la plaza y sigo recto hasta entrar en un camino de baches donde veo un cartel que indica dirección a Cervià. Nunca he estado por esta zona, así que no sé que me encontraré.

«¿Adónde vas?», pregunta Samantha.

No le contesto.

El camino está lleno de agujeros. Algunos logro esquivarlos, otros me los como de lleno. Pero sigo conduciendo.

Todo lo que me rodea es campo. No veo ninguna casa, ninguna persona y ningún animal. Sólo almendros, olivos y otros árboles que

no sé reconocer. Subo, bajo y esquivo baches y más baches. Pero no me detengo. Sólo quiero conducir y alejarme del pueblo, de Adán, del trabajo de mañana y de mi mala suerte.

Después de media hora, bajo una pendiente y descubro un pintoresco pueblecito en medio de las montañas que parece una postal. Es Cervià de les Garrigues.

Recorro la carretera que lo cruza, piso el acelerador y la poca fuerza de los sesenta caballos de mi coche me empuja hacia un destino desconocido. De repente, y sin que pueda evitarlo, un coche se me echa encima. No tengo tiempo más que de gritar en el mismo instante en el que un todoterreno se empotra en el lateral izquierdo de mi Cinquecento. El estruendo resuena en mis oídos y el golpe me sacude y me golpeo la cabeza contra la ventanilla. Un dolor intenso bombea en el centro de mi cerebro y se hace la oscuridad. Aunque no piso el acelerador no dejo de moverme y soy arrastrada mientras me da la sensación de que nunca me voy a detener.

¿Éste es el final? ¿Hasta aquí llega mi vida? «Pues vaya asco», oigo decir a Samantha a lo lejos.

Noto que todo mi cuerpo tiembla. Entonces oigo una voz que me hace preguntas. Miro hacia mi izquierda, de donde viene la voz, y poco a poco mi visión se aclara. Un chico intenta abrir la puerta.

—¿Qué? —logro articular, mareada.

—¡Ahora mismo te saco!

No puedo pensar y me llevo las manos a la cabeza, que siento embotada.

—No puedo abrirla —le oigo decir mientras lo veo estirar de la manija de la puerta con fuerza.

Intento moverme pero no puedo y tardo unos segundos en darme cuenta de que es el cinturón de seguridad lo que me lo impide. Lo desabrocho y, al fin libre, me arrastro como puedo hasta el asiento del copiloto, pero no tengo fuerza en los brazos para sostenerme y creo que me voy a desmayar.

Entonces, unas manos me sujetan por debajo de los hombros y tiran de mí hasta sacarme del coche. Consigo sostenerme en pie aunque si lo hago es porque esas manos que me han sacado todavía

me sujetan. Enfoco la visión y consigo reconocer al mismo chico de antes. Alrededor se han concentrado un montón de curiosos.

—He llamado a una ambulancia. Siéntate en el suelo.

Nunca antes he tenido un accidente. No he estado en un hospital más que de visita y ni siquiera me han puesto puntos de sutura. Y ahora va a venir una ambulancia haciendo sonar sus ruidosas sirenas.

Quiero irme a casa con mi madre.

Intento ponerme en pie pero un fuerte dolor de cabeza hace que me maree y pierdo el equilibrio.

—Es mejor que no te muevas.

El chico insiste mientras me sujeta por los hombros para que no me vuelva a levantar.

—No necesito una ambulancia, estoy bien, sólo un poco mareada.

Alguien entre la multitud le entrega un trapo con el que me presiona la frente.

—Tendrán que darte puntos.

Aparto el trapo de la frente y me toco con la mano. Al instante la noto húmeda y al verla me asusto: la tengo cubierta de sangre.

No es que la sangre me asuste, al menos no lo hacía cuando no era mía, pero ahora, al ser la primera vez que veo tanta saliendo de mi cabeza, me doy cuenta de lo grave de la situación.

Oigo las sirenas acercarse.

Me tumbo de espaldas. Mis ojos se ciegan con el sol que brilla en el cielo azul. Una sombra lo oculta por momentos: es la silueta del chico que aprieta el trapo contra mi cabeza. Entonces, recupero la visión de forma tenue y ante mí veo la cara de Adán. O eso es lo que creo ver antes de desmayarme.

Oigo el ruido de las sirenas a lo lejos. Cada vez están más cerca. Son ensordecedoras. Ahora están dentro de mi cabeza.

Abro los ojos.

Un vaivén me agita y siento ganas de vomitar.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta un hombre de mediana edad vestido de sanitario. No puedo controlar la arcada y le vomito

en los zapatos—. Tranquila —dice con gesto resignado mientras coge un rollo de papel. Me ofrece un poco y luego se limpia.

—Perdón.

Me recuesto mientras la cabeza me gira sin parar.

—Tu novio nos sigue en su coche —añade el sanitario intentando quitarse mi desayuno de los zapatos.

El corazón me da un vuelco al recordar que hace unos momentos vi la cara de Adán. Quiero levantarme y mirar por la ventanilla, pero sólo pensarlo me provoca más arcadas.

—Tranquila —dice el sanitario, quien me acaricia el brazo cariñoso—. Estaba muy preocupado pero ya le he dicho que aparte del corte de la frente, sólo estás aturdida por el golpe. Te coserán y seguramente te quedarás en observación esta noche; luego, a casita.

¿Cómo se habrá enterado Adán del accidente? Seguramente pasaba por allí y debió de verme en el suelo. Saber que está ahí fuera, me deja más tranquila. Al menos no me siento tan sola y no tengo que llamar a mi madre, le daría un susto de muerte.

Estamos en la ciudad. El ruido del ambiente ha cambiado bastante. Antes era todo silencio; ahora, sólo se oye el tráfico.

Bajamos una pendiente y la ambulancia se detiene. El sanitario baja abriendo la puerta trasera. Tira de la camilla, que se desliza hacia fuera y cuyas patas se despliegan automáticamente, tocando el suelo y haciéndome saltar levemente. Cruzamos unas puertas correderas donde dice Urgencias e intento girar la cabeza para ver si veo a Adán, pero no lo consigo.

Dentro, todo pasa muy rápido. Me llevan a un *box* donde a los pocos minutos aparece una doctora que parece recién salida de la universidad; debe de ser bastante más joven que yo. Me hace un montón de preguntas mientras sigo su dedo con los ojos sin mover la cabeza y me ciega con la lucecita que enfoca en mi iris. Luego inspecciona mis oídos con el aparatito que me clava dentro de la oreja como si buscara oro. Y no sé cuántas cosas más. Mientras, no dejo de mirar por un pliegue de la cortina esperando ver a Adán.

—Ahora te daré unos puntos —dice la doctora con voz de adolescente.

—¿Sabe si ha preguntado un chico por mí? Se llama Adán y debe de estar ahí fuera.

—¿Iba contigo en el coche?

—No.

—¿Le has llamado para que venga a buscarte?

—No. Tampoco.

«¡Joder, cuántas explicaciones. Tan sólo dime si está ahí fuera o no!» Hacía rato que no escuchaba a Samantha.

—¿Podría mirar si está? Por favor.

Vamos, apiádate de mí.

—Primero voy a coserte.

—Por favor. —Pongo ojos de gatito mimoso.

La veo dudar.

—Voy a ver.

Mi corazón se agita todavía más.

Trago saliva.

En tan solo un par de minutos vuelve. La cortina se abre y entra la doctora. Alguien la sigue pero no logro verlo porque la cortina le oculta la cara. Adán, suspiro. Su brazo la aparta y hasta mí se dirige un chico que no es Adán sino el que me atendió en el accidente.

—Hola, ¿cómo estás?—pregunta con cara de verdadera preocupación.

Mierda.

—Bien.

—Voy a pincharte un poco de anestesia para que no te duela — interrumpe la doctora agitando una jeringuilla.

Ahogo una queja al sentir la aguja. El chico me acaricia el brazo y entonces me fijo en su aspecto de bohemio: viste una camisa con grandes estampados y tejanos con los dobladillos vueltos. Calza unas zapatillas naranjas con cordones azules y lleva un pequeño sombrero marrón en la mano.

—¡Mi bolso! —grito de repente.

La doctora da un respingo.

—Tranquila, lo tengo yo —contesta el chico.

Menos mal. Sólo me faltaba perder el bolso y tener que dar vueltas para anular carné y tarjetas de crédito.

—¿Tendré que quedarme en observación esta noche? —pregunto a la doctora mientras me cose.

—No será necesario. No veo ningún síntoma extraño, el golpe ha sido superficial. Podrás irte a casa y si notas mareo o alguna sensación fuera del dolor que te pueda causar la herida de la cabeza, vienes.

No veo lo que la doctora hace pero la siento ágil en sus movimientos.

El chico está ahí plantado, con los brazos cruzados sobre el pecho mirando muy atento.

—Ya está. —La doctora corta el hilo—. Ahora quédate un rato aquí tumbada mientras termino de hacer el informe.

Como un mago, desaparece tras la cortina quitándose los guantes de látex.

—¿Sabes que han hecho con mi coche?

—Creo que se lo ha llevado la grúa. Lo que no he tenido tiempo es de hacer el parte.

—¿El parte?

—El parte del accidente. No te preocupes: no intentaré escabullirme de mi responsabilidad. La culpa ha sido mía.

—Tú eres quien me ha dado el golpe.

—Sí. Lo siento. No te vi.

—Pues yo sí que vi tu enorme coche que se me echaba encima.

—Me distraje. No sabes lo mucho que lo siento. Menos mal que estás bien.

—Hombre, muy bien no es que esté. Me acaban de coser y me duele la cabeza —suspiro—. Seguro que mañana tengo un montón de moratones.

—Sólo son cuatro puntos. ¿Qué puedo hacer para que me perdonen?

«Si no fuera porque está bueno le escupiría», comenta Samantha.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

—Claro que no —responde arqueando las cejas.

—Sólo espero no tener que gastarme ni un solo euro en arreglar mi coche.

—No te preocupes, no te los gastarás. Yo me encargo.

Se hace un silencio incómodo, al menos para mí porque él no deja de mirarme con una seguridad en sí mismo que me molesta. Es como si estuviera dos escalones por encima de mí.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Violeta.

—Bonito nombre. Yo, Hugo.

—¿Dónde está mi bolso?

—Ya te he dicho que lo tengo en mi coche.

—¿Me lo puedes traer? Por favor.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Voy a buscarlo.

Cuando se marcha, me incorporo lentamente y me quedo sentada en la camilla. La cabeza me va a explotar.

Cogeré un taxi para volver a casa aunque seguramente se ofrecerá a llevarme. Tendré que aceptar porque un taxi me costará una pasta.

Me pongo en pie y doy unos pasos por la habitación.

Estoy mareada como un pato.

Hugo aparece con mi bolso.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿Estás mareada?

—Un poco.

—De verdad que lo siento mucho —se lamenta.

No le contesto.

La doctora aparece con mi informe.

—Tómate una pastilla cada ocho horas e intenta hacer reposo al menos un par de días.

Me da un *blister* con unas cinco pastillas. Luego me pone la mano en el hombro y sonrío. Es un gesto extraño en una persona tan joven pero la verdad es que reconforta.

—Gracias —le digo.

La doctora se marcha y nos volvemos a quedar los dos solos en el *box*.

—Te llevo a casa.

No me lo pregunta, lo afirma.

Samantha sonrío. Creo que le gusta Hugo.

Me cruzo el bolso sobre el pecho y él aparta la cortina para que salga.

Intento acelerar el paso para ir por delante, pero enseguida me alcanza y me ofrece su brazo.

—No, gracias. Estoy bien.

«—Vamos, no seas tan borde. Sólo intenta ser amable —me riño Samantha.

»—Se ha lanzado con su coche sobre mí y casi me mata. No pienso ser amable sólo para que se sienta mejor.

»—Tal vez el accidente te ha pasado por algo.

»—No empieces otra vez con tu estúpida idea del destino.»

Llego hasta la puerta y Hugo se adelanta.

—Lo tengo en el parking —me dice—. Siéntate y espera aquí, tardo un minuto.

Asiento.

«¿Lo ves? Es todo un caballero», comenta Samantha mirándole el culo.

Sentada en este banco de la recepción de urgencias soy invisible.

Hugo aparece por la puerta y sin que se lo pida me coge del brazo y me ayuda a levantarme; ahora me doy cuenta de lo lento de mis movimientos. Salimos fuera y enseguida veo el todoterreno con el que me embistió, que apenas tiene unos rasguños en la parte delantera y un faro roto. No sé cómo habrá quedado mi coche pero viendo a este monstruo me lo puedo imaginar.

Me abre la puerta y subo. El coche por dentro es precioso. Un Audi, pues tiene el logotipo de los aros incrustados en el volante. Por dentro está todo bastante desordenado con restos de envoltorios de

galletas en la puerta, un par de latas de Coca-Cola en el suelo y olor a pintura.

—¿Adónde te llevo? —me pregunta girando medio cuerpo hacia mí.

—A Puigverd.

—¿Eres de allí? —vuelve a preguntar arrancando el coche.

—Sí —respondo sin mirarle.

—Tengo amigos en Puigverd, seguro que conoces a...

—Seguro, pero oye, me duele bastante la cabeza y no tengo ganas de hablar.

—Vale, perdona.

Se ha molestado, seguro, pero ¿me importa? Pues no. Sólo quiero llegar a casa y meterme en la cama.

En veinte minutos entramos en el pueblo y le indico hacia dónde tiene que ir para llegar a casa de mi madre.

—Déjame aquí mismo —le pido.

Detiene el coche y le extiende la mano. Él la toma.

—Voy a necesitar tu teléfono —dice sin soltarme la mano—. Tranquila, no quiero ligar contigo, es por tu coche. Ya te he dicho que me voy a hacer cargo.

Dudo unos segundos pero no tengo más remedio que dárselo si quiero que se haga cargo de mi coche. Saco el móvil del bolso.

—Dime tú teléfono —le pido.

Lo tecleo y le hago una llamada. En cuanto oigo sonar su teléfono dentro de la guantera, cuelgo.

Lo saca de la guantera y empieza a teclear. Supongo que está grabando mi nombre. Yo hago lo mismo y en el apartado donde tengo que poner su nombre escribo «el idiota».

—Ya lo tienes. Gracias por traerme hasta aquí.

—De nada y lo siento de nuevo.

Le he dicho que me deje dos calles antes de llegar a casa de mi madre, mala idea. Estoy mareada como si acabara de bajar del barco fantasma y hace un sol que ciega y abrasa, sobre todo después de bajar del supercoche con climatizador.

Al fin, llego a casa de mi madre y exhausta llamo al timbre.

En cuanto me ve pone la misma cara que si hubiera visto a Drácula a punto de saltar sobre su cuello.

—Estoy bien, no te asustes.

Debo de tener un aspecto horrible porque su expresión no cambia.

—¿Qué te ha pasado? Pero... ¿qué? —balbucea.

Me coge de los brazos como si yo fuera un jarrón medio resquebrajado y me lleva al sofá.

—Un tío se me ha echado encima con el coche.

—¿Has tenido un accidente?!

—Sí.

—¿Y te han dado puntos?!

Me aparta el pelo para ver la herida.

—Sí.

—¿Y por qué nadie me ha avisado? —pregunta, furiosa.

—Porque no quería que te asustaras. Por eso. Además, no es nada.

—Ahora mismo nos vamos al hospital a que te hagan una revisión completa.

Se pone en pie y busca con la mirada por el salón.

—Vengo de allí, mamá.

Mi madre busca algo. Entra y sale del salón. Va a la cocina y vuelve.

—Pero ¿dónde he puesto el bolso? Tengo dentro las llaves del coche.

—Mamá, tranquila, estoy bien. He estado en el hospital y me han hecho una revisión.

Mi madre se sienta junto a mí y me acaricia la mano. Creo que está a punto de ponerse a llorar y eso me parte el corazón.

—Sólo me han dicho que haga unos días de reposo y que si me noto rara que vuelva. Así que tranquila, ¿vale?

Ella traga saliva en un intento por contener el llanto.

—No sé si creerte o si sólo lo dices para tranquilizarme.

—Te estoy diciendo la verdad, mamá. De lo contrario no me habrían dejado salir.

—¿Y quién es el mal nacido que te ha dado el golpe? Quiero nombre y dirección para ir a partirle las piernas.

Sonrío.

—Me ha traído a casa.

—¿Cómo?

Vaya, mala idea decírselo.

—Pues se ofreció a traerme a casa; es más, me acompañó al hospital, bueno, siguió a la ambulancia.

—¡¿Vino una ambulancia a buscarte?!

«Vale, cállate tía», me sugiere Samantha.

—Bueno, mamá, me voy a mi habitación a descansar un rato, me lo ha dicho el médico.

Me levanto demasiado deprisa y me mareo. Todo se queda a oscuras.

—*Ma chérie, ma chérie* —oigo decir a lo lejos.

Siento las manos de mi madre sujetándome antes de desplomarme en el sofá.

—Ahora mismo llamo a Fernando —le oigo decir antes de que me vuelva la visión.

Fernando es el médico del pueblo, en menos de media hora se presenta en casa y confirma lo que ya me dijo la doctora en el hospital. Pero si lo dice Fernando, mi madre se queda más tranquila.

Me incorporo para cenar y siento una punzada de optimismo al comprobar que no me mareo. Mi madre prepara una tortilla de patatas y una ensalada.

—Bueno, mañana es mi primer día de trabajo en la granja —comento.

Mi madre, que está friendo las patatas, se gira y me señala con la espátula de madera.

—Mañana no vas a ir a ninguna parte. Tienes que hacer reposo.

—Ya me encuentro mucho mejor y seguro que mañana estaré bien.

—Mañana no te vas a mover de la cama o del sofá, como prefieras.

—¿Quieres que falte a mi primer día de trabajo? ¿Qué clase de profesionalidad sería ésa?

—¿Ahora consideras un trabajo dar de comer a los cerdos y a las gallinas? —No me deja responder—. Ahora mismo llamo a Adán y le explico lo ocurrido.

Sólo con oír su nombre me vuelve a dar un vuelco el corazón.

Aparta la sartén del fuego y coge el inalámbrico que cuelga de la pared. Busca en la agenda del aparato y espera respuesta.

Resoplo.

—Hola, Adán, soy Margarita, la madre de Violeta... Bien, bien... Verás, mañana mi hija no podrá ir a la granja: esta tarde ha tenido un accidente con el coche... Bien, está bien, sólo un poco magullada, no te preocupes... Lo sé, lo sé, Adán, no esperaba otra cosa de ti... De acuerdo, yo se lo digo de tu parte. Venga, hasta luego.

Durante la conversación, mis oídos se han esforzado al máximo para intentar escuchar algo de lo que Adán decía, pero ha sido inútil. Y eso que he dejado de respirar.

—Bueno, ya está.

Me muero de ganas por preguntar qué le ha dicho, pero no lo hago y cenamos casi en silencio mientras me siento observada por la mirada vigilante de mi madre.

—Venga, ahora sube a tu habitación y métete en la cama.

Pregúntale, pregúntale, pregúntale...

Me ayuda a subir las escaleras y entonces, sin mirarla a la cara y poniendo el tono más despreocupado que me sale, me lanzo.

—¿Qué te ha dicho Adán?

—Que no te preocupes y que te mejores.

No es eso lo que quiero saber, sino: ¿qué te ha dicho cuando le has contestado que me lo dirías de su parte?

Es igual. Mi cabeza está demasiado cansada para buscar un camino que no conduzca a mi madre a la sospecha de que estoy enamorada de Adán.

Me tumbo en la cama y mi madre me quita las sandalias.

—¿Quieres que te ayude a ponerte el pijama?

—No hace falta, mamá. Estoy bien.

—Te quedarás dormida vestida.

—Mamáaaa.

Sabe que a veces me agobia con su insistencia.

—Vale, vale. Tú misma.

Me da un beso en la frente como cuando era niña y me iba a dormir y sale de la habitación sin cerrar totalmente la puerta.

No tardo más de cinco minutos en quedarme dormida.

Capítulo 9

El sol que entra por la ventana que está a mi derecha ilumina completamente la habitación. No bajé la persiana y ahora la luz me ha despertado. Antes de abrir los ojos oigo cantar a los pájaros que están en el árbol frente a mi ventana. Aparte de eso, no se oye nada más.

Estoy dolorida. La herida de la frente me palpita y me duele todo el cuerpo. Estiro el brazo y alcanzo el reloj despertador que tengo sobre la mesita. Son las doce del mediodía.

Ahora tendría que estar en la granja, con los cerdos y las gallinas. No es que lo eche de menos pero siento que mi vida se detiene otra vez. No sé por qué últimamente siempre ocurre algo que me frena y tengo la sensación de que por mucho que lo intente no puedo hacer nada por evitarlo. Tal vez debería rendirme y dejarme arrastrar, a ver qué pasa.

Me pican los ojos, los cierro por unos segundos y me vuelvo a quedar dormida. El timbre de la puerta me despierta y vuelo a mirar el reloj: son las dos de la tarde. El timbre vuelve a sonar. Alzo la cabeza y veo que la puerta de mi habitación está abierta totalmente. Mi madre ha debido de estar aquí.

Oigo voces, ¿quién debe de ser? ¡Tal vez sea Adán que ha venido a verme! Me incorporo de golpe y me mareo, así que me siento en la cama y espero a recuperar la visión. Me pongo las

chancas y entonces me doy cuenta de que todavía llevo la ropa de ayer. Salgo al pasillo, donde oigo la voz de mi madre. También oigo hablar a un hombre, pero no es Adán. Sin embargo, esa voz me suena. Me acerco un poco más a las escaleras. Sí, conozco esa voz. Presto atención.

—Necesito el ordenador de mi hija.

¡Mierda! Es Emilio, el padre de Susana.

—¿Violeta tiene su ordenador? —pregunta mi madre.

—Debió de llevárselo por error cuando hizo el traslado — comenta Emilio.

—Sí, supongo —añade mi madre poco convencida—. Pero pase, por favor, y siéntese.

Pasan al salón y yo desciendo unos escalones para poder verlos sin que ellos me vean.

—¿Quiere un café? —le ofrece mi madre.

—Sí, gracias. Un café sólo.

—De acuerdo, ahora mismo vuelvo.

Mi madre va a la cocina.

Veo a Emilio mirar con curiosidad a su alrededor. Seguro que piensa que es una casa mediocre. Él está forrado de pasta y tiene un ático en Mallorca que es una preciosidad, decorado en un estilo minimalista muy moderno.

Mi madre vuelve con el café.

—Gracias —dice Emilio cogiendo la taza.

—¿Azúcar?

—No, gracias. Nunca le pongo.

—Dicen que ésos son los auténticos cafeteros.

—¿En serio? No lo sabía.

—Yo sin embargo necesito dos cucharadas de azúcar y que el café sea descafeinado.

—No es usted muy cafetera, entonces.

—No me llame de usted. Sé que nunca hemos hablado antes pero es como si le conociera. Violeta me ha hablado muchas veces de usted.

—Entonces, tampoco me llame de usted.

Ambos sonríen.

Me mosqueo. Mi madre debería recordar lo que me hizo Susana y no ser tan amable con él.

—Siento mucho lo que ha ocurrido entre nuestras hijas —suelta Emilio—. Es una lástima. Aprecio mucho a Violeta.

—Y yo a Susana. Tengo la esperanza de que un día se arreglen. Ni aunque viniera arrastrándose sobre el lodo esquivando alambradas de espinas la perdonaría.

—Susana ha estado llamando a Violeta para pedirle el ordenador, pero mi hija me ha dicho que ni le contesta ni le devuelve las llamadas.

—Vaya. No me ha comentado nada —responde ella acicalándose el pelo.

¿Humm?

—Tiene mucho trabajo acumulado en ese ordenador, lo necesita —puntualiza Emilio sonriente.

—Claro, por supuesto. —Se coloca de nuevo el pelo.

Emilio deja la taza sobre la mesita y está a punto de caer al suelo.

—Vaya, qué torpe.

—Tranquilo.

—Creo que he derramado un poco de café.

—No pasa nada —responde mi madre sacando una bayeta del cajón del mueble. La pasa por el suelo con agilidad—. Ya está.

—Lo siento.

—Tranquilo.

«Pero ¿qué es esto? ¿Una escena de *Sentido y sensibilidad*? ¡Por favor, si parecen dos adolescentes!» Samantha tiene razón.

Me deprimó y vuelvo a mi habitación.

Mi madre tarda diez minutos en venir a buscarme.

—Baja —me ordena algo mosqueada—. Ha venido el padre de Susana a buscar un ordenador.

—Qué bien.

Me cruzo de brazos y me recuesto sobre la almohada.

—Pero ¿cómo se te ocurre llevarte el ordenador de Susana?

—Era lo único que podía hacer para fastidiarla un poco.

—Pues ya puedes devolvérselo.

—Y envía a su padre a por él. Será cobarde.

—Se le ve buena persona. A Emilio, digo.

Miro a mi madre y ella disimula ordenando la ropa que está sobre la silla.

—Sí. Es un buen hombre —respondo.

—Recuerdo cuando te pagó el billete de avión el año pasado. Cuando tuvisteis problemas con Ryanair y os compró un pasaje en otro vuelo.

—Sí. Eso no se me olvida. Aunque tiene pasta, mamá; tampoco es que le supusiera un gran esfuerzo hacerlo.

—Bueno también te podría haber pedido los trescientos euros que le costó tu billete.

Asiento y la miro de reojo.

Está diferente.

Nerviosa.

—Bueno, venga. Arréglate un poco y baja a comer.

—¿A comer? ¿Es que se queda?

—Sí —responde mi madre.

No me da tiempo a decir nada más porque enseguida sale por la puerta.

Me doy una ducha y me cambio de ropa, lo que hace que me sienta mejor. Bajo al salón y tomo aire para enfrentarme a Emilio, que en cuanto me ve se levanta.

—Hola, Violeta. ¿Cómo estás?—Apoya su mano en mi hombro y me da dos besos.

—Mejor. Y usted, ¿qué tal?

—Bien —carraspea—. Tu madre ya te habrá dicho por lo que he venido —añade, incómodo.

—Sí. ¿Lo quiere ahora?

—Ahora vamos a comer —interrumpe mi madre—. Ya se lo darás luego.

He comido muchas veces con Emilio. Todas las veces que fui con Susana a Mallorca y las veces que él nos visitó en Barcelona cuando vivíamos juntas. Pero ahora todo es diferente. Ya no tenemos nada que nos una, pero parece que mi madre y él sí y

durante toda la comida no dejan de hablar de Mallorca, del tiempo, de cine o de comida, como si fueran viejos amigos que se conocen desde siempre.

—Bueno, creo que voy a estirarme un rato —les interrumpo.

—¿Te encuentras bien, *ma chérie*?

—Sí, mamá. Haré caso al médico. Voy a hacer reposo. Bajaré el ordenador y lo dejaré en la mesa del salón.

Emilio se levanta y me da dos besos.

—Gracias, Violeta. Cuídate.

Asiento con la cabeza y subo a mi habitación. Saco el ordenador de la maleta que guardo en el armario y lo bajo al salón. Ahora me doy cuenta de la estupidez de llevármelo: no he conseguido nada más que hacer que Emilio se tome la molestia de venir hasta aquí.

«Y darle una alegría a tu madre», comenta Samantha.

La ignoro.

Me pongo el pijama y me meto en la cama deseosa por acabar este día. Miro el reloj de la mesita, son las cuatro de la tarde. Adán no ha venido a verme, supongo que no habrá encontrado un momento para mí.

Me quedo dormida enseguida y cuando me despierto y miro el reloj son ya las nueve de la noche. Pasados unos minutos, oigo cómo llaman al timbre.

Mi madre saluda a Adán.

¡Ha venido! Salto de la cama y del mareo casi me caigo al suelo, pero logro apoyarme en la silla y espero unos segundos hasta que el cerebro vuelve a su lugar.

Me acerco a la puerta y escucho.

—Siento venir a estas horas. He estado fuera todo el día y he llegado hace un momento.

—Tranquilo. Está en su habitación, supongo que dormida.

—Entonces ya volveré mañana.

«¡Oh, no! ¡No te vayas!»

Asomo la nariz a la puerta y llamo a mi madre.

—¿Mamá?

—*Oui, ma chérie?*

—¿Han llamado al timbre? —disimulo.

—Sí. Es Adán. Ahora sube.

Antes de volver a la cama, paso por delante del espejo y me doy cuenta de que llevo puesto un pijama de tirantes con estampado de flores y volantitos infantiles.

Sí, infantil, cero sexi...

Abro el armario y saco una camiseta sencilla y unos pantalones cortos de *sport*. Me cambio en un periquete, me siento en el escritorio y cojo una revista para disimular.

Adán llama a la puerta.

Trago saliva. La última que me queda en la boca antes de abrir la puerta.

Adán me mira con media sonrisa. Está muy guapo: recién duchado y viste una camisa blanca y unos tejanos oscuros. En cuanto se acerca un poco noto ese olor suyo a coco.

—Hola —saluda—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—Perdona que venga tan tarde. He estado fuera todo el día por trabajo y no he podido llegar antes.

No sé qué decirle, estoy bloqueada.

«Es él quien ha venido a verte. Deja que sea él quien lleve la conversación.» Samantha tiene razón. Me siento en la cama.

—Siéntate —le pido.

Lo veo incómodo.

—¿Qué pasó? —me pregunta sentándose junto a mí.

—Un coche se me echó encima. Me dio un buen golpe. Y luego vino una ambulancia, me llevaron al hospital y me pusieron puntos, aquí —señalo, levantándome el flequillo—. Pero estoy bien.

Adán me levanta el cabello con los dedos para mirar la herida y el corazón se me acelera cuando mis ojos se encuentran con los suyos. Apenas podemos mantener la mirada unos segundos. Él es el primero en apartarla.

Se pone en pie y se mete las manos en los bolsillos del pantalón. Da unos pasos hacia ninguna parte y mira al suelo con el ceño fruncido.

No sabe qué decir. Está nervioso como un adolescente virgen en la habitación de su novia.

—Pero ¿te encuentras mejor? Tu madre me dijo que estabas dolorida...

—Estoy bien, estoy bien, mi madre es un poco alarmista.

Adán está de pie, frente a mí, todavía con las manos en los bolsillos y todavía incómodo.

—Mañana tengo intención de ir a la granja, aunque mi madre no quiera —continúo.

—Ni hablar. No quiero que vayas por allí en todo lo que queda de semana.

—Pero estoy bien...

—He dicho que no —me interrumpe, autoritario—. Haz caso a tu madre y mí, que soy tu jefe.

Sonríe.

—Ya —murmuro.

Otra vez el silencio entre los dos.

Miro al suelo.

Él suspira.

—Bueno... —carraspea.

Se va a marchar, se va a marchar...

Mi cerebro busca atropelladamente algo que decir.

—¿Y ya te las podrás arreglar sin mí en la granja? —comento divertida.

A Adán le cambia la expresión. Lo veo aliviado.

—Será complicado. Hoy *Valero* me ha preguntado por ti.

—¿Valero?

—Uno de los cerdos.

—Ah...

Reímos.

Vuelvo a sentirme a gusto con él. Como me sentía antes de que ocurriera lo de la otra noche.

—¿Estás segura que quieres hacer el trabajo de la granja?

—No. Pero ya te dije que no encuentro nada más. De todas maneras seguiré buscando. Una cosa u otra saldrá.

—Montse necesita un ayudante para cuando elaboran en la carnicería. A lo mejor te podría interesar.

—¿Qué elaboran?

—Butifarras, longanizas, chistorra... cosas así.

—No tengo ni idea de cómo se hace eso.

—No las harías tú. Sólo tendrías que ayudar.

—¿No quieres verme por la granja? —Otra vez hago una pregunta mal planteada.

—No es eso —responde Adán—. Pero puedes elegir.

Ahora su tono vuelve a ser distante.

—Pues ya hablaré con Montse y te avisaré si cambio de trabajo.

—Claro, ningún problema. Es tarde, me marchó.

Mierda.

—Siéntate —le pido sin pensar.

«Pero ¿qué haces?», pregunta Samantha, desconcertada.

Adán duda pero finalmente se sienta junto a mí.

—Dime.

Le miro buscando fuerzas para decirle algo, lo que sea, que le haga quedarse un rato más.

—Gracias por venir.

Adán pasa su pulgar por mi barbilla.

—De nada —responde con una sonrisa.

Me enciendo y Samantha me mira, inquieta.

—Bueno, Violeta, flor de mi jardín, me marchó.

—¿Me perdonas? —le pregunto.

Adán alza las cejas con expresión de sorpresa.

—¿Por qué?

—Por haber huido a Barcelona sin dar una respuesta a tu petición de matrimonio.

Abre los ojos impactado por la súbita pregunta.

Samantha se tapa la cara mientras, ansiosa, espero una respuesta. Una respuesta que no sale de su boca. Me mira fijamente a los ojos como si buscara las palabras exactas y no sé hacer nada más que mirarle mientras su silencio me atraviesa el corazón y hace que me arrepienta de haber hecho esa pregunta. Los oídos me

zumban y empiezo a sentir una presión en la cabeza que va en aumento con cada segundo que Adán permanece callado.

Por el rabillo del ojo veo cómo la colcha de mi cama se arruga bajo su puño derecho.

—¿Qué quieres de mí, Violeta? —pregunta al fin con un tono duro y expresión triste.

—Que me perdones. Deseo que me perdones con desesperación.

—Te perdoné hace mucho tiempo.

Se pone en pie con la mirada perdida en el suelo y los brazos cruzados sobre el pecho.

—No es verdad. No lo has hecho. Cuando hablamos de cosas sin importancia todo vuelve a ser como cuando éramos amigos, pero el silencio nos interrumpe demasiadas veces y es entonces cuando veo la rabia en tus ojos.

—No es cierto.

Adán no me mira.

—Sí lo es. Te pones tenso cuando hablo de cosas que no tienen que ver con los buenos recuerdos del pasado. Y sé que no hemos conseguido tener una relación normal de amistad porque tenemos un tema pendiente.

Se lleva las manos a la nuca y aspira con fuerza.

—Violeta, por favor...

—Sabes que tengo razón.

—¿A qué viene esto ahora?

Me mira, confundido.

—Quiero empezar de cero.

—¿Cómo? ¿Declarándote como hiciste la otra noche?

—Olvida lo de la otra noche.

—Qué fácil es para ti olvidar.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me besó.

—Y tú quien me dejó plantado y se largó a Barcelona.

—No me lo perdonarás nunca, ¿verdad?

—¿Tanto te costaba decirme que no? Que no me querías. Que me olvidara de ti.

—No quería romperte el corazón.

Sonríe con ironía.

—Pues fue eso lo que hiciste, Violeta. Exactamente eso.

—No tendría que haber sacado el tema. Ya veo que no nos lleva a ninguna parte.

Me pongo en pie y camino hacia el escritorio donde tengo el móvil. La luz verde que indica que tengo un WhatsApp parpadea.

—¿Por qué ahora me quieres? ¿Por qué ahora me deseas?

Su pregunta me pilla desprevenida y no sé qué contestar para no complicar más las cosas.

—Creo que deberíamos dejar el tema —murmuro.

—No hagas eso —me pide frunciendo el ceño.

—¿El qué?

—Dejarlo pendiente otra vez. Has querido sacar el tema. Pues muy bien: hablemos.

—Ya no sé qué más decirte —murmuro mientras él da unos pasos hacia mí.

Me remuevo, incómoda.

—¿Qué más quieres saber? —pregunta, deteniéndose a un palmo de mi nariz. Está tan cerca que tengo que alzar la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—¿Eres feliz? —pregunto sin pensar. Sólo quiero que se vaya y también que se quede en esta habitación para siempre.

—No —responde sin pensarlo un segundo.

—Pero te casaste con una chica preciosa...

—Y fría como el hielo —añade.

—Tienes tres hijos.

—Ellos son los que me han mantenido con los pies en el suelo. Lejos de la mala vida a la que me habría entregado hace años.

Cierro los ojos.

—Lo siento mucho —susurro con un golpe de aliento.

—La frialdad y la falta de cariño de mi mujer durante todos estos años me han destrozado. Por eso, cuando la otra noche dijiste que me deseabas, me volví loco.

—No tenía ni idea. Lo siento.

—No sabes cómo he soñado con tus besos, con tus caricias, con tu cariño todos estos años.

Está tan cerca de mí que siento su aliento en mi cara. Trago saliva y mantengo la compostura tal y como hace él, que a pesar de estar tan cerca se mantiene distante, poniendo cuidado en no rozarme, en no traspasar la línea que él mismo se ha marcado. Alzo la cabeza y le mantengo la mirada. Sus ojos marrones me atraviesan y mi mente pide a gritos un escalón, uno cualquiera de los muchos a los que le subía cuando éramos niños para besarle. Sí, lo haría. Le besaría si mi boca estuviera a la altura de la suya. Le rodearía con los brazos y hundiría mi cara entre su cuello y su clavícula. Lo imagino con tanta viveza que casi puedo sentir el tacto de su piel en mis labios.

«Tienes la boca seca y la entrepierna húmeda», comenta Samantha, cruel.

—Me resigné a convivir con una mujer que nunca he sabido si me quiere —añade mientras veo que alza la mano y está a punto de acariciarme el pelo. Pero rápidamente cambia de idea, mete las manos en los bolsillos del pantalón y da un paso atrás.

—Ojalá no hubiese vuelto—me lamento.

—¿Qué pasó en la boda de Susana? —Hace la pregunta que llevo tiempo evitando contestar.

—Apareció mi ex novio y besó a Carlos, el novio de Susana, en la iglesia y delante de todos.

—¿Qué? —Su sorpresa me demuestra que no sabía la historia.

—Creía que lo sabías.

—Sólo he escuchado que tu ex había salido del armario. Bueno, eso es lo que Julia ha ido explicando por ahí.

Me llevo las manos a la cara.

—Qué vergüenza —susurro.

—¿Nunca te diste cuenta? —Le reprocho con la mirada que me haga esa pregunta—. Olvídalo.

—¿Por qué sigues con una mujer con la que no eres feliz?

—Porque no voy a hacer sufrir a mis hijos con una separación.

—Ésa es una respuesta muy típica entre los matrimonios que no van bien. Sin embargo, les hacéis más daño a los hijos manteniendo una relación que no funciona.

—¿Y tú que sabes? Ni estás casada, ni tienes hijos.

La dureza de sus palabras y el tono agresivo de su voz me devuelven al Adán más resentido.

—Es tarde. Es mejor que te vayas. —Voy hasta la puerta y la abro.

Antes de cruzarla se detiene y me mira. No sé muy bien qué leer en sus ojos: rabia, deseo, tristeza, arrepentimiento.

No nos decimos nada. Sale y cierro la puerta tras él.

«No te perdonaré nunca. No puede quitarse esa rabia que durante tantos años ha llevado dentro y que se le ha incrustado como la cal en una tubería.» Samantha tiene razón. He de olvidarme de él.

Son más de las 23 h, me meto en la cama y apago la luz.

No puedo dormir. Me duele el cuerpo por el accidente y la mente por Adán. Estoy cansada de mirar al techo y a la luna llena que veo por la ventana. Entonces, la lucecita verde que parpadea en el móvil llama mi atención. Ya la había olvidado. Me levanto y miro el mensaje. El remitente es el Idiota.

El mensaje:

Voy a dejarte el coche como nuevo. ¿Quieres que lo pinte de otro color?

Pero, ¿de qué va? Claro que no quiero que lo pinte de otro color.

Respuesta escueta:

No.

Apago el teléfono e intento dormir.

Capítulo 10

Ya han pasado cuatro días desde el accidente y estoy muchísimo mejor. Supongo que el relax de estar en casa todo el día del sofá a la cama y de la cama al sofá ha tenido mucho que ver; además, mi madre no me ha dejado hacer otra cosa que no sea descansar.

Son las cinco de la tarde, me preparo un sándwich y una Coca-Cola dispuesta a pasar otra tarde mirando una peli. Una que ya tengo más que vista pero que me encanta es *El amor tiene dos caras*, con Barbara Streisand. Justo cuando me siento en el sofá, le doy al *play* y muerdo el sándwich, suena el timbre de la puerta.

No tengo más remedio que ir a abrir, mi madre ha salido y estoy sola en casa.

Es Hugo, el Idiota.

¿Cómo ha llegado hasta mi casa?

—Hola. —Me saluda con la mano y una amplia sonrisa en los labios.

Le sonrío sin ganas y entonces me doy cuenta que tras él está mi Cinquecento, reluciente.

—¡Genial! —Me lanzo sobre el coche, entusiasmada. Está perfecto: limpio, brillante, sin una raya y sin un solo golpe—. Gracias.

—De nada —contesta Hugo cruzando los brazos sobre el pecho—. Parece nuevo, ¿verdad?

—Sí. Ha quedado muy bien.

—Ten, las llaves.

Las cojo y junto a mi llavero de Betty Boop ahora hay algo nuevo: un hada de bronce con piedrecitas minúsculas de diversos colores incrustadas en las alas.

—Es preciosa.

—Trae suerte. —Sonríe—. Es para que te proteja de los tíos despistados.

Le sonrío con agradecimiento.

—La he hecho yo —añade.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Eres escultor o algo parecido?

—Escultor, pintor, artista en general; me fascinan un sinfín de disciplinas. Bueno, me marchó. —Me extiende la mano y yo se la estrecho—. Ya veo que estás recuperada. Me alegro mucho. Cuídate.

«¿No es mono, monísimo?», suspira Samantha.

—¿Cómo vas a volver a tu casa? —le pregunto.

—Ya me las arreglaré. No te preocupes.

«De eso ni hablar. Le llevas tú, tomáis una cenita, bebéis unas copitas y echáis un polvito.»

—¿Quieres que te acerque?

«Ésta es mi chica», vitorea Samantha.

—No te molestes.

—No es molestia, en serio.

—Pues genial.

—Dame un momento que cojo el bolso.

Subo a toda prisa a mi habitación. Me cambio el pantalón de chándal y la camiseta por una blusa de tirantes y unos tejanos. Un poco de rímel, colorete, brillo de labios y salgo corriendo escaleras abajo.

Hugo está esperándome apoyado en el coche.

—¿Adónde te llevo? —pregunto.

—A Lleida.

Arranco y Hugo enseguida inicia una conversación. Eso me hace sentir aliviada. No soporto el incómodo silencio entre dos extraños.

—¿A qué te dedicas? —pregunta con un tono animado.

—Trabajo en una granja.

Samantha pone los ojos en blanco. «Pero ¿por qué le dices eso? ¿Cómo va a querer echar un polvo contigo si piensa que hueles a corral?»

—Trabajaba en Barcelona pero me quedé sin empleo y... —omito el motivo del despido, enrollarme con el señorito andaluz—... no pude continuar pagando el piso compartido donde vivía, así que... —También omito la discusión con Susana y el hecho de que mi novio saliera del armario el día de la boda de ésta—. He tenido que volver a casa de mi madre.

—¿Y trabajas en una granja? No tienes pinta de trabajar en una granja.

—No encuentro otra cosa y un amigo me ha ofrecido el trabajo mientras tanto. ¿Tú a qué te dedicas? Bueno, ya me has dicho que eres artista, pero ¿te ganas la vida con ello?

—Sí, claro. Expongo bastante en Europa, sobre todo en Londres, Gran Bretaña.

«Londres, Gran Bretaña. ¿Qué se cree, que no sabes dónde está Londres porque trabajas en una granja?»

—Soy diseñadora de interiores.

—¿Diseñadora? —De repente parece más interesado.

Asiento con la cabeza.

—Hasta ahora no he tenido demasiadas oportunidades en ese terreno pero sé que tarde o temprano lograré tener proyectos interesantes.

«Pero qué manía con la maldita sinceridad. No tiene que saber que no has pasado de hacer presupuestos.»

—¿Y estás buscando trabajo como diseñadora?

—Estoy buscando trabajo de lo que sea, aunque mi deseo es volver a Barcelona pronto.

—Pero de momento no ha habido suerte, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Seguro que pronto mi suerte cambiará y encontraré un buen trabajo en el que me ofrecerán un proyecto magnífico que me hará

soñar con espacios minimalistas y luminosos —comento con falso optimismo.

—Seguro que sí —añade Hugo con desinterés—. Sigue por el lateral del río, vivo cerca de La Llotja.

A unos metros me pide que me detenga.

—Bueno, Violeta. Gracias por traerme.

—Gracias a ti por arreglarme el coche.

—Te lo debía.

Me extiende la mano y yo se la estrecho.

—Hasta otra —se despide bajando del coche.

—Adiós.

Se acerca a una entrada bajo un cartel luminoso que anuncia una galería de arte y desaparece por la puerta sin ni siquiera girarse.

«Está claro que al Idiota no le seduce echar un polvo con una granjera.» Estoy hasta el moño de los comentarios de Samantha. Pero tiene razón, es un idiota.

Capítulo 11

A pesar de que todavía me duele algo la cabeza estoy tan aburrida de estar en casa que he decidido que hoy voy a ir a trabajar a la granja, con Adán. Ayer le pedí a mi madre que le llamara y se lo dijera. No tenía ganas de hablar con él, así que inventé una excusa tonta para que lo hiciera ella. Ahora mi madre se ha empeñado en que no coja el coche en unos días, por lo que le dijo a Adán que ella misma me acercaría a la granja, pero él insistió en que vendría a buscarme.

Samantha no hace más que decirme que mientras siga trabajando con Adán no voy a curar mis heridas. Tiene razón, lo mejor sería cambiar de trabajo, pero no encuentro nada más. Ninguno de los currículos que envié ha recibido respuesta. Está la opción que el mismo Adán me dio: ir a trabajar a la carnicería de Montse, aunque no es que me haga especial ilusión trocear carne.

Haga una cosa u otra no me voy a librar de descuartizar animales.

Son las siete de la mañana y ya estoy lista. Camiseta, tejanos y unas deportivas antiguas y desgastadas de mi madre que no me importará que se llenen de estiércol.

Espero a Adán fuera, apoyada en el árbol que está frente a la puerta de entrada, así no tendrá que llamar al timbre y despertar a mi madre.

Con su acostumbrada puntualidad, a los pocos minutos oigo un coche y veo la ranchera de Adán doblando la esquina.

Siento como si me bajara la presión arterial.

Se detiene junto a la acera, rodeo el coche y entro justo cuando él, apresuradamente, esconde algo en la guantera.

—Buenos días —me saluda con una mirada fugaz y arranca.

—Buenos días.

—¿Cómo te encuentras? Supongo que mejor, de lo contrario estarías desobedeciéndome. —Su tono es neutro. No sé si lo dice en serio o en broma.

—Estoy bien, gracias.

Recuerdo la conversación del último día y no me sale ser simpática con él, aunque echo de menos al Adán bromista y cariñoso, echo de menos cuando me decía Violeta, flor de mi jardín y, sobre todo, echo de menos su sonrisa sincera y el brillo de sus ojos cuando me miraba enamorado. Me pregunto qué he solucionado en mi vida volviendo al pueblo. Estoy tan triste como lo estaba en Barcelona, si no peor con el reencuentro con Adán. El único beneficio que saco es que no tengo que gastar mis ahorros para sobrevivir en la ciudad, ya que mi madre me medio mantiene. Claro que de eso tampoco es que me sienta orgullosa.

Llegamos a la granja y Adán se detiene en la entrada y baja para abrir la verja.

«Ahora», me apremia Samantha:

«—Mira dentro de la guantera a ver qué es lo que esconde.

»—No pienso hacer eso.

»—¿Es que no quieres saber qué es lo que ha escondido a toda prisa? Sea lo que sea no ha querido que lo vieras y me pregunto qué será.»

La verdad es que me pica la curiosidad.

Miro a Adán, que todavía sigue en la verja. Creo que tiene problemas con el candado.

«Abre la guantera —me ordena Samantha—. ¡Venga, ábrela ya!»

La abro.

Lo primero que encuentro es una fotografía hecha pedazos. En uno de los pedazos está Adán y en otro yo. Los cojo y los pongo sobre mis piernas.

Adán sigue en la verja.

Los voy encajando. Ya tengo mi cuerpo entero. Dos movimientos más y consigo recomponerla toda.

Esta foto me suena.

Somos Adán y yo sentados en el bar de Jordi una noche de verano durante las fiestas del pueblo hace más de diez años. Él me rodea los hombros con el brazo mientras sonrío. Siento un pellizco en el estómago al recordar lo feliz que Adán se sentía esa noche, supongo que estaba contento y esperanzado porque hacía sólo unas horas me había pedido que me casara con él.

Aquellos días los habíamos pasado juntos preparando una gran cena para nuestro grupo allí mismo, en el bar de Jordi, y ya teníamos la calle cortada y las mesas listas. Esa misma mañana, cuando salíamos de una tienda en Lleida donde habíamos comprado cosas para adornar la calle, se paró en seco, me cogió de las manos y me subió a un escalón a la entrada de un piso.

—¿Qué haces? —le pregunté sorprendida por el súbito giro.

—Quiero que estés a mi altura para que puedas mirarme a los ojos —me dijo Adán sonriendo, pleno de felicidad.

Arrugué la frente y sonreí pensando que era otra de sus bromas.

—Te quiero, Violeta —me soltó—. Te quiero desde que me acosabas cuando éramos niños para besarme.

—¿Cuándo vas a olvidar eso? —pregunté sin poder evitar reír—. Me da vergüenza.

—Cuando me cogías de la mano y me subías a un escalón para besarme me hacías temblar, me sentía un tonto.

—Teníamos diez años.

—Lo sé. Pero tú ya eras toda una experta.

—Oye, no te pases. Solamente repetía lo que veía en las chicas mayores.

—Ojalá no hubieras dejado de hacerlo.

—Te recuerdo que fuiste tú quien se apuntó al equipo de fútbol para evitarme.

Adán hizo una mueca.

—Fui tonto. No sabes cómo me arrepiento.

—Vengo ya. —Le golpeé en el hombro y solté una carcajada—. Siempre estás de guasa. Vámonos, que tenemos que colgar todo esto.

—Espera, Violeta.

Adán se puso serio, me quitó la bolsa que llevaba y la dejó en el suelo. Luego me cogió ambas manos y las colocó en su pecho.

—Te quiero, Violeta.

—Yo también, Adán. Eres mi mejor amigo.

—Ya —carraspeó—. Pero es que yo te quiero...

—Que yo también, Adán...

—Escúchame por favor y no me interrumpas, esto no es fácil.

—¿El qué? —le pregunté, ansiosa por volver al pueblo.

—Pedirte que te cases conmigo.

Abrí tanto los ojos que noté cómo la brisa me los reseca.

Una sonrisilla relajó la seriedad en la cara de Adán y entonces estallé en una carcajada.

—Vete a la porra —le dije apartando mis manos—. Deja de tomarme el pelo.

—Violeta, flor de mi jardín. Te lo digo muy en serio: te quiero, te adoro y quiero que seas mi mujer.

Tragué saliva en el mismo instante en que me di cuenta que Adán iba en serio.

—Tenemos dieciocho años, Adán.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Tengo planes de futuro. Sabes que me quiero ir a Barcelona a estudiar.

—Yo también, contigo.

—Estás loco.

—Sí, pero loco por ti, Violeta.

—Para. No digas eso.

Me bajé del escalón pero él me cogió por la cintura y me volvió a subir.

—Te prometo que serás el centro de mi vida, que cuidaré de ti, te daré todo lo que me pidas, te querré siempre, Violeta. Siempre.

Las palabras se atascaron en mi cerebro.

—Adán...

—Supongo que no te esperabas esto, por eso no me des una respuesta ahora. Aunque sí quiero darte esto.

Sacó una pequeña cajita del bolsillo de su pantalón mientras yo no dejaba de temblar. No podía creer que estuviera a punto de darme un anillo. Pero así era: Adán destapó la cajita y apareció un anillo sencillo, atravesado por una cadena plateada que me colgó alrededor del cuello.

—Piénsalo esta noche y mañana, si tú también me quieres de la misma forma, ponte el anillo.

Volvimos al pueblo, hicimos la cena y la foto que ahora tengo sobre mis rodillas.

Aquella noche no dormí. Yo quería a Adán, era mi mejor amigo pero a mis dieciocho años estaba llena de planes y deseos y casarme era algo que hacían los muy adultos, no yo. Además, no estaba enamorada de él.

De madrugada hice una maleta y llamé a Irene, una amiga que hacía un año se había marchado a Barcelona a estudiar y con la cual tenía pensado convivir en la ciudad. Todavía faltaba un mes para que la chica con la que Irene compartía piso se marchara y entrara yo en su lugar. Me hicieron un favor y aceptaron que me quedara en el sofá hasta su marcha.

Desperté a mi madre a las siete de la mañana y le dije que no me había acordado de contarle que Irene tenía el piso libre y que necesitaba que entrara a vivir ya para ayudarle con el alquiler. Mi madre se enfadó mucho conmigo por marcharme tan precipitadamente. Poco tiempo después le expliqué la proposición de Adán y se volvió a enfadar por haberme marchado sin darle una respuesta.

Adán vuelve hacia el coche y me doy prisa en meter la foto rota en la guantera. Coge algo de la parte de atrás y vuelve a la verja. La

abre y regresa al coche.

—Maldito sea —refunfuña.

—¿Qué ocurre?

—Se ha partido la llave dentro del candado.

—Pero has podido abrir.

—He reventado el candado con las tijeras.

Acelera y entramos.

—Primero los cerdos —dice Adán evitando mirarme.

¿Por qué tendrá esa foto en la guantera?

Cojo unas manzanas de las cajas que están junto al recinto de los cerdos y se las lanzo.

Una foto sólo se rompe en un momento de rabia.

Esto de darle de comer a los cerdos es fácil. Están cercados y no tienen plumas. Pero mi suerte se acaba pronto.

—Ahora vamos a encargarnos de las aves.

—¿Las gallinas? —pregunto intentando no mostrar mi miedo.

—No. Los halcones y los búhos.

«Momento de descuartizar, querida», murmura Samantha, burlona.

Llegamos hasta la caseta donde se encuentra el arcón con los cadáveres de pollitos y cerdos que el otro día me enseñó y que todavía tengo grabado en mi memoria. Una escena atroz.

Adán me acerca un pilón de madera que está en una esquina y pone sobre él un hacha, un cuchillo y unas tijeras grandes.

Empieza el espectáculo.

Entonces, abre el arcón y en un movimiento rápido y con una sola mano, saca una bolsa de plástico llena de pollitos muertos y un par de cochinillos. Cierra el arcón y los pone encima de la tapa. Abre la bolsa, saca un puñado de pollitos y los deja sobre el pilón de madera.

—Pártelos en cuatro trocitos —me pide Adán hurgando en la bolsa.

Se me revuelve el estómago.

Miro las herramientas y me decido por las tijeras. Dudo. Si cojo el hacha sólo tendré que golpear varias veces encima del animalito, pero si lo hago con las tijeras tendré que sostener con la otra mano

el cuerpo inerte del pobre pollito. No, no puedo tocarlo con las manos. Dejo las tijeras y cojo el hacha. Trago saliva. La levanto unos centímetros. Venga. Una, dos y... Los pollitos muertos esperan con sus ojitos cerrados sobre el pilón. Una, dos y...

Adán me quita el hacha.

—Es mejor con las tijeras —añade—. El hacha déjala para los cochinitos.

Adán ha dejado varios cochinitos sobre el arcón a la espera de que yo los descuartice. Sólo con mirarlos me entran ganas de vomitar, ¿cómo voy a tocarlos con las manos?

—Lo siento, no puedo. No puedo hacer esto. —Salgo a la calle y cojo una bocanada de aire. Aire impregnado de olor a caca de animal. Visiones de pollitos y cochinitos muertos y congelados. Cerdos untados en paja mezclada con estiércol y orines.

Quiero salir corriendo.

—Ya haré esto yo hoy —dice Adán, que ha aparecido detrás de mí sin que me dé cuenta—. Entiendo que el primer día son demasiadas cosas para ti. No te preocupes, vamos a las gallinas.

Se encamina hacia el recinto donde están las gallinas. Siento un escalofrío en la nuca y ganas de llorar, pero las reprimo porque me odiaría si lo hiciera delante de él y el primer día de trabajo.

El fuerte olor a excrementos me da la bienvenida nada más entrar. Adán me ofrece una cesta de mimbre.

—Tú recoge los huevos y yo les echaré la comida y el agua. Hoy y mañana te ayudaré, pero después tendrás que hacerlo tú sola.

Genial.

Cojo la cesta, aire e intento esconder mi miedo tras una sonrisa forzada.

«Sonríe. Si las ignoras tal vez no se fijen en ti.»

Tal vez las gallinas no, pero el maldito gallo no me quita el ojo de encima.

Ya he visto algunos huevos. Sin embargo, un par de gallinas están en mi camino y no tienen intención de moverse. Las espanto con el pie y enseguida agitan sus alas y saltan a un lado. El sonoro aleteo me hace temblar. Recojo los huevos y sigo avanzando. No puedo creer que esté haciendo esto: estar metida entre tanto bicho

con plumas es una de mis peores pesadillas, pero aquí estoy, aguantando el tipo y eso hace que me anime un poco.

Tengo la cesta bastante llena de huevos y al mirar a mi alrededor no veo ninguno más; entonces me percató de que el gallo está a un lado, mirándome. Con mi nueva sensación de valentía lo miro, demostrándole que aquí mando yo. Bien, creo que hoy he superado un miedo inconsciente que sentía desde siempre.

Me giro y a mi izquierda veo un huevo. El último que coloco en la cesta. Me incorporo y echo un último vistazo al recinto. Adán está fuera. Le llamo.

Enseguida entra, pero antes de que pueda decirle una palabra veo sus ojos abrirse, asustado.

—¡Cuidado! —me grita.

Antes que verlo, oigo el aleteo detrás de mí y siento un fuerte dolor en el costado. El gallo se ha lanzado sobre mí clavando su pico en mi camiseta, y repizca la carne mientras agita las alas como si quisiera arrancarme un pedazo. Grito. La cesta resbala de mi brazo y me quedo paralizada por el pánico.

Adán le da un puñetazo y el gallo sale disparado hacia un rincón. Pierdo el equilibrio y caigo sobre la cesta de huevos.

—¿Estás bien? —Adán me levanta y me sacude los pantalones.

Tengo toda la camiseta llena de huevo, caca y paja.

«No quiero llorar, no quiero llorar, no quiero llorar.»

Empiezo a sollozar en silencio y Adán me coge del brazo sacándome fuera.

—Déjame ver. —Levanta un poco la camiseta del costado—. Te ha hecho un poco de sangre. No es nada.

Trago saliva y consigo reprimir mis lágrimas.

—¿Estás bien? —pregunta mientras me quita cosas del pelo.

—Estoy llena de huevo. Los he roto casi todos, lo siento.

—No te preocupes. Tengo ropa en el coche. Ven.

Adán me coge de la mano como si fuera una niña que acaba de caerse de la bicicleta. Echa a un lado la lona de la parte de atrás de su ranchera, coge una bolsa de deporte y saca de dentro una camiseta de manga corta.

—Es mía, te irá grande, pero está limpia.

Supongo que estoy algo trastocada porque sin pensarlo me quito la camiseta delante de Adán, que aparta la vista.

—Espera—dice cuando ya me he puesto su camiseta.

Sube a la ranchera y vuelve con un pequeño botiquín. Lo abre, coge un poco de algodón y lo empapa con agua oxigenada. Me sube la camiseta y pasa el algodón por la pequeña herida que el maldito gallo me acaba de hacer.

—¡Au! —me quejo.

—Vamos, no te quejes, sólo es un rasguño.

Ese comentario es suficiente para que se desate el nudo en la garganta que hasta ahora he podido controlar, y lloro. Lloro como si hiciera años que no lo hacía. Como lloré cuando Víctor me dejó, como lloré cuando perdí a Susana como amiga, como lo hice cuando Adán me besó y luego me rechazó.

—Venga, Violeta. No duele tanto. Sólo es un arañazo —me consuela torpemente sin entender nada—. Anda, sube a la furgoneta, te llevaré a casa.

Subo al coche y noto cómo los mocos están a punto de caer en cascada libre, y me limpio con la camiseta de Adán. Afortunadamente, él está tan concentrado en la conducción que se limita a mirar al frente.

—Tal vez es mejor que no vuelvas más a la granja —dice sin dirigirme la mirada—. Esto no es para ti.

—Sí, tienes razón —sollozo—. Soy un auténtico desecho humano, un pedazo de carne que no sirve ni para limpiar la mierda de las gallinas.

Adán derrapa y detiene el coche de golpe a un lado de la carretera.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta enfadado. Tiene el ceño fruncido y el brazo sobre el volante mientras me mira, inquisitivo.

—Pues eso —continúo sin poder controlar el llanto—. Que mi vida es un desastre, que no hago nada bien, que no soy capaz de conservar a un novio, ni a una amiga, ni un trabajo.

—Tú eres encantadora, Violeta. Eres guapa, divertida, buena amiga...

—Sí, Adán. Soy una amiga estupenda, tanto que he venido a romperte el corazón por segunda vez.

—Estoy bien. No te preocupes por mí. —Su mandíbula se tensa y sus hombros también.

—Claro, por eso llevas una foto nuestra en la guantera, ¿verdad?

Adán me fulmina con la mirada y maldigo a Samantha por haberme dicho eso.

Arranca el coche y sale del camino campo a través. Va tan deprisa que tengo que sujetarme a la agarradera que está sobre mi cabeza para no saltar del asiento.

—¡Para! —grito. Pero él no se detiene. Conduce como un loco con toda la rabia concentrada en el acelerador—. ¡Para, por favor, para!

Frena violentamente y detiene el coche en medio del bosque. Los árboles nos rodean y el silencio también. Mi estómago se contrae de miedo al ver su cara enfurecida. Baja del coche, abre mi puerta y cogiéndome del brazo me saca fuera con violencia. Caigo al suelo de rodillas y me clavo algunas piedras en la palma de la mano. Cierra la puerta con un golpe, se agacha sobre mí y me coge por debajo de los hombros. Me eleva del suelo como si fuera papel de fumar y me empuja contra la camioneta. Entonces, me besa. Me besa con tanta fuerza que me hace daño en los labios. Le empujo, pero es imposible moverlo. Es una roca. Una roca en mi camino que en realidad no quiero mover.

—Te voy a hacer el amor, Violeta. —Sus ojos me atraviesan con furia—. Dime que no lo haga.

Jadeo, ansiosa y desesperada mientras me estruja los pechos y me besa. Su aliento en mi cuello y su saliva me impregnan la piel. Las palpitaciones de mi corazón me ensordecen y pierdo la noción del tiempo. Me sube la camiseta y me quita el sujetador en un segundo. Me besa los pezones, mete su mano por mis pantalones y por debajo de mis braguitas y me dejo envolver por un deseo loco que me hace temblar, sudar y derretirme y que nos lleva a hacer el amor en la parte de atrás de la ranchera.

Tumbados allí, veo como los árboles se elevan y parecen tocar el cielo. Estamos desnudos, cubiertos por una manta vieja que huele a humedad.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto sin dejar de mirar el cielo.

—No lo sé —responde sin mirarme—. La verdad es que no lo sé, Violeta.

Suspiro y pienso en Samantha. Es ella quien ahora debería decirme una frase genial con la que arreglar todo esto. Pero, como siempre, cuando se la necesita no aparece.

—Seamos amantes —me propone.

—¿Cómo dices?

—No voy a romper mi matrimonio, ya te lo dije. No haré sufrir a mis hijos porque yo necesite...

—Que sí, que sí, que ya lo sé. Ya me lo dijiste. No hace falta que me lo repitas —le interrumpo.

Cojo aire.

—Pero será cuando yo diga y donde yo diga. —Se incorpora y su pecho y sus brazos potentes quedan al descubierto—. Piénsatelo.

Ahora es como si no conociera a este hombre. El que un día, hace diez años, me propuso matrimonio ahora me propone ser su amante. Supongo que yo me lo he buscado.

—Vamos, te llevo a casa.

Se pone la camiseta y busca los pantalones con la mirada. Están a mi lado, así que se los acerco.

Nos vestimos y siento mi corazón impregnado de decepción porque con su proposición el romanticismo acaba de morir en este bosque solitario.

Adán detiene el coche delante de casa de mi madre.

—Lo siento si antes te he hecho daño cuando te sacado del coche.

—No, tranquilo. Estoy bien. —«Me has hecho más daño con tu proposición», pienso—. Entonces, lo que has dicho antes, ¿va en serio?

Adán asiente con la cabeza.

—Te deseo, Violeta, mucho. Pero no puedo ofrecerte más.

—Tengo que pensarlo.

Adán asiente sin mirarme.

Bajo del coche y desde fuera le saludo con la mano. Él me sostiene la mirada y veo en sus ojos el deseo de decirme algo, pero pisa el acelerador y se marcha.

Mi madre aparece en mi habitación mientras estoy acabando de maquillarme para ir a cenar con unas amigas a casa de una de ellas.

—¿Tienes un pintalabios que me quede bien? —pregunta revisando mi maletín de maquillaje—. Creo que algunos de mis pintalabios se han quedado anticuados; el coral nacarado ya no se lleva, ¿verdad?

La miro y me doy cuenta de que lleva un vestido nuevo. Es negro de manga corta y la parte de arriba lleva algunos bordados plateados. Se ha puesto unas sandalias de tacón y unos pequeños pendientes de perlas. Nunca he visto a mi madre arreglarse tanto y menos preocuparse por el maquillaje si no ha sido para alguna boda, bautizo o funeral.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—Al cine.

—¿Con quién?

—¿Pues con quién va a ser? Con Mari y Elena.

Mari y Elena son dos amigas divorciadas.

—¿Y adónde iréis después?

—A cenar.

—¿A algún sitio en particular?

—¿Por qué haces tantas preguntas? —Me mira y se cruza de brazos como si esperara una buena razón para el interrogatorio.

—Porque te has vestido muy elegante para ir a comer una pizza a Lleida.

—Me he comprado un vestido nuevo, ¿qué tiene de malo?

—Supongo que nada. Perdona, mamá.

—Estás un poco rara, Violeta, ¿te pasa algo?

He hecho el amor con Adán y me ha propuesto ser su amante.

—No, nada.

—Bien, entonces, ¿qué pintalabios me aconsejas?

Rebusco en mi maletín.

—Tienes la piel más bien morena, mamá, así que tienes que optar por tonos con esa misma armonía, es decir tonos cálidos.

Me mira con ojos de búho.

—*Ma chérie*, aconséjame un pintalabios y ya está o llegaré tarde.

—Lo siento. Defecto profesional, no puedo evitar acordarme de la paleta de colores de...

—Violeta.

—Vale. —Cojo tres pintalabios, un pincel y un lápiz de labios—. Siéntate —le pido.

Le perfilo los labios con el lápiz y con el pincel hago una mezcla con los tres pintalabios.

Mi madre se mira al espejo y se le escapa una leve sonrisa.

—Muy bonito, hija. *Merci*.

—Estás muy guapa, mamá.

—*Oh, merci, ma chérie*. Tienes llaves de casa, ¿verdad? —Asiento—. Que te diviertas, cariño.

—No lo creo, pero gracias.

—Vamos, cielo, son tus amigas de siempre.

—Sí, mamá, pero sus vidas y la mía ya no tienen nada en común. Sólo hablan de niños y maridos. Me aburren.

—Te comprendo, pero no creo que sólo sepan hablar de niños y maridos, seguro que tienen muchos otros temas. Piensa que hace tiempo que no os veis y supongo que tenéis que volver a coger el hilo de vuestras vidas.

—Ya —suspiro.

—Bueno *ma chérie*, hasta mañana. —Me da dos besos y me pellizca la mejilla antes de salir por la puerta con un remolino de optimismo que me da envidia.

Llego a casa de Esther sobre las nueve y media. Elena, Marta e Imma ya están allí.

—Qué puntuales sois —digo mientras me sirven una copa de vino blanco en la cocina.

—Por un día que estamos sin niños hay que aprovechar al máximo. —Elena alza su copa y todas hacemos un brindis.

—Por nosotras —dice Esther.

—Por nosotras —repetimos al unísono.

—Los caracoles ya están —añade Esther abriendo la puerta del horno—. Y tu ensalada también —me guiña el ojo.

Nunca me han gustado los caracoles a pesar de que estoy acostumbrada a verlos comer desde pequeña.

Esther saca la bandeja con los caracoles asados al horno con pimienta y un poco de whisky. Sobre la encimera tiene preparada otra bandeja con unas longanizas que introduce en el horno.

Imma prepara una mayonesa y Marta una salsa con tomate, aceite y vinagre. Yo me encargo de tostar unas cuantas rebanadas de pan.

Sobre la mesa del comedor hay sidra, vino blanco, cava, la bandeja con los caracoles, las salsas, el pan y mi ensalada. Todas menos Esther estamos sentadas a la mesa muertas de hambre.

—Vamos, ¿qué haces, Esther? Nos estamos muriendo de hambre —grita Imma.

Esther aparece con un par de candelabros con velas blancas.

Aplaudimos.

—Qué lujo —comenta Marta.

—Uy, sí —se mofa Elena—. Estás tirando la casa por la ventana.

—Vete a la porra —le contesta Esther.

—Cenita, velas, vino... ¿es que después nos vamos a enrollar? —pregunta Elena con voz interesante.

—No eres mi tipo —le responde Esther—. Me gustan rubias.

Todas gritamos y miramos a Marta, que es la única rubia del grupo.

—Mírala —dice Elena señalando a Marta con el dedo—. Se está poniendo roja.

—Vete a freír espárragos —responde Marta sirviendo el vino.

—Faltan los palillos —añade Imma chupando un caracol.

Esther abre el cajón del mueble del comedor y saca una cajita con palillos que deja en el centro de la mesa.

Imma continúa con los caracoles y los succiona haciendo un ruido exagerado.

—No seas ordinaria —le recrimina Marta.
—No me regañes como si fuera tu hija.
—Pues no hagas guarradas.
—Estoy chupando un caracol, ¿qué tiene de guarro?
—La forma en que lo haces.
—Ya veo que vosotras seguís igual —las interrumpo.
—Ni que lo digas —añade Elena.
—Pero nos queremos —sentencia Imma haciendo rodar un caracol dentro de su boca.
—Infinitamente —suspira Marta dando un trago a su copa de vino.
—Hablando de chupar —comenta Elena—. ¿Con quién echaríais un polvo después de esta cena?
Casi me atraganto con el vino.
—Con Brad Pitt —asegura Imma sirviéndose más vino.
—De eso nada. Me refiero a alguien que conozcamos —aclarar Elena.
—¿A qué viene esto ahora? —Marta hace un gesto de desdén con la cabeza.
—Venga, no seas sosa —le reprocha Imma.
—Paso de tonterías —dice Marta sin dejar de masticar.
—No valen los maridos —aclarar Imma.
—A José Artesa —confirma Elena—. Tiene un polvazo.
—Pues para ti —le contesta Esther haciendo un gesto de asco con la boca.
—Tienes razón, me he fijado y tiene un... —Imma hace un gesto con las manos— ahí abajo que no veas.
—Eres asquerosa —se queja Marta moviendo la cabeza.
Imma la ignora.
—Joan Gilavert —dice Esther.
—¿El carpintero? —pregunta Elena, extrañada—. Pero si tiene setenta años.
—El padre no, el hijo —aclarar Esther.
—Ah, qué susto. Pensaba que eras una asaltaviejos —responde Elena.
Todas nos reímos.

—¿Y tú, Violeta? —pregunta Elena.

Hago una mueca con la boca.

—Yo sé a quién se tiraría —suelta Marta—. A Adán.

Casi me atraganto con la ensalada, ¿por qué lo dice? ¿Es que alguien nos ha visto retozando sobre la camioneta en medio del bosque?

Se me seca la boca y doy un largo trago a mi copa de vino.

—Sí —afirma Imma—. Creo que sí, ¿eh, Violeta? Vamos, confiesa.

—Ni hablar —respondo mostrando total desinterés.

—Bueno, al menos Adán sí que se te tiraría. Siempre estuvo loquito por ti —continúa Imma.

—Cuando éramos jovencitos todos pensábamos que acabaríamos juntos, y eso que oficialmente nunca salisteis —añade Marta.

—Tonterías —sentencio—. Fuimos y somos buenos amigos, nada más.

—Ya, ya —murmura Marta.

Me está empezando a mosquear.

—Pero ¿te lo tirarías o no? —insiste Elena.

—No lo sé. Nunca lo he pensado —respondo intentando controlar la explosión de calor que está a punto de estallar en mi cara—. Además, tiene una mujer preciosa que seguro lo tiene contentísimo.

—Su mujer le pone los cuernos —afirma Marta mojando un caracol en la mayonesa.

—¿Cómo? —No puedo disimular mi sorpresa.

—Hace como un mes fuimos a Cervera y pichamos en la carretera justo delante de un hotel cuyo nombre no recuerdo. Mientras Jaime cambiaba la rueda yo fui con los niños a la cafetería del hotel, tenían pipí. Entonces vi a Silvia en recepción con otro hombre: estaban reservando una habitación.

—¿Y nos lo cuentas ahora? ¿Un mes después? —la recrimina Elena.

—Ya te vale —la regaña Imma.

—Bueno, no había pensado más en ello —dice Marta cogiendo otro caracol.

Estoy nerviosa. Muy nerviosa. Tanto que cientos de pensamientos acuden a la vez a mi mente. Me evado del lugar y me invaden un montón de preguntas. Aunque una sobresale por encima de todas las demás: ¿lo sabe Adán?

—Bueno, ¿y qué más?—pregunta Esther recogiendo en un plato todos los restos de los caracoles.

—Pues nada, cambiamos la rueda y nos fuimos.

—¡Qué nos importa la rueda! —exclama Imma, desesperada—. Queremos saber si viste algo más de la mujer de Adán.

—No.

—¿Lo sabrá Adán? —pregunta Elena sirviendo más vino.

—Ostras —murmura Esther—. Supongo que no. Se pasa el día trabajando, no debe de tener ni idea. Pobrecillo.

—Estoy alucinando. Parecían la pareja perfecta —comenta Imma.

—Venga ya —interrumpe Marta—. Esa pareja nunca ha funcionado. Si no se separan es por los niños.

—¿Y tú que sabes? —digo sin pensar.

—Violeta, cariño. Llevas mucho tiempo fuera del pueblo. La gente murmura —me adoctrina Marta.

—Entonces se está exagerando, ¿no? —continúo intentando mostrar indiferencia.

—Yo alucino contigo, Marta —suspira Imma—. Pareces una mosquita muerta que no se entera de nada y luego resulta que te sabes la vida íntima de casi todo el mundo.

—No soy ninguna mosquita muerta. Serás idiota —responde Marta.

—Oye, guapita. No me insultes —contesta Imma, colocando los codos en la mesa.

—Has empezado tú llamándome mosquita muerta.

—Es que es verdad.

Me estoy empezando a poner tensa por la situación.

—Bueno, chicas —interrumpe Esther—. Dejadlo ya.

—Prefiero ser una mosquita muerta que una guarra —suelta Marta.

—¿Qué has dicho? —pregunta Imma, levantándose de golpe y tirando la silla tras ella.

—Chicas, chicas, chicas. —Elena me mira nerviosa—. Por favor. Ya está bien.

—No, no —amenaza Imma señalando a Marta con el dedo—. Ya que has empezado, continúa.

—No tengo nada más que decir —añade Marta totalmente tranquila.

—¡Tú lo que no soportas es que tú marido y yo hayamos sido novios!

—Por favor —se ríe Marta—. Si eso es más viejo que el cagar.

—Mira, ¿sabes qué? Que me has amargado la cena. Me voy —sentencia Imma. Va hasta el sofá donde está su bolso, se lo cuelga y se marcha tan deprisa que ni siquiera nos da tiempo a detenerla.

Esther sale tras ella.

Imma y Marta nunca han sido amigas del alma a pesar de conocerse desde la guardería; la culpa de todo la tiene el hecho de que el marido de Marta e Imma salieran cuando eran adolescentes.

Terminamos la cena sin más emociones y acabamos la velada con unos cubatas.

Vuelvo a casa sobre las dos de la mañana y paro frente a casa sin muchas ganas de abrir el garaje para meter el coche dentro. Mi cabeza está dándole vueltas a lo que ha dicho Marta sobre la mujer de Adán.

«—No te quejes por tener un poco de emoción en tu vida. —Samantha aparece de repente.

»—¿Emoción? Yo no lo llamaría emoción. Dejémoslo en decepción. Una decepción tras otra.

»—Has echado un polvo con Adán. Y por lo que sé, te ha encantado.

»—Pero no lo quería así. Quería algo de romanticismo, algo de cariño, de amor.

»—¿Amor? El amor dura lo que la ilusión de estrenar unos zapatos nuevos. En cuanto los has llevado unas cuantas veces te olvidas de ellos y estás deseando estrenar otra cosa. Da igual lo que

sea, otros zapatos, un vestido o el rímel que anuncia la *top model* de turno. Pero claro, tenéis la absurda idea de que la única manera de sentir esas mariposas en el estómago es enamorándose. El amor de un hombre no tendría que ser la única razón por la que sentirte   nica. Deberías disfrutar de lo que la vida te ofrece en cada momento y no dejar que te amarguen tantos pensamientos negativos. Estabas deseando tener a Adán, pues ya lo tienes.   Qu   importa que no seas su novia o su mujer oficial?   En qué cambia eso las cosas?   Har  a que los polvos fuesen mejores?»

Es muy tarde para pensar.

«Ya.»

Ahora sólo quiero irme a la cama y dormir.

La noche avanza con lentitud, más cuando no puedes conciliar el sueño. Los últimos meses de mi vida se pasean por mi mente una y otra vez y son casi las cinco de la mañana cuando logro quedarme dormida. Un sueño inquietante me despierta de golpe a las seis y media. Estoy sentada en el banco de un parque es de noche y la oscuridad lo envuelve todo. No hay nadie más que yo, pero, de repente, aparece una niña de unos once años que viste un camisón blanco y largo hasta los tobillos. A medida que se acerca se va haciendo de día y cuando est  a frente a m  i me doy cuenta de que soy yo misma. El yo del pasado se inclina y me susurra al oído: «Sonríe».

Me despierto. Aunque más que un despertar es como si me hubiese trasladado de un lugar a otro. Del banco del parque a mi cama y me siento ansiosa porque mi yo del pasado me hubiera dicho algo más.

«Es una señal», grita Samantha desde algún lugar muy lejano de la realidad.

Me pregunto si ha sido una pista para saber cómo he de seguir viviendo mi vida. Esa   nica palabra se queda revoloteando por mi cabeza un buen rato: «sonríe».

Aunque es sábado, los animales de la granja tienen que comer, as  i que me levanto y me preparo para ir de nuevo all  i a pesar de que Adán me dijo que tal vez no debería volver, que aquello no era para

mí. No quedamos en nada, bueno, sí, en echar un polvo de vez en cuando, siempre que a él le vaya bien.

Llevo media hora sentada en el portal de mi casa esperando a que Adán aparezca. Con lo puntual que es, está claro que no va a venir. Me levanto, me sacudo la culera con la mano y abro la puerta de casa. Entonces oigo acercarse un coche. Es Adán.

—Pensé que ya no vendrías —le digo cuando para junto a mí.

—Estaba esperando a que fueran las ocho. He quedado con Montse la carnicera para que vayas a hablar con ella.

—Me lo podrías haber consultado.

—Estás buscando trabajo, ¿verdad? Puedes ayudar a Montse en la tienda.

—Si no puedo descuartizar pollitos y cerditos, ¿qué te hace pensar que sí podré trocear otras cosas?

—¿Quieres ir a hablar con ella o no? —pregunta Adán, molesto.

Subo al coche y durante el recorrido de apenas diez minutos no intercambiamos ni una palabra.

La tienda de Montse ya está abierta y ella nos hace pasar a la parte de adentro.

—Bien, Violeta. Necesito una persona que ayude cuando elaboramos embutido. Sólo son dos días entre semana, lunes y jueves, pero también podrías venir el viernes por la mañana para ayudarme a preparar hamburguesas, rollitos de pollo, libritos y otras cosas.

—¿Y en qué consiste exactamente lo de hacer embutido? Quiero decir, ¿cuál sería mi trabajo? —pregunto intentando no parecer muy tiquismiquis.

—¿Te gustan la butifarra y la longaniza?—pregunta Montse.

—Sí, claro.

—¿Y sabes de qué están hechas?

—Sé que la negra lleva sangre—respondo.

—Pues una de las cosas que tienes que hacer es mezclar la sangre con el pan.

—¿Cómo?

—La sangre viene en garrafas y hay que mezclarla con pan duro. —Trago saliva—. ¿Sabes qué lleva la butifarra blanca? —

continúa Montse.

—No.

Veo a Adán por el rabillo del ojo que sonrío.

—Lleva lenguas, corazones, caretas de cerdo y papadas.

—¿En serio? —pregunto, incrédula.

—Claro —responde Adán.

Parece que se lo está pasando muy bien.

—Se trocea todo, después de que algunas cosas se hayan hervido previamente. Se tritura y se separa un género para la butifarra blanca y otra para la negra. También hay que limpiar las tripas, embutir y atar.

¿Por qué Dios se empeña en que descuartice animales?

—Si quieres probar —continúa Montse—, puedes venir el lunes.

Miro a Adán y él alza las cejas como diciendo: «¿A qué esperas? Dile que sí».

—Claro —contesto totalmente arrepentida.

—Pues el lunes a las siete y media te espero aquí —sentencia Montse dando por terminada la conversación.

Adán me lleva de vuelta a casa y durante el trayecto lo escucho carraspear y humedecerse los labios con la lengua. Es evidente que está inquieto y me permito no ser modesta y creer que es por mí.

Se detiene frente a la casa de mi madre y antes de que yo pueda abrir la puerta del coche para salir, me detiene poniendo su mano en mi pierna.

—Me gustaría verte esta tarde —dice en tono grave, más grave de lo normal. Es como si fingiera. Como si quisiera hacerse el duro, ¿es que no sabe que le conozco muy bien?

—¿Dónde y a qué hora?

Me sorprende de mi inmediata respuesta tanto como Samantha, que abre desmesuradamente los ojos con una sonrisita.

—En Golmés, en la entrada del cementerio.

—¿El cementerio?

—Sí.

«¿No podéis quedar en el típico hotel de carretera? ¿Cómo espera que te pongas cachonda en un cementerio? ¿Estás segura de que este tío te gusta?»

—El cementerio —afirmo con un suspiro.

—Oye, ya te dije que yo decidía cuándo y dónde. Tú no tienes nada que perder, pero si mi mujer me descubre mi vida entera se va directa a la alcantarilla.

¿Que no tengo nada que perder? ¿Mi dignidad por dejar que me echen un polvo contra un nicho o sobre una lápida? ¿Mi amor propio por callar ante algo que no me gusta?

«Pues dile que no —me aconseja Samanta—. No tienes que hacerlo si no quieres.»

—¿A qué hora?

—A las cuatro en punto.

Asiento con la cabeza y bajo del coche.

Nada más entrar en casa me encuentro a mi madre probándose una blusa azul marino con un bonito volante en la cintura. Se mira en el espejo del recibidor con una sonrisa de felicidad.

En cuanto se da cuenta de mi presencia se gira y me abraza efusivamente.

—¿Qué pasa mamá? ¿Es que te ha tocado la lotería?

—No. —Sentencia con las manos en la cintura—. ¿Es que no puedo estar contenta de verte?

—Estás muy rara, mamá —balbuceo entre un bostezo dejando las llaves en el cajón de la entrada.

—¿No tendrías que estar en la granja? —me pregunta en cuanto piso el primer escalón que conduce a mi habitación.

—Ya no hay más granja, mamá.

—¿Qué ha pasado? —Su tono es de preocupación y curiosidad.

—Pues que no sirvo para la granja. Que me atacó un gallo, que me caí sobre las cacas de las gallinas y que no tuve valor para descuartizar animalitos. Pero no te preocupes: el lunes empiezo otro trabajo.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En la carnicería de Montse. Voy a ayudarla a elaborar las butifarras, las longanizas y esas cosas.

—Genial —suspira mi madre, desencantada—. Entonces empezarás el lunes y terminarás el lunes.

—¿Por qué dices eso?

—*Ma chérie*, si no has podido trocear unos pollitos y cerditos muertos, ¿qué te hace pensar que podrás trocear corazones de cerdo, lenguas de cerdo, caras de cerdo y cosas así?

—Ya lo sé, mamá. Pero no podía decir que no.

—¿Por qué?

—Porque tenía a Adán clavándome la mirada en plan: «no me dejes mal que es un simple trabajo que lo haría hasta un niño de seis años».

—¿Te acompañó Adán?

—A él se le ocurrió la idea. Ni siquiera me consultó. Habló por mí con Montse y esta mañana me llevó a su tienda.

—Qué majo —dice mi madre sonriendo como una boba.

No pensarías lo mismo si supieras que esta tarde se quiere tirar a tu hija en un cementerio.

Me hago un bocadillo de tortilla y me lo como en la cocina mientras relleno el sudoku del diario.

Aún no he terminado mi bocata cuando llaman al timbre y mi madre, que está en el recibidor sacando el polvo con un plumero, abre inmediatamente. Enseguida mi concentración vuelve al sudoku, que normalmente hago con facilidad y hoy me está costando más de lo normal. Estoy tan concentrada que no me doy cuenta de que mi madre ha entrado en la cocina y doy un salto cuando la encuentro inclinada sobre mí.

—Ha venido un chico muy guapo preguntando por ti. Me ha dicho que se llama Hugo. —Tardo unos segundos en recordar que ese tal Hugo es con quien tuve el accidente de coche. Está claro que mi madre no sabe quién es porque si no le habría echado del pueblo a plumazos—. ¿Quién es? No me has hablado de él.

«Piensa algo rápido, piensa algo rápido.»

—Es de la compañía de seguro del coche, me dijo que se pasaría para saber si estaba todo bien.

—Ah, pues tiene una pinta un poco extraña para trabajar en una compañía de seguros.

Me levanto, me limpio la boca con la servilleta y voy hacia la puerta.

Sí, la verdad es que tiene una pinta bastante extravagante, deben de gustarle mucho las camisas estampadas porque hoy viste otra más llamativa que la última vez y además lleva puesto ese gorrito marrón. Apoyado con el hombro en el quicio de la puerta muestra su blanca sonrisa en cuanto me ve. Sus ojos azules se achinan graciosamente y sus delgados labios pronuncian mi nombre.

—Hola, Violeta, ¿cómo estás?

No tengo tiempo de dudar entre darle un par de besos o la mano porque él apoya su mano en mi hombro y tira de mí con suavidad para plantarme dos rápidos besos en las mejillas.

—Bien —respondo sin ocultar mi sorpresa. Después de la última vez que nos vimos, en que desapareció como si yo fuera una apestada, no me apetece en absoluto darle conversación.

—Te preguntarás que hago aquí —murmura gesticulando con las manos. Asiento sin demasiado interés—. Vengo a hacerte una propuesta... de trabajo —aclara, sonriendo.

«¿Tan por encima de mí te crees que estás, chaval? Sí, deja claro que la propuesta es de trabajo, no me vaya a pensar que quieres sexo conmigo.»

Estoy tentada de cerrarle la puerta en la cara.

—¿Podemos hablar en algún sitio?

Salgo y cierro la puerta.

—Aquí —contesto, secamente.

—De acuerdo —responde sonriente. Me molesta que no se moleste—. Estoy reformando una casa —sentencia.

—¿Y? —Mi tono no puede ser más de «me importa un pito».

—Quiero cambiar la decoración y he pensado en ti.

Mi espalda se yergue, mis oídos se tensan y mis ojos se abren.

—¿Cómo? —pregunto con un leve susurro.

—Era la casa de mis abuelos y he hecho algunos cambios pero no acabo de verlo claro. Así que he pensado en ti. Me dijiste que eras decoradora, ¿no?

—Sí, sí. Lo soy. Decoradora de interiores, diseñadora de interior; bueno, hago todo lo referente al diseño, distribución, composición...

—Sí, sí, sí, vale —me corta—. Si no tienes nada que hacer podrías venir conmigo y te enseño la casa.

—Claro.

—Te pagaré, por supuesto.

«—¿Cómo sabes que no te está contando un cuento? —suelta Samantha—. Lo único que sabes de él es que es un artista bohemio.

»—Suficiente, Samantha.»

Entro en casa y busco a mi madre. La localizo en la cocina y le digo que tengo que salir. Me marchó tan rápido que no termino de escuchar lo que me dice. Algo sobre la hora de comer.

Subimos a su coche y salimos del pueblo. Al contrario de lo que pensaba, no nos dirigimos a Lleida, donde lo llevé la última vez.

—Creí que vivías en Lleida —comento sin darle importancia.

—Así es. Pero la casa está en Cervià.

—¿En Cervià de les Garrigues?

—Sí. Mis abuelos eran de allí.

—Ah.

—¿Y para qué quieres una casa en un pueblo tan pequeño y tranquilo?

—No te creas, durante el año hay más actividades que en cualquier otro pueblo más grande. En agosto hacen una cena popular que llaman la cena de las tortillas. En septiembre son las fiestas, hay baile con orquesta, un clásico. También hay sala de teatro y hacen cine, exposiciones, conferencias, excursiones y un desfile de vestidos de papel. Y además tenemos un reconocido restaurante, Els fogons de la Carne.

—Veo que te encanta Cervià.

—Me encanta poder ver reflejadas las huellas del tiempo en las fachadas de piedra de muchas casas, años mil setecientos y pico o mil ochocientos. Es alucinante. Viajo por media Europa exponiendo, estoy cansado de gente, ruido, aviones y coches. Cervià para mí es como un paraíso, aquí logro desconectar.

«Las blancas playas de Bora Bora son un paraíso.»

Recorremos la serpenteante y estrecha carretera que lleva a Cervià, que recorrí hace unas semanas justo el día en el que tuve el accidente con Hugo. Ahora entiendo qué hacía por estos parajes.

Vuelvo a ver el pueblo desde la última bajada que gira a la izquierda y el campanario de la iglesia que surge desde el centro. En un par de minutos entramos en el pueblo por la carretera principal.

Hugo aminora y a la altura de un bar que se llama El Clavé gira a la derecha y entramos en una estrecha calle que a unos metros se ensancha. Allí hay una farmacia y un pequeño supermercado con un cartel donde dice Obrador Miquel. En la esquina volvemos a girar a la derecha, la calle tiene una pequeña bajada, a la izquierda está el casal del pueblo, junto a la pescadería, y a la derecha la panadería y una típica tienda de barrio donde seguro podrías encontrar desde velas de cumpleaños hasta medias. La calle da a la plaza del pueblo, coronada por una fuente en el centro. En frente de ella, la iglesia, al otro lado un kiosco y en una esquina una pequeña oficina de La Caixa.

Seguimos por otra calle estrecha donde en una esquina hay otro bar, más adelante una peluquería y desembocamos en una calle más ancha donde casi impide el paso la gran fachada de una casa de tres plantas con una enorme puerta de madera maciza y uno de esos puños de hierro para llamar. Hugo aparca delante mismo, bajamos, saca unas llaves y abre la puerta que chirría. El recibidor es una estancia enorme, presidido por un gran arco de piedra que cruza de un lado a otro. Unas vasijas de un metro de alto en el suelo y herramientas de campo que cuelgan de las paredes de piedra decoran la estancia.

En la primera planta está el salón con una gran televisión de plasma, un sofá enorme, chimenea y mesa de madera rústica. La cocina dispone de todos los electrodomésticos y menaje y una isla central.

—Bien, ¿qué te parece? —pregunta después de enseñarme sólo el salón y la cocina.

—¿Qué es lo que quieres cambiar exactamente? Está perfecta.

—El salón es demasiado clásico, ¿no? Necesito nuevas ideas, nuevos aires. Si tus propuestas me gustan seguiremos con el resto de la casa.

—Me parece bien. ¿Cuándo quieres que empiece?

Está a punto de contestarme cuando le suena el móvil.

—Perdona —se disculpa antes de cogerlo—. ¿Ahora? De acuerdo, llego en media hora o cuarenta minutos. Avisa a Esteban de que adelantamos la reunión. Lo siento —se disculpa—. Tengo que volver a Lleida, trabajo. Seguimos hablando en otro momento.

Hugo me deja en casa sobre las tres de la tarde y nada más bajar del coche y despedirlo con la mano me doy cuenta de que tengo un hambre feroz. Tanta felicidad de golpe me abre aún más el apetito. Tengo el trabajo deseado y al hombre deseado.

Sí, me muero de hambre.

Mi madre está en la cocina terminando su plato de macarrones con tomate y bechamel.

—Hola, mamá.

—Hola, *ma chérie*. —Me mira arqueando las cejas—. Y ese tono de voz tan alegre, ¿a qué se debe?

—¿Mi tono de voz es alegre? —Mi madre hace un gesto inclinando la cabeza—. Sí, vale lo es —admito sentándome a la mesa.

—Bien, cuenta —me pide mientras apoya la barbilla en una mano para prestarme toda su atención.

—Tengo trabajo.

—Eso ya lo sé.

—No, no. No es con Montse en la carnicería. Es otro trabajo.

—*Ma chérie*, no te entiendo. Cambias de trabajo cada dos por tres. Ni siquiera has empezado con Montse y ya tienes otra cosa. No me parece correcto. Si te comprometes tienes que cumplir.

Mi madre se levanta visiblemente molesta. Me sirve un plato de macarrones y coge un yogur de la nevera. Yo me quedo en *shock* y mi súbita felicidad se evapora.

—¿Por qué me echas bronca?

—Porque no me parece nada responsable que Adán, después de todo lo que pasó, se tome la molestia de ofrecerte un trabajo y tú vayas y le dejes tirado. Se vuelva a tomar la molestia de hablar con Montse por ti y tú le dejes en mal lugar después de comprometerte con que empezarías el lunes. No, *ma chérie*. No me parece nada bien tu forma de actuar.

—¿Y quién te ha dicho que no voy a empezar el lunes?

—Tú misma. Acabas de decir que tienes otro trabajo.

—No me has dejado terminar de explicártelo.

—Tienes razón, *pardon*. —Mi madre deja el yogur sobre la mesa y me mira con un gesto de esperar una absurda explicación.

—Voy a decorar una casa y me van a pagar por ello. No es un trabajo de oficina de ocho horas así que podré ayudar a Montse en la tienda.

—Eso me parece bien. ¿Y dónde has encontrado ese trabajo?

«Vale —comenta Samantha—. Es mejor que le cuentes la verdad. Se acabará enterando.»

—El chico que vino antes no era de la compañía de seguros. —Mi madre me mira sin expresión alguna—. Es con quien tuve el accidente de coche.

—¿Y por qué no me lo habías contado?

—No quería preocuparte. El caso es que —continúo a toda prisa— tiene una casa que quiere que decore.

—¿Y por qué quiere que la decores tú?

—Supongo que se siente culpable por el accidente.

—Pues no me gusta nada la idea.

—¿Por qué?

—Porque casi te mata con el coche.

—Un accidente lo tiene cualquiera, mamá. Se despistó y...

—Casi te mata.

—No exageres.

—Bueno, haz lo que quieras, de todas maneras lo vas a hacer. Pero que sepas que no me gusta.

—Entonces, según tú, debería decirle que no simplemente porque tuvimos un accidente pasando por alto que éste es mi trabajo soñado, algo que seguramente jamás lograré hacer porque no tengo experiencia como decoradora, porque me he pasado unos cuantos años haciendo presupuestos en una maldita empresa donde me han amargado la vida.

—No seas exagerada.

—¿Sabes qué, mamá? Que me da igual lo que pienses. Hasta hace unos minutos estaba supercontenta e ilusionada porque por primera vez desde hace mucho tiempo algo me sale bien, pero tú lo acabas de estropear.

Me levanto de la mesa sin haber probado un macarrón, ¡con el hambre que tengo!

En realidad me sabe muy mal dejar a mi madre con la palabra en la boca, pero no entiendo por qué no se alegra por mí, creo que me merezco un poco de buena suerte.

Subo a mi habitación con un concierto de oboes en mis tripas, me doy una ducha y me pongo un conjunto de ropa interior de encaje negro y rosa para mi encuentro con Adán.

«El cementerio —susurra Samantha—. ¿Seguro que quieres ir?»

Claro que no quiero ir al cementerio, pero no tengo más remedio que ir si quiero ver a Adán. Y sí, quiero verle, besarle, abrazarle, olerle y estrujarle contra mi cuerpo de igual manera que quiero que él lo haga conmigo.

Decido no ponerme pantalones, son difíciles de quitar en el asiento del coche. Elijo una falda tejana con vuelo y una camiseta azul de tirantes con el dibujo de una geisha en la parte de atrás. Una indumentaria fácil para llegar a mis braguitas y a mi sujetador.

Antes de lavarme los dientes bajo a la cocina a comer algo. No encuentro a mi madre en el salón mirando la telenovela de turno, cosa que me extraña, ni tampoco la oigo rondar por la casa. Me como los macarrones fríos que encuentro en una bandeja sobre la encimera de la cocina.

Subo al coche y me dirijo al cementerio de Golmés, a unos 25 km.

Detengo el coche a unos metros de la entrada y compruebo que Adán no está por los alrededores. Miro mi reloj, son las cuatro en punto. Después de diez minutos me empiezo a poner nerviosa. Me sentiría tan ridícula si no apareciera, tan imbécil por estar en la puerta de un cementerio desesperada por echar un polvo.

Unos golpecitos en el cristal me sobresaltan. Es él. Quito los seguros y Adán abre la puerta del copiloto.

—¿Por qué pones los seguros? —pregunta, mirando alrededor como si esperara que en cualquier momento un grupo de asalto se nos echara encima.

—¿Por qué me citas en un cementerio?

—Puedes imaginártelo.

—Los muertos no hablan. No le contarán a nadie que nos acostamos.

Adán me mira muy serio pero poco a poco su cara se relaja y sus labios se aprietan conteniendo la risa.

—Anda, arranca —me pide.

Nos ponemos en marcha.

—Creí que iríamos en tu coche.

—¿Por qué? —pregunta extrañado.

—Este coche es pequeño.

—Pequeño, ¿para qué?

—Pues, para eso.

—No te entiendo.

—Para hacer el amor aquí.

—No pienso hacerlo ni aquí ni en mi coche.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿adónde vamos?

—Gira a la izquierda —me pide en cuanto llegamos a un cruce.

«No sé porque me da que estás a punto de tener sexo en un lugar más cutre que la parte trasera de su camioneta. Esto no pinta bien», comenta Samantha.

Suspiro más profundo de lo normal y me doy cuenta de que Adán me mira de reojo. Parece que ambos vamos a presentarnos frente a un pelotón de fusilamiento, no a tener un encuentro apasionado y romántico.

A unos kilómetros Adán me pide que entre en un camino que abandona la carretera y que se adentra en el campo. Enseguida mi Cinquecento empieza a dar saltos sobre el camino de tierra que desemboca en una granja de cerdos. Una enorme granja de cerdos. La desilusión me golpea las entrañas.

—Para más adelante —me señala.

El olor a excrementos y el ruido de los cerdos se cuelan por la ventanilla abierta.

«Genial —murmura Samantha quitándose con furia la bata de seda rosa—. ¡Una apestosa granja! ¡Te prohíbo que bajes del coche!»

Adán baja del coche y yo le sigo. Cuando estoy junto a él, me coge de la mano y nos encaminamos hacia la granja. Siento un subidón de energía que pasa a través de la palma de su mano y me hace sentir importante a pesar de que me ha traído a una pocilga gigante para practicar sexo.

En la entrada, Adán saca unas llaves del bolsillo de su tejanos. Abre la puerta y me encuentro con un pequeño despacho con grandes ventanales de cristal que dan a la sala donde están los cerdos. Pero el lugar está acondicionado de una extraña forma, hay un archivador en una esquina y un escritorio arrinconado junto a él. El centro de la estancia lo ocupa un colchón hinchable, cubierto con unas sábanas blancas y una fina manta de color azul. Alrededor de la improvisada cama hay velas blancas metidas en vasos de colores.

Miro a Adán sin poder disimular mi sorpresa.

—¿Y esto?

—He intentado hacerlo acogedor.

«Es una granja —me susurra Samantha—. Una maldita granja de cerdos y el olor y los ronquidos no la hace acogedora.»

—¿Trabajas aquí? —pregunto.

—Sí. Es una de las granjas que controlo.

—¿Controlas?

—Reviso que todo funcione bien. La maquinaria que alimenta a los cerdos, pincharles las vacunas, comprobar si alguno está enfermo, cosas así.

No me doy cuenta que tengo los brazos cruzados y los aprieto contra el estómago.

Adán coge un mechero que hay sobre el escritorio y que seguramente ha localizado con rapidez porque él mismo lo puso ahí y se agacha a encender las velas.

Mientras le miro me doy cuenta de que me siento nerviosa. El sexo la primera vez con él fue tan rápido y desesperado que no tuve tiempo de darme cuenta de lo que iba a pasar. La emoción previa no existió y si la hubo fue tan fugaz que no fui capaz de retenerla en mi

memoria. Así que ahora es como si fuera la primera vez, emocionada y excitada; noto los dedos de los pies fríos a pesar de que estamos en pleno mes de agosto, tal vez es por la sensación que me transmite esta antesala desangelada que precede al recinto de los cerdos.

Después de encender todas las velas, Adán corre las cortinas de los ventanales y una tenue oscuridad nos envuelve. Se acerca a mí y me abraza. De repente, el calor de su pecho en mi cara me calma y me acurruco buscando su protección. Sus brazos me rodean y me aprieta contra su cuerpo. Su pecho se agita con la respiración y siento su aliento en mi frente. Le abrazo y acaricio su espalda con las manos. Cierro los ojos y Adán se mueve hacia un lado. Yo le sigo sin abrir los ojos del todo y el reflejo parpadeante de las velas en las paredes es como una alarma silenciosa. Adán me mira unos segundos y me besa. Es un beso suave que poco a poco se convierte en profundo y húmedo. Sus labios se retuercen con los míos y nuestras lenguas parecen instruidas en la misma danza. Una chispa se enciende entre mis piernas y hace que mis movimientos se aceleren. Ya no sólo le beso en los labios, también en la cara, en el cuello, en la garganta, en el pecho. Le desabrocho los primeros botones de la camisa y aspiro su olor a coco. Recorro con la boca y la nariz su tórax aspirando y sintiendo su piel y su vello. Acaricio un pezón con la lengua y Adán deja escapar un gemido de placer. Me coge por las caderas y me aprieta contra su pelvis.

La habitación ya no me parece una sala fría y triste, ahora se asemeja a un rincón de placer y deseo. Un deseo hecho realidad que acaba explotando entre las sábanas blancas y la manta azul.

Después de un sexo muy placentero vago entre la lucidez y el sueño, rodeada por sus brazos como una presa inmóvil entre el imponente cuerpo de una anaconda. Adán acurruca su cara en mi nuca y me abraza. Creo que no se da cuenta que lo hace con tanta fuerza que casi me cuesta respirar. Yo me hago la dormida y él me toca el hombro comprobando si está frío y me cubre con la sábana.

Me enternece.

Quisiera quedarme aquí toda la tarde. Abrazada a él. Pero los nervios por si entra alguien y nos pilla en esta situación hace rato que

no me dejan estar tranquila. Me giro y pego mi nariz a la suya. Adán está despierto y me mira con una sonrisa.

—Será mejor que nos vistamos y nos marchemos de aquí —le susurro—. Podría venir alguien.

—No vendrá nadie —asegura.

—Lo dices muy seguro.

—Si no fuera así, no te habría traído aquí. No puedo arriesgarme a que nos pillen.

—Claro —murmuro.

—Te quiero, Violeta —suelta. Yo le miro sin contestar—. Lo has sabido siempre.

—No.

—Mentirosa.

Sonrío.

Adán me pellizca un costado.

—No me hagas cosquillas —le pido—. Sabes que no las soporto.

Lo vuelve a hacer.

—Para —le ordeno, seria.

Pero no me hace caso y empieza a pellizcarme la barriga, las piernas, el trasero, mientras yo me retuerzo de risa y no dejo de gritarle que pare.

—Vámonos —le ordeno incorporándome y apartándome de él para que deje de hacerme cosquillas.

—¿Te quieres ir?

—No. Pero no estoy tranquila estando aquí. Me siento como si tuviera quince años y en cualquier momento mi madre fuera a entrar por esa puerta.

—Tranquila, no entrará.

—Mi madre tal vez no, pero sí cualquier otra persona y te aseguro que me moriría de vergüenza.

—Aquí no viene nadie más que yo.

—¿Este va a ser nuestro lugar de encuentro? —Cojo mi ropa y de espaldas a él me pongo el sujetador.

—No lo he pensado.

—Seguro que sí lo has hecho.

—¿Por qué crees eso? ¿Acaso piensas que tenía planeado todo lo que iba a pasar desde que volviste al pueblo?

«Parece ofendido —murmura Samantha—. Tú sí que tendrías que estarlo. No te ha traído precisamente al Hilton a echar un polvo.»

—¿Por qué te enfadas?

—No me enfado. Es que me siento un poco... avergonzado por no poder ofrecerte algo mejor que este lugar.

—Está bien. No te preocupes.

—Deberías decir que no quieres volver a verme. Deberías pensar un poco más en ti y no dejar que te lleven a lugares como éste. Te mereces mucho más, Violeta.

«Tiene tooooda la razón. Vístete, coge el bolso y dile que no aceptas menos de un hotel de cinco estrellas.»

—Si me aseguras que nadie nos sorprenderá, me parece bien que éste sea nuestro lugar de encuentro.

Noto que la cara de Adán se relaja.

—¿No te importa?

—Sí. Pero me importas más tú. Y si tengo que venir aquí para estar contigo, lo haré.

Adán me coge por la cinturilla de la falda, tira de mí y caigo sobre él. Luego se coloca encima con cuidado y aprovecho para acariciar su torso desnudo y su nuca y una nueva oleada de deseo explota en mi estómago. Me besa y le rodeo la cintura con las piernas apretándolo contra mi pelvis.

Suena un móvil y no es el mío.

—Tengo que contestar —se disculpa.

Se incorpora y al resplandor de las velas veo su cuerpo desnudo, sus hombros anchos y la cintura marcada. Saca el móvil del bolsillo de sus vaqueros y mira la pantallita, tras lo cual suelta un suspiro.

—Dime... Quedamos en que irías tú... Tengo trabajo, Silvia... ¿No puedes decirle a tu madre que vaya?... —Resopla por la nariz mientras arruga la frente—. No me parece bien... Sí, iré yo pero ya hablaremos esta noche. —Cuelga—. Tengo que marcharme a recoger a los niños.

—Ah —murmuro sin atreverme a decir mucho más.

—Quedamos en que hoy iría ella —comenta para sí poniéndose los pantalones.

—¿Y por qué no va?—pregunto sin querer.

—La ha llamado una amiga para ir a dar una vuelta.

—¿En serio?

Adán no contesta. Pero Samantha sí: «Calzonazos».

—Tú estás trabajando, o eso se supone, ¿no debería ir ella a por los niños?

—Sí, pero no tengo ganas de discutir. Y puede llamarme cuarenta veces hasta que se salga con la suya. Estoy cansado, Violeta. Cansado de peleas y discusiones. Cansado de intentar tener una vida en común con ella; hace tiempo que me resigné a compartir una casa y unos hijos, nada más.

No quiero que me vuelva a repetir los motivos por los cuales sigue con una vida que no le gusta, así que no le digo nada.

—¿Recogemos esto?

—No te preocupes. Ya lo haré yo más tarde, tendré que volver cuando deje a los niños con mi madre.

—¿Y a tu madre le parece bien lo que ella hace?

—Mi madre hace mucho tiempo que ya no pregunta.

—Ah —murmuro tras escuchar a Samantha susurrándome: «Menos mal que sólo eres la amante, así no tienes que cargarte con sus problemas».

Volvemos al punto de partida, el cementerio.

—Nos vemos pronto —suelta Adán dándome un beso fugaz antes de bajar del coche.

—Vale —acierto a decir justo cuando cierra la puerta y lo veo desaparecer tras unos árboles y la fachada del cementerio.

Vuelvo a casa con un sabor de boca agri dulce. El sexo ha estado muy bien, me lo he pasado genial, pero me quedo con la sensación de querer más, de necesitar más. Samantha abre la boca pero la interrumpo rápidamente. Lo sé, lo sé, soy una estúpida enganchada al amor. Y sí, lo sé: debería conformarme con que he echado un polvo genial, pero no es así, qué le vamos a hacer.

Capítulo 12

Llega el lunes y la temida elaboración del embutido. Me presento en la tienda a las siete de la mañana. Montse ya está en marcha desde hace rato. La caldera está hirviendo y tiene un montón de carne encima de una mesa de acero inoxidable.

El ambiente huele a pimienta y me hace estornudar.

—Ponte ese delantal y ese guante de malla. Ten cuidado con los cuchillos, que están bien afilados y te ves el dedo rebanado antes de sentir el dolor.

En cuanto termino de ponerme el uniforme, José, su marido, aparece también ataviado con otro delantal blanco que le llega por debajo de las rodillas.

Es un hombre parco en palabras y en gestos, así que apenas me saluda con un movimiento de cabeza y se pone con su faena.

Entonces me percató que lo que hay sobre la mesa son las caras de los cerdos, orejas incluidas. La visión me revuelve el estómago.

—Cógelas —me pide Montse— y échalas en la caldera con cuidado de que no te salpique el agua hirviendo.

¿Cogerlas? ¿Con la mano? ¿Está de broma?

Me quedo paralizada.

—Vamos —me urge Montse.

Cojo una careta con la punta de los dedos y la llevo en volandas hasta la caldera, donde la suelto con cuidado.

—¿Qué haces? —pregunta Montse.

—Lo que me has dicho.

Montse se dirige a la mesa y mete ambas manos entre el montón de caretas. Alza unas cuantas y las lleva en volandas hasta meterlas en la caldera.

—Así —me ordena.

Cojo aire, me remango y hago lo que Montse. Enseguida siento la carne grasienta y resbaladiza entre mis dedos y aunque cojo bastantes caretas, la mayoría me resbalan y vuelven a caer sobre la mesa. Tengo que dar varios viajes hasta conseguir meterlas todas en la caldera.

—Abre esas bolsas de ahí, son pieles, mételas también en la caldera.

Hago lo que me pide y vacío las bolsas en la caldera.

—En la cámara frigorífica hay una caja amarilla con carrilleras, sácalas y échalas también en la caldera.

Empiezo a sudar.

Vacío la caja amarilla de carrilleras.

No he terminado de echar las últimas cuando Montse me ordena lo siguiente:

—Las lenguas están en una bolsa transparente sobre uno de los estantes en la cámara. Échalas también.

¿Lenguas? ¡Lenguas!

—¿Lenguas de cerdo? —pregunto horrorizada.

—Sí —responde Montse extrañada por la pregunta—. No van a ser de gato.

—Lo siento —digo sin pensar—, pero no puedo tocar eso.

—¿Qué no puedes tocar el qué?

—Lenguas. Me parece repugnante.

No me he dado cuenta de que José ha salido de la cámara con la bolsa de lenguas y las ha esparcido por encima de la mesa. La visión me revuelve el estómago otra vez. Las lenguas, curvadas, gordas y rosadas están inertes sobre la mesa como un fotograma de una película de terror.

—No muerden, niña —dice José cogiendo varias en cada mano para llevarlas a la caldera.

—Lo siento pero no puedo.

—Entonces saca la garrafa de sangre de la cámara y viértela sobre el pan troceado que hay en ese cubo. —Noto en su tono que está molesta.

Trago saliva y busco la garrafa de sangre en la cámara. Nada más abrir la puerta la veo en un rincón. El líquido rojizo también me repugna.

«No lo destapes —me suplica Samantha—. No quiero descubrir a qué huele la sangre de cerdo.»

Saco la garrafa, la destapo sin pensarlo y la vuelco sobre el pan que está en el cubo. Lo hago demasiado deprisa y la sangre me salpica en las manos y el delantal. Una terrible arcada me nace en el estómago y trepa incontrolable hacia mi boca. Salgo a toda prisa del obrador hacia la tienda respirando a bocanadas e intentando controlar las náuseas.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Montse, que ha salido tras de mí limpiándose las manos con un trapo.

Asiento con la cabeza.

—¿Estás segura de que quieres hacer este trabajo?

«Rendirse a veces no es una humillación, sino un acto de inteligencia.»

—No creo que pueda hacerlo. La verdad es que me da mucho asco todo lo que he visto ahí dentro. Lo siento, de verdad. Lo siento mucho pero no creo que te sea de mucha ayuda.

—Tranquila. Al menos lo has intentado.

Salgo por la puerta y el aire fresco de la mañana me resucita.

Otro trabajo para el que no sirvo. Al menos, el ofrecimiento de Hugo me tranquiliza, aunque no sé nada de él desde hace una semana. Eso me preocupa. Tal vez sólo quería hacerme sentir bien por lo del accidente y ahora ya ni se acuerda. Saco el móvil del bolso y sin pensármelo busco su número en la agenda.

Al tercer tono, Hugo contesta.

—¿Sí?

—Soy Violeta.

—Ah —contesta sin mucho interés—. Dime.

¿Cómo que te diga? Dime tú.

—¿Cuándo quieres quedar para hablar de la decoración de tu casa?

Espero que no me diga: «¿De qué estás hablando?».

—Esta noche —responde sin pensar—. Te invito a cenar.

—Ah, vale.

Es lo que tiene tener la agenda vacía de planes. Siempre estás dispuesta para las sorpresas.

—¿Quedamos a las diez en Mollerussa? Podemos ir al Trastévere, ¿lo conoces?

—Es la pizzería, ¿no?

—Sí. Nos vemos esta noche sobre las nueve. Hasta luego.

—Vale. Hasta luego.

La frustración por lo de Montse desaparece de un plumazo y una oleada de energía positiva revolotea por mi pecho. Con tantos altibajos emocionales me pregunto si no tendré algún problema de bipolaridad.

Llego a casa tarareando una canción y mi madre, que está cosiendo a máquina en la habitación donde plancha, sale rápidamente a mi encuentro.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

Su ceño fruncido y el tono acusador me recuerdan súbitamente lo bien que me sentía con mi vida independiente en Barcelona. Odio tener que dar explicaciones.

—¿Qué quieres que te diga? —Mi tono tampoco es el más conciliador que digamos.

—¿Qué ha pasado?

—Que casi vomito cuando he visto la matanza de Texas en directo.

—*Ma chérie*, deberías tener un poco más de valor.

—¿Te parece que tengo poco valor después de todo lo que me ha pasado? Podría estar metida en la cama lamiéndome mis heridas, mamá. Pero no, creo que estoy intentando salir adelante.

—Bien, haz lo que quieras. De todas maneras lo vas a hacer.

Mi madre vuelve a la habitación y enseguida oigo el motor de la máquina de coser. Fin de la discusión.

Subo a mi dormitorio y me tumbo en la cama. Me queda un largo día por delante hasta mi cita con Hugo esta noche y no sé qué hacer. Podría empezar a leer alguna novela. Era una costumbre muy buena que dejé cuando ocurrió lo de Víctor y parece que desde entonces no me pueda concentrar en nada. En casa no hay internet, que sería de gran ayuda para pasar las horas. Podría quedar con mis amigas, seguro que están tomando un café junto al bar del colegio, donde suelen hacer tiempo hasta que salen los niños, pero la idea no me motiva. Me levanto y abro el armario. Saco ropa y la coloco encima de la cama. Prepararé un modelito para esta noche, eso al menos me tendrá ocupada un rato. En menos de veinte minutos tengo un conjunto; estupendo, sólo me quedan doce horas para mi cita.

Bajo a la cocina y caigo en la tentación a la que te arrastra el aburrimiento: comer. Hay unos deliciosos flanes de huevo en la nevera, me sirvo uno en un plato y lo acompaño con galletas.

En quince minutos he saboreado y terminado el flan y decido salir de la cocina, porque si no seguiría comiendo hasta la hora de mi cita. Mi madre continúa cosiendo y me acerco a ver qué es lo que hace.

Junto a la ventana, cose a mano una prenda de color azul.

—¿Qué haces?

—Me estoy arreglando este vestido. Hace años que no me lo he puesto y le estoy dando un toque moderno.

Lo extiende y me lo enseña. Es un bonito vestido de manga tres cuartos y falda de tubo con una tira de pelo al final de la falda lo que le da un toque muy elegante.

—Muy bonito, mamá. Una cosa: esta noche no me quedaré a cenar.

—Ah, yo tampoco estaré —me responde—. ¿Con quién has quedado?

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero —susurra guiñándome un ojo.

—He quedado con Hugo por lo del trabajo para decorar su casa.

—¿Y adónde vais?

—Al Trastevere, en Mollerussa. ¿Y tú?

—Yo he quedado con mis amigas, vamos a cenar y luego al cine.

—¿Un lunes?

—Sí.

—Siempre salís los fines de semana. Nunca un lunes.

—Pues hoy salimos.

—Pues me parece genial, mamá.

La veo coser concentrada en hacer recta la costura lo que yo no conseguiría hacer a la velocidad que va la máquina. Cuando pisas el pedal, el motor se acelera como un fórmula 1.

—Una pregunta, mamá.

—Dime —responde sin apartar la vista de lo que está haciendo.

—Cuando conociste a papá, ¿supiste inmediatamente que él era Él? Quiero decir, ¿supiste al verle que era tu media naranja?

—Por supuesto que no —contesta inmediatamente—. Eso no lo puedes saber hasta pasado un tiempo. Puedes creerlo y desearlo pero sólo el tiempo te da la seguridad de que así es.

—Ah.

—¿Por qué? ¿Es que te has vuelto a enamorar?

—No. Que va. Sólo es curiosidad.

Mi madre me mantiene la mirada.

—¿Qué? —Aparto la vista nerviosa por si lee algo en mis ojos.

—¿Quieres contarme algo, *ma chérie*?

—No. Nada de nada.

—¿Por qué no preparas hoy la comida?

La idea no es del todo mala. Al menos me mantendré ocupada.

—¿Y qué hago?

—Haz risotto.

—Vale.

Después de comer decido echarme una pequeña siesta, así estaré más descansada y con el vino de la cena no me dormiré.

Lo pequeño se convierte en tres horas de las que me levanto totalmente mareada. Me doy una ducha y gasto más agua de la necesaria. Mi madre no debe de estar en casa porque de lo contrario

ya habría venido a dar golpes a la puerta del baño para que cerrase el grifo.

Me arreglo y a las nueve estoy lista frente al espejo de mi habitación dándome el visto bueno.

Me siento guapa y animada y subo al coche dispuesta a poner la música a tope y cantar a gritos alguna canción de Whitney Houston. Antes de girar la llave de contacto, introduzco el CD que saco de la guantera. Arranco, enciendo las luces y escucho un sonido extraño que sale de la radio. Es como si quisiera arrancar pero no lo consigue. Esto no empieza bien, pero qué diablos, que la radio no funcione no va a estropear lo que espero sea una noche genial.

Después de vivir tantos años en Barcelona, con los cientos de luces artificiales que la iluminan por la noche, no me acostumbro a conducir por estos parajes desiertos y oscuros. El silencio me rodea y la oscuridad también, la noche es totalmente cerrada, ni siquiera hay luna que pueda iluminar algo el camino.

En media hora estoy en Mollerussa y no tardo ni diez minutos en aparcar junto a la estación que está frente al restaurante. Cuando estoy a punto de entrar, me suena el móvil. Es Hugo. Me pongo nerviosa al instante, sólo espero que no me deje plantada porque mi autoestima no lo soportaría.

—¿Violeta? —pregunta, como si dudara de que sea yo. La verdad es que mi tono es bastante seco, supongo que sin pretenderlo me protejo de un posible plantón.

—Dime.

—Cambio de planes —me suelta.

—¿Cómo?

—Estoy terminando una reunión, perdona. No estaba planeada, ha surgido. ¿Podrías venir a Lleida?

—Ya estoy en Mollerussa—contesto, molesta.

—Ya me lo imaginaba. Hazme el favor. Me apetece mucho cenar contigo y hablar de la decoración de mi casa. Te prometo que te recompensaré.

«¿Con qué te recompensará? ¿Con un hueso?», suelta Samantha.

Si me voy a casa me deprimiré y no me apetece, hoy no, así que, no tengo otra opción.

—Está bien, iré. ¿Dónde quieres quedar?

—Acabo de reservar mesa en La Llotja, espérame allí, prometo ir lo antes posible.

—Te agradecería que no me tuvieras mucho tiempo esperando —le pido aunque ha sonado más a orden que a súplica.

—Te prometo que lo intentaré. Gracias, Violeta. Hasta dentro de un rato.

—Hasta ahora.

Cabreada, cojo de nuevo el coche y conduzco hasta Lleida capital, esta vez tomo la autovía que al menos está más iluminada que la carretera y en media hora estoy entrando en Lleida y aparcando frente a La Llotja, una llamativa construcción modernista que alberga el Palacio de Congresos, una espectacular terraza y un restaurante. Nada más entrar me recibe un camarero que, rápidamente, tras informarle del nombre al que está hecha la reserva, me acomoda en una mesa en medio de la estancia. Me siento nerviosa, inquieta y observada por el resto de los comensales, así que hundo mi nariz en el móvil repasando WhatsApps, viendo fotos o cualquier otra cosa que me pueda distraer. Llevo más de diez minutos esperando cuando me empiezo a impacientar.

Alguien entra y siento como unos pasos avanzan hacia mí. Creo que es Hugo. Me pongo recta en la silla, echo los hombros hacia atrás y finjo una sonrisa con la que disimular mi cara apática. Pero me equivoco y una mujer pasa junto a mí y se dirige al fondo del salón. La miro y veo un bonito y elegante vestido azul con un adorno de pelo al final de la falda. Ese vestido me suena: es muy parecido al que mi madre estaba cosiendo esta tarde. La sigo con la mirada hasta que se detiene frente a una mesa donde un hombre la recibe y me quedo de piedra cuando veo que ese hombre es Emilio, el padre de Susana, y la mujer es mi madre.

Me quedo sin respiración viendo cómo mi madre saluda a Emilio con un beso en los labios. Él lleva un traje oscuro con corbata y su

pelo plateado está más brillante que nunca, destacando el moreno de su piel. Emilio le acaricia cariñosamente la mejilla a mi madre antes de retirarle la silla para que se siente. Un resorte en mi trasero se dispara y me levanto de un salto. Voy hacia ellos como un ciclón tropical y en los pocos metros que separan mi mesa de la suya, Samantha no deja de gritarme que me detenga. Me planto frente a mi madre con los brazos cruzados y una mueca en la boca esperando una explicación. Ella me mira como si hubiera visto un fantasma, tan sorprendida como yo.

—Violeta, ¿qué haces aquí? ¿No ibas a Mollerussa a cenar?

—No, ¿qué haces tú aquí con éste? —Señalo a Emilio con el dedo, quien pone cara de «tierra, trágame».

—No faltes al respeto —me riñe mi madre.

—Estás saliendo con el padre de mi enemiga, ¿quién falta al respeto?

—No seas cría y siéntate. Estás haciendo el ridículo.

—Qué fuerte me parece, mamá. Llevas mintiéndome todos estos días haciéndome creer que salías con tus amigas cuando estabas quedando con Emilio.

—¿Y qué? ¿Desde cuándo te doy explicaciones de lo que hago o dejo de hacer? ¿Acaso lo haces tú?

—Es Emilio, mamá. ¿No podías enrollarte con otro tío?

—Te he dicho que no faltes al respeto, Violeta.

—Y tú, ¿no vas a decir nada? —le suelto a Emilio en el tono más desagradable que me sale.

—Creo que en el estado que te encuentras es mejor que no diga nada. —Su voz grave pronuncia las palabras lentamente, como si intentara no herirme más.

—¿Ya lo sabe tu hija? ¿Ya le has dicho que te estás tirando a mi madre?

—¡Basta! —grita mi madre lanzando sobre la mesa la servilleta que tenía en el regazo—. Haz el favor de marcharte ahora misma. Ya hablaremos mañana muy seriamente.

Aprieto la mandíbula conteniendo un saco lleno de insultos que vomitaría en sólo unos segundos y me doy la vuelta. Cojo mi bolso de la silla y salgo del restaurante.

En la puerta me tropiezo con Hugo, al que casi atropello y al que no he visto sino llega a ser porque me coge del brazo.

—¿Adónde vas?

Le miro sin contestar y supongo que puede ver en mi cara lo nerviosa que estoy, porque me acompaña a la calle sin hacer más preguntas.

—No puedo cenar ahí —suelto apoyándome en un coche. Siento náuseas por los nervios que recorren mis tripas como una corriente eléctrica.

—¿Qué ha pasado? —Hugo apoya una mano en mi hombro y busca mi mirada.

No puedo contárselo. Seguro que pensaría que es una tontería.

—Me he encontrado con una persona que no me esperaba.

Hace una mueca, está claro que no entiende nada.

—Iremos a otro sitio a cenar —sugiere.

—No creo que pueda comer nada. Estoy... no sé. Tal vez deberíamos dejarlo para otro día... lo siento.

—Es lo peor que puedes hacer —sentencia.

—¿Qué?

—Volver a casa con esta mala sensación que ahora tienes es lo peor que puedes hacer. Deberías vivir una experiencia genial que la borre.

—¿Una experiencia genial? —murmuro en tono de burla.

—Tengo una idea.

«Éste quiere echar un polvo», suelta Samantha.

—¿Estás hablando de sexo?

Hugo estalla en una carcajada.

—No. Claro que no —responde cruzando los brazos mientras se apoya en el capó de un coche aparcado en la acera.

Hoy le veo diferente, tal vez sea porque no lleva ninguno de esos gorritos diminutos ni una camisa estampada. El traje le sienta muy bien.

—¿Tan gracioso es pensar en tener sexo conmigo?

—No. Pero es que ya es la segunda vez que crees que quiero ligar contigo.

—Ah.

—¿Qué? ¿Te atreves? —pregunta misterioso.

—¿A qué?

—A dejarte llevar.

—No lo sé.

—Arriésgate.

—No sé nada de ti. Aparte de tu nombre y tu profesión.

—¿Qué más necesitas saber? ¿Mi número de pie? ¿La talla de mis camisas?

—Qué gracioso. ¿No serás un perturbado?

Hugo chasquea la lengua.

—Vaya, me has pillado. Pensaba violarte, descuartizarte y tirar tu cadáver al río Segre. —Abro desmesuradamente los ojos—. No me mires así, es broma.

—Claro, claro —digo con total desconfianza.

—¿Te atreves o no? El momento pasa.

¿Qué diablos? No tengo nada que perder.

—Vale.

—Dame unos minutos —pide sacando el móvil del bolsillo de su americana. Se aleja un par de metros y hace una llamada.

Ahora me gustaría estar entre los brazos de Adán. Necesito su olor y su consuelo. Sus caricias en mi pelo y sus besos suaves y cálidos. La tristeza escala por mi esófago clavando sus zarpas en mi garganta.

—¿Lista? —pregunta Hugo con su sonrisa de anuncio de dentífrico.

Asiento.

Me coge de la mano y me lleva por la acera a paso acelerado.

—¿Adónde vamos?

—No vale hacer preguntas. Tienes que dejarte llevar.

A unos metros entramos en un parking y bajamos unas escaleras que dan acceso a una planta subterránea enorme. Las luces en el techo sólo iluminan una parte de la planta que está llena de coches; la otra se pierde en la oscuridad.

Saca un mando del bolsillo y un doble pitido ilumina las luces de su coche. Sube y yo hago lo mismo. Hugo arranca haciendo rugir el motor.

Vale. Sí. Tienes un cochazo, ¿y qué? ¿Acaso piensas que eso me impresiona?

Suelta el pedal del freno y casi salimos disparados. Conduce demasiado deprisa por el interior del parking y un cosquilleo ácido explota en mi estómago cuando sube la rampa de salida. Le miro con expresión de: ¿qué demonios estás haciendo?, pero él ni se da cuenta. Mira al frente con ambas manos en el volante y una sonrisa de placer.

—¿Voy a disfrutar de una noche genial o nos vamos a estrellar contra el próximo semáforo?

Me mira sin perder la sonrisa.

—Entiendo que no estés acostumbrada a la fuerza de un Audi conduciendo un Cinquecento, pero no puedo ir a paso de tortuga con esta máquina entre mis manos. —Ahora entiendo que me embistiera —. Está bien, si tienes miedo iré un poco más despacio.

—Gracias.

Enciende el CD y suena una canción de Joaquín Sabina.

No sé de qué hablar pero creo que a él eso no le molesta lo más mínimo. Tiene la mirada perdida al frente y una expresión seria. Al menos, ya no conduce tan deprisa.

Salimos de la ciudad.

—¿Adónde vamos?

—Al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? ¿A Barcelona?

—No. Al de aquí, Alguaire.

—Pero...

—No más preguntas —me interrumpe.

Recorremos la autovía casi solos y sin cruzarnos con ningún coche, es lunes y son las once y media de la noche.

No sé qué estoy haciendo en medio de la nada con este tío que apenas conozco y que ni siquiera sé si me cae bien o mal, dirigiéndonos al aeropuerto. No sé si quiero que me sorprenda o deseo más estar acurrucada y segura entre las sábanas de mi cama.

«—¿Por qué te crees que la vida te va como te va? —me suelta Samantha.

»—¿Qué quieres decir? ¿Acaso piensas que todo lo que me pasa me lo busco yo?

»—Te falla el enfoque, cariño. Ahora estás casi temiendo que Hugo te viole, te asesine y tire tu cuerpo acuchillado en la cuneta, y lo que deberías pensar es que tal vez pases una noche que no olvides. Si eres capaz de pensar eso, el rosa irá sustituyendo al gris en tu vida.

»—No me sueltes rollos de tus libros de autoayuda. No necesito que hagas de aprendiz de psicóloga conmigo.»

Llegamos al aeropuerto y Hugo deja el coche en el parking. Bajamos y se dirige al edificio sin esperarme. Yo le sigo como un perrito faldero moviendo las piernas con rapidez para poder alcanzarle, ¿se habrá olvidado de que estoy aquí?

—Venga, vamos —me exige.

El edificio está desierto y apenas si hay algunos pasajeros deambulando por el recinto. Se para en uno de los mostradores y saca su cartera del pantalón. La chica rubia y sonriente que le atiende coge su carnet de identidad y teclea algo en el ordenador.

—La puerta de siempre —le indica la rubia.

—Gracias, Elisa.

Hugo me hace un gesto con la cabeza y emprende la marcha a la misma velocidad. Recorremos el recinto y nos dirigimos hacia un hombre de mediana edad vestido con uniforme que parece que nos espera frente a una puerta.

—Buenas noches.

—Buenas noches, ¿qué tal? —le saluda Hugo.

El hombre nos acompaña hasta cruzar la puerta que da acceso a las pistas y en un instante me encuentro dirigiéndome hacia un *jet* privado.

Se me corta la respiración.

Hugo camina con paso firme hacia el avión y en un peripeteo sube los escalones que dan acceso al aparato, desapareciendo dentro. Le sigo y alucino al ver el interior. Nada que ver con un vuelo regular de Ryanair o Vueling. La madera oscura y lacada y los asientos blancos de piel le dan un aire chic y lujoso al que no estoy

nada acostumbrada. Intento no poner ojos de búho hipnotizado por todo lo que me rodea.

Hugo se ha sentado en una butaca blanca y mira distraído por la ventanilla como si estuviera solo en este habitáculo lujoso donde me encuentro totalmente desubicada.

Me siento frente a él.

—No me digas que este avión es tuyo.

—No lo es. Pertenece a unos amigos alemanes.

Un azafato joven de un rubio casi platino y pálido como el hielo sube la puerta y la cierra accionando una palanca. Antes de desaparecer por detrás de la cortina, me dedica una sonrisa amplia con sus extrablancos dientes alemanes, creo.

—¿Adónde vamos?

Hugo me mira y niega con el dedo índice. Al menos me sonrío y eso me relaja, como si necesitara su aprobación para no sentirme estúpida por estar aquí, dentro de este jet, aplastada por una montaña de su indiferencia.

Noto cómo el avión se pone en movimiento muy suavemente y gira un par de veces hasta colocarse en pista. Una voz de hombre suena por los altavoces y pide que nos abrochemos los cinturones. Lo busco a los lados y cuando doy con cada extremo no acierto a abrocharlo. Es estúpido, pero mis dedos se niegan a obedecerme y torpemente choco un extremo contra el otro sin acertar a unirlos correctamente. Las manos de Hugo apartan las mías y en un instante lo abrocha. Las tiene calientes y suaves, no como las de Adán, que son ásperas y curtidas.

El avión coge velocidad y casi sin darme cuenta me encuentro rodeada por la oscuridad. Las luces de la pista se han quedado a muchos metros por debajo y volamos entre pequeñas nubes blancas.

Hugo sigue mirando por la ventana perdido en sus pensamientos, que no tiene ninguna intención de compartir conmigo. Me pregunto por qué me habrá invitado si pensaba ignorarme.

«—¿Qué más da? —suelta Samantha con voz de emoción—. ¡Mira dónde estás! ¡Mira lo que está ocurriendo!

»—Estoy en un avión con un artista loco que no me habla.

»—Estás conociendo a un chico guapo y por lo visto con una buena posición económica. Ni en el mejor de tus sueños habrías imaginado esto. Tu vida está a punto de dar un giro radical.

»—Lo único que puede girar es este cacharro y darnos un tortazo de la leche. Además, no sé por qué te emocionas tanto. Antes le hizo gracia pensar que yo creía que quería acostarse conmigo, así que no entiendo que creas que esto es la historia de *Pretty Woman*.

»—Eres imposible, ni siquiera encontrarte en un jet privado te pone las pilas, no te entiendo.

»—Soy realista, Sam. Y debería haberme quedado en tierra.»

Suenan unos pitidos que anuncian que nos podemos quitar el cinturón.

—¿Qué tal? —me pregunta Hugo con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos chispeantes. Le miro perpleja por su repentino cambio de actitud—. Perdona por mi silencio, es que me pone muy nervioso volar; bueno, lo que realmente me pone nervioso es el despegue.

—¿Y por qué hemos cogido un avión?

—Es la forma más rápida de llegar a Mallorca.

—¿Mallorca?

—Vaya, he desvelado la sorpresa. ¿Tienes hambre?

—Un poco. Pero ¿Mallorca?

Hugo toca un botón que hay a su derecha a un lado del apoyabrazos y enseguida aparece el azafato rubio. Hablan entre ellos en inglés y tienen una pequeña conversación de la que no me entero.

—Traerá unos sándwiches y nos los tendremos que comer rápido porque enseguida llegaremos.

—¿Y para qué me traes a Mallorca?

El azafato rubio aparece con una bandeja y la coloca en una mesa extensible que Hugo ha hecho aparecer en el espacio que hay entre nosotros. En la bandeja hay dos sándwiches metidos en unas bolsitas de papel muy monas, servilletas, dos botellitas de agua y unas bolsitas de cacahuetes.

—Que aproveche —suelta, saca su bocadillo rápidamente y le da un mordisco.

Haga lo mismo.

Come con apetito y en un par de bocados lo tiene casi terminado. Yo mordisqueo el mío como un pajarillo sin saber si lo que tengo es hambre o ansiedad. Por el rabillo del ojo unas luces atraen mi atención y al mirar por la ventanilla veo el borde de una costa.

—Es Mallorca—dice Hugo abriendo su bolsa de cacahuetes.

La voz del piloto resuena clara por un altavoz describiendo el tiempo, la altitud y la aproximación mientras suena de nuevo un pitido para que nos abrochemos los cinturones.

El aterrizaje es suave, tanto que ni siquiera me doy cuenta cuando las ruedas tocan la pista. El azafato rubio abre la puerta, Hugo se pone en pie y sin decirme una palabra o mirarme para que le siga baja del avión y me quedo sola mientras el azafato me clava su mirada azul.

Me siento ridícula aquí abandonada así que bajo las escalerillas a toda prisa. A unos metros Hugo está hablando con un hombre vestido con uniforme que debe de trabajar en el aeropuerto. Me acerco justo cuando terminan la conversación y empieza a caminar, volviéndome a dejar plantada en medio de la pista. Sigo sus pasos como un perrito faldero. Atravesamos la terminal, uno detrás del otro, hasta salir fuera y llegar a la parada de taxis, donde Hugo sube a uno y, por suerte, me deja la puerta abierta.

—A Pachá —le indica al taxista.

—¿Vamos a una discoteca? —pregunto.

—Sí.

Saca su móvil y se pone a teclear. Genial, ignorada de nuevo. En menos de quince minutos el taxi para delante de una iluminada discoteca. Hugo paga al taxista y baja ignorándome otra vez. En la entrada esquivo la cola y los porteros le dan la bienvenida; al menos tiene el detalle de decir que voy con él por lo que me dejan pasar tras inclinar la cabeza y darme un rápido repaso de arriba abajo.

Nada más atravesar las puertas, la música disco nos envuelve y las chicas con vestidos sexis, largas y brillantes melenas y tacones de un palmo de altura me rodean como bellas vampiresas. Me siento

como el cordero entre los lobos, asustada entre tanta mujer perfecta. También hay mucho chico guapo, aunque para ellos soy tan invisible como un paquete de compresas en la estantería de un súper. Intento no perder a Hugo, que avanza entre la multitud sin comprobar si le sigo o me he quedado aplastada bajo algún Jimmy Choo o unos Paco Herrera. Tampoco he visto si ha sido una rubia o una morena la primera en ver a Hugo, pero como el fuego que se propaga avivado por la gasolina, las vampiresas se han empezado a girar hacia él, señalándole, sonriendo y dando saltitos como si hubieran visto a un famoso. Aunque sólo algunas le siguen, son suficientes para hacer una barrera entre él y yo y pronto nos separan y me quedo sola entre la multitud.

Ya no le veo. Me detengo asustada y por un segundo la idea de coger un taxi y volver a casa me calma hasta que recuerdo que eso es imposible. Sé que lo único que puedo hacer es encontrarle, así que sin ninguna delicadeza me abro paso entre la gente y trato de dar con él. Las luces que parpadean no me lo ponen fácil y aunque mi vista se adapta rápido me es imposible dar con su cara. Sólo puedo maldecir el no haber hecho caso a mi corazón y ahora estaría en casa, en mi habitación, en mi cama, a salvo y segura. Pienso en Samantha y la llamo a gritos, pero como siempre cuando las cosas no le son favorables, no aparece.

Estoy paralizada en medio de la pista como una estatua de Las Ramblas de Barcelona y justo cuando estoy a punto de rendirme —lo que significa ponerme a llorar—, me cogen de la mano y tiran de mí. Es Hugo, que se abre paso entre la gente; pronto estamos en unos reservados, sentados en un sofá junto a una mesa con cava y copas.

Me sonrío dulcemente y yo siento ganas de estrangularle.

—¿Estás bien? —pregunta alzando la voz.

La furia me sale por los ojos como rayos X que intentan fulminarlo y algo debe de notar porque me pone la mano en el hombro.

—¡Vete a la mierda! —le grito. Hugo arquea las cejas sin borrar la estúpida sonrisa—. ¿Para qué me has traído aquí? ¿Para dejarme tirada?

—Hay mucha gente, nos hemos perdido. No pasa nada.

—Pasas olímpicamente de mí. No me has hecho ni puñetero caso desde que hemos subido al avión.

—Eso no es verdad —se disculpa sin dejar de sonreír.

—Pero... tendrás morro. Claro que es verdad, me has dejado...

—Un par de chicas nos interrumpen y creo que son las más guapas del lugar.

¿Dónde me ha traído, a una discoteca de modelos? Es lo que necesitaba para acabar de hundirme la moral.

Hugo se levanta y se besan en la cara mientras ellas le rodean los hombros y la cintura y lo apartan de mí.

No lo aguanto más. Me pongo en pie dispuesta a marcharme. Dispuesta a coger un taxi, plantarme en el aeropuerto y gastarme una pasta en un vuelo de regreso, pero Hugo me coge del brazo y me presenta.

—Ella es Violeta y ellas son Judith y Gloria.

Ambas me dan un beso que se pierde en el espacio que dejan entre sus labios y mi cara. Saludo con un mudo «hola» mientras sus miradas me repasan la camiseta y los tejanos, que evidentemente no están a la altura de sus vestidos de Custo o Carolina Herrera. Miran a Hugo y puedo ver cómo arquean las cejas en plan «¿qué haces con esta pringada?». El desprecio se nota en el ambiente y quiero salir corriendo.

—Me moría de ganas de verte —suspira la tal Gloria con voz cantarina.

—Yo más —añade la tal Judith con voz cantarina, también.

Son clones

«—¿Tú por aquí? ¿Ahora apareces? —reirimino a Samantha mientras Hugo se deja adular por los clones.

»—Estoy en mi salsa —canturrea ella agitando su melena rubia al compás de la música electrónica, mientras enrolla los dedos en su enorme collar de perlas—. Tírate sobre él, bésale, cómetelo, revuélvele el pelo mientras os ponéis ciegos de cava y marisco.»

—¿Tú qué dices? —me pregunta Hugo.

—¿Qué? —contesto despistada.

Los clones me miran molestas.

—¿Quieres ir a otro sitio? —A Hugo parece divertirme mi cara desubicada—. Nos quedamos aquí —responde sin darme tiempo a decir una palabra—. Y chicas, os tengo que pedir que nos dejéis solos. Esta noche es para ella —añade, guiñándome un ojo.

—Oh, vaya —suelta la tal Judith—. Qué suerte.

—No es justo. —Finge sollozar la tal Gloria—. Pensé que esta noche nos tocaba a nosotras.

Ambas sonrían con desgana y se despiden con un gesto de manos.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—¿Cómo qué quién soy?

—Viajas en avión privado, las tías te persiguen en la discoteca como si fueras un famoso, ¿quién eres?

—Nadie.

—Dímelo.

—No soy nadie, en serio. Sólo un artista enamorado de la vida.

Hugo me sirve cava.

—No gracias, no me gusta.

—Éste es especial, te encantará.

Doy un sorbo y un sabor afrutado envuelto en burbujas explota en mi boca. Es delicioso.

—Está bueno, ¿verdad?

Doy otro sorbo a mi copa.

Después de cuatro tragos, la música suena con más fuerza en mis oídos y retumba en mi pecho haciendo que el corazón lata al ritmo de la canción de turno.

No sé en qué momento me doy cuenta de que sobre la mesa hay tres botellas de cava vacías y no sé por qué no puedo parar de reír. Entre trago y risa veo la mano de Hugo sobre mi pierna y el otro brazo alrededor de mis hombros. Estoy tan relajada, despreocupada y feliz que no me importaría que me besara.

Tampoco sé en qué momento dejo de ver su cara y veo la de Adán. Recuerdo sus besos y sus caricias y me lanzo sobre él sentándome a horcajadas sobre sus piernas. Le desabrocho los primeros botones de la camisa para poder besar bien su cuello y al notar que no es el olor a coco de Adán, se me revuelve el estómago.

«Vamos, no fastidies», se queja Samantha.

Dejo de besarle cuando las ganas de vomitar suben por mi garganta y me dejo caer en el sofá.

—¿Estás bien? —pregunta Hugo apartándome los mechones de la cara.

Niego con la cabeza. Me levanta y me sujeta por la cintura de camino de la salida. En cuanto el aire de la calle me toca la cara noto un alivio que me revive sólo unos minutos, los suficientes como para poder subir a un taxi.

Me despierto varias veces con la cabeza apoyada en el regazo de Hugo. La siguiente vez estoy saliendo del taxi. Después, entro en una habitación y una luz se clava en mis ojos como puñales. Mi cabeza reposa en una muñida almohada y mis pies descalzos resbalan entre suaves sábanas.

No puedo pensar.

Sólo quiero dormir.

Caigo en un sueño profundo.

Un timbre suena a lo lejos. Creo que estoy soñando.

Silencio.

Otra vez ese timbre.

Abro los ojos. La luz me ciega. Mi mente está espesa y no logro recordar dónde estoy. La habitación me es extraña y ese timbre, que ahora reconozco como el sonido de mi móvil, suena dentro de mi bolso, que está sobre una silla.

Me levanto torpemente y me arrastro por la enorme cama que parece no tener fin. Me pongo en pie y alcanzo el bolso. El móvil ha dejado de sonar y compruebo que tengo unas veinte llamadas perdidas de mi madre.

En la pantalla principal el reloj indica que son las doce del mediodía.

Llamo a mi madre, quien me contesta al primer tono.

—¿Estás bien? — pregunta con urgencia.

—Sí —carraspeo—. Estoy bien, mamá.

—¿Dónde estás y porque no contestabas al teléfono?

—Estoy en Mallorca y estaba durmiendo —contesto del tirón.

—¿Cómo que estás en Mallorca?

Demasiadas preguntas. Demasiadas letras que mi cerebro no puede procesar.

—Mamá, estoy con una amiga en Mallorca. Estoy bien, no te preocupes. Te llamo esta tarde, ¿vale?

—Espera un momen...

Cuelgo.

Miro a mi alrededor sintiendo que la cabeza me estalla.

El dormitorio es tan grande como el salón de casa de mi madre. La enorme cama de caoba oscuro, una chimenea y una pantalla de plasma sobre ella. Un sofá, grandes cortinas, un tiesto en un rincón que parece de marfil contiene una minipalmera y a unos metros, una terraza con unas vistas impresionantes.

Salgo fuera y el mar azul y en calma me deja sin respiración. Aspiro con fuerza y la brisa marina atraviesa mis fosas nasales despejándome como un bálsamo mágico. Doy unos pasos y me asomo a la barandilla. Abajo las olas chocan contra las rocas.

—¿Cómo te encuentras?

Hugo aparece detrás de mí. Viste una camisa azul, esta vez sin estampados, unos tejanos grises y lleva puesto un gorro de paja.

—Bien —contesto todavía aturdida, como estuviera saliendo de un sueño.

—Si quieres darte una ducha hay ropa limpia en el vestidor —comenta con tranquilidad mientras me sonrío con dulzura con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Sí, me daré una ducha —murmuro.

«Tranquila, no ha habido sexo, estás vestida con la misma ropa que llevabas anoche», comenta Samantha con decepción.

—Tengo que salir. Tienes el desayuno preparado en la cocina y después puedes darte un baño en la piscina o bajar a la playa mientras vuelvo.

Me guiña un ojo y se dirige a la puerta.

—Espera —carraspeo—. ¿Cuándo volvemos?

—Tengo que estar unos días por la isla. ¿Te apetece pasarlos conmigo?

—No lo sé. Tengo que pensarlo.

—Bien, pues dime algo cuando vuelva. Pero me gustaría que te quedaras. Hasta luego.

—Adiós.

Cuando Hugo se marcha echo otro vistazo a la preciosa habitación y me doy cuenta de que no hay un solo armario. Dos puertas separadas entre ellas por unos dos metros de distancia llaman mi atención. Abro la que está a mi derecha y me encuentro con el baño. Guau. Es precioso, decorado en colores grises, blancos y negros, con una enorme ducha acristalada, espejos y jacuzzi junto a una enorme ventana con vistas también al mar.

Estoy deseando saber qué es lo que hay en la otra puerta, así que corro como una niña pequeña a punto de descubrir un tesoro. Y sí, es un tesoro. Un enorme vestidor que parece una boutique de un pequeño barrio, lleno de colorido, prendas y un espejo entero en un lateral. Paso mis manos entre los percheros y veo vestidos, faldas, pantalones, chaquetas y camisas. Sobre las estanterías hay camisetas, pañuelos, blusas y jerséis. También hay bañadores, biquinis o playeros. Otras estanterías dispuestas como escalones están llenas de zapatos de todas clases. En medio de la habitación hay un banco acolchado donde me dejo caer.

Me pregunto qué estoy haciendo aquí si hace unos días estaba haciendo el amor en una granja de cerdos.

«¡Vamos! —me urge Samantha emocionada—. ¡Corre a ver cómo es el resto de la casa! ¡La tienes para ti sola!»

Un cosquilleo me sacude el estómago, doy un salto y salgo disparada de la habitación. Nada más salir me encuentro con las escaleras de caracol que dan al piso de abajo. Las bajo con tranquilidad para no perderme ningún detalle de lo que me rodea. Un par de cuadros modernistas decoran la pared y al final de la escalera, en un rincón, hay un piano de cola. El centro de la estancia lo preside un tigre de metal, inmóvil sobre una alfombra. A la izquierda un enorme sofá de piel blanco y dos butacones negros. Alfombras, una mesa grande de cristal con las patas meticulosamente talladas en madera y una chimenea decorativa. Enseguida encuentro la cocina, también en blanco y negro. Por lo visto le encantan esos colores, pero a mí lo que más me gusta es la

isla que hay en el centro, como las de las casas que salen en las películas. Allí está mi desayuno: una bandeja con un par de cruasanes, un par de ensaimadas y una jarra con zumo de naranja. Lo huelo, es natural.

Tengo ganas de darme una ducha aunque debería tomarme el zumo de naranja antes de que se oxiden las vitaminas. Me lo tomo de un trago. Seguro que después encuentro algo en la nevera para acompañar las ensaimadas y los cruasanes.

Estoy deseando inspeccionar el resto de la casa pero lo primero de lo primero es la ducha. Subo al dormitorio, entro en el baño, abro el agua de la ducha y la dejo correr mientras me desnudo. Cuando entro ya está caliente y suelto un suspiro de placer cuando el agua moja mi cabeza y resbala por mis hombros llegando a cada milímetro de mi piel. A medio metro de mí hay una repisa con toda clase de champús, suavizantes y geles. Termino la ducha, me envuelvo el pelo en una toalla y el cuerpo en otra.

Salgo del baño y entro en el vestidor. Busco en el cajón de los biquinis y encuentro uno de color blanco y fucsia que creo que me quedará bien. En la estantería encuentro una camisola blanca de tirantes y unas chanclas.

Bajo al salón y salgo a la piscina rodeada de césped y tumbonas blancas. El clima es suave y caluroso y una fina brisa apenas mueve mi cabello.

Mi madre viene a mi pensamiento. Debería llamarla para que se quedara tranquila; aunque esté enfadada con ella por salir con Emilio, no tengo por qué hacerla sufrir. Subo al dormitorio y cojo el móvil del bolso. Cuando estoy bajando las escaleras, suena y miro la pantalla: es Adán.

Dos tonos. Dudo en cogerlo.

Tres tonos. Salgo a la piscina.

Cuatro tonos. Me siento en la tumbona.

Quinto tono. Descuelgo.

—¿Sí? —contesto como si no supiera quién es.

—Hola.

—Hola.

—¿Puedes quedar sobre las tres? —Suenas como una de esas máquinas automáticas que te atienden cuando llamas a una compañía telefónica.

«Qué hora más rara para echar un polvo», comenta Samantha.

—No puedo —respondo sin extenderme.

—¿Te va mejor a las cuatro?

«¿Qué te está dando?, ¿cita para el dentista?»

—Tampoco. Hoy no voy a poder. Estoy fuera.

—Ah —se limita a gemir—. ¿Y mañana?

Me conmueve su insistencia.

—No lo sé, Adán. Estoy en Mallorca y todavía no sé cuándo vuelvo.

—¿En Mallorca? —pregunta con atención—. No me dijiste nada.

—No creo que tenga que informarte de adónde voy o dejo de ir.

Comentario cruel, lo sé. Pero es lo que pasa cuando el resentimiento se reseca, a poco que rasques siempre salen chispas.

—Tienes razón —murmura decepcionado.

—He venido con una amiga —comento intentando suavizar el tono crudo de mi respuesta anterior.

Justo detrás de mí, la voz de Hugo me sorprende.

—¿Quieres dar una vuelta en barco?

Me giro y él hace un gesto con las manos en forma de disculpa por no darse cuenta de que estoy hablando por teléfono.

—Esa amiga tiene la voz un poco grave —comenta Adán.

—Es un amigo.

—¿No has dicho que estabas con una amiga?

—Estoy con un grupo de amigos.

—Vaya, has pasado de una amiga a un amigo y ahora a grupo.

—Oye, tengo que colgar.

—Sí, claro. Tienes que ir a dar una vuelta en barco.

—Adiós, Adán.

Cuelgo sin esperar a que se despidan.

Me vuelvo en busca de Hugo y al verlo con las manos en los bolsillos mirando el mar y con la costa de fondo, me transporto a otro lugar, un lugar en el que no quiero que quepan los sentimientos hacia Adán.

Me levanto y voy hacia él.

—¿Qué decías de un barco?

Se vuelve con una sonrisa dulce y me aparta un cabello que la brisa ha cruzado en mi cara. Me roza la piel con la mano y me decepciono porque en mi estómago no revolotea ninguna mariposa.

—He quedado con unos amigos para dar un paseo en barco. Iremos a una cala y pasaremos allí el día. Te apuntas, ¿no?

—Hem...

—Oh, perdona, te quedas unos días conmigo, ¿no?

—¿No te importa?

—Claro que no. Tenía que venir el próximo mes pero las reuniones se han adelantado y tengo que quedarme como mínimo una semana. Pero si tú quieres volver antes te compro un billete de vuelta.

«Te compro un billete de vuelta», ja. Qué manera de no darle importancia al dinero.

—¿Esta casa es tuya?

—No. Es de unos amigos.

—¿Los mismos del avión?

—Sí.

—Vaya. Qué amigos tan guays tienes.

—La verdad es que sí.

—Es que todo esto es bastante... no sé, raro para mí. De repente estoy en Mallorca sin planificarlo y no tengo ropa ni ninguna de mis cosas.

—Por la ropa ya te he dicho que no te tienes que preocupar, tienes un ropero lleno a tu disposición.

—¿No les va a importar a tus amigos que coja su ropa?

—Te aseguro que no. Te la quedas y ya está, no hace falta que la devuelvas, no la echarán de menos y si necesitas algo más puedes hacerme una lista e intentaré conseguírtelo.

—No te veo comprando maquillaje.

—Eh, no —sonríe Hugo—. Pero no lo necesitas. Eres preciosa. Creo que me he puesto roja.

—Gracias.

—Aparte de maquillaje, ¿qué más necesitas en tu kit de supervivencia?

—Pues ahora mismo no lo sé.

—Mañana por la mañana estaré ocupado. Puedes aprovechar para dar una vuelta.

—No conozco Mallorca.

—Hoy conocerás a dos chicas geniales, podéis quedar para mañana.

Yupi.

—¿Son las de anoche en la disco?

—No. Pero antes de ir en barco, necesito comprar un regalo a una amiga que cumple años, ¿me quieres acompañar?

—¿A comprar?, ¿ahora?

—Sí, así ya lo dejo hecho. Soy un poco meticuloso y cuando planifico algo lo llevo a cabo estrictamente, es la única manera de que las cosas salgan bien.

—¿Me quieres acompañar? —sentencia tajante.

—Vale, ¿es un regalo para alguna novia?

—No.

—¿Para una ex?

—No.

«Qué susto, pensaba que era otro mutilado del amor y que iba a ponerse a llorar en tu hombro; no necesitas más culebrones en tu vida.»

—¿Por qué haces tantas preguntas?

—Por hablar de algo —respondo.

—Anda, vamos.

Saca unas llaves del bolsillo y me sonrío para que le siga. Menos mal, sólo espero que no me ignore como anoche, que no se vaya a pensar que lo he olvidado por muy borracha que acabara.

Entramos en el parking, subimos al coche y salimos a la soleada mañana de Mallorca. Cielo azul celeste, gaviotas volando y olor a mar. Cierro los ojos tras las grandes gafas de sol color granate que he encontrado en un cajón del vestidor y aspiro con fuerza.

Después de abandonar la carretera paralela al puerto, entramos en un calle que da paso a una plaza, allí Hugo aparca el coche en

zona azul. Caminamos unos metros y entramos en una joyería.

Un chico joven, muy bronceado y de sonrisa tranquila nos atiende.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Quiero una pulsera —pide Hugo.

—¿Qué clase de pulsera?

—No lo sé.

—¿Sobre qué precios le interesan? —El dependiente mira a Hugo directamente.

—Ciento cincuenta o doscientos euros —responde con total tranquilidad.

Abro los ojos y el dependiente me mira dándose cuenta de mi sorpresa.

Hay cosas preciosas en Bijou Brigitte por seis euros.

El dependiente se agacha, manipula unos cajones y saca tres estuches de terciopelo negro que desenrolla sobre el mostrador. Delante de mí aparecen un montón de preciosas pulseras. Mis ojos no pueden posarse sólo en una y me faltan dedos para poder acariciarlas.

«Haz el favor de guardarte la baba y esa expresión de usurero codicioso», me riñe Samantha.

—¿Qué le parecen? —pregunta el dependiente.

—¿Cuál te gusta? —me pregunta Hugo.

—Todas —respondo.

—Ayúdame a elegir —insiste.

—¿Puedo probarme ésta? —pregunto al dependiente.

La desabrocha del estuche y me la coloca alrededor de la muñeca.

Sí. Como dice Samantha intento no abrir tanto los ojos ante la preciosidad que adorna mi piel, pues nunca he tenido una joya tan cara en mi muñeca; no he pasado de la bisutería que da el pego durante unos meses hasta que se oscurece.

—¿Te gusta ésta? —me pregunta Hugo.

—Es preciosa.

—¿Quieres probarte otra?

—Ésta. —Le indico al dependiente una que lleva incrustada en el centro una piedrecita de color verde. Me queda todavía mejor y resalta el escaso moreno de mi piel.

—Es increíble —le confirmo a Hugo.

—Pues nos la llevamos.

—Ésta se va a casi los trescientos euros —dice el dependiente mirando la etiqueta que cuelga de la pulsera que todavía llevo en la muñeca—. Trescientos noventa exactamente.

—Perfecto —responde Hugo.

—¿Me permite? —me pide el dependiente quitándome la pulsera. Mi piel pierde brillo y se vuelve opaca de nuevo.

Con una agilidad sorpresiva, mete la pulsera en una cajita monísima y ésta en una pequeña bolsa que ofrece a Hugo, quien ya tiene preparada la tarjeta de crédito. Mientras el dependiente la pasa por la maquinita una idea revolotea por mi cerebro.

«¿Por qué ha dejado que yo la elija? ¿Será para mí? Qué tontería. ¿Por qué me iba a regalar una pulsera de cuatrocientos euros?»

«La vida está llena de sorpresas.» Samantha aparece por un rincón de mi mente.

Volvemos al coche.

—¿Para quién es la pulsera?

—Para una amiga.

—¿Quién es?

—Una amiga.

—¿Podrías ser un poco más explícito?

—Pues es rubia, ojos azules... —se burla.

—No me refiero a eso, ¿de qué la conoces?

—De la universidad.

—¿Una antigua novia?

—Una antigua muchas cosas pero hoy en día una buena amiga.

—Donde hubo fuego siempre quedan brasas...

—Está casada—me corta Hugo, tajante—. Con hijos. Es una amiga a la que adoro y no sé por qué te estoy dando tantas explicaciones. ¿Por qué quieres saber quién es?

—¿Por qué no debería querer saberlo?

—Pareces un político, contestas a una pregunta con otra pregunta.

—Sí, pero tú no me has contestado.

—Preguntas, preguntas y más preguntas —murmura Hugo frunciendo el ceño.

—Vale, perdona, ya me callo.

—Entonces me toca. ¿Por qué saliste anoche tan enfadada del restaurante?

Abro la boca, pero no logro decir nada. Él sonrío maliciosamente.

—Es una larga historia.

—Pues resume.

—Mi madre se ha liado con el padre de mi ex amiga, cosa que no sabía hasta que anoche los pillé en el restaurante.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—¿Dónde está el problema?

—Es igual, no lo entenderías.

—El problema lo tienes tú con tu amiga.

—Ex amiga —le corrijo.

—¿Qué culpa tiene tu madre?

—¿Te suena la palabra lealtad?

—La confundes con orgullo.

—Bueno, ya te he dicho que no lo entenderías.

—¿Te has enfadado?

—Claro que no.

—Sí. Te has enfadado porque no te he dado la razón.

No contesto y miro por la ventanilla.

—Estás muy guapa enfadada.

—Típica frase de película romántica para ligar.

—No quiero ligar contigo.

—Entonces, ¿por qué me has traído a Mallorca?

—Fue un impulso. De todas maneras tenía que venir.

—Ah, genial. Así que no es algo que planearas porque te apetecía.

—Pues no. No lo tenía planeado.

—Gracias por tu sinceridad. Eso me hace sentir... peor.

—¿Por qué? A mí me gusta que estés aquí.

—Habría quedado mejor que hubieras dicho que lo habías planeado porque te apetecía.

—¿Quieres que te mienta?

—No.

—Pues no te entiendo.

La conversación se está complicando de una manera absurda, así que cambio radicalmente de tema.

—¿No tienes novia?

Hugo resopla visiblemente fastidiado.

De repente coloca su mano en mi muslo. Me sobresalto al instante y doy un respingo. Entonces la aparta.

—¿Cómo te has sentido? —me pregunta sin mirarme.

—¿Qué? —La confusión me aturulla los pensamientos.

—Incómoda, ¿verdad? Pues, así me siento yo cuando me haces tantas preguntas que invaden mi intimidad. —Le miro sin decir palabra. Por unos segundos me parece un perturbado a punto de darme una charla sin sentido antes de acabar conmigo—. No me siento cómodo hablando de ciertos temas con personas a las que conozco poco.

Me quedo helada sin saber qué decir. ¿Estará pensado en hundir mis pies en un bloque de cemento y tirarme al mar? Su carácter me desconcierta. Tan pronto es amable y cariñoso como distante y frío. Tal vez debería volver a la península. Tengo ganas de ver a Adán, aunque él tampoco es Romeo conmigo, tan sólo me siento querida y protegida cuando me abraza, aunque la mayoría de sus palabras siguen llenas de rencor.

Mi estabilidad emocional se tambalea.

«Respira profundamente. Relájate. La tranquilidad y la seguridad que buscas están en tu interior. Si las buscas fuera serás como un barco golpeado por las olas de las tormentas que los demás provocan», comenta Samantha mientras practica una postura de yoga.

Malditos libros de autoayuda.

Hugo aparca el coche en el puerto, bajamos y caminamos unos cinco minutos hasta detenernos delante de uno de los muchos yates que hay. Subido a uno hay un chico que hace rodar una palanca que no tengo idea de para qué es. Hugo sube por una pasarela que da acceso a la embarcación y como de costumbre se olvida de mí. Así que le sigo.

—Siempre tan puntual —comenta el chico estrechándole la mano a Hugo.

—¿Han llegado las chicas? —pregunta Hugo mirando detrás de él.

—¿Estás de broma? Ellas, ¿puntuales? —El chico me mira y sonrío—. Soy Fabián —se presenta plantándome dos besos.

—Oh, perdona. Ella es Violeta. —Hugo nos presenta antes de desaparecer dentro del barco.

—¿La que atropellaste? —pregunta Fabián sin dejar de mirarme.

—La misma —afirmo.

Fabián también es guapo, cómo no. Hasta ahora los amigos que he conocido de Hugo tienen esa característica. Creo que no me voy a sentir nada bien en cuanto aparezcan sus amigas. ¿A quién se parecerán? ¿A Scarlett Johansson, Gisele Bündchen, Charlize Theron?

Fabián es moreno de piel y cabello, que lleva algo despeinado por la brisa. Enseguida me doy cuenta de que es de esas personas que tienen una constante sonrisa en la cara.

—¿Ya estás recuperada del accidente? —pregunta Fabián limpiándose las manos en un trapo negro de grasa.

—Sí. Ya me encuentro bien.

—Es un buen tío, no se lo tengas en cuenta. A mí me cortó los frenos de la bici cuando éramos pequeños, ¿ves esta cicatriz de aquí? —Se aparta el flequillo de la frente y veo una pequeña marca junto al nacimiento del pelo—. Fue del tortazo que me di contra una pared. Siete puntos. No se lo tuve en cuenta entonces. —Se acerca a mí y me susurra—: El día que salgamos a navegar solos lo tiraré por la borda.

Sonrío, pero Fabián no. Se da la vuelta y continúa limpiando una pieza metálica con el mugriento trapo.

Sí, Fabián es guapo como Hugo, pero creo que también está como una cabra.

«¡Quiero marcharme a casa! Quiero cerrar los ojos y al abrirlos aparecer en mi habitación. ¡Samantha!»

Hugo aparece con un vaso de limonada y me lo ofrece.

—Ve arriba y siéntate. Subiré algo para picar mientras esperamos a las chicas.

Subo a la parte de arriba donde hay unas butacas y una mesa. Me acomodo y aspiro la brisa marina intentando convencerme de que me lo pasaré genial. Hugo aparece a los pocos minutos con una bandeja con patatas chips, olivas y canapés variados. Nada más sentarse se mete un canapé en la boca.

—¿No les esperamos?

—¿A quién, a las chicas?

—Y a Fabián.

—No te preocupes. Hay más en la cocina. Éstos son para nosotros, exclusivamente.

Otra vez me mira con esa sonrisa cautivadora.

Cojo un canapé y lo pruebo. Está delicioso y tienen toda la pinta de ser de pastelería. La decoración es perfecta.

—Buenísimo —comento.

—Si te digo que los he preparado yo no te lo creerías, ¿verdad?

—No.

—Me gustaría saber cocinar. Pero no es una de mis virtudes.

—¿Y qué virtudes tienes? —Hugo me mira y sonrío—. Vale, perdona, no recordaba que no te gustan las preguntas —me disculpo.

—Antes a lo mejor he sido un poco... contundente.

—Eso en mi pueblo se llama estúpido.

Hugo me vuelve a atravesar con una sonrisa.

—Vale, antes a lo mejor he sido un poco estúpido.

—Bastante —puntualizo.

—Bueno, no te pases. He aceptado estúpido en lugar de contundente, no haré más concesiones. —Da un trago a su refresco

y continúa—. No sé si es porque te vi tan desvalida e indefensa el día del accidente pero no puedo dejar de pensar en ti, Violeta. — Casi me atraganto con el canapé—. Y no quiero, créeme. Lo último que necesito ahora es empezar una relación.

«Otro que quiere que seas su amante. Al menos éste te llevará a un hotel decente y no a una granja de cerdos», comenta Samantha desde la cubierta del yate donde está tomando el sol.

No digo una palabra. Sólo le miro con mi vaso de limonada a medio camino de mi boca.

—Te has quedado de piedra.

—Uf, es que... es increíble que un tío como tú quiera salir conmigo.

—No quiero salir contigo.

—¿Sólo quieres sexo?

—No.

—Pues, ¿qué es lo que quieres?—pregunto irritada.

—No lo sé. Lo único que sé es que me gusta tu forma de ser. Me gusta que unas veces seas amable conmigo y otras me trates con indiferencia, eso me desconcierta pero también me atrae porque te hace real. No estoy acostumbrado a que las mujeres me traten así.

—No te entiendo, ¿así, cómo?

—Demostrándome sus sentimientos, demostrando cuándo se sienten bien o mal independientemente de que yo sea guapo y conocido. —Le miro abriendo los ojos—. Sé lo mal que suena lo que acabo de decir, pero la verdad es que las mujeres que se acercan a mí sólo quieren complacerme.

—Yo no me acerqué a ti. Tú me atropellaste, luego me propusiste que decorase tu casa y ahora me has traído a Mallorca en un impulso.

—Cosa que, por lo visto, no te ha gustado.

—Es que no sé qué estoy haciendo aquí porque eres un tío muy raro.

Hugo se sobresalta.

—¿Raro?

—Sí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tan pronto eres atento conmigo como pasas de mí y me ignoras.

—¿Eso crees?

—Lo haces.

—¿Lo hago o es tu percepción? —Se mete otro canapé en la boca mientras su expresión se vuelve interesante.

—No intentes confundirme. Sé muy bien como percibo las cosas —me quejo.

—A eso me refiero. Como tú percibes las cosas es tu realidad, no la mía ni la de los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Que el mundo es según la visión que tú tienes de él. Cambia tu percepción del mundo y cambiarás la forma en que recibes la información.

«Por lo visto lee los mismos libros de autoayuda que yo», comenta Samantha.

—Así que según tú, las veces que eres distante conmigo son imaginaciones mías.

—No digo eso, sino que seguramente estás fijando demasiada atención en ello y le das una importancia que no tiene. Probablemente ahí hay un tema de inseguridad o necesidad de atención por tu parte.

—¿Me estás llamando insegura? —Abro los ojos, sorprendida por su falta de tacto.

—¿Por qué te molestas?

—Porque me estás llamando insegura y necesitada de atención.

—¿Y te lo tomas como un insulto? Pues no es un insulto, sólo es una apreciación por mi parte que seguramente está equivocada porque apenas te conozco. ¿Sabes? No deberías dejarte herir por el comentario de un desconocido.

—Y si no me conoces, ¿por qué haces un comentario así sobre mí? ¿Por qué me juzgas? Dices que te molesta que te hagan preguntas íntimas personas a las que apenas conoces, sin embargo, ¿tú puedes hacerlo y yo no debo molestarme?

—Me encantas —afirma con una sonrisa que me hace temblar las piernas—. No sabes cómo estoy disfrutando de esta conversación. Violeta, me atraes, cada vez más.

Sí, está como una cabra.

Abro la boca para decir algo pero Hugo me interrumpe saludando a las chicas que acaban de aparecer detrás de mí. Suspiro antes de levantarme sin ningunas ganas de enfrentarme a las que seguro serán dos especímenes raros del círculo de amistades de Hugo. Cuando me giro me quedo de piedra. Allí de pie, exuberantemente guapa con un minivestido verde pistacho y su melena pelirroja recogida en una coleta, está Susana.

Ninguno de los cientos de reproches que tengo archivados sale de mi voz y me vuelvo pequeña cuando ella da dos pasos hacia mí como si fuera una apisonadora a punto de aplastarme.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —pregunta con odio.

Afortunadamente, Samantha no desaparece y empuja a través de mi esófago el valor convertido en voz para que pueda defenderme.

—Lo mismo digo —acierto a decir, penosamente.

—No me lo puedo creer. —Espira aire por la nariz como un toro bravo.

—Viene conmigo —interrumpe Hugo con expresión confundida—. ¿Qué ocurre?

—Vaya, que rápido te has buscado a otra persona para engancharte como una sanguijuela como hiciste conmigo. Cuidado con ella, Hugo.

—Parece que estás hablando de una cazafortunas —se burla Hugo.

—Conmigo se aprovechó todo lo que pudo hasta que me harté. Contigo hará lo mismo.

Mi boca se vuelve tierra de secano, los nervios han consumido la poca saliva que tenía hasta hacía unos minutos y sólo puedo mantenerme firme frente a la cara de Susana, que está a dos palmos de mi frente. No recordaba su altura y su belleza, que sigue siendo intensa, aunque le salga fuego por los ojos. Si no fuera porque sé

que no es una *choni* pensaría que va a soltarme un tortazo o a arañarme la cara con sus largas uñas de porcelana.

Me aparto de ella en dirección a las escaleras para bajar y marcharme pero Hugo no me deja pasar.

—Espera, no tenía ni idea de que os conocíais. Qué casualidad.

—Desgraciadamente —suelto.

—¿Ella es la ex amiga de la que hablabas? ¿Cuyo padre se ha liado con tu madre?

—¿Cómo? —Susana se acerca a nosotros con los brazos en jarras. No sé por qué pero estaba segura de que lo sabía—. ¿Que mi padre y tu madre están liados?

—Eso parece —comenta Hugo, rascándose la cabeza e intentando disimular su torpeza por el comentario.

—Ni hablar —añade Susana negando con la cabeza—. Mi padre tiene mucha categoría como para liarse con...

—Ni se te ocurra insultar a mi madre o te juro que vas de cabeza al agua.

—Esperad, chicas. —Hugo se interpone entre nosotras. Apenas si hay un palmo de distancia entre tanto odio.

—Me largo —le indico a Hugo—. No pienso pasar el día con esta tía.

—Creo que no podrás bajar —anuncia él.

No me había dado cuenta de que el barco estaba en movimiento y hace rato que hemos dejado atrás el puerto.

—Pues da la vuelta. Quiero bajar.

Hugo me coge de la mano y me lleva abajo.

—No le des el placer de quedarte en tierra, sería como darle la razón en todo lo que dice.

—¿Es que te has creído lo que ha dicho de mí?

—Juzgo a las personas por mí mismo, no por lo que los demás dicen.

—Quiero bajar.

—Quédate, por favor. —Me aparta un mechón de la cara mientras me clava sus ojos azules.

—Me odia y yo la odio. ¿Crees que esto se va a convertir en el crucero de la amistad?

Ríe.

—¿Quieres hacerla rabiar? Entonces quédate y flirteemos —me propone.

—¿Qué?

—Susana siempre coquetea conmigo aunque yo no le hago caso. Si tú y yo pasamos el día tonteando se morirá de envidia. ¿No es eso mejor que volver a tierra triste y llorosa?

¿Hacerla rabiar? ¿Que se muera de envidia de mí? ¿Yo, con mi metro sesenta de estatura y mi figura sin curvas contra ella, alta, guapa, explosiva y con dinero?

—¿No serás gay? —le suelto a Hugo.

Su expresión no puede expresar mayor perplejidad.

—¿Qué estás diciendo?

—Susana está buenísima, es un bombón, ¿por qué no te atrae?

—Sí, es guapa, muy guapa, y tiene un cuerpazo, la verdad. Nos enrollamos hace muchos años, luego perdimos el contacto bastante tiempo y nos volvimos a reencontrar hará un mes. Desde entonces no ha dejado de llamarme —afirma—. Pero cuando una mujer es rechazada no debería seguir insistiendo, eso la hace patética.

«Esto es un regalo, la venganza perfecta servida en un plato de oro», me grita Samantha desde la cubierta donde sigue tomando el sol.

—Vale. Me quedo pero solo si eres extremadamente empalagoso conmigo para que ella se arranque el pelo a mechones por la envidia.

Hugo sonrío.

—Trato hecho.

Suspiro soltando los nervios.

Susana baja por las escaleras seguida de la otra chica, en la que apenas había reparado.

—Ella es Alejandra —me la presenta Hugo.

Alejandra se limita a hacer un gesto con la mano acompañado de una sonrisa forzada. Está claro que debe de ser muy amiga de Susana por el desprecio con el que me mira.

—¿Damos la vuelta para que se baje o la tiramos al agua? —pregunta Susana con un tono de burla exagerado.

Alejandra suelta una risita.

—¿A quién vamos a tirar al agua? —pregunta Fabián, que acaba de aparecer en cubierta.

—A ésta. — Alejandra me señala.

Rubia estúpida.

—Rumbo a Torrent de Pareis, Fabián —ordena Hugo.

Susana le sonrío. Conozco ese juego: primero, sonrisa dulce. Segundo, humedecerse los labios. Tercero, movimiento distraído de cabeza sacudiendo su melena pelirroja. Cuarto, paso decidido y firme hacia la presa, en este caso, Hugo.

Pero para su sorpresa y para la mía, Hugo da un paso hacia mí, me rodea la cintura y me pega a su cadera.

Pocas veces he visto la cara de Susana desencajada. Ella, segura y triunfadora, acostumbrada a conseguir todo lo que se propone, sobre todo en lo que se refiere a hombres, tiene que soportar que su enemiga, pequeña y poca cosa, le haya robado la atención de un hombre como Hugo.

Samantha tiene razón, nunca habría imaginado una venganza mejor.

Llegamos a la cala, un lugar más que precioso e idílico, la típica postal que le enviaría a Adán si no fuera porque tal vez entendería que me lo estoy pasando genial sin él y no sólo no es así, sino que le echo de menos cada cinco minutos y me muero de ganas de verle. Es extraño. En lo que menos pienso es en el sexo con él y lo que más deseo son sus abrazos, sus besos y su contacto.

Fabián ha echado el ancla y nos hemos quedado parados a unos cuantos metros de la playa.

Susana y Alejandra han subido a la parte de arriba, donde están tomando el sol con sus biquinis de marca de última moda.

Hugo y yo nos hemos quedado con Fabián, que por lo que parece es el que se encarga de cuidar el barco.

—¡Al agua patos! —grita Fabián quitándose la camiseta. Pone un pie en la borda y da un salto. Enseguida emerge y sacude la

cabeza quedándole los pelos de punta—. Vamos, Hugo, ¿a qué esperas? El agua está estupenda.

—Vamos a la playa un rato —comenta Hugo.

—¿Nadando?

—Sí, claro.

—Está un poco lejos, ¿no?

—Unos 15 metros, creo

—Uf, creo que no me apetece —respondo.

Nado bastante mal y siempre me entra agua por la nariz.

—¡El último en llegar a la playa paga las copas de esta noche!

—grita Fabián desde el agua.

Hugo se desviste en un periquete y se queda en bañador. Apenas tengo tiempo de admirar su tableta de chocolate porque rápidamente da un salto desde la borda y entra de cabeza en el agua.

Ambos nadan con energía en dirección a la playa.

—Márchate —me susurra Susana al oído. Doy un respigo y me giro—. Hazlo y tendré en cuenta la posibilidad de perdonarte.

Su absoluta confianza en sí misma me fastidia. No puedo dejar de admirar lo mucho que se quiere. Me pregunto cómo debe de ser vivir con la certeza de que casi todo lo que te propongas en esta vida te va a salir bien.

—¿Perdonarme? —parpadeo incrédula—. ¿Aún sigues creyendo que todo lo que pasó fue culpa mía?

—Déjame el camino libre con Hugo es lo mínimo que puedes hacer para compensarme. De todas maneras, sabes que no tienes nada que hacer con él, está muy por encima de tus posibilidades. Lo único que siente por ti es lástima por lo del accidente.

—¿Cómo sabes lo del accidente?

—Hugo y yo somos amigos. Me contó lo del accidente, pero claro, cómo iba a imaginar que eras tú. —Se quita el vestido y se queda en biquini—. Tres polvos y se olvidará de ti. Si es que llegáis a tres.

—Estás loca.

—¿Seguro? —Me mira de arriba abajo con desprecio—. ¿Ya has pensado en todo lo que te dije en el hotel? Si lo haces

entenderás por qué, aunque fuimos muy amigas, no te puedo perdonar.

—No quiero tu perdón porque no lo necesito. No tuve la culpa de lo que pasó. Es más, Víctor me dejó por Carlos. ¿Has pensado tú en eso? Fue poco después de que se conocieran cuando nuestra relación empezó a ir mal. Pero ¿sabes? Tú no tienes la culpa de que tu novio se enamorara de Víctor de la misma manera que yo tampoco la tengo de que te dejara. —Susana parece impasible—. Sí, fuimos muy amigas y pasamos ratos geniales, pero eso ya no volverá. Tu desprecio me ha hecho mucho daño y también me ha hecho ver cómo eres realmente.

—Me das pena —suspira.

—Pues a mí me da pena lo que se ha perdido, Susana. Todos los buenos momentos que hemos vivido juntas, las risas, las confidencias. Habría hecho casi cualquier cosa por ti, te quise mucho, como a una hermana. Y no puedo entender que sin más me odies tanto.

De repente me parece ver un gesto de duda en su cara pero rápidamente pasea sus largas piernas por la borda y hace un espectacular salto de cabeza. En cuanto emerge del agua nada hacia la playa.

No puedo competir ni con el cuerpo de Susana ni con su salto. Lo máximo que consigo es una bomba de piernas semiencontradas, nariz tapada y ojos apretados, una postura nada estilosa.

Alejandra aparece por el lateral del barco remando en un bote pequeño, lleva un par de bolsas, supongo que la de ella y la de Susana.

—¡Espera! —le grito—. Voy contigo.

Me mira con sonrisa maliciosa y dice que no con el dedo. Se le nota disfrutar del momento y la veo alejarse para reunirse con los demás en la playa.

Ahora debería sentirme ridícula. Me han dejado aquí sola y parece que Susana vuelve a ganar la partida, pero, no sé por qué, por primera vez en mucho tiempo una renovada energía surge de mi interior. Samantha me grita desde la cubierta de arriba para que

suba y mientras lo hago, miro alrededor y veo el azul intenso del mar y las montañas verdes que bordean la costa. Es un paisaje que no merece menos que una sonrisa por mi parte.

Me quito el vestido, me quedo en biquini y me tumbo mientras Samantha suspira de placer bajo el sol que lleva rato achicharrándola.

Me siento tranquila y en parte afortunada por poder disfrutar de un lugar como éste. Hoy no me importa que Susana esté aquí y quiera amargarme el día, no me importa que eche de menos a Adán, que esté sin trabajo, que tenga que vivir con mi madre, ni que ella se haya enamorado de Emilio. No. Ahora mismo todo eso no me importa porque mañana todo seguirá aquí para continuar amargándome la vida, así que hoy voy a hacer un paréntesis para disfrutar de este día.

No sé cuánto tiempo ha pasado pero noto la piel ardiendo y me muero por refrescarme en el mar. La luz intensa que veo a través de mis párpados cerrados se ve interrumpida por una súbita sombra que se mueve y una voz me saca del trance.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunta Hugo tapándome el sol—. Creí que vendrías a la playa. Te estaba esperando.

—No tenía ganas de ir nadando.

—Ya me lo imaginaba. Por eso he traído la barca.

—¿Has venido a buscarme con la barca?

Hugo asiente.

—Susana se ha quedado en la orilla clavándose las uñas en los ojos.

Sonrío.

—Entonces, ¿qué tal si nos quedamos un rato más? —le propongo.

Me mira como si acabara de descubrir algo que le gusta, sigo tumbada boca arriba y entonces se tumba sobre mí acercando su boca a la mía. Cuando está a punto de rozarme los labios, se deja caer a un lado y se tumba a mi lado.

Mi corazón explota y un torrente de latidos descontrolados sacude mi pecho, estoy confusa, las mariposas no revolotean en mi estómago pero reconozco que el deseo sexual acaba de encender

todos mis sentidos. Me tumbo junto a él y le miro de reojo. Su pelo rubio y revuelto se le ha puesto más claro por el sol, y la piel húmeda por el calor brilla por las miles de diminutas gotitas de sudor que le recorren el pecho y el estómago, perdiéndose bajo el bañador, que ha resbalado un poco más abajo de la cintura y dejado al descubierto su vientre plano y musculado. Trago saliva. Esta nueva sensación me descoloca y hace aparecer unos nervios que se escapan a mi recién recuperado control. Es un sentimiento tan nuevo para mí que no recuerdo haberlo sentido antes por nadie. Ni siquiera por Adán. Por él siento amor, ternura, cariño y deseo. Por Hugo, deseo sexual, sólo y exclusivamente deseo sexual. Y entonces, me besa, es un beso corto y suave. No puedo evitar pensar en Adán. Sus besos son muy diferentes; supongo que el ir acompañados de sentimientos los hacen distintos. Pero el beso de Hugo no me ha dejado indiferente.

—No tienes por qué besarme, Susana ahora no nos ve.

—No me importa Susana —murmura cruzando los brazos tras la cabeza para volver a tumbarse.

No se le ve emocionado, ni nervioso, ni ilusionado por el beso que me acaba de dar. Claro, debe de estar tan acostumbrado a besar a chicas que yo debo de ser una más. Susana tiene razón, en cuanto echemos un polvo, pasa de mí.

—¿Qué planes hay para hoy? —No es más que una pregunta para romper el silencio.

—Iremos a La Cantina, un restaurante en el puerto donde hacen un arroz exquisito.

Hugo se gira y se coloca muy cerca de mí. Sus ojos azules brillan bajo el sol. Me pongo tan nerviosa que doy un salto incorporándome.

—Voy a buscar un refresco.

Me quedo a oscuras por unos segundos y doy unos pasos hasta las escaleras mientras mi visión se aclara.

Dentro del barco, el pasillo principal da acceso a una pequeña sala donde está la cocina, una mesa y una barra. Todo es de madera oscura y brillante. Voy directa a la nevera, dentro hay una gran variedad de botellas y latas de refresco, alguna cerveza y alcohol, bandejas con canapés, fruta y agua.

Cojo una lata de Coca-Cola y salgo fuera. Justo cuando abro la lata, la voz de Hugo me sobresalta.

—¿Me das un trago?

—Claro —respondo ofreciéndole la lata.

Da un largo trago y me la devuelve. Me mira con su sonrisa de anuncio y yo le miro sin saber qué hacer o decir. Entonces, me coge de la cintura, me sube al primer escalón de las escaleras que están detrás de mí y me besa. Me rodea con los brazos y quedamos pegados el uno al otro. Yo no puedo hacer mucho, tengo la lata de Coca-Cola en la mano y los brazos estirados. Entonces se detiene, se aparta un poco y me contempla.

—¿Qué haces con la Coca-Cola?

—Nada. —Sonrío como una tonta—. ¿Qué quieres que haga con ella, que la tire al mar?

Me la quita de las manos y la deja sobre el escalón.

Cierro los ojos y me dejo llevar por las miles de sensaciones que siento en el estómago y en la cabeza cuando vuelve a besarme.

Samantha aparece vestida de animadora, con unos pompones azules y blancos, da saltos y grita: «¡Dame una S, dame una E, dame una X y dame una O. SEEEXXXOOOOO!». Vuelve a gritar mientras cohetes artificiales explotan sobre su cabeza.

Hugo me alza y mis pies quedan colgando a un palmo del suelo. Sin dejar de besarme, me lleva hasta un camarote, me tiende sobre la cama y se tumba sobre mí.

Aunque Samantha me anima para que disfrute de lo que está a punto de ocurrir, no puedo evitar sentirme mal. Adán está presente en cada beso y en cada caricia y, aunque no sea así, siento que le estoy traicionando.

Con destreza me deshace las tiras del biquini mientras me quedo inmóvil, como si el no participar activamente me hiciera sentir menos culpable. Mis pechos quedan al descubierto y siento una punzada de vergüenza cuando Hugo se detiene a mirarlos. Intento adivinar en sus ojos si le complace lo que ve, pero no tengo tiempo porque su cabeza se reclina para recorrer con su boca mi esternón en caída libre hacia mi entrepierna.

Todo ocurre muy rápido.

Tras colocarse un preservativo y dar cuatro embestidas Hugo llega al orgasmo y luego se desploma a mi lado con una fuerte exhalación.

—¿Qué tal? —pregunta sin mirarme.

—Bien.

—Pero no has llegado, ¿verdad?

—No. —Oigo unos pasos en la cubierta—. ¿Ya están aquí? —
Me incorporo, nerviosa.

Busco mi biquini con la vista pero no lo localizo. Temerosa por si la puerta se abre en cualquier momento, me cubro con la sábana.

Hugo no lo hace.

Entonces, la puerta se abre y aparece Susana. Su cara no puede reflejar más odio. Sus ojos me lanzan fuego y sé que si pudiera me estrangularía con sus propias manos.

—Misión cumplida —suelta Hugo en cuanto Susana se marcha.

Le miro, confusa.

—¿Cómo?

—Ya tienes tu venganza. —Se incorpora y se pone el bañador —. Vamos a comer —suelta con total despreocupación.

—¿Te has acostado conmigo por venganza?

Él frunce el ceño.

—No. Eras tú la que se quería vengar.

—No me lo puedo creer. Me has utilizado —sentencio.

—¿Cómo que te he utilizado? Me pediste que te ayudara a vengarte de Susana y eso es lo que he hecho.

—Te pedí que tonteásemos para ponerla celosa, no que te acostaras conmigo.

—¿Quieres decir que con lo que acaba de ver no se habrá puesto celosa?

—Nos hemos acostado. ¡No tenías que llegar tan lejos!

—Oye, vas a volverme loco. Hemos tenido sexo, ¿qué tiene eso de malo?

—Pues que no lo has hecho porque te apeteciera.

—¿Quién dice que no?

—¡Tú!

—¿Yo? ¿Por qué siempre crees saber lo que me apetece o quiero? Antes te dije que me atraías y nos hemos acostado. ¿Dónde está el problema?

Hugo sale de la habitación dando un portazo.

Busco mi biquini y me lo pongo. Subo a cubierta y cojo mi vestido.

Los demás están en proa, discutiendo sobre algo. Veo a Susana gesticulando con los brazos, nerviosa, exigiendo volver a puerto. Me quedo en la distancia pero Susana se percata de mi presencia y me mira con rencor.

Volvemos al puerto. Susana y Alejandra salen disparadas del barco sin despedirse de nadie, Fabián las sigue intentando hacerlas entrar en razón y los tres desaparecen por el paseo.

Hugo y yo volvemos al coche y hacemos el recorrido de vuelta a casa en silencio.

—Cámbiate de ropa —me pide Hugo cuando entramos en el parking—. Iremos a comer.

Subo al vestidor, me doy una ducha rápida y me cambio de ropa. Cuando bajo al salón Hugo ya está allí. Su mirada de desencanto me descoloca y me hace sentir que sobro en esta estancia, en esta casa y en esta isla.

—Vamos —me ordena con un tono de voz casi de hastío. Me trata como si fuera una niña que se ha portado mal.

Subimos al coche y durante el trayecto no intercambiamos ni una palabra, ni una mirada de reojo. No sé por qué continúa con esta situación absurda, comportándose como la víctima de una gran ofensa cuando la ofendida soy yo.

Llegamos a un restaurante con letras blancas y fucsias que anuncian que entramos en el Simply Fosh. El camarero nos trae las cartas e inmediatamente Hugo hunde su nariz entre las páginas mientras yo vuelvo a sentir el ardor en el estómago que me retuerce las tripas desde que apareció Susana esta mañana en el barco. No presto atención a mi carta, la cual reposa cerrada sobre la mesa; mis pensamientos vuelan hasta Lleida y Adán. Siento la necesidad

urgente de llamarle, sentir en su voz unas palabras que me consuelen y me hagan sentir querida.

—Voy al baño —comento, poniéndome en pie.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir? —Su pregunta casi suena a reprimenda y entonces me doy cuenta de lo mucho que me está cansando su actitud.

—No. Pídeme lo mismo que tú.

Hugo vuelve a concentrarse en su carta sin dedicarme ninguna expresión y yo me pregunto por qué sigo aguantando este comportamiento hacia mí.

«—Tienes el mundo entero a tu disposición para ir adonde te plazca. Pero decides quedarte aquí con él. No lo entiendo.

»—Dinero, querida Samantha, eso es lo que me impide salir de aquí y coger un taxi que me lleve al aeropuerto, comprar un billete y coger un avión de vuelta. Mi orgullo está sometido a unos cientos de euros.»

Antes de llegar a los servicios saco el móvil del bolso y nada más atravesar la puerta busco el número de Adán en la agenda. Después de tres tonos y cuando mi corazón está a punto de estallar, un seco «hola» me llega a través del teléfono.

—No deberías llamarme —continúa Adán—. Sabes que...

—Lo sé —le interrumpo—. No he podido evitarlo.

—Me alegro.

No sé qué decirle y de repente se me hace absurdo intentar explicarle por teléfono cómo me siento.

—¿Cuándo vuelves? —pregunta.

—Espero que pronto.

—¿Es que no te estás divirtiendo con tus amigos?

—Sí, claro. Mucho.

—¿Entonces? ¿Por qué quieres volver? —Otra vez ese tono punzante.

—Tengo ganas de verte.

Le oigo respirar.

—Yo también.

De nuevo nos quedamos en silencio.

—Vuelve —me pide—. Vuelve de una vez, Violeta.

—Lo intentaré.

Entonces oigo la voz de Silvia, su mujer, que le pregunta quién llama.

Miro mi reloj y me doy cuenta que son las tres y media de la tarde. Debo de haberles interrumpido la comida.

—Es de la granja —responde Adán—. Hay un par de cerdos enfermos.

—¿Y tienen que llamarte ahora? Estoy muy cansada de ese maldito trabajo. No estás nunca en casa...

Cuelgo.

Ha sido una estupidez llamarle. Ha sido una estupidez enamorarme de Adán. Es una estupidez imaginar tener una vida junto a él.

Vuelvo a la mesa justo en el momento en que el camarero sirve el primer plato. Hugo está hablando por teléfono y, nada más sentarme, termina la conversación.

—Esta tarde volvemos —me anuncia, comenzando su plato de arroz.

—Ah.

—Arroz bomba ahumado con huevo cocinado a baja temperatura, jamón ibérico y trufa negra —describe de memoria lo que tengo en el plato—. Come —me ordena como si fuera su perro.

Obedezco, cojo un poco de arroz con el tenedor, me lo llevo a la boca, lo mastico y lo trago en un acto automático, más que nada para ocupar el tiempo que tenemos que dedicarle a la sobremesa, que va a ser, sin duda, aburrida y tensa.

Hugo se dedica a teclear y recibir mensajes mientras come, ignorándome totalmente.

Nos traen el segundo, pescado.

—¿Qué es? —le pregunto.

—Filete de dorada salvaje con gambas de Sóller, perifollo y regaliz.

Suelto una risita.

—¿Dónde está la gracia? —pregunta, serio.

—En los nombres. No sé por qué se complican tanto en poner nombres tan rebuscados, parece que cuanto más largos sean más

dinero te pueden cobrar. Si lo hubieran servido en el bar del pueblo sería un arroz con huevo y jamón y esto dorada y gambas con una especie de perejil.

—¿Te gusta? —pregunta sin emoción cuando me he metido en la boca el primer pedazo.

—Está muy bueno.

Hugo asiente y continúa absorto con el móvil.

El camarero llega para retirar los segundos y acto seguido nos trae la carta de los postres.

—Yo no tomaré postre —comenta Hugo sin levantar la nariz del móvil—. Tráigame un café solo.

—¿Y la señora?

«Chocolate, eso lo cura todo.»

Hago caso a Samantha.

—Yo quiero la crep con helado de vainilla, nueces de macadamia y extra de chocolate.

Hugo esboza una pequeña sonrisa y eso me relaja un poco.

El servicio en este restaurante es excelente y en menos de un minuto me sumerjo en mi crep y me relamo de gusto con cada cucharada que me llevo a la boca; por unos momentos el postre consigue evadirme de Hugo y de su mal humor.

—Nunca he visto a nadie comer tan apasionadamente un postre.

—Me encantan las creps. Aunque te confieso que los que hace mi madre son mucho mejores.

Me mira y me quedo esperando una respuesta por su parte. Tal vez un simple: ¿ah, sí? Pero se limita a mirarme sin que pueda intuir qué pasa por su cabeza, aunque no sé por qué creo que sus pensamientos están muy lejos de aquí.

Paga la cuenta con su tarjeta y cinco minutos después estamos subiendo en el coche.

El camino de regreso no es el mismo, estamos saliendo de la ciudad.

—¿Adónde vamos?

—Ya te lo he dicho antes, volvemos —responde con la vista fija al frente.

—Pensé que antes pasaríamos por casa.

—¿Para qué?

—Tengo mi ropa allí.

—Quédate con la que llevas puesta.

—Claro.

—Haremos noche en Barcelona, tengo una reunión en un par de horas.

—¿Barcelona?

—Sí. ¿Tienes algún inconveniente?

—No. Creía que volvíamos a Lleida.

—Mañana por la mañana.

—Bien.

Si no fuera por las pocas explicaciones que me da, me sentiría como una maleta. Sigo preguntándome para qué me ha traído a este viaje absurdo.

«—Sexo —añade Samantha—. Y vengarte de Susana. ¿Te parece poco en un solo día? Deberías estar radiante de felicidad, no sabes lo bien que va para el cutis un orgasmo.

»—Eso sería si lo hubiera tenido.

»—Ups, es verdad.»

Llegamos al aeropuerto y nos dirigimos hasta el que me parece el mismo avión con el mismo azafato rubio al pie de las escaleras.

Lo que espero del trayecto es exactamente lo que es: monótono y aburrido. Hugo se concentra en el periódico y yo me dedico a dejar volar mis pensamientos a través de la ventanilla. Después de la conversación con Adán me encuentro más perdida que nunca, aunque en realidad mi situación siga siendo la misma que antes: nada tenía con él y nada tengo ahora. Lo único que veo con más claridad es que esta historia tiene que terminar.

«—Pero...

»—¡No, Samantha! El sexo sin compromiso emocional no es para mí, y menos con alguien de quien estoy enamorada.

»—Allá tú.»

No me doy cuenta del tiempo transcurrido cuando anuncian por megafonía que llegamos a Barcelona.

Al salir del aeropuerto subimos a un taxi y Hugo le indica al taxista que nos lleve al hotel Arts. Alucino. El Arts es uno de los

hoteles más lujosos de Barcelona.

Samantha da saltitos.

¿Por qué no me paga un taxi que me lleve a Lleida? Total es una hora y media de trayecto y le saldría más barato que pagarme una habitación en ese hotel. Supongo que tenemos una relación muy distinta con el dinero, para él no es un problema. Lo mejor será que vuelva a Lleida hoy mismo, cogeré el tren o el autobús, no pienso pasar ni un minuto más siendo ignorada por este personaje.

«Ni se te ocurra —interrumpe Samantha en mis pensamientos—. ¿Es que estás loca? Vas al hotel Arts, un lugar en el que seguramente no tendrás la oportunidad de volver a estar en tu vida.»

Tal vez tenga razón.

En la entrada del hotel nos recibe el botones, que nos abre la puerta del taxi. Hugo sale primero y se dirige al interior, yo le sigo como el perrito faldero en el que me he convertido desde que estoy con él. En cuanto atravesamos la puerta la sofisticación y elegancia del lugar me sobrecogen.

«Cierra la boca o se te caerá la baba», murmura Samantha.

Mientras Hugo está en recepción, me dedico a admirar el vidrio azul del que está construido todo el hotel junto con el acero blanco que lo envuelve.

—¿Has estado antes aquí? —se digna a preguntarme.

—No.

—¿Te gusta?

—Es impresionante.

—Es el mejor hotel de Barcelona, bueno, al menos para mí. Siempre me alojo aquí cuando vengo a la ciudad.

—¿Dónde tienes la reunión?

—Aquí mismo.

—¿En el hotel?

—Sí.

Nos dirigimos a los ascensores y aunque no tardamos ni un minuto en llegar a la planta dieciocho, el silencio tan incómodo entre nosotros hace que la ascensión se haga eterna.

Hugo abre la puerta de la habitación con una tarjeta, la introduce en el interruptor de la luz y tiene el detalle de dejarme pasar primero.

No puedo evitar exclamar «¡guau!» ante la preciosa habitación decorada en color blanco en la que me encuentro. Me quedo embobada admirando las vistas al mar que como una postal se ven a través de los inmensos ventanales.

—Necesito comprar unos pantalones y una camisa en las tiendas del hotel, tengo la reunión en una hora.

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Lo que quieras.

—¿Volveremos a Lleida cuando termines la reunión?

—No lo sé. Depende de la hora a la que acabemos.

—¿Es para una exposición o algo así?

—No. Es para un trabajo personal, una escultura. Pero no me preguntes, no puedo dar más detalles. —Hace una mueca con la boca que me suena a burla.

—Es verdad, perdona. No recordaba que no te gustan las preguntas ni hablar de ti.

—Ahora no tengo tiempo para entrar en detalles de lo que me gusta o no. Tengo prisa —contesta, dirigiéndose a la puerta.

—Pues adiós —respondo con una tonelada de rabia en mi voz.

Se detiene ante la puerta de espaldas a mí y le escucho aspirar con fuerza. Ya ha girado el pomo y la puerta está entreabierta, pero no se mueve. Yo continúo inmóvil, con los brazos cruzados, observándolo con curiosidad y preguntándome qué demonios espera para largarse. En cuanto se vaya a la reunión pienso desaparecer sin despedirme. Volveré a Lleida y lo dejaré aquí plantado, es lo único que se merece.

Pero no tengo tiempo de seguir con mis divagaciones, Hugo cierra la puerta con un golpe que me sobresalta y luego se lanza sobre mí, me coge por la nuca y me obliga a mirarle.

—¿Por qué haces que me comporte como si te odiara, como si estuviera enfadado contigo, como si no soportara tu presencia cuando la única realidad es que me vuelves loco? —Sus ojos azules se clavan en mis pupilas y sus labios tan cerca de los míos inundan mi boca con su aliento. Estoy paralizada, sorprendida por la reacción furiosa que veo en su rostro, y temo que me vaya a pegar. No lo hace, en su lugar me da un beso, largo, profundo y desesperado. Yo

no lo aparto, le dejo hacer sin protestar, supongo que en *shock* todavía, hasta que algo se enciende en mi estómago, en mi vientre y en mi espalda. Vuelvo a sentir cómo el deseo acciona todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo aunque esta vez no sea por Adán. Y esta vez no me importa. Le abro la camisa violentamente haciendo saltar un par de botones mientras él me empuja hacia la cama e intenta desnudarme tropezando constantemente con mis brazos, que son más rápidos que los suyos y ya han conseguido desabrocharle el pantalón. Mis manos sienten la dureza de su abdomen y la suavidad de su piel y me detengo en mi afán por desnudarle para dejar que él consiga hacer lo mismo conmigo. Decido ponérselo fácil y me quito el vestido, quedándome en braguitas y sujetador.

No sé por qué no tengo vergüenza estando aquí de pie, medio desnuda delante de un hombre que odio en la misma medida que deseo, a plena luz de un día soleado que atraviesa desbordantemente los enormes ventanales de esta preciosa habitación de hotel.

Hugo tiene el torso desnudo y los pantalones desabrochados dejan ver la goma de un bóxer negro. Me tumbo sobre la cama y él se tumba sobre mí, me besa el cuello, el pecho, el estómago y yo me vuelvo loca de placer, inmóvil para que siga sorprendiéndome en cada centímetro de mi cuerpo. Jadeo sobre la cama después de tener un orgasmo como no he tenido ni en mis mejores sueños. Exhausta y extasiada sobre una nube de felicidad que se evapora por segundos.

«Disfruta —me susurra Samantha—. Vacía tu mente y no pienses en nada más, es tu momento.»

Hugo se incorpora y coge el teléfono que hay sobre la mesita.

—Necesito un traje Dolce&Gabbana gris, camisa blanca, cinturón negro y unos zapatos clásicos sin cordones —pide a alguien al otro lado del teléfono—. Tienen mi talla en la tienda... Tengo una reunión en media hora, lo necesito en diez minutos... gracias.

Luego entra en el baño y oigo el agua de la ducha mientras observo la habitación, el techo blanco y pulcro, la madera oscura en

forma de arco con tres ojos de buey incrustados, dos divanes junto a la ventana separados por una mesita sobre la que hay una lámpara de diseño y un jarrón con flores. Flores que reconozco inmediatamente: violetas.

Sonrío, cierro los ojos y me imagino que éste puede ser el primer día de mi nueva vida.

Antes de que Hugo salga de la ducha, llaman a la puerta y voy a abrir vestida con un albornoz que he encontrado en el armario. Un botones me entrega el traje, la camisa, el cinturón y los zapatos que Hugo había encargado. Lo dejo todo con cuidado sobre la cama y entro en el baño, donde lo veo secándose el pelo. Pone tanta atención y cuidado en colocar su perfecto pelo que no creo que yo sea tan atenta con el mío. Le queda genial, más cuando termina y me dedica una sonrisa mostrando sus dientes blancos. Lleva puesta una pequeña toalla blanca alrededor de la cintura dejando ver un abdomen delineado, tonificado y sensual, es decir, una tableta de chocolate deliciosa. Los pectorales definidos y las líneas marcadas que conducen hasta su miembro se pierden bajo la toalla, que ha resbalado hasta mostrar el principio de su culito duro como una roca.

—Ya han traído tu traje —le susurro apoyada en el quicio de la puerta, con el albornoz entreabierto como la más provocativa de las bailarinas de estriptis de barra.

Pero no soy yo, es Samantha que se ha vuelto a apoderar de mí, como cuando le he arrancado la camisa, como cuando le he dejado hacerme el amor y he disfrutado sin complejos, ni prejuicios, ni sentimientos de culpa. Ésta que está aquí, que le enseña un pecho a Hugo mientras acaricia el marco de la puerta con la pierna enseñando el muslo y parte del trasero, no soy yo.

Me coge de la cara y me da un beso en los labios, corto y dulce. Luego se viste rápidamente y se retoca en el espejo que hay en la parte interna de una de las puertas del armario.

—Tengo que irme, sal a dar una vuelta o ves al spa o de tiendas. Toma. —Saca ciento cincuenta euros de su cartera y me los ofrece—. Cómprate algo bonito para esta noche, iremos a cenar.

Me da un beso fugaz y desaparece por la puerta.

Estoy sin habla, paralizada en medio de la habitación con ciento cincuenta euros en la mano, y no sé si sentirme halagada u ofendida.

«—Siéntete como *Pretty Woman* —me aconseja Samantha.

»—Era una prostituta.

»—No cojas la parte tremenda. Era una preciosa chica que se ligaba a un millonario.

»—¡Era una prostituta!

»—Y dale. ¿No te das cuentas que para él ciento cincuenta euros son como dos euros para ti? No los echas de menos cuando te los gastas en pipas o nubes de fresa.»

Tal vez Samantha tenga razón. Así que no me preocupo más y hago como Julia Roberts en *Pretty Woman*: salgo a comprarme algo bonito para ir a cenar esta noche. Antes llamo a Sonia, mi ex compañera de trabajo: necesito hablar con una amiga y que me aconseje, aunque en tema de ropa no sea la más indicada.

Busco su número en la agenda del móvil y al tercer tono contesta casi con un grito que me deja sorda.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—Muy bien. Estoy en Barcelona. Sé que te pido un imposible si te digo de quedar en un rato, pero necesito verte aunque sea sólo un ratito y que los niños sacrifiquen su hora de parque.

—Ah, genial. ¿Dónde nos vemos?

—¿Frente al Palau Robert en Diagonal?

—¿En media hora? —propone.

—Allí estaré. Si quieres podemos buscar algún parque para que jueguen los peques mientras hablamos.

—No te preocupes. Los acabo de dejar en clase de inglés y luego tienen música. Extraescolares.

—Estupendo, entonces hasta ahora.

Consulto en el Google Maps del móvil la ruta y decido coger el metro y caminar. En media hora estoy frente al Palau Robert esperando a Sonia; he decidido por el camino la mejor manera de explicarle todo lo que me ha sucedido estos últimos meses.

No la veo llegar hasta que la tengo delante de mí y me quedo de piedra al ver el impresionante cambio físico que ha dado. Su flequillo

corto y su desastroso color de cabello también han cambiado. Ahora lleva el pelo recogido en una coleta alta y sofisticada y su pelo es de color miel con reflejos dorados. El maquillaje en tonos morados y oscuros también ha desaparecido y en su lugar sólo veo un maquillaje discreto que se funde con el tono de su piel, colorete y brillo rosa en los labios. Unos pendientes de perlas destacan el moreno de su piel y viste un conjunto de pantalón blanco con una blusa estampada vaporosa y unas sandalias de tacón color fucsia. No la reconozco y ella sonríe al ver mi cara de sorpresa.

—Pero... ¿qué? Estás guapísima.

Sonia se encoge de hombros, sonriendo.

—Gracias.

—¿Qué te ha pasado?

—Supongo que te he hecho caso y me dedico un poco más de tiempo a mí.

—Eso es estupendo. ¿Están mejor las cosas con tu ex?

—Igual. Sigue sin pasarme la pensión y con unas cuantas denuncias en el juzgado.

Caminamos hasta entrar en la primera cafetería que vemos. Nos sirven un par de cafés con leche y enseguida me urge para que le explique mi cambio de vida.

—Cuéntame. Me muero de curiosidad por saber cómo te va.

—Te he llamado un montón de veces, debes de tener el buzón colapsado con mis mensajes. ¿Por qué no me has devuelto las llamadas? —la regaño.

—Perdona, es que estos meses han sido bastante caóticos y te he echado mucho de menos en la oficina. —Me coge de las manos y las aprieta cariñosamente haciendo una mueca—. Aquello se ha convertido en un campo de concentración sin ti. Estrella tiene más poder que nunca desde que logró que te echaran y es como un militar, todo es ordeno y mando.

—Lo siento por ti, pero no creo que hubiese aguantado muchos meses más. Estaba tan agobiada con esa mujer que el ir a trabajar se había convertido en una tortura.

—Lo sé —murmura Sonia con resignación—. Si fuera libre como tú también me largaría. Pero no puedo ni siquiera plantearme

cambiar de trabajo, el riesgo es demasiado alto con dos pequeños y un ex que no pasa la pensión.

—¿Y te puedes permitir llevarlos a extraescolares?

—No. Pero el colegio tiene unas becas y por nuestra situación hemos podido acceder a ellas.

—Genial, bueno, por esa parte, claro. Sigo mirándote y me cuesta reconocerte. Estás preciosa. Bueno, ya lo eras antes, aunque con tu antiguo estilo era más difícil verlo.

Mis ojos se topan con los tres estupendos anillos y una pulsera que Sonia luce en ambas manos. Parecen que sean de oro o al menos una muy buena imitación. Ella se da cuenta y esconde los brazos bajo la mesa.

—¿Hay algo que me quieras contar? —canturreo con curiosidad.

Sonia se agita en su silla y aparta la mirada.

—No. —Carraspea antes de cambiar de tema.—Bueno, cuenta. ¿Estás trabajando?

No puedo dejar de sentirme intrigada así que le doy unos toquitos en el hombro.

—¿Te has echado un novio rico o qué? Venga, gamberra, cuéntamelo.

—¡Claro que no! No sé por qué piensas esas tonterías.

—Esos anillos que llevas son de oro —afirmo.

—Qué va. Es bisutería barata.

—¿Me dejas probarme uno?

Sonia se quita el que lleva una piedra blanca en el centro. Lo cojo y miro en la parte interior buscando una marca que lo identifique como oro. Enseguida la veo.

—Esto es oro, querida. Y esos también lo son, igual que la pulsera, pero eso ya lo sabes, ¿verdad? —Le guiño un ojo.

Sonia traga saliva incómoda y se muerde el labio.

—Oye, no te preocupes. No pasa nada si no me lo quieres contar, es tu vida.

—No es que no te lo quiera contar. Me muero de ganas de hacerlo. —Hace una pausa buscando las palabras—. Es que no lo vas a entender.

—¿Qué no voy a entender el qué? Si has conocido a alguien con dinero yo estaría encantada por ti. Sería estupendo que por fin la vida te sonriera y que...

—Es Albert. —Suelta—. Tengo una aventura con Albert, el marido de Estrella, mi jefa, tú ex jefa.

De repente me falta el aire para preguntar.

—¿Con el señorito andaluz? —Sonia arquea las cejas asintiendo—. Es broma, ¿verdad? ¡Pero qué mala eres! ¡Casi me lo creo!

—No, no lo es. No me critiques, por favor. Sólo necesito que lo entiendas y que me apoyes; si no lo entiendes, al menos, no me juzgues.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Nos miramos en silencio—. ¿Cómo voy a entender que te guste un baboso?

—No me gusta —suspira fijando su mirada en su taza de café terminada.

—¿Estás saliendo con un baboso que ni siquiera te gusta? Ahora sí que no entiendo nada.

—Es por dinero —aclara acercando su cara—. ¿Cómo crees que tengo estas joyas o esta ropa o la peluquería o el maquillaje? Los niños van a extraescolares, puedo comprarles comida, ropa y pagar el alquiler. No me gusta él ni lo que hago con él, pero no tengo otra salida. Tenía una orden de desahucio sobre mi piso desde hace más de medio año, y desde hace un mes respiro tranquila porque he podido ponerme al día con las mensualidades. Albert tiene mucho dinero, no por el trabajo sino por su familia. Tienen tierras y propiedades que él como hijo y sobrino único ha ido heredando, y yo no pienso dejar pasar esta oportunidad.

—No lo puedo creer.

—No quiero ir más a pedir comida o ropa a Cáritas. No quiero pasar otro invierno congelándonos de frío en el piso porque no puedo pagar la calefacción.

—¿Eres su amante?

—Soy su juguete.

Nos volvemos a mirar en silencio y descubro en sus ojos una tristeza que nunca había visto antes en su rostro de veinteañera. Los cinco años de más que me ha parecido verle cuando nos hemos

encontrado pensaba que eran por su cambio de imagen, pero ahora me doy cuenta de que no es por eso. Me pregunto qué le debe de exigir el señorito andaluz a cambio.

—Tenía ganas de contártelo pero no imaginaba que me iba a sentir tan avergonzada al hacerlo. —Sonia sonrío sin ganas mientras repiquetea uno de sus anillos contra la taza.

—No tienes por qué —me apresuro a decir.

Se pone en pie, descuelga su bolso del respaldo de la silla y se disculpa con un rápido «tengo que irme». Sin pensarlo, alcanzo a sujetarla por la muñeca.

—No te vayas, por favor.

Sonia agita la cabeza y dice algo con un hilo de voz que no entiendo. Me pongo en pie y la sujeto por los hombros obligándola a sentarse. Me mira con los ojos llenos de lágrimas y se suena la nariz en un pañuelo que saca del bolso.

—Me he liado con un chico que sólo me atrae sexualmente y reconozco que también por su nivel económico. Estoy pasando unos días con él y hace un rato me ha dado ciento cincuenta euros para que me compre ropa para ir a cenar esta noche. —Sonia arquea las cejas y muestra una leve sonrisa—. Haz lo que tengas que hacer para sobrevivir. Nadie tiene que juzgarte.

—No soy una mala persona. Esto lo hago por necesidad.

—Ya sé que no eres mala persona. No tienes que disculparte conmigo.

—Creo que me disculpo conmigo misma. Esto no es fácil, créeme. Albert es... retorcido.

No sé si quiero saber cosas íntimas sobre el señorito andaluz, el recuerdo de su beso todavía me provoca arcadas.

—Bueno. —Suspiro antes de cambiar de tema—. Tengo que comprarme un vestido para esta noche y no sé adónde ir.

—Yo sí. Si quieres comprarte un vestido elegante, tienes que ir a Bimba&Lola. Es una de las firmas preferidas de Albert.

Sonia suelta el comentario de la forma más natural, como si hablara de su marido o de su novio.

Llegamos a la tienda y enseguida nos atiende un dependiente elegantemente vestido con un traje negro y zapatos brillantes. En

cuanto le digo el presupuesto del que dispongo me muestra cuatro vestidos a cuál más bonito.

—Me gusta el rojo —comento, acariciando la suave tela.

—Si es para una cena es más adecuado el azul noche —me corrige Sonia.

—No sé si hacerte caso. Aún te recuerdo llevando aquella horrenda camisa de leñador, con pantalones militares y botas de *skin*.

—Además de practicar sexo, Alberto me da clases de moda —me susurra al oído.

Me sobresalto y miro al dependiente de reojo por si nos ha oído, de lo cual estoy segura aunque intente disimular toqueteando uno de los vestidos.

—Me probaré el azul.

Me desnudo en el vestidor y me pongo el vestido, que me sienta como un guante. El escote redondo proporciona más volumen a mi pecho y la falda vaporosa con vuelo, que me llega justo por las rodillas, me hace parecer una Marilyn moderna.

—Me encanta —afirmo ilusionada.

—Te queda genial —comenta Sonia.—Seguro que le da un soponcio cuando te vea.

—Hugo está acostumbrado a salir con chicas preciosas, auténticas modelos de revista. No sabes qué dos bellezones conocí la primera noche en Mallorca.

—No tienes nada que envidiarles.

—Ya.

—Violeta, eres una tía cojonuda.

—Que sea cojonuda no quiere decir que esté buena. Pero dejémoslo. Me llevo el vestido.

Me despido de Sonia en la puerta de la tienda prometiéndonos estar en contacto más seguido.

Vuelvo a la habitación de hotel, me ducho, me arreglo el pelo en un simple recogido, me maquillo con lo poco que llevo en el bolso y por último me visto. Mi reflejo en el espejo del armario me satisface y

me siento con cuidado en una silla para que no se me arrugue el vestido.

Son las ocho de la tarde, sólo espero que Hugo llegue pronto.

Después de media hora sentada me empiezo a impacientar, así que doy unas vueltas por la habitación estirando los brazos. A través del gran ventanal veo el sol, que parece que se hunda en el mar iluminado por las luces de algunos pesqueros.

«Hugo no se habrá olvidado de ti, ¿verdad? —Samantha hace acto de presencia en lo profundo de mi corazón—. Seguro que no recuerda que estás en esta habitación de hotel. Yo me largaría solita al restaurante y me proporcionaría una buena cena que cargaría, evidentemente, en su cuenta.

»—Vendrá, seguro. Me ha dado ciento cincuenta euros.

»—Y esperas que se cobre los intereses, ¿no?

»—No se olvidará.

»—Yo, por si acaso, iría pidiendo el primer plato.»

En un arrebato de furia, estrello un cojín contra una esquina de la habitación, justamente contra la pequeña lámpara de diseño que hay sobre la mesita, que por suerte no cae al suelo pero sí lo hace el bolso de Hugo. Me acerco para recogerlo y veo que está abierto y que de él ha caído la cajita con la pulsera que compramos en Mallorca. La abro y vuelvo a admirar lo preciosa que es. No puedo evitar la tentación de probármela. Sí, es más bonita de lo que recordaba. ¿Para quién será? Debe de ser alguien importante, no te gastas cuatrocientos euros en una joya para alguien que ni fu ni fa. Claro que a mí me ha dado ciento cincuenta euros como si nada. Tal vez eso significa que le importo algo.

El sonido de mi móvil me saca del encantamiento que tengo mirando la pulsera. El nombre de Adán aparece en la pantalla.

No pienso contestar.

Ya he empezado a olvidarle.

Descuelgo.

—Hola —murmuro.

—Hola, Violeta, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —pregunto por inercia.

—Aún no has vuelto, ¿verdad?

—No, todavía no he vuelto.

—Siento lo de la última vez que hablamos.

—¿El qué? —me hago la despistada.

—Es igual, no quiero hablar de ese tema, sólo quiero saber cuándo vuelves.

—Mañana.

Lo oigo suspirar.

—Entonces podemos vernos mañana mismo. ¿Sobre qué hora estarás por aquí? ¿Quieres que te vaya a buscar a algún sitio? Puedo...

—Lo nuestro no puede ser.

—¿Qué?

—Tenías razón, ya es tarde para nosotros.

—¿Qué te ha pasado?

—He tenido tiempo para pensar.

—Es por lo de la llamada, ¿verdad?

—En parte. Pero es igual, Adán. Tú estás casado y yo no quiero complicarme la vida. No quiero ser tu amante. No quiero andar a escondidas como si hubiera cometido un delito. Nuestras vidas tomaron caminos muy distintos hace tiempo. Yo tendría que haberme enamorado de ti en otro tiempo, cuando tú lo hiciste de mí, pero no fue así, lo he hecho ahora y lo siento, no tendría que haber ocurrido pero no pude evitarlo, lo que sí puedo evitar es estar contigo. No podemos volver a vernos, Adán, es lo mejor y lo sabes.

Silencio.

—Yo... estoy... No sé qué decir. No me lo esperaba.

Yo tampoco sé qué decirle y sólo vienen a mi mente palabras de disculpa. No las digo. Ya estoy cansada de disculparme por sentir a destiempo.

—Ya hablaremos, Adán.

—¿Y si no quiero?

—Si no quieres, ¿qué?

—Que se acabe.

—No puedes hacer nada. Esto es cosas de dos.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Violeta?

—¿Qué quieres decir?

—Me vas a volver loco. Me haces creer que me quieres, que me desees, consigues que traicione a mi mujer, que le sea infiel y ahora dices que se acabó. ¿Qué quieres hacer conmigo? ¿Destrozarme? ¿Hundirme?

—¿Qué eres? ¿Un niño de quince años que no asume el tomar sus propias decisiones? Yo no te he obligado a nada, si has sido infiel a tu mujer, tú solito has tomado esa decisión. No te hagas la víctima.

—No pienso discutir esto por teléfono. Mañana lo hablamos.

—No tenemos nada que hablar. —Sé que si le veo no podré mantenerme firme en mi decisión—. Hoy es la última vez que hablamos del tema.

—Violeta...

Cuelgo y al instante me siento fatal por hacerlo. Camino por la habitación como un animal salvaje encerrado en una jaula. Siento el corazón a punto de salirseme del pecho y una vocecita que no es Samantha me bombardea implacable, haciéndome sentir terriblemente culpable por hacer daño a Adán.

«¿Por qué has roto con él?»

Samantha aparece invadiéndome a preguntas.

«—Sabes que no estás enamorada de Hugo pero sí de Adán. ¿Te has vuelto una materialista de repente? ¿Sólo te interesa Hugo por su nivel de vida? ¿Qué pasa con el amor verdadero como tú lo llamabas? ¿Cambias amor por dinero? ¿Sexo a cambio de poder adquisitivo? ¿Qué te diferencia de Sonia?»

»—¡Basta!, grito.»

Me siento y mi vista tropieza con la cajita y entonces recuerdo que llevo la pulsera puesta.

¡La pulsera! ¡No está en mi muñeca!

Me levanto de un salto y recorro la habitación con la vista. Ni rastro. Mi corazón se acelera todavía más. ¿Cómo se me ha podido caer? Estoy segura de que la he abrochado bien. Me pongo de rodillas y pego la cara al suelo. No la veo. Esto es absurdo, no puede haber desaparecido, no me he movido en un radio de dos metros. Muevo el sillón y las sillas, agito la colcha de la cama. Abro el armario, entro en el baño, nada. Un pitido avisa que acaba de llegar

un WhatsApp a mi móvil: es Hugo, que me espera en el bar del vestíbulo.

¡No puedo marcharme sin haber encontrado la pulsera! Estoy sudando, ya no sé dónde más buscar, es como si se la hubiera tragado la tierra. Vuelvo a meter la cajita en el bolso de Hugo. Ya pensaré qué explicación le doy, antes de salir me miro en el espejo del armario, me coloco el recogido, me sacudo el vestido y entonces la veo: enganchada en un hilo que cuelga del dobladillo de la falda. Me pregunto cómo ha llegado hasta ahí. La meto en su caja y salgo pitando por la puerta.

Hugo está apoyado en la barra del bar con una copa en la mano. Viste el mismo traje pero se ha quitado la corbata y tiene desabrochados los dos primeros botones de la camisa. En cuanto me ve sonrío y eso me ayuda a tranquilizarme después del susto de la pulsera.

—Estás guapísima.

—Gracias.

—Me gusta el vestido. Te queda genial.

—Gracias otra vez.

«Ahora podría sacar un estuche del bolsillo y ofrecerte un collar como en *Pretty Woman*», comenta Samantha.

—Me muero de hambre, ¿y tú?

—También —miento.

—Entonces vamos, tenemos mesa reservada.

Para mi sorpresa no salimos del hotel y nos dirigimos a un restaurante situado en los jardines. Un camarero nos abre la puerta.

—Tengo un reserva a nombre de Hugo Sants —apunta a la recepcionista, una preciosa veinteañera alta y rubia vestida de negro, con el pelo recogido en un moño bajo.

—Sí, señor. Pasen por favor, les acompañaré a su mesa.

Nos lleva hasta una mesa colocada junto al ventanal donde las vistas son al jardín y la piscina, nos deja la carta y se marcha.

—Te recomiendo alguna ensalada o los quesos. Las pizzas al horno de leña también están deliciosas.

—Perfecto.

Hace un gesto con la mano a uno de los camareros, que como un ave rapaz está atento a su presa y no tarda ni medio segundo en presentarse, tomar nota rápidamente y desaparecer.

—¿Qué tal has pasado estos días? —me sorprende con su pregunta.

—Humm. —Tengo un cúmulo de sensaciones distintas y no sé muy bien que contestar.

—Dime que al menos no te arrepientes de haber venido.

—No me arrepiento. En serio. Cuando eres un encanto, eres un encanto.

—¿Qué significa eso? —Se apoya con los codos en la mesa y me sonrío cautivador.

—Que hoy has sido un encanto. No me refiero a que me hayas dado dinero para comprar este vestido —carraspeo—, sino a lo otro.

—¿A qué otro? —Vuelve a sonreír picarón.

—Ya lo sabes.

—Quiero seguir viéndote cuando volvamos a Lleida.

—A mí también me gustaría. Aunque mi prioridad ahora es encontrar un trabajo en Lleida, porque si no, tendré que volver a Barcelona.

—¿No estás bien en casa de tu madre?

—Sí, bueno. Es complicado. Desde muy joven estoy acostumbrada a vivir por mi cuenta y ahora volver a casa es difícil; eso de tener que dar explicaciones de adónde voy y cuándo voy a volver, me molesta.

—Te entiendo —comenta Hugo dando un sorbo a la copa de vino que el camarero nos ha servido.

—¿Tú también le das explicaciones a tus padres cuando sales? Él me ofrece una media sonrisa.

—Hace mucho que no vivo con mis padres; es más, ni lo recuerdo. Se separaron cuando yo tenía un año.

—¿Has vivido siempre con tu madre?

—No. Con mi padre. Cuando se divorciaron mi madre se fue a vivir a Brasil.

—¿Brasil?

—Sí —responde dando otro trago de vino—. Ella siempre ha sido un espíritu libre, ya lo era antes de casarse. Es alemana. Fue una hippy de Ibiza, donde conoció a mi padre, un universitario de familia clásica con tradición de arquitectos. La verdad es que no tenían nada en común más que un amor de juventud. Supongo que el matrimonio para ella fue como una soga al cuello que la asfixió durante casi dos años. Cuando yo tenía un año se separaron y se marchó.

Me sorprende que Hugo esté tan conversador sobre su vida privada, así que intento interrumpirle lo menos posible.

—¿No tienes contacto con ella?

—Sí, hablamos muy a menudo por teléfono y he ido a visitarla muchas veces. Que recuerde ha estado en Venezuela, Argentina, Canadá, Nueva Zelanda, Suiza y algunos países más de Europa y Asia, pero estaría aquí toda la noche si intentara recordarlos.

—Una vida muy interesante.

—Lo es. Al menos la vive como quiere.

—¿No quisiste ir con ella?

—Mi padre se quedó con mi custodia.

—Es raro, ¿no? Normalmente son las madres las que consiguen la custodia de los hijos.

—Ella no la quiso —contesta con un gesto de melancolía que oculta pronto con otro trago de vino—. La vida con ella habría sido muy inestable. Los niños necesitan seguridad y rutina y mi madre no podía ofrecérmela.

—¿Tienes hermanos o hermanastros?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—Me habría gustado tener hermanos. —Hace una mueca muy sexi con la boca—. Pero ni a mi padre ni a mi madre le quedaron ganas de repetir. Sobre todo a mi padre, que esperaba que siguiera la tradición familiar y fuera arquitecto. Siempre le ha molestado que sea un espíritu libre como mi madre.

Ahora le acariciaría la mejilla para consolar la tristeza que veo en sus ojos.

Nos traen los platos y un delicioso olor me llega hasta el cerebro abriéndome de golpe el apetito.

—He pensado una cosa. —Hugo desdobla la servilleta blanca, la sacude con delicadeza y la coloca sobre sus piernas—. Puedes quedarte en la casa que tengo en Cervià el tiempo que quieras, está a tu disposición siempre que te sientas agobiada en casa de tu madre.

—Muchas gracias, te lo agradezco de veras —suelto totalmente sorprendida por su actitud.

—Hablaré con Tirso para decirle que puede que vaya una invitada.

—¿Quién es Tirso?

—Un vecino que se ocupa del mantenimiento. El jardín, los perros, la piscina.

—Ah, genial.

Es como si desde hace unas horas fuera otro, como si su parte amable, simpática y divertida se hubiera impuesto a su lado desagradable, solitario y grosero.

Me temo que no recuerde que me propuso que le decorase la casa o tal vez sólo me lo dijo para quedar bien después del accidente. No voy a perder la oportunidad, así que me propongo recordárselo.

—Puedo pasar unos días en tu casa de Cervià y aprovechar para decorártela. —Por la expresión de su cara deduzco que no lo recuerda—. Es igual, ya veo que no te acuerdas.

—Sí, sí —me interrumpe—. Tienes razón, perdona, lo había olvidado completamente. Puedes empezar a darme ideas en cuanto volvamos.

—Eso es genial, quiero decir que sería genial. —Estoy tan entusiasmada que no sé cómo expresarlo.

Cenamos entre conversaciones triviales con un subidón de ánimo increíble. La comida me sabe a gloria y el vino me sube a la cabeza. Después de la cena tomamos unas copas en el Frank's, un bar situado en el vestíbulo, de ambiente íntimo y sofisticado con música suave y sugerente. Al salir estoy tan borracha que apenas recuerdo

que hacemos el amor en la ducha. Creo que fue bien, que lo disfruté, aunque no podría jurarlo.

Al día siguiente volvemos a Lleida en un coche de alquiler que él mismo conduce y no nos detenemos hasta que llegamos frente a la casa de mi madre.

—Bueno, preciosidad —suelta Hugo cogiéndome de las manos—. Quiero verte pronto pero tengo que salir de viaje esta misma tarde para Noruega y estaré allí unos días, no sé cuántos exactamente. Te llamo cuando vuelva. —No sé por qué en ese mismo momento pienso que no volveré a verle—. Esta noche llamaré a Tirso y te pasaré su teléfono por WhatsApp para que puedas localizarle. Vive a las afueras del pueblo, así que tendrás que llamarlo antes si vas a Cervià o lo más seguro es que te encuentres la casa cerrada.

—De acuerdo. Puede que acepte tu oferta.

—Me encantaría que lo hicieras y encontrarte allí cuando vuelva. —Me da un beso en los labios—. Tengo que marcharme, he de coger un avión en unas horas.

—Que tengas un buen viaje —me despido dándole otro beso y su sonrisa, junto con su mirada azul, me derrite.

Saco las llaves de mi bolso y nada más abrir la puerta mi madre me recibe con un repertorio de reproches.

—Ya está bien, Violeta. No has podido llamarme ni una sola vez para decirme cómo te encontrabas o para preocuparte por mí.

—Tú ya tienes quien se preocupe por ti —le recrimino pasando al salón.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tienes un amiguito que se preocupa por ti, ¿no?

—No le llares amiguito como si fuéramos quinceañeros. Emilio y yo tenemos una relación, si es eso lo que quieres saber.

—Emilio es un galán, un seductor, ¿qué piensas que va a hacer con una pueblerina? Él está acostumbrado a relacionarse con mujeres de mundo, con más cultura, más dinero y más jóvenes.

—Emilio no es un putero —le defiende mi madre.

—Claro que no. No necesita pagar para que se acuesten con él, pero no quiero que te ilusiones y que te hagan daño, mamá. Los hombres son crueles —sentencio con un chasquido.

Mi madre levanta una ceja y sonríe levemente ante la gran sabiduría que acabo de desplegar ante ella. Estoy convencida de que yo no s e ni la mitad de lo que puede saber ella sobre los hombres. Que sea viuda no significa que no se hayan presentado en su vida a lo largo de estos años hombres que han intentado seducirla y conquistarla, aunque ninguno de ellos ha conseguido el pase VIP para entrar en casa. Reconozco que no s e demasiado sobre la vida íntima de mi madre. Nunca he preguntado ni me he preocupado por ello; es egoísta, lo s e, pero puede encontrar cualquier otro hombre que no sea Emilio.

—Así que me confirmas que no es un rollo pasajero.

—Emilio es un buen tipo que me trata como hace muchos años no me había tratado un hombre. No estamos cometiendo ningún delito, te guste o no.

—Ya s e que es un buen hombre, mamá. Pero ése no es el tema. Es el padre de una persona que se lo ha hecho pasar muy mal a tu hija. Puedes enamorarte de cualquier otro.

—Como si eso se pudiera elegir.

—Se puede, claro que se puede —pienso en Adán y en Hugo—. A veces hay cosas que no son posibles y no queda más remedio que renunciar a ellas. —Está a punto de interrumpirme pero no la dejo—. Y  sabes una cosa? He tenido la mala suerte de encontrarme a Susana en Mallorca y ha hecho todo lo posible por dejarme en ridículo acus ndome de aprovecharme de ella por tener dinero. Me ha hecho sentir tan... tan... poca cosa. Y tú me dices que sales con su padre, con lo cual voy a tener que aguantarla en reuniones familiares y demás. —Mi madre suelta una carcajada—.  Qu  te hace tanta gracia?

—Te comportas como si tuvieras doce años. —Me encojo de hombros y alzo las manos sin entender—. No vas a tener que llamarle papá si es eso lo que te preocupa —añade.

—No te burles, mamá.

—No lo hago.

—No entiendo por qué te es tan difícil entender mi postura.

—Eso mismo puedo preguntarte yo, *ma chérie*.

—No llegaremos a ningún acuerdo.

—Yo no lo necesito, Violeta —sentencia cruzándose de brazos. Su frialdad me sorprende—. Cuando murió tu padre me dediqué exclusivamente a ti. Me maté trabajando para acabar de pagar esta casa y mantenernos las dos. Durante muchos años trabajé sábados y domingos dejándome la vista cosiendo de noche sin tener ni un día de descanso. Dejé a mis amistades de lado, descuidé mi aspecto cuando todavía era una mujer joven, lloré a escondidas para que tú tuvieras una infancia lo más normal posible y también maldije a solas mi mala suerte por la desgracia que había acabado con las ilusiones y el amor que tu padre y yo teníamos. Ahora, he conocido a un hombre amable, educado, generoso, divertido, que me trata como a una reina y no tengo ningún motivo lo suficientemente poderoso para renunciar a vivir esta experiencia. Lo que tú tengas con Susana es vuestro, no es mío ni de Emilio. Si te gusta bien y si no, también.

Alza la cabeza que apenas ha inclinado y se marcha a la cocina.

Genial. Se estropea mi relación con Adán y ahora con mi madre. No me importa. Sé que estoy haciendo lo correcto, tanto con Adán como con ella. Sobreviviré.

Tumbada en la cama de mi habitación me doy cuenta de que estos últimos días vividos con Hugo en Mallorca me parecen un sueño, puedo ver con distancia lo ocurrido con Susana y me doy cuenta de que no tiene nada de terrible el haber tenido sexo con Hugo fuera o no para vengarme de ella.

Tengo ganas de empezar una nueva vida y creo que junto a Hugo la puedo tener. Su actitud hacia mí es tan diferente de los primeros días que pienso que realmente le gusto, así que no voy a desaprovechar esta oportunidad. Tengo que hacer lo que más me convenga, igual que hace Sonia, igual que hace mi madre. He de pensar más en mí.

Renovada de ánimos, cojo el coche y me voy a la calle Mayor de Lleida a ver tiendas y perderme entre la gente. Me detengo en cada escaparate: zapatos, bolsos, vestidos, chaquetas, anillos o pulseras atraen mi atención y me siento ilusionada como hacía mucho tiempo no me sentía. Y de repente, ahí está, parado delante del escaparate de una zapatería, absorto contemplando el calzado, Adán. Los

latidos de mi corazón se disparan al verlo tan atractivo. Entonces, él gira la cabeza y me ve. Nos miramos unos segundos que se hacen eternos. Sus ojos se clavan en los míos y la expresión fría que se había relajado aparece de nuevo en su rostro. No soy capaz de moverme.

«Sé valiente por una vez en tu vida y no vuelvas a dejarle con una fría explicación por teléfono. No puedes cambiar el haberte marchado a Barcelona sin darle una respuesta a su petición de matrimonio diez años atrás, pero ahora puedes empezar a hacer las cosas bien.» Samantha surge de alguna parte de mi ser. Tiene razón, tengo que comportarme como la adulta que soy. Así que decido acercarme a él, pero un par de críos salen corriendo de la tienda gritando.

—¡Papi, papi! Mira qué deportivas más chulis nos hemos comprado.

Sus hijos lo rodean dando saltos de alegría. El mayor es rubio como su madre y debe de tener unos ocho años. El pequeño es moreno como Adán y no tiene más de seis años. Ambos acaparan su atención mostrándole el interior de unas bolsas.

Adán comenta lo bonitas que son las deportivas de sus hijos aunque su mirada ha vuelto a clavarse en mí mientras los críos discuten por lograr que su padre, que ya no les presta atención, confirme cuál de ellas son mejores.

El mundo parece haberse detenido entre nosotros dos y ni el ruido del ambiente, ni la gente, pertenecen ya a nuestro plano. Flotamos por encima de todo y puedo saber sin que él me lo diga con palabras lo mucho que me desea y me echa de menos. Pero de repente, todo se detiene cuando Silvia, su mujer, sale de la zapatería empujando el carrito del bebé. Adán sigue absorto en mí y Silvia se extraña de que mire tan fijamente algo. Es entonces cuando ella me ve. Su expresión relajada se vuelve tensa. Está claro que sabe toda la historia entre su marido y yo. Pero aun enfadada está preciosa. Va toda vestida de blanco con unos pantalones estrechos que realzan sus delgadas e interminables piernas. Adán al fin reacciona y la coge por el brazo. Ella alza la cabeza agitando su melena rubia y brillante y ese gesto de victoria me sienta como un puñetazo en el estómago

cuando los veo alejarse caminando cogidos de la mano como un matrimonio feliz.

No me queda nada que hacer en Lleida, mi relación con mi madre es tensa y con Adán nula. Hugo no está y no sé si volveré a saber algo más de él. No puedo volver a Barcelona porque no tengo trabajo ni dónde vivir, aunque podría pedirle a alguna amiga que me dejara pasar unos días en su sofá. Pero ¿para qué?

Me siento atrapada en casa de mi madre, atrapada en el pueblo, atrapada en una vida que no me gusta y que no sé cómo cambiar. Vuelvo a casa sin haber comprado más que una novela, *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, y un par de revistas de moda y cotilleos de la vida social de los famosos, el *Cosmopolitan* y el *Cuore*.

Mi madre está en el comedor viendo la telenovela de turno, así que me marchó a mi habitación y me tumbo en la cama dispuesta a comenzar la novela, pero no paso de la tercera página, que tengo que leer dos veces porque no puedo concentrarme. Decido abrir el *Cosmopolitan*. Perfumes, joyas y chicas guapísimas con ropa preciosa posan en fotografías diversas, ciudad, campo, casas, pero todas tienen algo en común: el lujo que las rodea y la felicidad y despreocupación que emanan. ¿Cómo sería vivir así? Sin preocuparte por no tener dinero, trabajo o hipotecas que pagar.

«Sería maravilloso», suspira Samantha girando con los brazos abiertos mientras su bata de seda color rosa flota en el aire como las alas de una mariposa.

Sí, lo sería y el único que me puede proporcionar esa vida es Hugo, del cual no sé nada.

Capítulo 13

Ya ha pasado una semana desde que volví de Mallorca y me estoy volviendo loca en casa de mi madre. No sé qué hacer ni adónde ir, no hay nada que me distraiga y me paso el día encerrada en mi habitación evitando a mi madre. Sé que en cualquier momento me cogerá y me dará un sermón sobre qué pretendo hacer con mi vida; no tengo ganas, ningunas ganas.

Necesito hablar con alguien, necesito desahogarme, vomitar mis sentimientos que me abrasan el corazón, pero no encuentro con quién. No confío en las amigas del pueblo y tengo miedo que si les cuento lo de Adán se extienda como la pólvora. Las amigas que tengo en Barcelona no saben nada de él y no me apetece empezar de cero para ponerlas al día; además, todas tienen novio, una relación estable que no les deja percibir más colores que el blanco o el negro y seguro que me pondrían a parir por liarme con un hombre casado y con hijos.

Sonia, ella es la única que me comprendería, su situación es rara como la mía. Cojo el móvil y busco su número en la agenda, al tercer tono me contesta una voz nerviosa.

—¿Violeta?

—Hola, Sonia, ¿qué tal?

—Mal, Violeta, muy mal. —El volumen de su voz baja tanto que apenas puedo entenderla—. Ya te llamaré.

No me da tiempo a decir nada más porque cuelga sin esperar una respuesta. Qué chasco, deseaba recibir ánimos por su parte, un «no te preocupes y haz lo que creas necesario» pero tras colgar el móvil me quedo muy preocupada por lo que le pueda estar pasando a Sonia.

Un pitido me avisa que acaba de llegar un WhatsApp. Enseguida pienso que es Sonia dándome algo más de información sobre lo que le pasa, pero una punzada de emoción me sube por el estómago cuando veo que es un mensaje de Hugo.

Tirso ha preparado una habitación para que vayas cuando quieras, te paso su teléfono para que le avises antes de ir.

Después de escribir el número se despide con un simple:

Tengo ganas de verte.

Ya está, ninguna información sobre cuándo volverá.

«—Al menos te ha escrito —comenta Samantha—. Pienso que no creías que volverías a verle.

»—Aún no le he visto.

»—Pero hay posibilidades —insiste.»

Hoy Samantha está optimista así que no voy a llevarle la contraria.

Bajo una pequeña maleta que tengo sobre el armario y meto algo de ropa, un par de zapatos más, el biquini y el neceser con el maquillaje, secador, cepillo, pasta de dientes y crema solar. En menos de veinte minutos he preparado la maleta y sólo espero que mi madre no esté en casa para no discutir de nuevo.

Abro la puerta con cuidado y saco la cabeza. No oigo ningún ruido así que debe de haber salido. Estupendo, ésta es mi oportunidad. Bajo a toda prisa y meto la maleta en el maletero, arranco el coche y salgo disparada hacia Cervià.

Llego hasta Castellidans y tomo la misma carretera de curvas y baches que lleva al pueblo donde tuve el accidente con Hugo el día que le conocí. Nada más llegar a Cervià, tomo la primera calle a la izquierda y enseguida recuerdo el camino que me lleva hasta el

caserón de Hugo. Aparco delante y entonces caigo en que con las prisas no he llamado a Tirso para avisarle de que venía.

Golpeo la puerta con el picaporte, que hace un estruendo seco.

Nadie abre.

Repito los golpes un par de veces más.

Silencio.

Genial. He venido hasta aquí para nada.

Me doy la vuelta y regreso al coche. Entonces oigo el chirrido de la puerta de la casa al abrirse.

—¿Sí? —pregunta un hombre con voz ronca de unos sesenta años, con gafas de pasta y el cabello canoso recogido en una raquítica coleta.

—Hola —me presento—. Soy Violeta. Perdone por no avisarle, Hugo me dio su teléfono pero... bueno, no he pensado en llamarle.

—Ya —contesta secamente repasándome de arriba abajo.

Me echa una última e indiscreta mirada antes de desaparecer dentro de la casa.

Saco la maleta del coche y entro.

Tirso me está esperando en el recibidor con un juego de llaves en la mano.

—Hugo me ha dicho que se las dé. —Las cojo sorprendida—. Le he preparado la primera habitación, que está subiendo las escaleras a la izquierda, y he comprado fruta, verdura, pescado y algo de carne; está todo en la nevera.

—Muchas gracias.

—De nada. —Su piel morena y agrietada por el sol se estira en lo que es una leve sonrisa—. Sólo he hecho lo que Hugo me ha pedido.

—Me dijo que usted cuida de su casa —añado con rapidez antes de que cumpla la intención de marcharse que veo en sus movimientos.

—Sí —es toda su respuesta.

—¿Es usted del pueblo?

—No.

—¿Ya se marcha?

Tirso asiente con la cabeza mientras pasa junto a mí en dirección a la salida.

—Volveré mañana por la mañana.

—Bien, entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cierra con demasiada fuerza la puerta y el golpe retumba con un eco seco en toda la casa. De repente me siento pequeña dentro de esta mansión que ahora tengo para mí sola.

Subo la maleta a la habitación, una estancia el doble de grande que mi dormitorio. La decoración es simple, una cama de matrimonio frente a una gran ventana que da a la piscina. Un armario doble de color blanco, igual que las dos mesitas y el cabezal de la cama. Una silla de mimbre en una esquina, un pequeño escritorio y un gran cuadro hecho de piezas de puzle que representa *Los girasoles* de Van Gogh. Coloco la ropa en el armario y luego busco el baño, que está al final del pasillo, donde hay cuatro habitaciones más.

Bajo a la cocina e inspecciono la nevera. Está llena de provisiones que no acabaré en menos de una semana.

Decido enviarle un WhatsApp a mi madre avisándola de que no iré a dormir, un mensaje escueto sin más explicaciones, y al instante recibo un OK de su parte.

Me tumbo en el sofá y enciendo la enorme tele de plasma que está colgada en la pared. En el canal Paramount están dando una película que he visto mil veces, *Dirty Dancing*. Nada más ver a Johnny pienso en Adán y antes de que su recuerdo me rasgue más el corazón, cojo el teléfono y llamo a Hugo. Después del quinto tono cuelgo, decepcionada.

Adormecida en el baile final de la película, el tono del WhatsApp me despierta. Es Hugo.

Me alegro de que estés en Cervià, vuelvo a final de semana. Un beso.

Supongo que Tirso le debe de haber informado de mi llegada. Odio que me escriba en plan telegráfico, ¿por qué no me llama? La

semana se me va a hacer eterna, son las diez de la noche y todavía es lunes.

Me arrastro hasta al dormitorio, me desnudo y me meto en la cama sin desmaquillarme, afortunadamente me quedo dormida rápidamente y casi no tengo sueños que me agobien durante la noche. Al día siguiente me despierta el ruido del agua. Me asomo a la ventana y veo a Tirso regando el jardín.

—¡Buenos días! —grito agitando la mano.

Tirso me mira y saluda moviendo la cabeza.

Me visto y bajo a la cocina donde me preparo un café con leche en la supercafetera italiana que tiene un lugar privilegiado en una especie de pedestal sobre la encimera. Salgo al jardín con la taza y una agradable brisa cálida me agita el pelo.

—¿Quiere un café, Tirso?

—Primero siempre tomo un chupito de Verd-groc, ¿te apetece uno?

—Oh, no, gracias. Es que yo no bebo por las mañanas.

—Yo tampoco —contesta con media sonrisa—. Verd-groc es el aceite que producimos en este pueblo.

—¿Bebes aceite por la mañana? —pregunto con cara de asco.

—Y por la noche. No encontrarás tantas propiedades beneficiosas en ningún otro producto. Llevo quince años tomándolo cada día y casi no me he resfriado.

—Ya.

—Encontrarás una botella de aceite debajo de la encimera, ponme un chupito.

—Vale, ahora vuelvo.

Preparo el chupito de aceite para Tirso y pongo en un plato unas pastas de crema y cabello de ángel que he encontrado en uno de los armarios y que seguramente Tirso se ha encargado de comprar.

Nos sentamos a una mesa en el jardín y Tirso se toma su chupito de aceite saboreando cada sorbo mientras me mira de reojo con cierto disimulo y curiosidad. Aunque no dice ni una palabra creo que tiene muchas preguntas que le gustaría hacerme.

—¿Y siempre has vivido aquí?

Tirso asiente dando el último sorbo a su chupito mientras me mira por encima de los cristales de sus gafas de pasta.

—Bueno —carraspea—. Estuve unos años en la mar.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacías?

—Pescar.

—Qué interesante. ¿Dónde has estado pescando?

—En muchos lugares. Voy a seguir con mi trabajo. —Se levanta y se coloca detrás de la oreja un mechón gris que se ha escapado de su raquílica coleta.

—Vale.

Me pongo el biquini y me voy a la piscina con las revistas que compré en Lleida.

La mañana se hace monótona entre un chapuzón, tomar el sol y cotillear la vida privada de los famosos mientras veo a Tirso encargarse del jardín. Samantha me guiña el ojo desde un rincón de la piscina y me dice que se podría acostumbrar rápidamente a esta vida.

Mi estómago me avisa de que es la hora de comer y voy a la cocina a curiosear en la nevera para ver qué puedo preparar. Encuentro unos bistecs de ternera, lomo, sepia, almejas, gambas, lechuga, zanahorias, cebollas, pimientos y unas cuantas cosas en las que apenas reparo.

—Me marchó. —Tirso aparece como un fantasma detrás de la puerta de la nevera. Doy un respingo.

—Vale, ¿volverás esta tarde?

—Mañana. Tengo que poner un poco de orden en la caseta de las herramientas.

—Pues hasta mañana.

Asiente con la cabeza y acompaña el gesto con una media sonrisa que es el máximo de alegría que le he visto hoy.

Me preparo un bocadillo de tortilla que acompaño con unas aceitunas arbequinas y una Coca-Cola, y me siento en el sofá frente al gran televisor.

Compruebo el móvil por si Hugo me ha enviado algún WhatsApp y no me he dado cuenta, pero no, sigue sin comunicarse, lo cual me apena.

«—Es un artista bohemio, loco y libre; debe de tener mil cosas en la cabeza, no como tú, que no tienes empleo, ni casa, ni familia y sí todo el tiempo del mundo para preguntarte por qué Hugo no te llama —apunta Samantha con cierto tono hiriente.

»—Gracias por recordarme que tengo una vida vacía.

»—No quería decir eso —se disculpa.

»—Ya.

»—En serio...»

Cambio de canal y la ignoro.

El ruido de la lluvia me despierta. He debido de quedarme dormida en el sofá y ahora tengo dolor de espalda. Me incorporo, estiro los brazos y me doy cuenta de que la lluvia cae en una película en la televisión y que en la calle hace un sol espléndido.

Decido dar un paseo por el pueblo después de ducharme. Recorro las calles y veo tres tiendas de comestibles, tres bares —uno de ellos el casal del pueblo—, una panadería, una tienda donde venden de todo un poco, un quiosco y un banco que están situados en la plaza. Entro en el quiosco y compro un poco más de material para no pensar.

—Me llevo el *Cuore*, el *Hola* y el *Vogue* —le indico a la dependienta, una chica joven con un rostro terso y luminoso.

Vuelvo a la casa y al entrar y cerrar la puerta el ruido que hace me encoge el corazón recordándome lo sola que me encuentro. Empiezo a dudar de que haya sido una buena idea venir aquí. No me encuentro a gusto en ningún lugar y en cuanto el desánimo empieza a derramarse por mi cerebro, enciendo la tele y busco algún programa absurdo que me distraiga.

A las diez de la noche, después de una ensalada y fruta me voy a la cama. Nada más apagar la luz el silencio total me envuelve haciendo que mi respiración, cada vez más agitada y los típicos ruidos de dilatación de la casa sean los únicos sonidos que se escuchan. No sé por qué en estos momentos siempre me da por acordarme de películas de terror como *El exorcista*, *Psicosis*, *El resplandor*...

Me vuelve a despertar el ruido que viene del jardín y casi puedo decir que me alegro de ver a Tirso trabajando. Me visto y preparo mi café y un chupito de Verd-groc para Tirso. Salgo al jardín y me recibe con una sonrisa.

—Gracias. —Coge su chupito y deja apoyada contra la pared de la caseta de madera la pala con la que está haciendo un agujero en la tierra—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien.

—¿No te da miedo dormir sola en esta casa tan grande?

—No. —Sorbo mi café mientras los ojos pequeños y azules de Tirso se clavan en mi cara—. Bueno, sí. La verdad es que tardé en dormirme. No hacía más que escuchar ruiditos por todas partes.

—En estas casas tan grandes es normal. —Se toma su chupito de aceite de golpe—. Sobre todo cuando están solas, expuestas al clima sin otras casas que las puedan proteger un poco.

—Ya. Yo estoy acostumbrada a vivir en pisos donde oyes las pisadas del vecino de arriba, los gritos de los niños del piso de abajo, las quejas de la abuela del piso de la derecha, la tos asfixiante del vecino del piso de la izquierda y, cómo no, el tráfico.

—Para volverse majara.

—No creas, a todo se acostumbra una.

—Yo no me acostumbré nunca. Vivía en el barrio de la Barceloneta y los meses que no estaba en la mar venía a Cervià. ¿Te importa que me ponga un poquito de whisky que hay en la nevera?

—Claro que no, ahora te lo traigo.

—Tranquila, ya voy yo.

Tirso entra en la casa con su vaivén al caminar y mientras le miro me pregunto si debe de ser uno de esos marineros con una novia en cada puerto y una borrachera en cada bar.

—Me he fijado en que todavía no has gastado el pescado que te compré. Deberías cocinarlo hoy mismo o se echará a perder —me aconseja en cuanto sale de la casa.

—Sólo se cocinarlo a la plancha, ¿quieres quedarte a comer?

—Puedo prepararte una fideuá que te chuparás los dedos.

—Genial.

Nunca pensé que comer con un extraño pudiera hacerme tanta ilusión.

«Pero ¿qué te está pasando, Violeta? —me sermonea Samantha—. Has venido aquí esperando ser la novia de un príncipe y ahora te conformas con la compañía de un mendigo.

»—Olvídame.

»—Pensaré que estás intentando llevarte bien con el servicio. Aunque con el chupito de aceite bastaba, no tenías por qué invitarlo a comer.»

Paso la mañana en la piscina haciendo unos largos y tomando el sol y no me doy cuenta de la hora que es hasta que Tirso me tapa el sol que me tuesta la piel.

—La fideuá ya está lista —anuncia, mostrando sus dientes grandes y algunas caries.

—¿En serio? Podrías haberme pedido ayuda y te habría hecho de pinche.

Me incorporo de golpe y un suave mareo se instala en mi cabeza. Tengo que esperar unos segundos hasta que mi cuerpo se acostumbra a estar en vertical.

Nada más entrar en el recibidor, un delicioso olor me conduce a la cocina, donde Tirso ha preparado la mesa y también ha aliñado una ensalada.

—Huele de maravilla —exclamo.

—Siéntate y prueba esto —me pide colocando un plato con rebanadas de pan con aceite.

—¿Éste es tu milagroso Verd-groc? —Asiente y doy un mordisco al pan—. Muy sabroso.

—Tu piel y tu salud te lo agradecerán, hazme caso.

Llena un par de platos con fideos, sepia, almejas y gambas, y coloca un bol con *all i oli* casero que ha preparado él mismo.

—La fideuá no lleva tanto pescado pero he querido gastarlo todo antes de que se estropee. ¿Qué quieres de beber? ¿Vino blanco, tinto, algún refresco, cerveza o agua?

—Agua.

Abre la nevera y saca una botella de agua. Se sienta a la mesa y la sirve en dos vasos. Me sorprende que no tome vino o cerveza comiendo, está visto que me he vuelto a equivocar.

—¿Todo lo que hay en la nevera te pidió Hugo que lo compraras para mí?

—Todo no. Sólo lo fresco como la carne, el pescado, la fruta o la verdura. Lo demás ya estaba aquí y son cosas que voy reponiendo.

—Creía que Hugo no solía venir mucho.

—Todo lo que su trabajo se lo permite.

—La fideuá está buenísima, Tirso.

—Gracias. —Sonríe, arrugando los ojos tras las gafas.

—¿Hace mucho que os conocéis Hugo y tú?

—Le conozco desde que era un crío y venía con sus abuelos a pasar los veranos en esta casa. Luego los abuelos se hicieron mayores y ya no volvieron más y la casa se fue deteriorando. Hace como seis años me tropecé con Hugo en el pueblo y él me reconoció, lo que me hizo mucha gracia, y me contó que quería reformar la casa. Me preguntó si yo me ocuparía del mantenimiento una vez arreglada. Le dije que sí.

—¿Y a eso es a lo que te dedicas todo el día? Debes de estar jubilado, ¿no?

—No pienso dejar de hacer cosas mientras me encuentre bien. Yo no sirvo para estar todo el día mirando la tele, leyendo el periódico y jugando al dominó. Cuando es la temporada recojo olivas, almendras y también tengo algunos animales.

—Qué diferente debe de ser la vida de pescador.

—Mucho.

—¿Estuviste muchos años pescando?

—Veinticinco.

—¿Cómo es que cocinas tan bien?

—Aprendí en el barco.

Me da la sensación que ya he hecho bastantes preguntas así que decido callarme un rato.

Tirso se concentra en su plato y en la ensalada. Parece disfrutar de la comida y no da la sensación de que se sienta incómodo por el

silencio. Supongo que tampoco le interesa quién soy yo o de dónde he salido.

—¿Quieres repetir? —me pregunta cargando los últimos fideos de su plato en el tenedor.

—Sí, gracias, pero sólo una cucharada más.

Después de terminamos casi toda la fideuá preparo el café y unas pastitas mientras Tirso se encarga de meter los platos en el lavavajillas; es todo un amo de casa.

Antes de poder probar el café suena mi móvil y veo en la pantalla que es mi madre.

—Hola —saludo escuetamente.

—Deberías venir —me pide mi madre con tono preocupado.

—¿Qué pasa?

—Una tal Sonia está aquí, con sus hijos. —Me quedo muda—.

Así que ven.

—Ahora mismo voy.

—Vale —susurra mi madre antes de colgar.

—¿Va todo bien? —pregunta Tirso.

—Sí. Bueno, no. Tengo que irme.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —se ofrece Tirso y su gesto me conmueve tontamente.

—Gracias, pero creo que no. Tengo una amiga con problemas y necesita mi ayuda.

—Entonces, ve rápidamente.

—Sí —digo levantándome de la mesa.

Le saludo con la mano torpemente y Tirso me devuelve un gesto con la cabeza cuando salgo de la cocina.

En veinte minutos estoy en mi pueblo y aparco delante de la casa de mi madre, quien abre la puerta antes de que llame. Sale a mi encuentro con el ceño fruncido y los brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Qué le pasa a esa chica? No recuerdo que me hayas hablado de ella. Dice que se llama Sonia, pero no la recuerdo, no.

—No lo sé, mamá —consigo esquivarla a ella y sus preguntas y entro en casa.

Sonia está en el salón jugando con sus hijos sobre la alfombra. Nada más verme coge aire y se traga el llanto que noto está ahogándole la garganta. Viene hasta mí y me da un abrazo. Su aspecto no es tan pulido como el de la última vez que la vi: lleva el pelo suelto, despeinado y algo grasiento. No hay ni una pincelada de maquillaje en su rostro y la ropa es elegante aunque está demasiado arrugada para ser aceptable.

—¿Qué ha pasado?

—Perdona que me haya presentado así, sin avisar, es que no sabía adónde ir.

—No te preocupes por eso —la consuelo—. Vamos a mi habitación y me cuentas.

Le hago un gesto a mi madre y ella asiente.

Nada más entrar en la habitación Sonia se derrumba y comienza a llorar angustiosamente.

—¿Qué ha ocurrido, Sonia?

—Albert me pega —consigue sollozar.

—¿Qué?

—Al principio fueron bofetadas, después palizas.

—No me lo puedo creer, ¿ese hijo de Satanás te agrede?

—Y créeme que no se contiene. Hasta en el trabajo me ha pegado.

—Lo mato.

—Está loco. Le dije que le denunciaría y todavía fue peor. Me agarró por el pelo y casi se le salen los ojos de rabia diciéndome que si manchaba su nombre me iba a hacer desaparecer y a mis hijos los iba a vender como esclavos sexuales.

Sonia llora tanto que todo el cuerpo le tiembla. La abrazo con fuerza.

—Tranquila, ese cabrón no va a hacer nada de eso. Ahora estás a salvo.

—¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Qué va a ser de mis hijos?

Esas preguntas me agobian como si fueran también mías, yo ya tengo mis propios problemas y esto suma peso a la losa que llevo

sobre mi pecho.

—Anoche estuvo en casa y después de resistirme a acostarme con él, me pegó. Por primera vez grité todo lo fuerte que pude y eso le asustó y se fue. No he pegado ojo en toda la noche pensando qué hacer. No puedo denunciarle, sé que me mataría, y tampoco quería quedarme en Barcelona en casa de alguna amiga. Quería irme lejos, así que esta mañana recogí alguna ropa, nos subimos al coche y conduje sin saber adónde ir. Al entrar en la autovía vi el cartel que indicaba dirección Lleida y me acordé de ti. Llegué hasta Mollerussa y allí pregunté por Puigverd. El hablarme tanto de tu pueblo hizo que recordara el nombre. Al llegar he preguntado por ti, me han ido indicando y, bueno, aquí estoy para darte problemas. —Sonríe con amargura y los labios le tiemblan mientras me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—No seas tonta. No eres ningún problema. Me alegro de que hayas huido y de que estés aquí. Verás como ahora las cosas son diferentes. No te preocupes, ya encontraremos una solución —miento—. ¿Por qué no te das una ducha y te relajas? Yo me encargo de los niños.

Le indico dónde está el baño y le subo su bolsa con ropa.

—Creo que no he cogido nada para mí —se lamenta—. Sólo he pensado en los niños.

—No te preocupes. Coge lo que quieras de mi armario.

—Gracias, Violeta. Eres un ángel.

—Anda, no digas tonterías. A cualquier amiga que se lo hubieras pedido te habría ayudado.

Dejo a Sonia en el baño y bajo en busca de mi madre, que está disfrutando jugando con los niños. Les ha dejado algunos juguetes de mi vecino Nicolás.

—Mamá. —Le hago un gesto para que me siga hasta la cocina.

—¿Qué le pasa a tu amiga?

—Su novio la maltrata y ha huido —le hago un resumen rápido sin entrar en detalles.

—¿Y su familia?

—No tiene.

—¿Y qué vamos a hacer nosotras?

—No tengo ni idea.

—Lo primero es poner una denuncia.

—Eso ni se lo menciones. Le ha dicho que si lo denuncia la matará.

—Esto es muy delicado, *ma chérie* —murmura mi madre pensativa—. Lo único que podemos hacer es arroparla hasta que ella misma decida lo que quiere hacer. Voy a preparar una habitación. Llevaremos un colchón para que puedan dormir todos juntos. Tú quédate con los niños.

Que mi madre coja las riendas de esta situación me alivia enormemente.

Después de un rato distrayendo a María y a Marc, Sonia aparece en el salón. Se acerca a nosotros y acaricia la cabeza de su hijo, que no aparta la mirada de un juguete.

—¿Mejor? —le pregunto por lo bajini.

Ella asiente intentando sonreír.

Al día siguiente el movimiento en casa comienza muy temprano. María y Marc son los primeros en levantarse y encender la tele para ver Disney Channel. Cuando bajo al salón todavía con el pijama, Sonia ya está allí con la misma ropa que anoche. Creo que ha dormido con ella puesta, si es que ha conseguido dormir algo.

Vamos a la cocina y Sonia prepara un par de tazas de leche con Cola Cao para los niños.

—He estado pensando toda la noche —dice.

—¿Sí? ¿Y qué? —pregunto ilusionada por encontrar una solución rápida a todo esto.

—Pues... que no sé qué hacer, Violeta. —Estalla en un llanto ahogado y los polvos del Cola Cao tiemblan en la cuchara derramándose sobre la encimera.

Genial.

—Eh, tranquila. Dentro de unos días verás las cosas con más claridad. Ahora estás muy asustada. —La abrazo intentando calmarla—. Venga, que los niños si te ven así lo pasarán mal.

—Ya lo están pasando mal. María me preguntó anoche si Albert nos encontraría aquí. Qué idiota fui al liarme con un hombre como ése.

—Sólo buscabas un futuro mejor.

—Pensé que sería fácil, pero acostarte con alguien que no te gusta sólo por dinero no es nada fácil. Te tragas tu dignidad y haces cosas que la necesidad te obliga a hacer.

«Bueno, no es tu caso, a ti Hugo y Adán te gustan. Uno más que otro —susurra Samantha sin querer molestar—. Y también lo haces por necesidad, aunque no económica.»

—Venga, sécate las lágrimas. Desayunamos y nos vamos a dar una vuelta.

Sonia asiente y me da un abrazo.

—Gracias. Mil gracias, Violeta.

Pasamos la mañana recorriendo el pueblo, los caminos colindantes y el canal de riego. A los niños les hace gracia ver los saltos de agua aunque cada dos por tres tenemos que sujetar a Marc, que insiste en darse un chapuzón. De vuelta a casa, lo que menos esperaba era encontrarme con Adán. Marc se suelta de mi mano de un tirón y se planta en medio de la calle justo en el momento en que un coche, el de Adán, gira detrás de nosotros para tomar nuestra misma dirección. Sonia y yo damos un grito cuando el coche se detiene a un metro del niño, que se queda inmóvil del susto.

Sonia corre a abrazar a su hijo mientras le regaña y Adán se baja del coche de un salto.

—¿Está bien? —pregunta alterado—. No le he tocado, ¿verdad?

—Está bien —respondo. Adán me mira sorprendido. Creo que no se había dado cuenta de que era yo—. No le he visto —se disculpa acariciando la cara de Marc, que está sobre los brazos de su madre sonriendo con normalidad.

—Ha sido culpa mía, se me escapó de la mano —digo.

—Suele hacer estas cosas, Violeta —explica Sonia—. Mi hijo es un poco bruto y un día me arrancará un brazo. No es la primera vez.

—Os presento. Adán, Sonia. Sonia, Adán.

Ambos se dan un par de besos.

—¿Y este granuja quién es? —pregunta Adán revolviéndole el pelo al niño.

—Se llama Marc y ella es María.

Casi nos habíamos olvidado de la pobre y buena María, que no ha dicho una palabra escondida detrás de mí.

—¿Os llevo a algún sitio? —se ofrece Adán.

—No hace falta —respondo—. Ya vamos para casa de mi madre.

En unos segundos un silencio incómodo nos envuelve a Adán y a mí, y ambos apartamos la mirada el uno del otro.

—Bueno... pues nos vamos—resuelvo.

—Bien. Me alegro de conoceros, Sonia, María y Marc. Aunque haya sido de esta manera.

—Nosotros también —responde Sonia.

Adán sube a su coche y se marcha.

Seguimos el camino en dirección a casa de mi madre y puedo notar que Sonia me mira de reojo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Eso digo yo.

—¿Qué?

—¿Qué rollo tienes con ese chico?

—¿Qué chico?

—No te hagas la tonta. Con el tal Adán.

—Pues ninguno. Es un amigo, está casado y tiene hijos.

—No te he preguntado si está casado y tiene hijos.

—No hay nada —le digo encogiéndome de hombros.

—Había tanta tensión sexual entre vosotros que se podía cortar con un cuchillo.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—No hace falta fijarse mucho para darse cuenta.

—Pues no sé qué has visto si apenas hemos hablado.

—No se atrevía a mirarte, se ha tocado el pelo un par de veces y no sabía dónde meter las manos.

—Casi atropella a tu hijo, estaba nervioso.

—No. No era eso.

—Pues te equivocas. Adán es un amigo de la infancia.

—Vale —sentencia Sonia con una sonrisa picarona.

Al llegar a casa y abrir la puerta, me llega un delicioso olor a comida. Mi madre está en la cocina con la mesa preparada y una bandeja de macarrones con queso en el horno.

—Venga, a comer —ordena.

—Qué bien huele, Margarita —la elogia Sonia.

—He preparado unos macarrones para los niños.

—No tenía que molestarse, ellos están acostumbrados a comer de lo que haya.

—Oh, no es molestia. Me encanta cocinar y mi vecino Nicolás dice que son los mejores del mundo mundial.

Mi madre se vuelca con Sonia y con los niños y yo, por qué no decirlo, me siento un poco celosa por toda la atención que reciben de ella.

Decidimos echar una siesta y me tumbo en la cama totalmente despejada, con un montón de sensaciones por todo lo ocurrido estos últimos días y estas últimas horas. Sobre todo por ver a Adán, quien sigue disparando mis hormonas, serotonina y células a mil por hora.

Mi móvil suena sobre la mesita de noche y al mirar la pantalla me alegro al ver que es Hugo.

—¡Hola! —exclamo sin ocultar mi entusiasmo.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás, sigues en Cervià?

—No. Me tuve que marchar ayer.

—Oh, vaya. ¿Ha habido algún problema? ¿No te encontrabas bien allí?

—Sí, sí, genial. Es que tenía que resolver un asunto en casa. ¿Dónde estás?

—En Madrid.

—Creía que todavía estabas en Noruega.

—Volví anoche. Tengo que estar aquí un par de días más y luego regreso a Lleida. Espero verte.

Me alegra enormemente escuchar eso.

—Pues no tienes más que llamarme cuando llegues. Yo también tengo ganas de verte.

—Entonces, te llamo cuando regrese.

—Genial, ¡espera! —añado antes de que cuelgue.

—Tú dirás.

—Ha venido una amiga a verme con sus hijos, ¿te importa si los llevo a Cervià unos días? He pensado que como hay piscina los niños se lo pasarán genial. Están viviendo unos momentos difíciles.

—Claro. Ningún problema. Un beso, preciosa.

Hugo cuelga sin esperar un agradecimiento por mi parte.

Esa misma noche le propongo a Sonia ir a Cervià lo que le parece buena idea, no tanto a mi madre quien ya había planificado como afrontar la vida las siguientes semanas con Sonia y los niños.

—¿Quién es esa amiga que vive en Cervià?—pregunta mi madre intentando no mostrar una curiosidad que se le escapa por los poros.

—¿Te acuerdas del chico del accidente?

—Sí.

—Pues él.

—No entiendo por qué te relacionas con alguien que casi te mata.

—Fue un accidente, mamá, no un homicidio. No seas exagerada.

—Pues mira quién fue a hablar de exagerar —canturrea mi madre con lentitud.

Al día siguiente después de comer, Sonia mete una maleta en su coche y se despide de mi madre. Cuando los niños suben me hace una señal para que entre en casa.

—En los próximos días no voy a estar, así que asegúrate de llevar tus llaves o no podrás entrar en casa.

—¿Te vas con Emilio?

—Sí. Vamos a hacer un crucero por...

—No me interesa. —La corto alzando la mano—. Haz lo que quieras —le digo mientras salgo por la puerta de casa.

—Es lo que pienso hacer —la oigo decir.

No me despido de ella, subo a mi coche y arranco.

«¿Es necesaria tanta crueldad?», me pregunta Samantha.

No puedo responder porque siento que el pecho se me encoge aplastándome el corazón.

A mitad de camino recuerdo que no he llamado a Tirso para avisarle de nuestra llegada. Bueno, ahora no puedo hacer nada. No hay cobertura hasta que llegue al pueblo.

Aparcamos delante de la casa y los niños salen disparados del coche.

—¡No os alejéis! ¡María, vigila a tu hermano, cógele de la mano!
—grita Sonia.

Me molesto en llamar a la puerta al mismo tiempo que busco en la agenda del móvil el número de Tirso.

La puerta se abre y Tirso aparece como un espectro en la oscuridad del recibidor.

—Hola, pensé que no estaría. Se me olvidó llamarle.

—Qué novedad —comenta.

—He venido con...

—Lo sé —me interrumpe—. Hugo me llamó. Ya he preparado un par de habitaciones. Adelante.

Los niños entran como dos cohetes fuera de órbita y recorren la casa como si se encontraran en una atracción de feria.

—Gracias. Me llamo Sonia. —Mi amiga se presenta extendiéndole la mano.

—Tirso —la saluda—. Sígame, le enseñaré donde están las habitaciones. Puede que prefiera dormir con sus hijos todos juntos. Hugo no me dijo la edad de los niños y pensé que serían adolescentes.

—No, no —contesta Sonia con una sonrisa—. Ya estoy temiendo que llegue esa edad rebelde.

—Disfrútelos ahora. Todo pasa muy rápido.

—Sí, eso me dice la gente ¿Usted tiene hijos?

Tirso parece pensar la respuesta.

—No —contesta subiendo las escaleras.

Después de instalarnos le propongo a Sonia dar una vuelta por el pueblo pero me dice que está cansada, así que cenamos unos sándwiches, miramos un rato la tele y nos vamos a dormir.

Al día siguiente me despiertan los gritos de los niños jugando en la piscina. Me asomo a la ventana, Sonia está dentro con Marc en los brazos y María chapotea en el agua sentada al borde de la piscina.

Miro el móvil que tengo sobre la mesita de noche, son las once y media de la mañana. Me pongo el biquini, cojo una toalla que

encuentro en el armario y bajo a la piscina, antes paso por la cocina y me preparo un café con leche. Cuando salgo, Tirso está hablando con Sonia mientras los niños juegan con una pelota fuera del agua.

—Buenos días —interrumpo.

—Buenos días —contestan a la vez.

—¿Qué tal habéis dormido? —le pregunto a Sonia.

—Muy bien. Los niños no se han despertado hasta hace una hora. Creo que nos sentimos tan seguros aquí que nos hemos relajado completamente.

—Me alegro —contesto.

—¿Sabes una cosa? —Se emociona Sonia—. Hoy Tirso cocinará para nosotras. Me ha dicho que era cocinero en un barco pesquero.

Asiento con la cabeza.

—Voy a continuar con mi trabajo —carraspea Tirso.

—Hasta ahora, Tirso —lo despide Sonia.

—Qué buen rollo tenéis, ¿no? —comento cuando Tirso se ha alejado lo suficiente para que no nos oiga.

—Es muy majo y se le ve buena persona.

—No lo sé. Apenas le conozco.

—El tal Hugo, ¿es el dueño de la casa?

—Sí.

—¿El que te dio dinero para que te compraras el vestido?

—Sí.

—¿Estáis saliendo?

Sonrío.

—No tengo ni idea. —Sonia frunce el ceño—. Todo ha ido muy rápido. Dice que le gusta, pero de ahí a decir que tenemos una relación...

—¿A ti te gusta?

—Sí.

—Pero no tanto como Adán.

—Adán no es una opción.

—¿Sabes una cosa? —Sonia se recuesta sobre su hamaca y cierra los ojos cegada por el sol—. El amor es una estúpida idea romántica que nos ciega y no nos deja ver la realidad.

—Ya. Me gustaría tener la sabiduría de ver el mundo de otra manera, pero me pueden los sentimientos.

—Lo sé. Nos pasa a todos.

Durante la mañana, Sonia y los niños pasan a ser casi propiedad de Tirso, totalmente inmerso en la clase de cocina que da a sus nuevos amigos, entre los cuales no estoy incluida. Se lo pasan pipa ayudando al cocinero cortando cebolla, pelando patatas, limpiando pescado o jugando con la harina y el agua.

Me sirvo una copa de vino blanco y picoteo de las rebanadas de pan con Verd-groc que Tirso ha preparado y de las cuales María y Marc han dejado sólo tres.

Después de comer viene una sobremesa en la que los niños se quedan dormidos en el sofá y a Tirso le da por explicarnos algo de su vida.

—Nací en Barcelona y crecí en el barrio de la Barceloneta. Los hombres de mi familia siempre han sido pescadores: mi abuelo, mi padre, mis tíos y después mis hermanos y yo.

—¿No has hecho otra cosa que estar en un barco? —pregunta Sonia removiendo su café sin quitarle la vista de encima a Tirso.

—Sólo barco —contesta él con una leve sonrisa en la que las arrugas de sus ojos tras las gafas se acentúan.

—Yo me mareo. Sólo he subido a las golondrinas del puerto pero lo pasé fatal —cuenta Sonia.

—Trabajar de noche, mojado, con frío y viento en invierno es muy duro. No se valora lo suficiente el trabajo de los pescadores. Nos jugamos la vida. Yo vi morir a un compañero justo a mi lado.

—Oh, qué horrible. —Sonia se lleva las manos al pecho—. ¿Qué pasó?

—Se rompió una de las jaulas de recogida y le golpeó en el pecho, murió en el acto. Se llamaba Andrés y tenía diecinueve años.

—Tirso baja la cabeza, hace una mueca con la boca y toma un trago del whisky con hielo que se ha servido.

—¿Has estado casado, Tirso? —me atrevo a preguntar.

—Sí, dos veces y con la misma mujer. —Sonríe y no tengo claro si veo en su gesto felicidad o amargura—. Hemos estado casados

más de cincuenta años. He sido muy afortunado. —Hace una pausa para dar un trago—. Sí, he sido muy feliz con ella y con Marina.

—¿Quién es Marina?—pregunta Sonia.

—Mi hija.

—¿Tu hija? Pensaba que no tenías hijos. ¿Vivís en el pueblo? —pregunta Sonia sorprendida.

—Mi mujer vive en Barcelona. Aquí hay demasiados recuerdos que le hacen daño.

De repente se hace el silencio y ninguna de las dos nos atrevemos a preguntar por qué. Tirso mira fijamente la mesa mientras sus ojos se vuelven cristalinos.

—Mis padres murieron hace años —carraspea Sonia—. Mi madre murió de cáncer cuando yo tenía cuatro años y mi padre falleció en un accidente de coche seis años después, así que con diez años me quedé huérfana a cargo de mis abuelos maternos que ya eran muy mayores; los otros también habían fallecido.

Escucho toda la historia de Sonia, que ya conozco. Sé que está sola en el mundo y que la única familia que tiene son sus hijos. Por eso entiendo que los tuviera tan joven y sin recursos. Fue un acto desesperado pero comprensible, al menos para mí.

—Con diecisiete años cogí una maleta y vine a Cataluña. Viví en una pensión un año y durante ese tiempo trabajé en todo lo que me surgió mientras me sacaba un título de contabilidad. Me apasionan los números —murmura, un poco avergonzada.

—¿Estás separada? —pregunta Tirso.

—No llegué a casarme y el padre de los niños no quiere saber nada de ellos. Nunca ha querido hacerse cargo y es una lástima porque son unos niños estupendos. En parte es culpa mía: escogí a un vago como pareja.

Afortunadamente oigo sonar mi móvil y eso me libra de seguir escuchando dramas.

Es Hugo.

—Hola —le saludo saliendo al jardín.

—Estoy en Lleida, quiero verte.

Por fin una noticia buena.

—¿Vas a venir a Cervià?

—No. Quiero que vengas tú.

—Vale.

—Te espero esta noche. Recuerdas dónde vivo, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Ponte guapa, iremos a cenar.

Tirso se marcha y nosotras salimos al jardín mientras los niños miran los dibujos en la tele.

—En un rato me marchó, tengo una cita.

—Oh, eso es genial. ¿Puedo preguntar con quién?

—Con Hugo. Ha vuelto y hemos quedado para cenar. ¿No te importa que os deje aquí, verdad? Tirso siempre está, así que no os sentiréis solos.

—Tranquila, Violeta. Sólo tengo palabras de agradecimiento por todo lo que estás haciendo por nosotros.

—Entonces me marchó. Quiero pasar por casa a coger prestado a mi madre algún vestido. Desde que tiene novio se hace cosas preciosas y yo no tengo ropa elegante.

—¿Por qué no te pones el vestido que te compraste?

—No. Prefiero que me vea con algo distinto y te aseguro que mi madre tiene cosas muy bonitas. Ya sabes que es modista y tiene muy buen gusto. —Le doy dos besos—. No creo que venga a dormir.

—Ya lo supongo. Diviértete.

En veinte minutos aparco delante de casa de mi madre y subo directa a su dormitorio en busca del vestido que llevó el día que la pillé con Emilio en el restaurante. Era un modelo clásico y elegante, digno de Elisabeth Taylor o Grace Kelly. No creo que le importe que lo coja prestado, eso si no se lo ha llevado al crucero.

Abro la puerta y lo que veo me impacta más que cualquier cosa que haya visto en mis veintiocho años de vida. Mi madre y Emilio están en la cama.

La iluminación tenue de unas velas y el olor a incienso deberían haberme detenido, pero la información de que algo extraño ocurre en la habitación llega demasiado tarde a mi cerebro y me quedo en shock cuando mi madre, con el torso desnudo y a horcajadas sobre Emilio, se gira y me mira.

Salgo disparada de la habitación y de casa.

«—¿Qué hijo no ha pillado alguna vez a sus padres haciendo el amor? —pregunta Samantha intentando quitarle importancia.

»—Emilio no es mi padre —refunfuño—. ¿Qué demonios están haciendo en casa? Se supone que están de crucero.

»—Tu madre debe de estar practicando el vaivén del barco, a ver si se marea —se ríe Samantha.

Capítulo 14

Encuentro con facilidad la galería en la ciudad y llamo al interfono del ático de Hugo, que está encima. Él baja a abrir y cruzamos la estancia pequeña y llena de cuadros y esculturas, hasta una puerta que da acceso a unas escaleras que suben hasta el primer piso del ático donde vive. Mientras le sigo escaleras arriba me fijo en que lleva otra de sus estrafalarias y llamativas camisas estampadas y un nuevo sombrero de color azul colocado de lado sobre su despeinada cabeza. Como si supiera que le estoy observando, se gira y me mira sonriendo de esa manera que casi no recordaba, a lo Tom Cruise.

—Hola, preciosa —susurra rodeándome la cintura con el brazo y dándome un beso en los labios nada más entrar en el piso—. Me alegro de verte, aunque no te esperaba tan pronto.

—Perdona, es que tenía ganas de verte.

Me lleva al salón donde suena una música lenta.

—Dame unos segundos para ducharme y cambiarme.

—Claro.

—Por allí está la cocina. —Me indica señalando a la izquierda—. En la nevera encontrarás bebidas, sítvete lo que te apetezca. Yo voy arriba —añade y mientras sube las escaleras va desabrochándose la camisa—. No tardo.

Cuando Hugo desaparece en el piso de arriba, recorro con la vista la estancia, simple y desordenada: hay figuras en bronce a

medio terminar, cuadros apoyados en las paredes, pinceles en vasos de agua oscura, trapos sucios de pintura sobre la mesa o lienzos nuevos apiñados en una esquina. Entonces, oigo correr el agua de la ducha en el piso de arriba.

«¿A qué esperas? —pregunta Samantha—. ¿Es que vas a quedarte aquí sentadita tomándote una Coca-Cola mientras el tío bueno está arriba desnudo, mojado y caliente? Llevas días deseando que te llame para volver a verle, así que muévete.»

Subo las escaleras y sigo el sonido de la ducha hasta llegar frente a una habitación. Empujo la puerta entreabierta y entro en un dormitorio amplio, con una cama de matrimonio enorme. El baño está a la derecha y a través de la puerta abierta veo la mampara de la ducha empañada por el vaho y la figura de Hugo moviéndose tras ella. Entro, me acerco a la ducha y paso mi dedo por el cristal con la intención de hacer un surco en el vaho, pero no lo consigo, la humedad que empaña el cristal está por dentro.

Mierda.

Hugo cierra el agua y doy dos golpecitos en el cristal. Él se sobresalta. Yo mantengo la sonrisa, temo que la idea de presentarme aquí no le guste y saque a relucir su mal genio —todavía recuerdo su lado lunático—, pero no, abre la puerta de la ducha, me coge del brazo y me mete dentro. No me lo espero y le doy un pisotón. Hugo suelta un grito ahogado.

—Lo siento, perdona, ¿te he hecho mucho daño?

—No —contesta con los dientes apretados.

Me da la risa por la torpeza y por verlo desnudo agarrándose el pie. De repente, me empuja contra las baldosas de la ducha y me golpeo la cabeza. El agua me empapa la espalda y un escalofrío me recorre los brazos y la espina dorsal. Antes de que pueda tocarme el chichón, que seguro me va a salir, Hugo me besa violentamente. Me coge la cara con sus manos húmedas y la aprieta. Debería concentrarme en el momento pero me hace daño, le aparto con fuerza y él me mira inquisitivo. Vuelve a besarme esta vez con más calma y delicadeza y yo le dejo hacer aunque mi mente vuelve a distraerse pensando en mi pelo, que ya ha debido de empezar a encrespase por la humedad. Siento frío cuando Hugo me baja el

vestido después de haber encontrado la cremallera en la espalda, salgo de él quedándome en ropa interior.

Hugo se aparta para mirarme y me siento avergonzada. Sólo cuando sonrío consigo relajarme.

Me hace el amor tan deliciosamente que me cuesta decidir si es mejor que el del hotel. Me despierto en la cama y Hugo no está. Algo de luz se cuela a través de la puerta entreabierta de la habitación. Sobre la mesita hay un reloj digital que indica las tres de la mañana. Me levanto, estoy desnuda y busco mi vestido en el baño: está en un rincón de la ducha totalmente empapado junto con el sujetador y las braguitas. Lo estrujo y lo tiendo todo sobre la mampara.

Busco en el armario y encuentro una camiseta, me la pongo y bajo al salón. Hugo está sentado en el sofá mirando un partido de fútbol, comiéndose un sándwich y bebiendo una Coca-Cola. Me mira cuando aparezco a su lado y hace un gesto mostrándome su sándwich.

Asiento con la cabeza.

—En la cocina está el pan y en la nevera tienes queso y jamón —añade volviendo rápidamente su atención al partido.

«Gracias —pienso—, pero quedarías como un auténtico caballero si me lo preparases tú.»

Vuelvo de la cocina con el sándwich y me siento en el sofá junto a Hugo quien sigue centrado en el partido Ajax contra Milán. Le observo mientras como y me fijo en su pijama de camiseta y pantalón. Está tan guapo con el pelo alborotado y le sienta tan bien el pijama como el traje o las camisas estampadas. Creo que no me cansaría de admirar su belleza.

—¿Quieres que me quede unos días aquí, contigo? —suelto.

Hugo parece atragantarse.

—¿Ya se ha marchado tu amiga?

—No. Está en Cervià, en tu casa. Espero que no te importe.

—Ya te dije que no. Pero, no creo que esté bien que te quedes aquí y la dejes sola.

—Oh, no está sola. Tirso siempre está por allí.

—Ya, pero me dijiste que estaba pasando un mal momento, ¿verdad?

—Sí —afirmo.

—Entonces te necesita.

—Sí, tienes razón. Háblame un poco de Tirso —le pido para cambiar de tema.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué clase de persona es?

—De las mejores que conozco.

—¿Quién es Marina?

—Era su hija.

—¿Era?

—Falleció hace bastantes años. Tenía dieciséis o diecisiete, no me acuerdo exactamente. Era un ángel, todos los chicos del pueblo estábamos enamorados de ella. Fue una tragedia.

—¿Qué pasó?

—Tirso trabajaba en el mar pero siempre que podía aparecían por el pueblo. El año que murió Marina, Tirso le había comprado una motocicleta. Aquel verano tuvo un accidente estúpido, mala suerte.

—¿Qué ocurrió?

—Nada, simplemente perdió el equilibrio y se golpeó contra las piedras de un pequeño pozo que Tirso estaba construyendo en la finca. Murió en el acto.

—Qué horrible.

—Sí, lo fue. Elena, la mujer de Tirso, creo que no ha vuelto más al pueblo. Él hizo un jardín donde Marina murió. Plantó un montón de flores. Lo dejó precioso. Todavía lo está, bueno, al menos el año pasado lo estaba.

—Pero ¿está separado de su mujer?

—No. Siguen juntos, pero él pasa largas temporadas aquí. Elena no ha podido volver al lugar donde murió su hija.

—Supongo que no hay nada peor en esta vida que sobrevivir a un hijo.

—Supongo que no. Cuando se marche tu amiga —añade— podemos ir unos días a París.

—¿En serio? —pregunto sin ocultar mi emoción.

—¿Has estado?

—No.

—Tengo una exposición importante. Me podrías acompañar, si te parece bien la idea.

—Me parece genial.

—Estupendo —comenta volviendo al partido.

Podría preguntarle qué clase de relación tenemos, pienso.

«—Sí, puedes hacerlo, si es que quieres que te dé una patada en el culo antes de que amanezca —dice Samantha.

»—¿Por qué iba a hacer eso?

»—¿Por qué necesitas saber qué clase de relación tenéis?

»—Porque necesito saber si es mi pareja o novio o si puedo llamar a esto relación.

»—Qué manía tienes con poner etiquetas a todo. Soltera, casada, separada, divorciada, viuda... ¿Qué tal «libre»? ¿No te encanta esa palabra? Libre. Considérate así: libre para hacer lo que te dé la gana.

»—No sé si quiero hacer lo que me dé la gana.»

Samantha me mira con una mueca.

«—Quiero decir, que no sé si quiero que él haga lo que le dé la gana con otras.»

—Me voy a dormir —dice Hugo, bostezando—. ¿Vienes?

Subimos al dormitorio y nos acurrucamos entre las sábanas. Hugo empieza a acariciarme y hacemos el amor otra vez.

Cuando está amaneciendo, un ruido en el baño me despierta y consigo intuir que es la máquina de afeitar. Me vuelvo a quedar dormida y, al despertar de nuevo, veo a Hugo acabando de abrocharse una camisa aunque no logro distinguir el color por la penumbra de la habitación, sólo iluminada por la lámpara de la mesita.

Se acerca y me da un beso fugaz en los labios.

—Hablamos pronto, preciosa.

—Vale.

Sobre las diez de la mañana me levanto y desayuno zumo de melocotón que encuentro en la nevera y otro sándwich de jamón y queso. Me pongo el vestido y la ropa interior que todavía están húmedos y vuelvo a Cervià.

Tirso me abre la puerta y los niños salen a recibirme.

—¿Me has traído algo, Violeta? —pregunta María con entusiasmo.

—Te tengo dicho que no pidas nada, María. —La riñe Sonia, que aparece tras ella—. Cuenta, cuenta —me susurra, rodeándome el brazo con el suyo—. ¿Cómo ha ido?

—Bien.

—¿Ya está? —Me encojo de hombros—. Qué poco frenesí —suspira Sonia.

—¿Qué quieres que te diga?

—Chica, no sé, algo más de pasión o lujuria. Vuestra relación tiene menos energía que un vaso de horchata.

—Me gustaría pasar más tiempo con él, pero siempre está hiperocupado.

—Venga, pasa y cámbiate. No sé lo que habéis hecho pero llevas el vestido mojado —sonríe.

Capítulo 15

Los días se hacen largos sobre todo porque Tirso aparece constantemente por la casa y acapara la atención de Sonia, quien parece muy a gusto hablando con él. Tengo la sensación de que ella ve en Tirso la figura de un padre y me pregunto si él ve en Sonia a una hija. Los niños también están muy a gusto con Tirso, quien juega imitando los ruidos de una ballena o el movimiento de un tiburón mientras corre tras ellos.

Hugo sigue sin llamarme y mi madre también.

Llevamos una semana en Cervià y Tirso se encarga de llenar la nevera y de cocinar. Me atrevo a preguntarle por qué hace la compra y él me contesta que son órdenes de Hugo.

—¿Te ha llamado? —le pregunto.

—No. Nos comunicamos por mensajes en el móvil.

—Ah. Es que le he llamado unas cuantas veces y no contesta.

—Siempre está muy ocupado.

—Ya.

El aburrimiento y la desgana se instalan de nuevo en mi corazón y una mañana, cuando Tirso, Sonia y los niños han salido, me subo al coche y conduzco sin tener un destino claro.

Abro la ventanilla y dejo que la brisa me toque la cara y me despeine un poco. Un recuerdo viene a mi mente, es como un *déjà vu*. De repente me encuentro semanas atrás en esta misma carretera pero en dirección contraria, camino de Cervià, donde tuve el accidente con Hugo. Me siento exactamente igual que aquel día, inútil y desperdiciada. A pesar del tiempo transcurrido estoy exactamente en el mismo punto. Me aguanto las ganas de llorar e intento traer a mi mente un pensamiento agradable.

Adán. Adán es quien aparece. Adán y yo cuando éramos niños. Adán y yo cuando éramos adolescentes. Adán y yo haciendo el amor. Adán y yo. Entonces, me doy cuenta de que no estoy en la carretera sino en un camino de tierra. Es como si hubiera estado ausente mientras conducía y ahora no sé muy bien dónde me encuentro.

Tardo unos segundos en ubicarme y comprobar que estoy delante de la verja que da acceso a la granja donde intenté trabajar. Me entra pánico por si Adán aparece y giro rápidamente el coche. Piso demasiado fuerte el acelerador y derrapo sobre la tierra perdiendo el control. La parte de atrás se sacude con violencia y meto las ruedas traseras en una zanja. Acelero intentando salir del atolladero, pero las ruedas patinan. Vuelvo a acelerar con más fuerza y una polvareda envuelve el coche sin conseguir moverme del sitio.

—¡Maldita sea! —grito golpeando el volante con los puños.

Me tapo la cara con las manos y lloro. Lloro desconsoladamente. No puedo parar y noto que me falta la respiración.

«Contrólate», me digo.

Respiro hondo unas cuantas veces y consigo calmarme poco a poco. Me seco las lágrimas con un pañuelo que saco del bolso y recompongo mi maquillaje mirándome en el espejo que hay en el parasol.

El parabrisas tiene una capa de polvo y no puedo ver prácticamente nada, así que acciono el limpiaparabrisas y el agua y una capa de barro resbala por el cristal devolviéndome poco a poco la visibilidad. A través del movimiento de las barras del limpia, veo

una figura a unos metros del coche. Me fijo un poco más y al aclararse el cristal veo a Adán.

Ojalá la zanja donde estoy atrapada se abriera y se tragase el coche conmigo dentro. Pero la tierra sigue firme y, caminando sobre ella, Adán se acerca con paso decidido hasta la ventanilla que tengo subida.

La bajo y sonrío.

—¿Violeta? —murmura sorprendido apartando con la mano el polvo que todavía sigue suspendido en el aire.

—Hola —susurro. Él me mira con expresión de esperar una explicación de que estoy haciendo aquí—. Me he despistado, quería tomar otro camino —miento.

—¿Adónde vas?

—A... Cervià.

—Pues no sólo te has equivocado de camino sino también de sentido —me indica señalando en dirección contraria.

Se hace el silencio y aparto mi mirada de él. No puedo aguantar sus ojos sobre mí sin ponerme a temblar y me remuevo en el asiento mientras repiqueteo con los dedos en el volante.

—El hijo de tu amiga está bien, ¿verdad?

—¿Quién? —pregunto confundida.

—Marc.

—Ah, sí, sí. Perfecto.

—Genial. Me llevé un susto de muerte.

—Sí, yo también.

Silencio. Se humedece los labios, yo me rasco la mejilla y suspiro.

—Bueno —añade Adán dando dos golpecitos sobre el capó—. Tengo que irme. —Me guiña un ojo, mete las manos en los bolsillos de su mono azul de trabajo y se aleja.

—¡Espera! —grito saliendo del coche.

Adán se gira y viene a mi encuentro acercándose con paso firme. De repente me siento pequeñita y la valentía que tenía para pedirle perdón desaparece de golpe.

—Dime.

—Yo... —carraspeo buscando las palabras—. Quería... —Trago saliva—. Quería pedirte perdón. —Adán frunce el ceño y esquiva mi mirada—. Siento no haber sabido hacer mejor lo que ha pasado entre nosotros y...

—Silvia y yo nos hemos reconciliado —me interrumpe—. Hemos decidido dar una oportunidad a nuestro matrimonio.

—¿Otra? —comento sin pensar. Adán me clava su mirada, ofendido.

—Supongo que no hay mal que por bien no venga —comenta con un gesto amargo.

—¿Tu mujer sabe lo nuestro?

—¿Qué es lo nuestro? —apunta haciendo unas comillas con los dedos.

—Ya lo sabes.

—No. No lo sé. Lo nuestro nunca se ha podido definir ni concretar. No fuimos novios y nunca hemos sido pareja.

—Hemos sido amantes —afirmo.

—No creo que por echar dos polvos fuéramos amantes —sentencia.

Aprieta tanto los dientes que la mandíbula se dibuja en su rostro con más intensidad.

—Ok. Tocada y hundida.

Adán se muerde el labio inferior como si quisiera impedir que ninguna otra palabra saliera de su boca.

Subo al coche conteniendo la furia que me recorre las venas sin recordar que todavía tengo las ruedas en la zanja. Arranco y acelero. Otra nube de polvo se levanta sobre el coche.

Adán se aleja y lo veo entrar en el recinto, subir a su camioneta y conducir hasta colocar la parte trasera de su vehículo pegado al mío. Se baja y sujeta un enganche a la parte delantera de mi coche.

—Déjalo en punto muerto —me ordena.

Vuelve a subir a su coche y después de dos tirones estoy fuera de la zanja.

Desengancha el coche, me saluda con la mano y se aleja con su ranchera.

Yo también arranco y salgo disparada de allí sin caer en la tentación de mirar por el retrovisor.

Qué idiota soy. Pensar que aceptaría mis disculpas con agradecimiento cuando está tan resentido conmigo. No hay forma de que deje de odiarme por el pasado. Ahora sé que nunca me perdonará. Tengo que dejar de empeñarme en arruinar mi presente por un pasado que no tiene futuro.

Regreso a Cervià con un peso extraño en el corazón.

«—Céntrate en Hugo —me aconseja Samantha—. Es tu mejor futuro.

»—Tienes razón. Puedo tener una vida casi perfecta con él. Mis sentimientos por Hugo no son los mismos que por Adán, pero siempre puedo sustituirlos por deseo.»

Sonia abre la puerta con una sonrisa renovada. La veo con ánimos nuevos y me alegro sinceramente por ella.

Desde el salón llegan los gritos de los niños y la voz de Tirso jugando con los pequeños.

—¿Otra vez está aquí? —pregunto por lo bajini.

Sonia se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

—Vamos un momento a la cocina —me pide acompañándome con el brazo—. Quiero contarte algo —me susurra a la oreja, misteriosa.

Pasamos por el salón como dos sombras invisibles.

—¿Qué pasa? —pregunto sirviéndome un vaso de agua de la jarra.

—Los niños y yo nos venimos a vivir con Tirso.

—¿Qué?

—Tirso me lo ha propuesto y casi no he tenido que pensarlo. En Barcelona no tengo nada más que un padre ausente para mis hijos y un chulo que me pega. Nos venimos a Cervià, Violeta. Sé que aquí estaremos bien.

—Espera, espera, ¿qué pasa con el trabajo?

—No puedo volver. Albert está allí.

—Sí, tienes razón, pero ¿de qué vais a vivir? ¿Os va a mantener Tirso?

—Me ha dicho que puedo empezar a trabajar en la Cooperativa la semana que viene. No tardaré mucho en ganar dinero para mantenernos, mientras tanto estaremos con él. ¿No te parece genial poder ir al colegio caminando sin tener que coger el autobús o el metro? Poder pasear por el campo, escuchar el sonido de los pájaros y la naturaleza...

—¿Tendrás que acostarte con él? —la interrumpo.

—¿Estás loca? —Sonia pone los brazos en jarras y levanta la cabeza—. ¿Es que te crees que voy por ahí acostándome con todo Cristo?

—Claro que no. Pero no me dirás que no es extraño que un hombre te meta en su casa a ti y a tus hijos sin apenas conoceros y sin querer nada a cambio.

—Sí, sé que es extraño pero por lo visto todavía quedan personas buenas, como tú.

—Pues si Tirso va a hacer eso por vosotros sin pedirte nada a cambio me alegro mucho, pero antes de ir a su casa ten la seguridad de que no va a querer que le pagues de alguna manera.

—Ya la tengo. Mañana me acompañará a Barcelona a buscar algunas cosas del piso. No quiero ir sola, tengo miedo de que Albert aparezca, ¿podrías quedarte con los niños?

—Claro.

—Eres un sol.

—No, no lo soy.

—Sí que lo eres. —Sonia me abraza y yo me emociono y me agunto las ganas de llorar otra vez—. Oigo un móvil, creo que es el tuyo.

—Sí —afirmo buscando dentro del bolso. El nombre de Hugo aparece en la pantalla y contesto—. Hola.

—¿Estás en Cervià?

—Sí.

—Genial. Tienes que hacerme un favor.

—Dime.

—Necesito una información que tengo en un disco duro en mi piso. Tendrías que ir a buscarla, hay una llave ahí en mi dormitorio.

—No sé cuál es.

—Subiendo las escaleras, la segunda habitación a la derecha.

Le hago un gesto con la mano a Sonia y sigo las instrucciones de Hugo subiendo las escaleras y entrando en su dormitorio.

—En el cajón de la mesita de noche, la que está a la izquierda, encontrarás un juego de llaves de la galería y del piso. Creo que me dejé el disco duro en la mesa del salón. Si no lo encuentras ahí, busca en el dormitorio. En cuanto lo encuentres conéctalo al ordenador, la contraseña del ordenador es «azul 128». ¿Te acordarás?

—Sí.

—De acuerdo. Voy esta tarde.

—Tendrías que ir ahora mismo. Tengo una reunión esta tarde a primera hora y la necesito antes.

—Está bien, voy ahora mismo.

—Muchas gracias, preciosa. Te recompensaré cuando vuelva.

—¿Cuándo vuelves?—aprovecho para preguntar.

—En un par de días.

—¿Me llamarás cuando regreses?

—Claro.

—Voy a la galería.

De nuevo en la entrada de casa de Hugo, pruebo un par de llaves hasta dar con la que abre la puerta de la galería. Cruzo la estancia y a un metro de la puerta que da acceso a las escaleras, tropiezo y pierdo el equilibrio, estampándome contra un par de cubos que contienen un líquido espeso y oscuro. Me he puesto como un filete rebozado, llevo medio vestido, las piernas y los brazos cubiertas de un color marrón y verde, lo que parece que son restos de pintura con agua. Subo al segundo piso, hasta el baño que hay en la habitación de Hugo, a limpiarme. Humedezco una toalla y me la paso por las piernas y los brazos, luego me lavo las manos y las uñas, que tengo teñidas de negro. Cuando estoy en la puerta a punto de salir del baño me doy cuenta de que mi mente ha retenido algo que llama mi atención. Me acerco a la ducha y en el suelo, en una esquina, veo la carísima pulsera que Hugo compró en Mallorca.

Una alarma se dispara en mi estómago y mi corazón da un vuelco.

Hugo tiene un lío con otra. Me hundo. Me derrito como un helado de vainilla en verano convirtiéndome en un charco de tristeza, angustia y desolación. Siento que lo único que me mantenía a flote en mi asco de vida acaba de desaparecer con una bofetada de realidad.

Y la realidad es que para Hugo soy una más.

¿Qué más me puede salir mal?

Nada.

Ya no me queda nada.

Salgo corriendo de la casa, me olvido del disco duro y de cerrar la puerta con llave. Subo al coche y arranco, pero no me muevo del sitio porque no sé adónde ir. ¿A Cervià? ¿A casa del que pensaba estaba enamorándose de mí y del que acabo de descubrir que me traiciona? ¿A casa de mi madre, quien prefiere a su novio, el padre de mi amiga traidora, que a su propia hija? ¿A buscar a Adán, que no puede perdonarme la traición de hace años?

¿Adónde voy?

¿Adónde?

Dentro del coche me ausento del mundo y sólo escucho el sonido de mi respiración agitada. Es un sonido repetitivo que se va acelerando a medida que mis pensamientos giran en mi cerebro como una centrifugadora. Siento que me mareo. La calle desierta con una hilera de farolas a cada lado se va haciendo cada vez más larga, y más larga, y más, hasta que no puedo ver el final en el horizonte. Jadeo y pierdo el ritmo de mi respiración. Me ahogo. Me falta el aliento. Abro la boca como un pez cuando agoniza.

«Respiras demasiado deprisa, estás hiperventilando, cálmate — me pide Samantha, pero casi no puedo oírla—. Coge aire por la nariz y cuenta tres antes de soltarlo poco a poco por la boca.»

Aspiro con fuerza por la nariz, mantengo el aire, uno, dos, tres, lo suelto por la boca poco a poco sintiendo cómo se me desinfla el pecho. Vuelvo a coger aire por la nariz, lo mantengo, uno, dos, tres, lo suelto por la boca dejándolo escapar todo de mis pulmones, otra vez...

Creo que acabo de evitar el desmayarme sobre el volante pero aún me tiemblan las manos, los brazos me pesan y siento como si

cientos de hormigas me estuvieran recorriendo las venas. Enciendo el aire acondicionado y dirijo un chorro directamente a la cara. En unos minutos, la sangre vuelve a circular por mis brazos y las hormigas han desaparecido.

Me dirijo a casa de mi madre. Meto la llave en la cerradura y compruebo que tengo que girarla dos veces. Eso significa que mi madre no está en casa, sólo echa la llave cuando sale del pueblo.

Entro, dejo el bolso en el recibidor, subo a mi habitación y me tumbo en la cama. Me ocurre después de un episodio de muchos nervios: el sueño se apodera de mí inmediatamente. Supongo que es la manera que tiene mi cuerpo de poder regenerarse, es como hacer un *reset* al ordenador: cuando despierto funciono de nuevo, pero tengo que dormir.

Duermo en una inconsciencia placentera y pasadas unas horas me despierto de golpe asustada. No sé dónde me encuentro y tardo unos segundos en volver a la realidad. Aunque estoy algo mareada, bajo a la cocina a comer algo. Son las siete de la tarde y mi estómago reclama su ración con sonoros rugidos. Encuentro queso en la nevera, que acompaño con un tomate con aceite y sal. En el silencio entre bocado y bocado, oigo sonar mi móvil en el recibidor.

Voy en su busca y compruebo que tengo varias llamadas de Hugo y un WhatsApp.

Te he llamado varias veces, ¿estás bien? Me tienes preocupado. No me has llamado, ¿fuiste a la galería a buscar lo que te pedí? Dime algo, por favor.

Que amable, ahora se preocupa por mí. Vete a la porra. Guardo el móvil en el bolso y vuelvo a Cervià.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Sonia nada más abrir la puerta.

—Fatal.

Pasamos dentro y nos sentamos en el sofá.

—¿Dónde están los niños? —pregunto extrañada por el silencio que hay en la casa.

—Con Tirso, han ido a dar de comer a las gallinas. Yo tenía que llamar al trabajo y despedirme.

—Oh.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado?

Las ganas de llorar aparecen sin avisar y hago un esfuerzo enorme por retenerlas en mi garganta.

—Hugo me engaña —sentencio con voz melodramática.

—Humm, pero ¿sois pareja?

Me encojo de hombros.

—Estábamos conociéndonos. Eso debería ser suficiente para no liarse con otras.

—Bueno, eso es muy discutible.

—¿Qué quieres decir?

—Que depende de cómo lo vea cada uno y si no lo habéis hablado no sé si se puede considerar infidelidad.

—Me siento fatal, Sonia.

—Ven —me pide, abrazándome—. No te preocupes, si no te elige es porque es idiota. No te merece y encontrarás a alguien mejor.

—Ése es el problema, que ya lo encontré pero no lo sabía y ahora es tarde. Adán no quiere saber nada de mí.

—¡Lo sabía! —grita sin poder disimular su emoción por haber acertado en su sospecha—. Perdona, es que estaba segura de que tú y Adán erais más que amigos.

—Ya no somos nada. Menos ahora que se ha reconciliado con su mujer.

—¿Estaban separados?

—No del todo. Su matrimonio no funcionaba pero me ha dicho que se han dado otra oportunidad. Y yo le he vuelto loco; ahora sí, ahora no. No me extraña que me odie. Pensé que Hugo sería una buena oportunidad para mí y me he aferrado a él como si fuera mi único salvavidas en mitad del océano. Cuando he ido a su casa he visto una pulsera en la ducha.

—No te entiendo.

—Esa pulsera la compró en Mallorca, yo le acompañé y le costó una pasta, casi cuatrocientos euros.

—¡Joder!

—Me dijo que era para una amiga. Una amiga que se ha tirado en la ducha uno de estos días.

—Tal vez sólo es una amiga que se dio una ducha. —La miro torciendo la cabeza—. Bueno sí, suena un poco raro. Pero deberías preguntarle.

—Estoy harta, Sonia, nada me sale bien. Sólo quiero estar tranquila y ser feliz, ¿tan difícil es?

—Sí —contesta Sonia tajante—. Pero tú tienes cosas que creo que no sabes apreciar, Violeta.

—Vale, ilumíname —me quejo.

—Si yo tuviera una madre como la tuya sería inmensamente feliz. —Cierra los ojos y sonrío unos instantes como imaginando el momento—. Ella sería mi refugio.

—Mi madre se preocupa mucho más por su novio que por mí.

—¿Seguro?

Suena mi móvil y de nuevo el nombre de Hugo sale en la pantalla.

No contesto.

—¿Cuándo vais a vivir con Tirso?

—Mañana, cuando volvamos de Barcelona.

—Bueno, estoy un poco nerviosa y no sé si soportaría con paciencia hacerme cargo de los niños mañana...

—No te preocupes, me los llevaré.

—Perdona —suspiro sintiéndome aliviada por no tener que cargar con ellos.

—Tranquila —me consuela apretándome la mano.

Sonia y Tirso se marchan temprano y yo recojo mis cosas y regreso a casa de mi madre.

Los dos días siguientes no salgo de casa y sigo una dieta estricta de chocolate, palomitas de maíz dulces y Coca-Cola.

Cuando estoy a punto de meterme en la cama, llaman a la puerta. En pijama, con el pelo mal recogido en un moño torcido y sin maquillar, abro y me topo con la cara preocupada de Hugo.

—Estás viva —afirma atravesándome con sus ojos azules.

—Hola —saludo mientras mis fuerzas para enviarlo a pastar con los cerdos, flojean.

—¿Por qué no contestas a mis llamadas?

—Lo siento, he perdido el móvil —le suelto una excusa patética—. Y... tuve un accidente. —Hugo frunce el ceño—. Casi me rompo la pierna.

Subo la pernera izquierda del pantalón de pijama y dejo al descubierto el moratón que cubre mi rodilla. Hugo abre los ojos y suelta un «por Dios», y yo doy las gracias por el tortazo que me pegué en la galería.

—Que mal aspecto tiene eso, ¿has ido al médico?

—Ah, no. Si no es nada. —Flexiono la pierna con agilidad—. ¿Lo ves? No está roto.

—¿Qué te pasó?

—Resbalé en la calle cuando iba a la galería.

—Primero te embisto con el coche y ahora casi te rompes una pierna por mi culpa.

—No fue culpa tuya.

—¿Cómo puedo compensarte? —pregunta Hugo con su sonrisa irresistible.

«¿Qué tal no acostándote con otras?», dice Samantha.

—Te invito a una fiesta —me propone.

—Vale —acepto—. Me pondré pantalones.

—Te paso a buscar mañana a las 8.30. Ahora me marchó, estoy destrozado. Acabo de llegar de viaje y necesito descansar.

Me guiña un ojo, me da un beso fugaz y se marcha en dirección a su coche.

Amanece y veo salir el sol con una extraña sensación en mí. Una voz que no es la de Samantha repiquetea en mi cabeza y me pregunta por qué me estoy aferrando con uñas y dientes a mi única

salida de esta vida aburrida, aún sabiendo que Hugo me engaña con otra. Está ocurriendo lo mismo que con Víctor: le iba a perdonar su infidelidad antes de saber que era gay. Lo iba a hacer y ahora estoy pasando por alto lo de Hugo, ¿dónde está mi amor propio?

Me paso la tarde rebuscando en el armario de mi madre y me decido por unos pantalones blancos, un top azul marino con pedrería en el pecho, sandalias de tacón y una cartera de mano plateada. Dejo mis rizos sueltos y me maquillo los ojos con sombra gris y perfilador negro, un toque suave de brillo en los labios y colorete melocotón en los pómulos.

Llaman al timbre a las 8.30, muy puntual.

Cuando abro veo a Hugo esperándome en su coche.

Subo.

Está guapísimo con unos tejanos negros, una camisa blanca y una americana gris tornasolada. Mucho mejor que con sus típicas camisas estampadas.

—Hola, preciosa. Estás muy guapa.

—Gracias —sonríó—. ¿Adónde vamos?

—A una fiesta.

—¿De algún amigo?

—Una amiga.

—¿La conozco? —pregunto temiendo que sea alguna de las chicas de Mallorca.

—No. He reservado una habitación por si acabamos tarde y nos apetece quedarnos.

—Genial —respondo entusiasmada ahogando el poco amor propio que intenta reflotar en mí.

Llegamos a un hotel-restaurante y aparcamos en la zona destinada a ello. La entrada al hotel está presidida por grandes letras luminosas anunciando el nombre del lugar, Nastasi.

Entramos y parece que Hugo sabe perfectamente hacia dónde tiene que ir, así que yo me limito a seguirlo cual perrillo faldero, pues ya tengo experiencia en ello. Recorremos un largo pasillo y giramos a la derecha entrando en un salón concurrido de gente que charla animadamente, de pie, con una copa de cava en la mano y canapés en la otra. Todos visten elegantemente y de repente empiezo a ver

algunas caras conocidas del pueblo. Hugo busca con la mirada mientras atravesamos la sala esquivando espaldas y pidiendo disculpas. Por fin nos detenemos detrás de un grupo y la espalda de una chica con una larga melena rubia queda frente a mí. Hugo posa su mano en el hombro de ella y al girarse me encuentro con la cara de Silvia, la mujer de Adán.

Me quedo paralizada y me olvido de respirar. Silvia también me ha reconocido y le da dos besos a Hugo sin apartar la mirada de mí. Puedo leer en sus ojos que se está preguntando qué demonios hago yo aquí. También me pregunto por qué casualidades de la vida conoce a Hugo y entonces lo descubro cuando él la coge por las manos y veo columpiarse la pulsera en su muñeca. La misma que compró en Mallorca y la misma que había en el suelo de la ducha.

—Ella es Violeta —me presenta Hugo.

—Nos conocemos —añade Silvia con tono inquisidor.

—¿Ah, sí? —se sorprende él.

—Es una amiga de mi marido —le informa Silvia, quien permanece inmóvil sin ofrecerme un saludo que no deseo—. Voy a presentarte a unos amigos —añade.

Con mucho estilo, alza la cabeza y rodea los hombros de Hugo, introduciéndolo en el grupo y dejándome fuera.

Huyo.

Atravieso la sala sintiéndome invisible, una caca, una basura y corro perdida, buscando la salida en este mar de gente feliz. Al fin salgo del salón, recorro el pasillo y alcanzo la calle cogiendo una gran bocanada de aire como si surgiera del fondo del mar. Doy dos pasos hacia la parada de taxis y entonces me cogen del brazo. Me giro y veo que es Adán quien me sujeta.

—Violeta, ¿qué haces aquí? ¿Estás bien? —Las palabras se me colapsan en la garganta—. Estás temblando.

—Estoy bien —consigo decir.

Hasta ahora no había notado el temblor que me recorre el cuerpo y que hace flaquear mis piernas. Adán no me suelta del brazo y puedo notar su fuerza sosteniéndome. Nos miramos. El silencio flota entre los dos sin incomodar la situación. Siento cómo me relaja el que esté aquí y cómo mi respiración se va calmando poco a poco.

Floto y me adentro en su mirada mientras desaparece todo a mi alrededor. No hace frío ni calor, no es de día ni de noche, todo está tranquilo perdida en sus ojos.

—Violeta, ¿dónde estabas? —Hugo aparece para romper la magia—. Me he girado y habías desaparecido.

Miro a ambos sin saber que decir.

—Hola. —Hugo le extiende la mano a Adán—. Soy Hugo Sants.

—Hola —responde Adán estrechándosela—. Creo que nos conocemos. Soy el marido de Silvia.

—Ah, sí —afirma Hugo con una mueca—. Perdona, no te había reconocido, hace mucho tiempo desde la última vez. Vamos dentro —me pide Hugo.

Miro a Adán, quien se ha girado incómodo.

—Creo que me voy para casa —digo con timidez.

—¿No te encuentras bien? —pregunta Hugo.

—Bueno, encantados de saludaros —se despide Adán educadamente antes de entrar en el hotel.

—¿Cómo tienes tan poco vergüenza? —murmuro encaminándome hasta la parada de taxis.

—¿Cómo dices? —pregunta Hugo extrañado siguiendo mis pasos.

—¡Te estás tirando a su mujer! —le acuso.

—¿Y?

Alucino.

—¿No lo vas a negar?

—No. Silvia no es la única mujer con la que me acuesto. También lo hago contigo. —Todos los tacos se pelean por salir al mismo tiempo pero no consigo decir nada—. Tengo líos con muchas chicas, Violeta. Somos mayorcitos para juegos de novios celosos, cosa que, por cierto, no somos.

—Ni te vas a molestar en inventarte una mentira.

—Claro que no. Lo que me extraña es que creyeras tener la exclusividad. Sinceramente, todavía no he conocido ninguna mujer que se merezca tal privilegio.

La rabia me supura por todos los poros de mi piel y me siento como los dibujos de Tom y Jerry, a punto de explotar.

—Dijiste que te gustaba —murmuro.

—Me gustas y mucho. Y puedo creer que yo también te guste o que te sientas atraída por mí, pero no entiendo que te sientas ofendida como si estuvieras enamorada.

—¿Tan extraño sería que estuviera enamorada de ti?

—Claro que no. Pero no lo estás.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque he visto cómo le mirabas.

—¿A quién?

—A Adán. Creo que nunca me he mirado así con nadie y tengo que reconocer que me da cierta envidia —comenta como si pensara en voz alta.

Voy a abrir la boca para decir algo pero Hugo pone un dedo en mis labios y me hace callar.

—No voy a quedarme para discutir como una pareja de novios. No estoy dispuesto a perder tiempo y energía en una situación que siempre me esfuerzo por evitar. Así que cuando quieras volver a verme ya sabes dónde encontrarme.

Me da un beso fugaz en los labios y vuelve a entrar en el restaurante.

Tardo unos minutos en reaccionar, en despejar mi mente lo suficiente como para meterme en un taxi y volver a casa.

Duelmo mal y veo a Adán correr entre la niebla mientras grito su nombre sin lograr alcanzarle hasta que la niebla se lo traga. Me despierto teniendo muy claro lo que debo hacer. Tengo que decirle que su mujer lo está engañando, merece saberlo.

Me pongo un chándal y unas deportivas, subo al coche decidida, convencida de mi propósito, y me dirijo a la granja bajo otro día gris. Llego al recinto, una cadena mantiene las puertas cerradas, tiene pinta de no haber nadie así que conduzco hacia la otra granja donde tuvimos nuestro primer encuentro amoroso. Unos kilómetros antes de llegar, adelanto a un enorme tractor. Cuando me he alejado unos metros, el tractor hace sonar el claxon varias veces. Me detengo y se detiene a unos metros de mí. Bajo del coche y un hombre vestido con un mono azul sale del tractor. Es Adán. Me acerco a él caminando y aunque en un principio él no se mueve del sitio

finalmente viene a mi encuentro. A medida que se acerca veo su cara de preocupación.

—¿Qué haces aquí? —pregunta casi molesto—. Y no me digas que te has perdido.

—Quería verte.

—Violeta —susurra con las manos en la cintura y la cabeza cabizbaja—. No sigas buscándome, por favor. Tengo que hacer un esfuerzo enorme por no besarte cada vez que te veo y no sé cuánto tiempo más voy a poder soportar esta tentación.

—Tengo algo importante que decirte.

—No quiero saberlo—añade con rotundidad—. Ya no me importa nada de lo que tengas que decir.

—Es importante, Adán.

—Pero ¿es que no lo entiendes? ¿No entiendes el daño que me estás haciendo? No vengas a decirme que quieres volver a verme.

—No es eso lo que te vengo a decir —añado, flaqueando.

—Ah, ¿no? ¿Pues qué es?

La seguridad que me había traído hasta aquí desaparece y no encuentro ningún motivo más que mi propio interés para explicarle el lío que tiene su mujer con Hugo.

—Me marcho —suelto sin pensar—. Vengo a despedirme.

—¿Vuelves a Barcelona?

—No.

—Es igual. No quiero saberlo.

Nos miramos y creo que él ve en mis ojos tanta tristeza como yo veo en los suyos. No puedo. No puedo decirle lo de su mujer y destrozarle la vida otra vez.

De repente tengo claro que me tengo que marchar lejos. Ya no tengo nada que hacer con Adán.

Saco del bolsillo la cadena con el anillo de compromiso que cuelga de ella y se lo ofrezco.

—Quiero devolverte esto. Debería haberlo hecho hace años. — Adán extiende la mano y lo dejo caer sobre su palma—. Gracias por haberme querido tanto. Siento muchísimo no haberlo sabido apreciar en su momento.

—No es necesario que me lo devuelvas.

—Quiero hacerlo.

Nos miramos mientras él aprieta la mandíbula y yo intento mantener los ánimos para que él vea que no estoy hundida. Le sonrío y doy media vuelta hacia el coche. Por unos segundos tengo la esperanza de que grite mi nombre y venga hacia mí corriendo y me dé un apasionado beso, pero en cuanto subo al coche sé que eso no va a pasar. Arranco y le miro por el retrovisor por última vez, allí de pie su figura se va empequeñeciendo hasta desaparecer.

Capítulo 16

Después de una semana encerrada en casa, triste y llorosa, exploto y le explico todo a mi madre. Ella intenta animarme diciéndome que todo pasará y que me sentiré mejor, pero yo estoy segura de que eso no ocurrirá nunca. Una tarde trae un billete de avión y me dice que mi prima Marie me está esperando en París. Me quedaré con ella una temporada, trabajaré en una de sus tiendas y asistiré a un curso de diseño de moda en una escuela. En tres días salgo.

Llevo cinco meses viviendo en París, exactamente en la esquina del bulevar de Sébastopol con rue Aux Ours, en un bonito bloque de apartamentos donde hay situada una cafetería llamada Indiana. Me trasladé a vivir con mi prima Marie y su familia en una de las zonas más exclusivas de París, el Distrito III, en el barrio de Saint Avoye. Vivo en la buhardilla, que es tan grande como el salón de casa de mi madre y lo he habilitado como un loft. A la hora de comer tengo que reunirme con mi prima, su marido abogado y sus hijos Sophia, de quince años y Alain, de diecisiete, aunque normalmente me encuentro sola, los hijos estudian, mi prima trabaja en su estudio y su marido viaja mucho, de modo que sólo nos vemos a la hora de cenar porque de lo único que no dispongo en mi loft es de cocina independiente.

Marie es diseñadora de moda. Tiene varias boutiques en Francia y yo trabajo por las tardes en una de ellas. Durante las mañanas asisto a la escuela de diseño École de la Chambre Syndicale de la Couture Parisienne, donde estoy haciendo un curso intensivo. Es una de las mejores escuelas de diseño de París, de donde han salido grandes diseñadores como Yves Saint Laurent, Valentino Garavani o mi prima Marie. No es exactamente diseño de interiores pero el diseño en general me fascina y tal vez alargue mi formación en esta escuela.

La tienda está en el mismo bulevar de Sébastopol, así que me va genial para ir caminando tanto a la escuela como al trabajo. La mayoría de las tardes suelo estar sola, sobre todo estos meses de invierno en el que el frío mantiene a la gente en el acogedor calor de sus casas.

Desde que estoy aquí he logrado serenarme bastante y dejar atrás las estúpidas exigencias que yo misma me imponía. Hice las paces con mi madre y acepté a Emilio, que sigue tratándola como a una reina, así que no tengo nada que decir en su contra, exceptuando que sigue siendo el padre de Susana y que pronto tendré que verla muy a mi pesar ya que mi madre y Emilio se van a casar. Lo único que les pido es que no se les ocurran ponernos en la misma mesa, por lo demás no he tenido ninguna otra exigencia. Aunque no sé si es una pincelada de arrepentimiento el gesto de Susana de enviarme un WhatsApp diciéndome en una frase corta que podía quedarme con sus tejanos elevaculos, tengo la sensación que recibiré algún gesto de acercamiento por su parte, aunque sinceramente ya no me interesa.

Sonia y sus hijos continúan con Tirso. Los niños están encantados de vivir en Cervià, Sonia lleva un par de meses trabajando en la Cooperativa y dice que pronto empezará a buscar alguna casa para trasladarse. Está feliz y tranquila. Albert, el señorito andaluz, no ha vuelto a molestarla.

Yo no he sabido nada más de Adán ni tampoco de Hugo. Mi mente mantiene a raya a mi corazón, que se pregunta constantemente si Adán habrá descubierto que su mujer tiene una aventura. Mi madre pone mucho cuidado en no darme ninguna clase

de información, aunque reconozco que no sé cuánto tiempo podré vivir con esta curiosidad que me acecha sobre todo por la noche, cuando el silencio se impone y la mente está desocupada de los quehaceres diarios.

Hoy llueve bastante y la tarde se está haciendo aburrida, no entra ni un cliente y apenas veo pasar gente por la calle. Ha empezado a tronar y los relámpagos iluminan la tarde oscura, sólo espero que no se vaya la luz o me moriré de miedo. Sentada en el ordenador, paso a limpio las notas de esta mañana en la escuela y entonces oigo la campana de la puerta, avisándome de la presencia de un cliente. Alzo la nariz por encima de la pantalla y veo a un hombre de espaldas. No lleva paraguas y arrastra una pequeña maleta. Tampoco lleva abrigo y tiene la camisa pegada a la piel y los tejanos empapados. Me va a poner la tienda hecha un asco.

Salgo de detrás del mostrador y me acerco a él. Me quedo sin respiración cuando el hombre se gira y veo que es Adán.

—Hola —saluda, tiritando.

Tiene los labios morados y el agua le resbala por la cara. Apenas puedo reaccionar y me quedo con la boca abierta. Le miro como si fuera una aparición y por unos segundos me pregunto si estoy soñando.

—Adán —consigo pronunciar.

—Hola —repite sin dejar de mirarme a los ojos.

—Pero... ¿qué? ¿Qué estás haciendo aquí?

Hace una mueca que resulta extraña porque debe de tener agarrotados los músculos de la cara. Balbucea algunas palabras mal vocalizadas por el temblor que le provoca el frío y casi no logro entenderle.

—... histas priediosa... quiero decir, preciosa.

—¿Cómo se te ocurre pasear por París en pleno mes de febrero lloviendo y en mangas de camisa?

—Me he olvidado la chaqueta en el tren. —Se lleva las manos a la boca, hace un hueco con ellas y sopla aire intentando calentárselas—. Tenía el móvil y la cartera —continúa—. Y no me he dado cuenta hasta que el taxista me ha echado del taxi cuando intentaba explicarle que había perdido la cartera. Supongo que mi

francés de diccionario es un desastre. Me ha tirado la maleta en medio de la calle y se ha largado. No sé ni cómo he conseguido llegar hasta aquí —consigue explicar—. La ciudad no es para mí —añade con una sonrisa en sus labios helados.

Nos miramos y vuelvo a sentir esas mariposas a las que he intentado durante tanto tiempo arrancarles las alas.

—Me enteré de que Silvia tenía una aventura. Que me engañaba —continúa. Hago una mueca con los labios sin saber qué decir—. Me lo dijo tu amiga, Sonia. La madre de aquel niño al que casi atropello.

—¿Qué?

—Me llamó un día por teléfono. Quería contarme algo. Fue un mes después de que te fueras del pueblo.

—No me lo puedo creer.

—Cogí el coche y conduje hasta Cervià. Me dijo que habías querido contármelo pero que te arrepentiste en el último momento porque no querías hacerme daño. —Cruzo los brazos sobre el estómago y trago saliva—. Me he separado —sentencia.

—Ya. Pero todavía no has contestado a mi pregunta: ¿qué haces en París?

Adán me coge de las manos y toma aire.

—Estos últimos meses he intentado otra vez arrancarme esto que siento por ti, pero he descubierto que sólo terminará cuando yo deje de existir. No vengo a exigirte nada, ningún derecho tengo después de haberte rechazado y haberte tratado como a una cualquiera.

—Yo...

—Me conformaría con recibir algo de cariño —me interrumpe—. Alguna caricia o algún beso de vez en cuando, si es que tu amor por mí no se ha agotado durante estos meses.

—Esto no puede ser...

—Debería haberte avisado antes de venir, lo sé. —Sacude la cabeza—. Debería haberte preguntado si estás con alguien. —Hace una pausa—. ¿Estás con alguien?

—Sí —contesto tajante. Adán baja la vista—. Estoy con alguien.

—Es normal. ¿Cómo iba a esperar que después de cinco meses estuvieras sola?

—Estoy conmigo misma, Adán. Ahora mi vida está en París. Estudio en una escuela de diseño, tengo un trabajo y no puedo dejarlo todo sin más porque hayas descubierto que tu mujer te engaña.

—No quiero que dejes nada, Violeta.

—¿Por qué ahora has decidido separarte?

—Ya te lo he dicho. Me estaba engañando.

—¿Y qué importa eso?

—¿Cómo?

—Me dijiste que era una mujer fría. Que no te sentías querido por ella desde hacía mucho tiempo. Que no te separabas por tus hijos, ¿por qué ahora sí te has separado?

Adán me mira y noto su respiración agitada.

—Supongo que abrí los ojos.

—No quiero volver a hacerte daño y no quiero volver a hacérmelo yo.

—Eso no va a ocurrir.

—Nunca nos ponemos de acuerdo. Creo que estamos descoordinados.

—Tal vez ahora lo consigamos.

—Si vuelvo a Lleida contigo te tendré a ti pero no me tendré a mí. Ahora he encontrado el camino de mi vida. Estudio lo que me gusta, tengo un trabajo que también me gusta. Si he de escoger entre París o tú, o los estudios o...

—No tienes que escoger, Violeta —me interrumpe apretándome las manos—. Te he esperado toda la vida, puedo esperar un poco más. Sólo quiero que sepas que te necesito, que pondré mi vida en orden, que conseguiré una casa nueva para nosotros, que superaré mi miedo a volar y aprenderé francés para venir a verte los fines de semana.

—¿Harías eso por mí?

—Haría lo que fuera por ti.

Acerco una pequeña escalera que utilizo para alcanzar las prendas de las estanterías más altas y subo al primer escalón. Lo sujeto por la camisa y le beso.

«¡Ni se te ocurra pensar en volver, querida! ¡Estamos en París!
Y no pienso volver a un pueblo donde...» Cierro los ojos y le vuelvo a
besar para no escuchar a Samantha.

—Todavía te quiero —le susurro.

Adán suspira.

—No sabes cuánto me alegro.

Agradecimientos

A Elena y Marga, por vuestros valiosos comentarios y sugerencias, no sabéis cuánto agradezco vuestra ayuda.

A mi sobrino Luis, por su sincera alegría.

A Miquel, por su amor, su comprensión y por regalarme tiempo para escribir.

Nota

[1] *Solamente tú*, Parlophone Spain, interpretada por Pablo Alborán. (*N. de la E.*)

Biografía

Soy de Barcelona, aunque desde hace unos años resido en Cervià de les Garrigues, un pintoresco pueblo rodeado de olivos y almendros.

Desde que tengo memoria me gusta el cine, y cuando no era más que una niña veía montones de películas catalogadas con un rombo detrás de la puerta entreabierta de mi habitación. Y así empezó a crecer mi imaginación, y con tan sólo nueve años escribí mi primer cuento, en el que creé mis propios héroes y villanos, princesas y ladrones.

La pasión por la lectura la descubrí con quince años, cuando veraneaba con mis primas en Jaén. Una de ellas me prestó *Rebeldes*, de Susan E. Hinton, y con ese libro hallé un mundo tan apasionante como el del cine.

En 2010 empecé a escribir un blog que acabó convirtiéndose en mi primera novela en formato digital: *Buscando novio sin morir en el intento* (Zafiro).

Un escalón para besarte
Angie García López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Isaxar / Shutterstock

© Angie García López, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14620-9

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com